

 **Maria Barbal**  
A mi amigo escocés



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

I

Letra

    Finales de septiembre...

    Hermanos

    Brazos

    Sastrería Enrich

    Calle Pamplona

    Itinerancia

    Días que parecen años

    Trabajo y más trabajo

    La lluvia, siempre la lluvia

    Una carta

Guerra

    Rojo

    Blanco

    Verde

    Azul

    Blanco y rojo

    Negro

Chica

    1

    2

    3

4

5

6

7

## II

### Voces. Miradas

Calamanda

Pere

Benet padre

Pia

Joan

Veva

Mi cuñadita se esfuerza...

Tío Antoni

Encarnació

### Elvira

Soñando despierta

Rosas y espinas

Tú estás conmigo

«Minairons»

Filigrana

«Perdona a tu pueblo»

Trenzando despedidas

### Benet

Luz

Compañía

Familia

Pasos

Vergüenza

Deudas

Amistad

Romanticismo

III

Epílogo

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**



## Sinopsis

Benet y George se conocen en el hospital al que han sido trasladados tras las heridas recibidas en el frente de la Guerra Civil española. George, de origen escocés, sirve en las brigadas internacionales, mientras que Benet es un chico de provincias destinado en el frente. A pesar de ser poco habladores, Benet a causa de un problema que le afecta al sistema nervioso y le impide el habla, y George por su poco dominio del idioma local, conectarán rápidamente y forjarán una amistad que perdurará a lo largo de los años.

Tiempo después, George buscará a su amigo de la guerra. De sus cuadernos, que Benet le regalará, George decidirá escribir un libro.

Una historia de amistad forjada durante la guerra y que perdurará a lo largo de los años.

# A MI AMIGO ESCOCÉS

Maria Barbal

Traducción de Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino



*A mis hijos y a mis nietos*

I

*Éramos tan jóvenes que nos dijimos adiós para siempre.*

*En la época en que nos conocimos yo estaba furioso con aquella guerra, con aquel desastre, con aquella España, y, aunque no sabía más que unas pocas palabras en castellano, solo me servían para maldecir. Imaginadme tal y como era: veintitrés años, musculoso, de estatura más bien baja, la piel tostada, pelirrojo y farfullando un discurso incomprensible. Para huir de mí a escape, vaya. El pobre Benet, que se encontraba a mi lado y no podía hablar, escuchaba, como si el culpable fuera él, la serie de errores que yo, en mi español inepto, había detectado en el ejército republicano. ¿Por qué no le dije directamente que había perdido a todos mis compañeros del grupo de británicos del batallón Lincoln, la XV B. I., la que se había integrado en la 15.ª división, a la que lo habían asignado a él?*

*La cuestión fue que, después de una noche difícil, cuando hice una pausa en mi desvarío, mi compañero de ambulancia, destinado después al mismo hospital base que yo y a la misma sala, llamémosla olla de grillos número uno, estaba el pobre blanco como la pared y con una expresión desencajada. ¡Todavía no sabía yo ni cómo se llamaba!*

*Habíamos llegado a última hora de la tarde, el hospital estaba a oscuras, la cena, servida. Antes de irnos a dormir nos trajeron un chusco y un vaso de agua a cada uno. En la sala se oían ruidos diversos, algún grito, gemidos, y también carcajadas, conversaciones. Algunos debían de estar a punto de recibir destino en el frente y tal vez por eso se les aceleraban las ganas de armar jaleo, para olvidarlo. Y, mientras os lo imagináis, me llevo la mano a la nuca. Os aseguro que la herida que tenía era como si llevara*

*clavado un badil que hurgaba en el agujero. Me dolía mucho la cabeza, pero al menos no me acababan de insultar como a Benet. Imaginaos: resulta que el camillero de la ambulancia era un chaval de su pueblo y, cuando se reconocieron y Benet intentó decirle algo sin conseguirlo, el chaval se echó a reír diciendo que entendía que no quisiera volver al frente. El soldadito en cuestión tenía manchas redondas en la piel y os juro que parecía un perro dalmata. ¡Caray, qué listo! ¡Naturalmente que no quería volver al frente! ¿Quién iba a querer ir a la muerte y al dolor? Pero ¡de ahí a fingir que era mudo delante de un vecino del pueblo...! Me quedé con ganas de partirle los morros de un bofetón, aunque Benet todavía no significaba nada para mí.*

*Pues, a lo que iba, nos recibieron con un triste chusco. Yo estaba muerto de hambre, como casi siempre, pero Benet apenas podía tragar los mordisquillos que daba, tenía toda la boca afectada, como si fuera de corcho. Me ofreció un trozo del suyo y yo, por pundonor, le dije que no, que ni hablar. ¡Ojo! ¡No es que le hiciera ascos! Os juro que me habría zampado cuatro chuscos mordisqueados como el suyo, pero ¡cada uno es cada uno! Así que os podéis imaginar la pinta que teníamos: la cabeza vendada; él, por un lado, yo, por el opuesto; yo por la nuca; sucios los dos, cansados y, sobre todo, desesperados.*

*Al día siguiente recorrimos juntos los pasillos del hospital, perdidos, nadie nos hacía caso, no sabíamos cuándo nos atenderían. Nadie entendía que Benet, además de la herida de la cabeza, intentaba articular palabras y no lo conseguía. Al escaso personal que trabajaba allí no le daba tiempo a fijarse, había casos mucho más cruentos. Él se había quedado incomunicado. Tal vez la persona idónea para entender su silencio, el peso de su angustia, fuera un extranjero como yo, que no sabía nada más que diez frases en español y que estaba a punto de estallar.*

*Me parecía que los soldados ingresados en el hospital base estaban tan sonados que me inculcaron la idea de que los mejores del país habían desaparecido. Así se lo dije a mi compañero. De día, la expresión de Benet*

*era de alerta, como si en cualquier momento fuera a caer otra lluvia de fuego y notara que se le cegaban los ojos con un líquido, y entonces se llevara la mano allí y se le llenara de sangre. En aquel momento yo no sabía cómo había sido el bombardeo. Mis palabras debían de restregarle el dolor, pero, por lo visto, yo era incapaz de dejar de refunfuñar. Estaba convencido de que a los voluntarios internacionales nos despreciaban, de que era una situación injusta y deprimente para todos. Pregonaba que no veía el momento de volver a Escocia, de irme de España. Preveía cuál sería el final de la guerra. Todo me daba asco, ¡Ay, con qué zoquete furibundo se tuvo que encontrar Benet!*

*Por suerte para mí, cuando ya creía que me iba a volver loco, me metieron en una ambulancia, en la que me encontré con otros voluntarios extranjeros. Recuerdo la despedida. No hacía ni cuatro días que nos conocíamos y, al verle la cara, supe que se sentía abandonado. Supongo que, por haber resultado heridos los dos en la zona de Gandesa y llegar juntos en ambulancia desde el refugio en el que nos habían hecho las primeras curas, nos había unido la compañía silenciosa que nos habíamos procurado mientras nadie nos prestaba la menor atención. Cuando nos dimos un apretón de manos, le brillaban los ojos y cerró la boca de una manera que se me agolpó toda la sangre en el pecho. Di media vuelta inmediatamente para montar en el vehículo. Contemplad la espalda que tenía entonces, maciza, vestida de uniforme, las axilas mojadas de sudor, ved cómo pasaba a toda prisa, impulsada por las piernas, hacia la ambulancia. Sabido es que la nuca no tiene boca para hablar ni sonreír, menos aún si está vendada.*

*Me había apuntado voluntario porque las ideas comunistas me parecían convincentes y para perder de vista a mi padre. Ahora tengo la impresión de que, al deseo de ser útil a una causa justa, se sumaba también la sed de aventura. Me fui de Edimburgo sin avisar a la familia, era un tanto bruto. A estas alturas ya os habréis dado cuenta.*

*Después de la mala experiencia en el hospital base, Vilaboi fue un espacio en el que recuperé la salud y la tranquilidad. El hospital ocupaba una casa noble de una familia que se había enriquecido en Cuba. La atención médica era profesional y el ambiente, amable; veinticuatro horas después, cuando estaba en la habitación de doce camas en la que me instalaron, vi entrar a mi amigo mudo. Sobraron las palabras cuando nos dimos el apretón de manos que nos reunió.*

*Pasé quince días allí y nos hicimos inseparables. Al final, con gran esfuerzo, Benet empezaba a articular sílabas y algunas palabras. Poco a poco, el índice y el pulgar de su mano derecha recuperaban la normalidad. Solíamos pasear juntos. Él llevaba un cuaderno con dibujos y cosas escritas; dibujaba como podía las palmeras y los árboles del jardín. A veces escribía una palabra en el papel y me la enseñaba. Yo me defendía en un castellano precario, pero lo importante nos lo decíamos con gestos y miradas. Me invitaba a tabaco porque veía que fumaba más que él, pero yo lo rechazaba a menudo. La tos me mataba por las mañanas y siempre me levantaba de mal humor. El médico de Vilaboi dio con el remedio para mi estado de nervios. En mi historial constaba que, después de tantas muertes, me había resistido a levantarme, que había desobedecido y había dado muestras de agresividad en las primeras curas de la herida de metralla en el cuello. Había exigido la repatriación. En aquella época iba de mal en peor, indefectiblemente. Como decía, allí me tranquilicé. A Benet le pronosticaron que recuperaría el habla. Me propuse no volver a hablarle de lo que pensaba de la guerra y de los mandos. A él le quedaba todavía mucha guerra por delante. Me daba cuenta de cómo le afectaban las noticias de la situación en el frente. Además, yo contaba con pocas palabras para darme a entender y ninguna para matizar.*

*Como es lógico, Benet podía haber muerto en la guerra, a veces me lo imaginaba. Y yo, en la Segunda Guerra Mundial, como se temía él cuando se acordaba de mí. De lo que estaba casi seguro era de que, después de*

*ingresar en Vilaboi, cuando él mejorase y volviera a hablar y recuperase la sensibilidad que había perdido en la mano, lo mandarían otra vez al frente. Otras posibilidades: tanto él como yo podíamos haber muerto después de las guerras en cualquier otra circunstancia. O, sencillamente, que no nos hubiéramos vuelto a ver nunca más.*

*Ahora podría decir maravillas de mi yo joven, pero, la verdad, me veo como un golfo fatuo y rabioso. Sin haber terminado de crecer, había sufrido, había visto morir como nunca, había tenido miedo y me creía superior a los españoles por el mero hecho de ser escocés. Por eso no voy a decir nada bueno de mí en aquella época. Aunque era muy idealista en algunos aspectos, mejor que ahora.*

*Entonces ya intuía virtudes infrecuentes en Benet. La generosidad, la paciencia. La manera de soportar la mudez, con solo la tristeza de sus ojos y con las palabras que, como filas de hormigas, llenaban su cuaderno al lado de los dibujos, y que me habría gustado leer y entender. ¿Quién iba a imaginar que, muchos años después, volvería a ver aquellos papeles, cuando ya serían amarillos?*



Letra

Finales de septiembre del año decimotercero del siglo veinte. Llegó en otoño, cuando el calor amaina y se acortan los días. La casa de sus padres debía de ser acogedora, cálida y alegre: un niño, el primer hijo de Benet y Pia. Le pusieron el nombre del padre.

Darían los primeros pasos en la plaza de Dalt y la calle del Mig de Riublanc. Al abrigo de las casas encontraría su madre resguardo para ponerlo al sol evitando los momentos en que el viento se precipita desde las alturas como un demonio soplador. ¿Quién sabe lo que pasa cuando una persona nace en un sitio de dimensiones gigantes? El Montsent, la montaña que ampara al pueblo por la parte del valle, sobrepasa los 2.800 metros de altura; enfrente está el pico del Orri. El río Noguera Pallaresa es de tamaño mediano, sus aguas vienen de las nieves pirenaicas saltando, inquietas, entre granito y pizarra; y además estaba el torrente, que cada dos por tres inundaba los huertos de los alrededores del pueblo. El cielo. ¿Cuándo levanta un niño los ojos por primera vez hacia los límites visibles de su mundo?

Con el tiempo, Benet irá a la escuela, pero antes ya habrá tenido amigos entre la chiquillería del pueblo. Juegos poco didácticos, sin juguetes. Cazar gatos a pedradas, robar fruta verde de los huertos, subir al castillo, jugar al escondite, llamar a las puertas y echar a correr. Meter los pies en el torrente y practicar la puntería con grandes piedras planas, afiladas, fragmentos de losas, pizarra gris, casi negra. Más adelante irá también al río, donde el ruido del agua lo domina todo, se sobrepone a la voz como una mantilla de malla cerrada; aparece de pronto y marea con su rugido hasta anular el sentido del oído cuando uno se acerca. Con ramas de chopo, barcas y látigos, el verde de

las hojas, el de los prados de hierba para el ganado, el verde de los brotes de jabonera, el de las ortigas, los verdes zarcillos del jazmín de monte, los altos tallos de la amapola real, la hierba adormidera, coronados de rosa, malva o blanco, el azafrán silvestre entre los zapatos, pegado a las suelas, el diente de león, un universo variado, conocido y, por eso mismo, apenas visible, que más tarde recordará desde lejos con un dolor salvaje. Un mundo casi no hollado por el hombre ni la mujer, triunfante todavía por encima de la vida humana, una naturaleza que es preciso reverenciar y de cuyos excesos hay que protegerse: aludes, riadas, tormentas, vendavales, sol ardiente. Es pequeño en un universo que se da a conocer como un aliento envolvente, más aún que el de sus padres y vecinos. Los primeros cuentos hablan de la osa que acecha a los pobres, dueños de prados en las alturas de la montaña, y le meten en el cuerpo la herencia de los humildes, la que le corresponde, gigante, revestida de un pelaje pardo y unas zarpas con unas garras como cuchillos.

## Hermanos

Poco después, cuando empezaba a tenerse en pie, llegó una niña, la nena; se la presentaron diciendo que era su hermanita. No le ponen Pia, ni Rosa, ni Carme, ni Joana. La bautizan con el nombre de Genoveva. ¡Qué largo! Fue un capricho que se permitió la madre. Cuando era joven, Pia conoció a una señora guapa, elegante y educada en Barcelona, que la deslumbró, y se llamaba Genoveva. Y así, de alguna manera, orientaría el destino de la hija. La nena sería inteligente, guapa y elegante en grado sumo. Demasiadas cualidades para tener un destino parecido al de la mayoría. Pero Genoveva, no. En casa la llamarán nena o Veva. Será la principal amiga de Benet, su primera compañera de juegos, aunque lo haya destronado de una humilde silla de mimbre; además, pronto serán dos los destronados.

La madre sabe leer y escribir y, siguiendo la recomendación de un *hermano*<sup>1</sup> que da clases en el convento cercano al río, suscribirá a los niños a la revista *En Patufet*. La nena y él se pelearán por ella cada vez que la reciban.

—¡Me pido primer!

—¡No, yo primer!

Los dos hacen caligrafía, letras como caracoles. Poquito a poco se inflan las os como la concha de rayitas amarillas, rosas y azules del caracol de montaña. Las eles y la bes se alzan como remos de almadiero y caracolillas blancas. Las íes, sin embargo, se alargan como los cuernos del caracol común, con su puntito, el ojo múltiple, arriba del todo. No ha visto todavía conchas nacaradas, con los colores del arcoíris que descubrirá en el cielo.

En el otro lado de la plaza, enfrente de su casa, viven unos tíos suyos. Él es

hermano del padre, ella, hermana de la madre. Joan y Bepeta. Joan, el primer primo, también estará en la pandilla de amigos de Benet. Pero tiene más primos en Riublanc. Podría decirse que el pueblo es una gran familia que le da seguridad. El padre trabaja donde puede. Es hijo de la numerosa prole de los Obrador de Reniu, ocho hermanos, la niña murió poco después de nacer, y es el segundo, no posee tierras ni ganado, solamente dos brazos y una cabeza serena. Casi no sabe leer ni escribir, pero sabe hablar y contar cosas con gracia; hombres y mujeres lo rodean en corro y se ríen; algunas cacarean con voz aguda, como gallinas que reclaman la atención del gallo. Al final, el padre de Benet encuentra trabajo de peón en Obras Públicas. Se inicia una época llevadera. Un día el tío Josep les regala un perro que es su mejor juguete, le sigue por doquier. En la escuela, Veva y él compiten entre los primeros. El párroco captará a Benet de monaguillo y el chico lo hará bien. No tarda en aprender la misa y los oficios. Un día el párroco le dice a la madre:

–Si Benet fuera al seminario ¡sería un gran rector!

A principios de otoño se celebra una fiesta anual que su padre no se pierde por nada del mundo. Es costumbre que los hombres suban a pie la cuesta de la ermita de San Miguel con burros, mulas, yeguas y caballos, y allí se celebra la romería de esa jornada. El 29 de septiembre suele refrescar, pero si no llueve todavía los acompañará el buen tiempo. Salen temprano, van andando en paralelo a la corriente del río Noguera y, si levantan la mirada hacia la otra margen, divisan el bosque. Nada más cruzar el puente se tuerce a la derecha y, después de subir un buen rato, la pandilla de Benet hará una parada en Reniu, el pueblo de sus abuelos. La abuela se pone loca de contenta. No para de repetir: «¡Jesús, mis pequeños!», ni de recorrer la cocina de un lado a otro ofreciéndoles algo de comer y de beber para agasajarlos. Esta buena mujer, que ha parido ocho hijos, siete niños, todos sanos y salvos, es de temperamento servicial y bondadoso. La larga mesa ya está puesta cuando llegan. La luz lo inunda todo; la comida y la bebida, los platos, los cubiertos, las servilletas y el mantel son pinceladas de color que cubren la noble madera

de nogal. Las voces de los hermanos se cruzan unas con otras, y las de sus mujeres. Los pequeños alternan la curiosidad con saltos y carreras por la escalera, y Benet en medio de todo, aspirando el olor del fuego y de la comida.

Entretanto, en casa, la nena y él recibirán a un hermano, al que llamarán Pere. Poco después terminan las obras de la carretera paralela al río Noguera Pallaresa y, si su padre quiere seguir trabajando en Obras Públicas, tiene que ir a la Noguera, el pueblo más grande de la comarca. Aunque Pia tiene casa en Riublanc por ser la primogénita y, por tanto la heredera, la cierra y sigue al marido, con los hijos, a un tercer y último piso, un espacio reducido de tres dormitorios, lavabo con bañera, una cocina pequeña y una despensa. Uno de los dormitorios es oscuro, completamente interior, pero las demás habitaciones son luminosas y están aireadas; en invierno es frío y en verano parece un horno. Al lado, como en Riublanc, también hay una plaza de tierra, y es tan grande que a Benet le parece un descampado.

En la Noguera echa mucho de menos a sus primos. Aquí, la montaña que protegía su pueblo desde la cima más alta se ha convertido en una cordillera maciza y no muy lejana. La ve desde la azotea e intuye la semejanza con una enorme lagartija durmiente. El río clamoroso que saltaba entre rocas inmóviles se vuelve aquí manso como una alfombra. La gran presa le ha frenado el ímpetu y las compuertas regulan su transformación en electricidad. Los dos hermanos todavía tienen tiempo para ir a la escuela y aprenderán, leerán, harán sumas, restas y multiplicaciones. Dividirán. Son buenos estudiantes, escriben más deprisa, hacen una letra mediana, les han enseñado a inclinarla hacia la derecha. Ahora parecen caracolitas preciosas. La eme, tumbada; la ene y la uve, desmochadas; la ele y la be, rectas. Al principio están un tanto perdidos en el pueblo, pero poco a poco Veva y él se hacen con unos cuantos amigos y amigas. Sus primos se han quedado en Riublanc esperando que vuelvan, sobre todo Joan, y Pepe en Reniu. Por San Miguel procuran ir todos a la romería sea como sea. Si no fueran, a los abuelos les

sabría mal. Pere todavía es pequeño, pero Benet habla entusiasmado con Veva del viaje.

Benet tiene la cara redonda, pero está delgado y fuerte de cuerpo. Si fuera más alto dominaría completamente a los de su hornada. Tiene castaños los ojos y el pelo. Los de sus hermanos son verdes, como los del padre. Es el mayor, a él le caen las regañinas más severas. Veva es rubia y clara de piel, muy guapa y, sobre todo, no deja que nadie le toque las narices ni le tome el pelo, es más lista que el hambre. En la Noguera, la madre pierde la paciencia con los dos a menudo. Ha dejado casa y pueblo por seguir a su marido, ha dejado a su hermana, con la que se lleva de maravilla; ¡ay, Bepeta!, ha vendido los conejos y las gallinas y ha abandonado el huerto. No le gusta la Noguera. Benet padre tiene que quedarse a dormir en los pueblos en los que trabaja, dondequiera que construyan caminos, tiendan conducciones de agua o pavimenten la carretera. A veces pasa muchos días sin verlo y el sábado, cuando llega reventado y sucio, le lleva un montón de ropa para lavar y no tiene ganas de hacer nada de la casa, de llevarla a dar un paseo ni de saber nada de las diabluras de sus hijos. Por suerte el niño, el mocoso, es su ojito derecho. No sabe si podría resistirlo sin Pere, sin los cuadernos escolares de los dos mayores. Los lee sin falta, y también la hoja del calendario. Cada día un consejo, una enseñanza, una oración, una receta. Las vecinas le parecen necias y chismosas.

Benet se mantiene entre los primeros de la clase, aprende deprisa, como su hermana. Hay entre ellos una rivalidad alegre. Pero, cuando no entienden algo, a Veva le da la risa, mientras que a Benet se le queda la mirada fija y la expresión tensa. Piensa y repiensa. Durante la semana no le gusta ser «el hombre de la casa», «mi esperanza», como dice su madre, siempre cargada con el pequeño en brazos, a quien le da un beso en la mejilla. Le gustaría que el padre estuviera siempre cerca, cortando las frecuentes quejas y llantinas de Pia. Le gustaría que estuviera por allí diciendo lo que había que hacer. Tomando decisiones.



Atender, pensar, oír, callar. Hasta que un día no puede resistir más el peso de las palabras y sale de casa disparado, se escapa. A menudo se va al río, al sitio en el que fueron a bañarse el primer domingo nada más llegar, todos juntos, riéndose con alegría. Hasta la madre sonreía con las bromas del padre, que los salpicaba, y Benet fue el único que se mojó entero. Ahora, el único refugio es esfumarse. Callejea por la Noguera, si es lunes hay un gran mercado y siempre se encuentran muchos cafés y el Pabellón, un local en el que hacen espectáculos de revista. Oyó decir a unos hombres que allí cantaban chicas guapas, bastante escotadas, pero también hay cine. Imágenes en movimiento mientras alguien toca el piano. El cine le hará reír y llorar, lo alejará de su madre, de su padre y de todo lo cercano, y, cuando salga a la calle después de vivir muchas aventuras en la sala, creará que es huérfano, libre. Le gusta ir a la escuela, sobre todo el dibujo y las matemáticas, y la lectura, aunque estudien en castellano. No entiende que, si todos hablan catalán, los libros sean en castellano y los maestros también les hablen en castellano, algunos con dificultad. Lo dice en casa y su padre le responde:

—¿Sabes lo que es una dictadura?

La nena salta antes que nadie.

—¡Yo no!

Él ya se lo ha oído decir a su padre y no abre la boca, empieza a calcular las ventajas de callarse.

—¡La que dicta dura!

El padre suelta una carcajada después de responder y la nena termina riéndose, pero Benet sabe que su hermana no lo ha entendido. La verdad es que él tampoco lo entiende muy bien. Porque sabe lo que es dictar, y duro es lo contrario de blando, pero cree que su padre no se lo sabe explicar y disimula con la broma las preguntas que podrían hacerle a continuación. El padre se ha levantado. Irá al dormitorio a cambiarse de ropa. La madre correrá tras él, rogándole que vuelva pronto, recordándole que el aceite se ha terminado, refunfuñando por tanta ropa sucia, lamentándose de haberlo acompañado a la

Noguera. Benet no sabe si su padre ha oído esto último, porque ha salido embalado escalera abajo, como un cohete, y ella se lo ha dicho desde el rellano, apoyada en la barandilla. En cambio, seguro que algunos vecinos lo han oído y la madre volverá a quejarse porque dice que hay una bruja que deja la puerta abierta para oírlos y, cuando se la encuentra, la mira como riéndose de ella.

La nena y él se esconden, porque ya saben que, después de cerrar la puerta, Pia rompe a llorar, y los dos, como si se hubieran puesto de acuerdo, se meten entre el lavadero y la barandilla de la azotea, donde se forma un rincón desde el que se ven la calle y la plaza; y allá arriba, a lo lejos, el gran macizo del Montsec. La hermana lo miraba mientras contenían la respiración y la madre echaba un vistazo a la azotea desde la puerta del pequeño comedor, que está al lado del recibidor, que se encuentra nada más pasar el rellano desde el que le ha lanzado el reproche. Un instante después, cuando la mujer se va por el pasillo hacia el lavabo, la cocina y los dormitorios –Pere duerme la siesta en uno de ellos–, rompen los dos a reír porque, después de llorar, la han oído decir:

–¿Dónde coño se han metido estos dos críos? ¡Me vais a volver loca entre todos!

Ahora ya son mayores y salen solos a la calle. Veva ha dicho desde el pasillo que van a jugar, mientras el hermano sostiene abierta la puerta, y han bajado como potrillos, corriendo y saltando escalones antes de cada rellano, y en el portal, a un paso de la calle, ella le dice:

–¿Vamos a llamar a los timbres, Benet?

Él la sigue sin responder. Piensa en su madre, que estará llorando a moco tendido y, aunque se le habrá pasado cuando vuelvan, les guardará algo parecido al rencor. También piensa que su padre podría decirle dónde va cuando sale, decírselo cada vez, y también el tiempo que tardará en volver. De mayor le gustaría ser como su padre, desenvuelto, con una palabra siempre a punto para cortar una conversación enojosa. Hacer reír contando anécdotas.

No tiene ganas de llamar a los timbres y convence a su hermana para ir al río a practicar la puntería con piedras.

Le parece que los días y los meses pasan rápidamente, y los años, más aún. Se encuentra bien en la Noguera, ya es todo un mozo, ha aprendido mucho y no le apetece jugar con su hermana, solo cuando la ve apagada o si no se le ocurre nada mejor que hacer. Su hermana también ha dado un estirón e, igual que él, se lo pasa bien leyendo y aprendiendo, y tiene amigas. Ahora el pueblo grande les gusta mucho a los dos y apenas se acuerdan de Riublanc. Benet ya no es monaguillo y en la academia en la que sigue estudiando todos son profesores, no hay curas. Pere ya se maneja por su cuenta, incordia continuamente a su hermano mayor y a su hermana porque quiere jugar. El padre gana más y, gracias al don que tiene para mandar y cortar conversaciones, lo han ascendido a capataz. La que sigue igual, como si el tiempo la hubiera encerrado en el mismo punto, es la madre. Se queja, echa en cara a los dos mayores, «por quienes tanto me he sacrificado», las diabluras que hacen y está en pie de guerra contra su marido. Benet y Veva entienden perfectamente las palabras que la madre le dedica al padre, que pasa muy poco tiempo en casa.

—¡Vete con la carpintera! ¡Corre, desgraciado, que te estará esperando!

La carpintera es la vecina de abajo, la que deja la puerta abierta para oír lo que se dicen. El padre baja la escalera deprisa, muy deprisa. Tiene las piernas largas y fuertes y normalmente no contesta nada. Cuando ocurre esto, Benet cierra la boca y, a veces, también los puños. A menudo sale a la calle detrás de su padre, pero no lo sigue, sino que da unas vueltas por el pueblo. Se encuentra con un amigo o no, según la hora y el día. Tiene muchas ganas de ser mayor, de irse, de no tener que preocuparse de nada, solo de trabajar y dejar la ropa sucia el sábado, al volver a casa. Pero lamenta que, de un tiempo a esta parte, su hermana, en vez de enfadarse como él, llore cada vez que hay bronca entre sus padres. Lo peor de todo es lo que les inspira la madre. Es inteligente, pero no sabe tratarlo. ¿Cómo iban a poder ellos...? Un día, después

de una escena entre Benet padre y Pia, los dos hermanos prometen no casarse nunca. Se lo dicen cada uno para sí, pero se miran como si fuera un pacto ante testigos mientras se besan los pulgares cruzados.

## Brazos

Mientras el tiempo pasa como si volara, da gusto ver a la nena, que canta en el orfeón, como su hermano; Benet tiene una bonita voz de bajo; un día su padre le dice que falta gente en la obra. Hay que terminar un camino en poco tiempo y es una manera de entrar en Obras Públicas y ganar unas pesetas. Le dejará la mitad para sus gastos. Estará a sus órdenes y le enseñará a hacer las cosas, por eso no hay que preocuparse. El padre cree que, con los conocimientos que tiene, llegará a capataz en poco tiempo.

Él lo oye, pero no dice nada.

—¿Estás en Babia o qué?

No, pero prefiere ganarse la vida dibujando. Le gusta mucho, tanto el dibujo lineal como el artístico, pero, hasta ahora, ni su padre ni su madre le han preguntado qué le gustaría ser. Ganaba algún dinerillo por ayudar en la librería y no parecía que les preocupara mucho. La una, porque bastante trabajo tiene con sus cosas y vigilando a su marido; el otro, porque casi nunca está en casa. El padre lo mira fijamente con grandes ojos verdes y suaviza la voz para decirle que tienen los gastos pagados en casa del alcalde, para los dos, y que el alcalde es un campesino rico, que en su casa se come y se bebe bien y que la cama es buena.

A él le gustaría...

—¡Mañana te despierto a las siete y nos vamos juntos!

El padre sale, pero Benet no ha reaccionado todavía, sus ojos, de color tostado, miran al infinito pero solo ven un comedor desordenado en el que casi nunca está la comida a punto. Bueno, pues lo probará y, si la cosa no funciona,

encontrará la forma de escaparse. Solo se lo dirá a su hermana, pero en el último momento, no vaya a ser que se eche a llorar.

Trabajan en un pueblo no muy lejos del suyo. El paisaje es dorado y verde. A su padre le gusta lo que hace. Abronca a los peones y un rato después los invita a beber algo. Todos lo respetan o le tienen miedo, todavía no distingue bien estas dos actitudes. El trabajo le es indiferente, le resulta monótono y pesado, pero no por difícil, sino por el sol o el frío que tienen que soportar. Allanar un terreno, rellenar agujeros, transportar material. ¡Ojalá tuviera que trazar sobre papel el mejor recorrido de un camino! El pensamiento vuela en libertad si nadie habla o canta, y él piensa sin parar mientras mueve la pala. ¡A veces daría lo que fuera por poder detener su joven memoria!

Ahora está más cerca que nunca de su padre, conoce bien su trabajo. Ha comprobado que no le regalan nada. El dinero que se gastan en el piso, la comida o la academia no se lo gana haciendo bromas. Podrá explicar a su madre por qué ensucia tanto la ropa y se le rompen las alpargatas, primer motivo de bronca cuando llega a casa los sábados. Come en la mesa a su lado e incluso duermen en la misma habitación. No hablan de casa, pero, cuando el padre paga el sueldo semanal a su hijo y a los demás peones, le dice que la mitad es para la madre. Él ya tenía en mente comprar con su parte un libro y papel de escribir o un cuaderno, está contento. El domingo irá al rincón del pantano con sus amigos. Hace tiempo que aprendió a nadar, y, después de mirar el agua, lo mejor es dejarse caer, abandonarse desde tan alto que el corazón se le acelera: un instante en que se cree capaz de todo. No tendrá que pedir dinero para ir al cine y cree que tendrá suficiente para invitar a su hermana. Debe de estar enfadada o dolida, fue todo tan repentino que le costó lo suyo decirle que empezaba a trabajar. Los caminos de los hermanos se separan por primera vez.

Quedan tres semanas de trabajo. A Benet le ha parecido rutinario y cansado, pero podría seguir haciéndolo en otro sitio. Incluso dirigirlo, tal vez. A lo largo de esos días, los dos Benets se han visto obligados a pasar muchos

ratos juntos, y alguno que otro, completamente solos. Uno de esos días se le ocurrió contarle que la madre se apoya en él a menudo, que le dice que será su salvación, y le propone volver a Riublanc con ella y el pequeño, los tres, ahora que él ya puede ganarse la vida.

–La nena puede quedarse con tu padre, como lo quiere tanto... Ya sabe lavar la ropa y hacer tortillas. A ella no le buscará las cosquillas ni le rezongará, y él tendrá carta blanca para hacer lo que le venga en gana.

Ha imitado a su madre y el padre reacciona con una sarta de maldiciones. Se pone de pie y recorre el dormitorio de un lado a otro dos veces. Después le pregunta:

–¿Y tú que le has dicho?

–Nada, pero no quiero ir con ella y el niño, no me parece buena idea.

–¡Bien hecho! Con ella lo mejor es callarse. Anda, vamos a dormir; no te preocupes, ¡ya procuraré yo que no pase eso!

El trabajo se termina también para el padre de Benet y ambos se quedan en casa unos días entre semana. Pasará un tiempo hasta que salga un destino nuevo. La madre se muestra más cercana y menos enojada con el marido, ha cobrado dos sueldos semanales para la casa, es domingo y el arroz le ha salido rico. Viven un rato de concordia. Nada más terminar de comer el padre se queja de que Pere hace lo que le viene en gana, llega tarde a la hora de comer y la madre lo disculpa. El padre se calla y, antes de salir, dice que al día siguiente quiere ir a ver a su hermano Antoni, que vive en Barcelona. La nena quita la mesa, tiene prisa por irse a casa de una amiga para ensayar una obra de teatro que están preparando. Pere se ha ido de nuevo a la calle como por arte de magia, sin que Benet se diera cuenta. Se queda solo con su madre, y la oye decir:

–¡Irá a gastárselo con una cualquiera!

A continuación, aprovecha lo que le debe de parecer un momento oportuno. Vuelve a la idea de dejar a su marido e irse con él, que ya es el mayor, y con la niña de sus ojos, el pequeño. Tiene casa propia en Riublanc, todo lo que



ama, aparte de ellos, claro, dice. Benet no se inquieta. Sabe que no se le da bien conchabarse y además su padre se encargará de todo. Si tienen que resolver algún problema, es cosa de ellos dos. Al ver que el hijo no contesta, le pregunta:

—¿Te ha lavado el cerebro el hombre ese?

Entiende que se refiere al padre y supone que no tendría por qué sorprenderlo que se refiera a él como si fuera un desconocido.

—¡No!

Y se va también. A mitad de la escalera empieza a darle pena. Se ha quedado sola con los platos sucios. Pero ¿por qué se le ocurren esas cosas tan raras? ¿Qué haría él allí con Pere y ella? Decide pasar en casa el menor tiempo posible. Se dedicará a estudiar, quiere sacarse el título de perito y tendrá que hacerlo por correspondencia, porque en la Noguera ya no es posible. El lunes irá a la pequeña biblioteca con su hermana. Tiene la sensación de que trabajar le ha dado otra perspectiva de las cosas. Saluda con decisión a la bibliotecaria, una señora discreta de mirada inteligente que siempre atiende bien a todo el mundo. Parece que se da cuenta de lo que piensa Benet y sonrío complacida.

## Sastrería Enrich

El hermano del padre que vive en Barcelona es el menor de los hijos de la familia Obrador de Reniu, el que enseguida vio claro que tendría que ganarse la vida sin ayuda de sus padres. El padre de Benet es el segundo y se llevan muy bien desde siempre. Antoni se fue pronto a Barcelona, se hizo sastre y en cuanto pudo se estableció por su cuenta con dos ayudantes, un chico y una chica que confiaron en él. Encontró un piso en la calle Bergara, muy céntrico, y se tiró a la piscina. Montó el taller en la habitación más espaciosa.

Antoni es más bajo que Benet padre; cuando se abrazan bajo la mirada atenta de su suegra, la señora Gertrudis, esta se da cuenta de la diferencia. Enseguida sale Joana al recibidor, es la aprendiz que lo ayudó al principio y ahora es la mujer del sastre. Rubia, guapa, rellenita. También es un poquito más alta que su marido, pero además lleva zapatos de tacón. Entran todos en la casa. Le enseñará el taller a su hermano después, primero tienen que hablar. Las dos mujeres les sirven un refresco y luego se retiran. Benet se parece mucho a su padre, tiene la cabeza ligeramente alargada y los ojos claros. Antoni es un hombre guapo y elegante. Su cara es más redonda que la de su hermano, más afable y, aunque es el menor, ya tiene algunas canas en las sienes. Benet estaba a punto de gastarle una broma, pero parece que le detiene la voz de su hija, la nena, que hace poco le dio un consejo con disimulo. Le dijo que, si lanzaba palabras tan directamente a otra persona, podía ofenderla, aunque fuera sin querer. Y todo porque la había llamado «marisabidilla».

En primer lugar, hablan de los padres, esas personas humildes que les dieron la vida y los criaron sin nada más que unos prados y algo de ganado. Las noticias son buenas, pero se han quedado solos, ninguno de sus hijos ha

echado raíces en el pueblo, porque, cuando murió el heredero, los demás ya se habían asentado en otra parte. Para Antoni, que lleva media vida en Barcelona, Reniu es una palabra lejana, como un eco que se disuelve después de los últimos truenos. Han recordado sus orígenes y se quedan callados unos momentos, como en un oficio religioso.

—¿En qué piensas?

Con toda su estatura y toda su decisión, Benet abre la boca y se le escapa un gallito en la voz. Estar al lado de su hermano, aquel mocoso criado con tanto esfuerzo, que está hecho todo un señor, con sastrería propia en pleno centro de la capital... No sabe cómo decírselo y cambia de tema. Salta a otro capítulo. El hermano espera alguna confidencia importante, porque sabe que Benet, en la ciudad, está como pez fuera del agua, y no va sobrado de caudales, por lo demás. Si ha venido a Barcelona, es que pasa algo gordo.

—¿Qué me cuentas?

Tan pronto como se lo pregunta, Antoni percibe que Benet tiene los ojos húmedos, y se queda desconcertado. Sin embargo, su hermano no tarda en soltar la voz y le dice que su matrimonio es un fracaso.

—Pia es celosa.

No es que él sea un santo y a lo mejor, si alguna mujer se le ha insinuado, no ha dejado pasar la ocasión, pero nunca la ha engañado, ni tiene una amante ni nada por el estilo. Quiere a sus tres hijos, pero ve bastante perdido al pequeño. Cuando lo regaña, siempre se esconde entre las faldas de su madre; es listo y guapo, pero a los trece años hace lo que se le antoja. Los dos mayores, que son dos joyas, inteligentes y buenos, están hartos. Sobre todo Benet, el mayor, que ya ha empezado a trabajar con él. La madre le calienta la cabeza y le lloriquea para que se vaya a Riublanc con ella y el pequeño, y separarlos de él. Benet hijo no quiere irse de ninguna manera, pero él, que la conoce muy bien, sabe que si le insiste y se hace la mártir acabará por llevárselo.

—Pero ¡no estoy dispuesto a consentirlo!

Lo dice levantando la voz, matizada todavía con un eco de la emoción que lo embargó después de reconocer el fracaso.

—¿Y qué podemos hacer?

Antoni sabe que lo que le pide es ayuda, pero está desorientado, no sabe qué clase de ayuda. Espera mientras Benet lo alaba por haber tenido la capacidad de elegir bien a su mujer y vuelve a recriminarse duramente el error que cometió él al elegir a la suya. Solo se justifica diciendo que el bueno de Joan, el otro hermano, el que se casó con la hermana de Pia, le decía que se entendían bien, que eran buenas chicas. Pia le gustaba, era la heredera, tenía casa y huerto. A ella le entró prisa por casarse, daba igual que él le dijera que solo tenía su sueldo y que dormía donde trabajaba. Pia sabía leer y escribir; él, apenas. Parecía sacarle ventaja en todo. Y no era una mujer dócil, más bien todo lo contrario.

—¡Es más tozuda que una mula!

—...

—Metí la pata hasta el corvejón.

—¡Vamos, no te machaques más! ¿Cómo ibas a saber que era así? ¡No es culpa tuya! Entiendo que procures que el chico no se vaya con ella.

—¡Sí! Es trabajador y obediente, me hace caso. Ha estado conmigo en la última obra, ha aprendido el oficio enseguida... y se va a sacar un título de perito. Oye...

—¿Quieres que lo coloque de aprendiz conmigo?

—¿Me harías ese favor?

Benet hace un esfuerzo para tragarse la emoción que le vuelve a subir a los ojos como se escurre un hilo de agua. Antoni sonríe mientras su hermano le cuenta que su hijo es un artista.

—Dibuja muy bien, pero no sé si tendrá la misma maña con la aguja. ¿Cómo va a vivir del dibujo? ¡No podría echarnos una mano! ¡Somos cinco! Verás, he pensado lo siguiente: si el chico adelanta la mili y la puede hacer aquí, cerca de ti, porque resulta que, en cierto modo, es el que más se parece a su madre,

pero no en lo malo. Piensa demasiado, pero no fantasea, le cuesta salir adelante, necesita que le den un empujoncito, porque es listo y, si el empujón es fuerte, se resentiría. Necesita a alguien que no esté siempre encima de él, que se ponga de su parte. Un hombre. Lo he entendido esta temporada que hemos estado juntos día y noche. Hasta ahora lo tenía muy abandonado con las mujeres. ¡No he sabido hacerlo mejor!

—¿Y la nena, Genoveva?

—Veva... ¡Lo tiene todo! Es guapa, lista, razonable... pero cada dos por tres se enfada con su madre. Es la alegría de mi vida y también quiere mucho a Benet. Han crecido juntos, solo se llevan un año y medio, y a veces parecen las dos caras de la misma moneda. Pero, ya ves, a ella no le cuesta decir lo que piensa y no se deja convencer sin más ni más. En cambio él es demasiado *tenre*. [1](#)

Antoni nota un cosquilleo en la piel al oír esa palabra en *pallarés*. *Tenre*. Un alud de sensaciones, comprimidas en algún lugar, en un espacio remoto de la memoria, lo pone en alerta. Prefiere hacer más preguntas sobre su sobrina.

—¿Estudia?

—Quiere ser secretaria y le falta poco para sacarse el título. Me da rabia, porque se casará enseguida y todo el dinero que hemos gastado en la academia no habrá servido de nada.

—No te lo tomes así. Si se educa y tiene estudios, podrá encontrar un trabajo mejor e incluso un partido mejor que si no hubiera estudiado.

Se quedan un momento en silencio. Benet, como si hiciera penitencia, y Antoni, despistado, calculando la jugada.

—Oye, yo le hago los trajes a un militar con graduación. Puedo preguntarle lo que hay que hacer para adelantar la instrucción militar de Benet y si es posible que la haga aquí. A lo mejor tener estudios le sirve de algo.

—¡Sabía que me ayudarías!

Antoni se levanta y le da un golpecito en el hombro. Benet le da un abrazo y su hermano le dice al oído:

–Hoy Joana y yo te llevaremos a un cabaret que está muy bien.

–¿Joana también?

Se abre la puerta y la señora Gertrudis anuncia que la comida ya está lista. Los hermanos se miran y sonríen mientras la mujer vuelve rápidamente a la cocina.

–¡No te imaginas lo que vale esa mujer...! Ya lo verás, cocina muy bien y gasta muy poco.

–¡Qué suerte has tenido!

–¡Oye, que trabajo como un condenado! Después te enseño el taller.

–¿Tienes trabajo?

–Más del que quiero, pero lo malo es que todo el mundo viene con prisas. Te encargan unos pantalones y les gustaría salir con ellos puestos nada más tomarles las medidas. Se casa un hijo y vienen quince días antes de la boda para que les haga el traje al novio, al padre y al hermano. Necesitaría el doble de gente cosiendo para trabajar con desahogo.

–Entonces, te ganas bien la vida, ¿no?

–No me puedo quejar, Benet, no me puedo quejar.

El día en que Benet padre volvió a la Noguera comentó en la comida lo buena cocinera que era la suegra de su hermano y lo bien que lo habían tratado. A la hora del postre repitió lo que todos habían entendido ya.

–¡Antoni acertó al elegir a su mujer!

Con estas palabras empezó la desbandada. La madre se fue a la cocina, la nena tenía ensayo y Pere ya se había esfumado sin decir dónde iba. Se quedaron los dos solos, los tocayos, y fue entonces cuando le dijo que si su tío podía arreglarlo iría a hacer la mili a la capital.

Se había proclamado ya la Segunda República cuando Benet fue a Barcelona por primera vez en su vida. Tenía la sensación de que todo le sonreía. La mili duraba solo un año. Su tío Antoni le había encontrado una plaza de administrativo de ocho a tres en el cuartel de Lepanto y una pensión

en la calle Xuclà, además de ofrecerle toda la protección que pudiera necesitar. Se había librado de la presión de casa y del trabajo rudo e iniciaba una época en la que era el único dueño de su tiempo.

No tardará en superar la novedad de los primeros días de trabajo en el ambiente militar, en Hospitalet, el temor a perderse en las calles o a usar el transporte público. Con la escueta soldada se pagará la habitación y en la pensión trabará amistad con Alberto, un muchacho aragonés que se entrena en Montjuïc los domingos por la mañana. Se ha inscrito en la carrera Jean Bouin y consigue convencer a Benet para que participe también. Va con él a correr, se cansa muchísimo y, después de asearse y cambiarse de ropa, va a comer a casa de su tío. ¡Cuánto le gusta ir allí! Antoni siempre parece estar de buen humor, las señoras son amables y por eso casi siempre llega antes de la hora sin darse cuenta. Entonces se acerca a la plaza Cataluña y la recorre entera. Pasea fijándose en la diversidad de gente que hay y alza la mirada hacia los grandes y altos edificios que la rodean. Tiene la sensación de ser un poco más importante aquí que el aprendiz de antes en un pueblo perdido de su comarca, aunque añora el paisaje, la tierra rojiza, los árboles de todas clases y, sobre todo, el agua y el cielo. También echa de menos las conversaciones con Veva, a sus amigos, a las chicas que le sonreían. La Noguera se aleja más y más a medida que transcurren los días. No sabe si volver. Un domingo se da cuenta de que se ha despistado, es la hora de ir a comer con sus tíos y todavía le falta mucho para terminar de dar la vuelta a la plaza. Abandona el recorrido y acelera el paso. Llegará a la calle Bergara en un visto y no visto. Musculoso, moreno de brazos y de cara, pelo ondulado; si midiera cuatro dedos más de estatura sería un figurín. Entra en el portal del número 5, sube la escalera y llama al timbre sin aliento. Frena la impaciencia mirándose la punta de los zapatos hasta que le abren la puerta. La madre de su tía dice, gritando hacia el interior de la casa:

—¡Es Benet! —Y a él le dice—: Adelante.

La señora Gertrudis no es afectuosa, pero lo trata bien, no lo agobia con



comentarios sobre chicas ni sobre sus padres y hermanos, casi nunca le pregunta nada. Un domingo, después de comer, dicen que se tienen que poner a trabajar porque hay que entregar cuatro trajes de hombre al día siguiente. Benet se ofrece a ayudarlos. Su tío lo mira y mueve la cabeza de un lado a otro sonriendo. Su tía dice:

–Podría quitar los hilvanes.

Y en el taller, que está al lado de un patio espacioso y rodeado de casas, mientras sus tíos cosen a máquina, él libera las solapas de las puntadas largas y tirantes que han servido para coserlas bien. Hablan muy poco, cada uno está concentrado en lo suyo, y Benet se asombra cuando su tío se levanta, estira unos pantalones encima de la tabla forrada y se pone a planchar. Solo había visto planchar a su madre. Y su tío le muestra cómo se hace.

–Esto puede serte útil, aunque no sé cuándo.

Y se echa a reír mientras una nube de vapor que desencadena la plancha sobre la tela húmeda le tapa la cara. Cuando ya no quedan más hilvanes, su tío le da un billete y Benet, muy serio, dice que no, que de ninguna manera. Su tía Joana lo agarra suavemente por el codo y lo acompaña a la puerta. Él se deja llevar como un crío. Su tía le parece guapa, tan rubia y con los ojos grandes y claros; dentro de unos cuantos años, le encontrará parecido con la actriz Angela Lansbury. Después, la pareja se queda hablando del chico, el sobrino. A ella le parece que no tenía que haberle ofrecido dinero, aunque dice que sabe que lo hace con la mejor intención. Él replica que le preocupa un poco, que es muy buen chico, pero nada decidido; le hablará de la posibilidad de ocuparle las tardes. La mujer se ríe por la cara tan pensativa que pone su marido, y él deja la plancha para darle un abrazo. Todavía hay luz de día y sigue siendo festivo. Entretanto, Benet recorre airoosamente la calle Pelai con la alegría de haber correspondido un poquito a la generosidad de sus tíos. Bajará por la Rambla para ir a ver el mar, y casi siempre se encuentra con alguien de allá arriba.

Unos días después se matriculará en la Escuela Industrial. Con el título de

perito puede sacarse la maestría en Artes y Oficios. Además, irá a clase de dibujo un día a la semana, a una academia de la calle del Pi. Siempre que puede va a la biblioteca a leer libros de diferentes temas, ¡hay tantos que le llaman la atención! Extrae algunas dosis de conocimiento que sabe muy bien que le faltan. Ante él se abre un gran horizonte de posibilidades, seguramente con una magnífica alegría inconsciente de vivir.

Pasan los meses y solo va a la Noguera por Navidad. Su padre habla con él, se queja, está un poco preocupado, y Benet no le presta mucha atención, enseguida se distrae y no oye lo que dice. Está trabajando lejos, en Castelló de Farfanya, y únicamente se han quedado a solas un par de veces. Cuando vuelve a Barcelona se olvida de todo, del pueblo, de la familia e incluso de Veva y de sus amigos. Entre el servicio militar, los estudios, las experiencias, las lecturas... se le va el tiempo, pasa volando. La confianza de su tío lo alimenta, el afecto que los unía por consanguinidad se ha fortalecido con el trato.

Cuando termina la instrucción militar, se encuentra con su padre un domingo de abril en Barcelona, en casa de su tío; en la cara de los hermanos ve que su sueño ha llegado al final.

–Te necesito.

Le dice más cosas mientras su tío guarda silencio mirando por la ventana, pero Benet no las oye. Andando el tiempo, pensará que, si las cosas hubieran sido de otra forma, habría sido aprendiz de sastre y quizá hubiera podido quedarse en la capital. ¿Y si hubiera dicho que no, que no volvía al pueblo? ¿Qué habría pasado?

Se quedan en la ciudad las bibliotecas, las academias, las librerías, los cines, los teatros, la práctica de deportes. Las chicas de todos los tamaños y colores.

## Calle Pamplona

El coche de línea cubre la ruta más llana del viaje hasta el puerto de la Panadella, donde se detiene un rato para que los viajeros estiren las piernas. Benet se encuentra raro porque se ha despertado al parar. Estaba soñando con el taller de su tío, aunque la mesa de coser era mucho más larga y muy baja. Había hecho un dibujo en el tablero con tinta negra, y su tía, que era más delgada y más joven, lo miraba horrorizada, porque lo que había dibujado no era un paisaje ni un retrato, sino hilos o alambres enredados por toda la superficie. Se levanta de pronto del asiento del autocar, baja la escalerilla y se encuentra con la niebla y el frío, vecinos inesperados, hasta que lo abraza el olor del café.

Después de Artesa de Segre y del desvío de Ponts y la Seu, a medida que la ruta trepa hacia el puerto, los baches aumentan y las curvas se suceden sin misericordia. Parece que la carretera se estrecha en cada recodo, como si la cercanía de las montañas justificara las dificultades para llegar. Se hace un gran silencio entre los pasajeros, cada cual concentrado en resistir los envites entre el autocar y el terreno. Güell, el viejo cobrador, que nunca cierra la boca, amplía más aún el paisaje de sus ojos saltones; parece que de repente se haya tomado también unas vacaciones, hasta que un niño rompe a llorar; un rumor contagioso de comentarios se extiende lentamente, reptando, se acomoda entre los asientos como una serpiente invisible y desatasca la tensión general.

La concurrencia respira al alcanzar el alto del puerto de Comiols. Por la ventanilla del autocar, Benet contempla los tonos azules y las montañas más altas del fondo, con las cimas cubiertas de nieve, un color blanco que brilla y

que, desde lejos, festonea soberbiamente el dobladillo del mantel celestial. Pero los que han hecho ese viaje varias veces, como él, saben que el descenso no justifica que la gente hable animadamente o se mueva en el autocar, ni que lea ni que vuelva la cabeza. La bajada no es un alivio. Es traidora y, en ciertos tramos, se marean algunos de los viajeros que habían resistido la subida.

¿Esta es la tierra que añoraba los primeros días que pasó en la ciudad? ¿Esos borrones de pinos o de robles que se alternan en las márgenes del camino? ¿El río que van a cruzar dentro de nada es el agua que tanto ama? ¿La del pantano y los huertos, la de la pesca amena y placentera? El tierno panorama de mil tonos de verde y otros colores, que había admirado con exaltación cuando hacía el viaje hacia la capital, le parecerá ahora monótono y desabrido, como si, por ser joven, el mundo se estrechara y lo confinara a un rincón en el que tenía que ser productivo debido al cruel azar de ser el primogénito. Un impulso lo obliga a avanzar internamente hacia allí, pues le dice que es necesario, y un grito de rebeldía lo impele a hacerse el sordo, a escapar, y las dos fuerzas se enfrentan en su pensamiento. Es como si la condena se cerniera sobre él a medida que el autocar oscila de un lado al otro, un vaivén interminable que impone quietud al viajero y la necesaria confianza en la capacidad del conductor para resolver un desafío tan notable.

Cuando llega a la Noguera, la buena acogida de toda la familia es como un bálsamo. Genoveva está muy guapa, más guapa aún, y el pequeño es ya todo un hombrecito, esbelto y gracioso, que observa a su hermano mayor con admiración. Viene de la capital. La madre lloriquea y lo atosiga a preguntas. Hambre, sed, ropa. Cuando se queda solo con su padre, este le dice, ya se lo había dicho, que sigue habiendo trabajo y le repite que, con sus estudios, enseguida llegaría a capataz y ganaría tanto como él. Benet había preparado unas palabras. Que querría ser escultor, que es lo que más le gusta, o dibujante. No solo se le da bien el dibujo artístico, sino también el lineal, en Barcelona ha trabajado el carboncillo, la pluma y la acuarela. Ha traído unas láminas para enseñárselas. Pero, ante las expectativas del padre, se cohíbe,

hasta que ve que se impacienta y está a punto de levantarse. Entonces consigue decir:

–Los estudios de topógrafo estarían muy bien para trabajar en Obras Públicas, y podría hacerlos en la Escuela Industrial.

–Hijo..., tu hermano se está haciendo mayor y la nena es muy estudiosa, pero no quiere colocarse de dependienta... Se empeña en terminar secretariado y mejorar el francés. No puedo mantenerlos a todos.

Con estas palabras, el padre sale por la puerta, y Benet, temiendo que se le acerque la madre para hablar mal de él, también se va. A paso lento, cruza la plaza en dirección al torrente del Canaló y sube por la acera hacia Bleret. ¿Y qué hay de sus sueños? Barcelona era la máxima aspiración, englobaba todos los demás sueños como una bruma esponjosa y blanca sin pretensiones de convertirse en tormenta. Respirando ese oxígeno, contaba con la amistad de sus tíos, con el deporte, la cultura, el anonimato y un futuro que tenía que ver con sus dotes. De pronto aparece la nena a su lado y le dice algo. Él no contesta, al fin y al cabo los motivos que le da su padre para que renuncie a sí mismo son el pequeño y ella.

–¿Qué te pasa, Benet?

No puede hablar porque estallaría; no, imposible. Entonces la nena le cuenta que Domènec se ha enamorado de ella y que ella le corresponde. ¿Domènec? Es bastante mayor que Veva, un muchacho educado que habla poco, hijo de una de las familias más ricas del pueblo. Añade que lo llevan en secreto, que los padres no lo saben. Benet rompe a reír, ¡con las ganas que tenía de llorar!

–¡Ya sé de qué te ríes! ¡Lo sé, lo sé!

Ella se tapa los oídos y le echa una mirada penetrante con sus ojazos verdes. Entiende que el pobre Domènec se haya enamorado.

–¡Enamorarse no quiere decir casarse!

Y se ríen los dos. Roto el hielo por fin, él consigue hablarle de Barcelona con gran entusiasmo, aunque esto hace más profunda la herida.

–¡No le hagas caso a papá! ¡Es tu vida! Yo pienso escaparme con Domènec.  
–Pero ¿qué dices?

Se queda perplejo. Por una parte, cree que la nena está en peligro de lanzarse a una aventura; por otra, le abre una ventana que ni siquiera sabía que existiera. ¿Por qué no pedirle a su tío que le busque un empleo, y así ayudaría a la familia trabajando en la ciudad? Podría pedirselo incluso a su amigo Alberto, que se llevó un gran disgusto cuando le dijo que se iba. Dos sentimientos opuestos entran en liza.

–Pero ¿de qué viviríais?

–Yo puedo trabajar de administrativa y los padres de Domènec son ricos; ya ha empezado la carrera de Derecho.

Ahora Veva habla del amor, de la felicidad absoluta solo por estar juntos, del tiempo, que pasa volando, y del deseo de volver a estar juntos desde el momento en que se despiden. La mira y no reconoce a la hermana con la que juró que ninguno de ellos se casaría jamás. Le habla de las palabras, del idioma del amor, de poesía, de la poca importancia que tiene para ella que sea guapo o feo, valiente, simpático o rico. Domènec es muy delgado y menudito, pero a ella le parece que tiene mucha personalidad. El hermano cree que a ese muchacho no le será indiferente la belleza de Veva, por no hablar de su inteligencia, que también contribuye a su excepcional imagen personal, como se atreve a calificarla. Ella habla con entusiasmo y, de repente, él se envuelve en un silencio que borra el ataque de rencor que hace un ratito lo separaba de su hermana. Ella le pregunta si nunca ha sentido algo parecido y vuelven al ambiente de competición de la infancia, en Riublanc, cuando llegaba el ejemplar de *En Patufet* y los dos querían ser el primero en leerlo. Benet responde enseguida. Le habla de *Guerra y paz*, un libro que le ha llenado todos los sentidos, de la importancia que tiene el amor en la historia de los pueblos. Ella se queda mirándolo con cara de sorpresa. No hablan el mismo idioma.

–Pero ¿tú eres amigo de Domènec?

–Lo conozco, pero siempre ha sido tan reservado que no puedo decirte gran cosa.

–No se trata de eso. Lo que me importa es que, si pienso en los dos juntos, Domènec y tú, soy más feliz todavía.

No es fácil reconocer en Veva a la nena que lloraba cuando sus padres discutían, que juró y le hizo jurar a él que abrazarían la soltería como el bien máspreciado del mundo. Sea como fuere, se ha tranquilizado y han dado media vuelta para terminar el paseo en el pueblo.

El piso de la calle Pamplona se le cae encima. Pasa todo el tiempo en la biblioteca y con sus amigos. Prefiere estar fuera de casa para esquivar mejor los riesgos de que lo aborden con palabras, pero antes del cuarto día, su padre anuncia con euforia que ya tiene destino para él.

–¿En la Seu d’Urgell?

–¿Qué más da la Seu d’Urgell que cualquier otro sitio? El trabajo es el mismo

No está seguro de saber hacer ese trabajo, mandar a hombres mayores que él; está nervioso, pide explicaciones detalladas sobre la clase de obra que se va a hacer. Al final se entera de que es su padre el que ha dado una información muy positiva sobre él y supone con inquietud que el ingeniero le ha hecho caso porque Benet padre es un hombre de confianza, cumplidor, se explica con gracia y resulta convincente. No correrá un gran riesgo fiándose de él; si el hijo no vale tanto... Lo que pasa es que no disponían de nadie para mandarlo a la Seu y su candidatura ha sido muy oportuna.

El lunes, el coche de línea se lo lleva en dirección a Barcelona, donde había avistado su futuro con esperanza, pero no era ese su destino. Procura no pensar y repasa el paisaje. Al salir de la Noguera, por la izquierda de la carretera, discurre el río del mismo nombre, el canal que reúne gran parte del caudal para regar la llanura; los chopos, y, al final, una gran recta antes de las vueltas y revueltas cuesta arriba que culminarán en el primer desfiladero, situado a más de mil metros de altura. En el cielo, nubes de algodón. Está a

punto de sacar el cuaderno y dibujarlas, pero, al levantarse y mirar arriba, al portaequipajes, la mujer que se sienta a su lado se remueve en el asiento y lo mira de hito en hito como si le fuera a hacer algo malo. Desiste. Sigue mirando por la ventanilla mientras el autocar avanza lentamente y el cobrador está de broma con unas chicas. Ellas le responden y Güell las suelta cada vez más gordas, hasta que la mitad de los pasajeros se ríe. Después de Conques e Isona, cuando por fin Benet ha sacado el cuaderno y el lapicero de la bolsa sin mirar a la mujer, se da cuenta de que no hará ni una raya, porque la compañera de asiento no le quita la vista de encima, como si todo lo que hace pusiera en peligro algo muy importante para ella. Biscarri, Benavent, las peñas que amparan el segundo pueblo son imponentes. Ve pájaros volando, no sabe si son águilas, azores o milanos, pero son aves de presa. El autocar se ahoga subiendo el puerto, toma las curvas con dificultad, el firme es infame y más de un pasajero se tapa la boca con un pañuelo. Después de mirar la cuenca, su mosaico de verdes, las montañas de un azul neblinoso arriba del todo, el hermoso horizonte al que tiene que dar la espalda por obligación, él, el hijo mayor de Benet y de Pia, cierra los ojos y se duerme con el cuaderno y el lapicero en la mano, la lámina en blanco.

En Artesa de Segre ya está completamente despierto. Allí tiene que esperar al coche de línea que va a la Seu por Ponts. Entra en un bar y pide café. Se come el bocadillo que le preparó la nena la víspera. La hermana con la que puede hablar de todo, la que es más decidida de lo que creía él. Los abejorros empiezan a zumbar alrededor, pero ella jura que nunca se casará. Quiere a Domènec pero también quiere ser libre. Mientras muerde y mastica descubre que ahora le preocupa la forma de pensar de su hermana. Porque si no se casa, aunque encuentre un buen trabajo, la familia de él no lo tolerará. Benet ha visto que tío Antoni se lleva muy bien con su mujer. Se tienen en cuenta el uno al otro. Viven con la madre de ella, trabajan juntos en el taller y por la noche salen al teatro y a bailar. En Barcelona comprendió que jurar no casarse nunca fue cosa de críos. ¿Cuántas chicas interesantes vio en la ciudad? Altas, bajas,



rellenitas, flacas, morenas, rubias y ¡hasta pelirrojas! Le gustaba el anonimato, nadie o casi nadie se fijaba en él, ni censuraba la ropa que llevara puesta, ni lo que leía ni lo que hacía. Cuando iba vestido de soldado sí lo miraban, pero solo un momento, porque un uniforme siempre llama la atención, pero enseguida se deja de mirar. A las tres, cuando terminaba la jornada en el cuartel y después de ordenar expedientes y escribir notas breves y notificaciones, comía allí mismo e iba enseguida a la pensión a cambiarse. ¡Volvería ahora mismo! No quiere pensar más en ello. Es el hermano mayor y ahora tiene que ir a la Seu. Allí pasará tres meses y conocerá a una chica.

## Itinerancia

Desde los primeros garabatos en Riublanc hasta la Escuela Industrial de Barcelona, pasando por los estudios de grado medio de la Noguera, la letra de Benet se ha ido encogiendo. La abundancia de volutas brilla por su ausencia en el cuaderno que compró con el primer sueldo. Ahora conforman su caligrafía unos trazos claros, regulares, ligeramente redondos. Cogió una hoja del cuaderno para escribir una carta a tío Antoni. Antes recortó con cuidado la tira de agujeros, que se rompieron al arrancarla de la espiral. Ahora describe en el cuaderno la caminata de tres cuartos de hora que ha tenido que hacer desde Gerri, siempre en subida y bastante empinada. Por causa de una ligera llovizna, el suelo y las piedras estaban resbaladizos y patinó dos veces. El secretario, un campesino que debe de saber leer y firmar, lo esperaba en casa y le indica, en un papel con nombres, los hombres que van a trabajar, y después lo acompaña a casa del alcalde, que es ganadero; allí los recibe con poco miramiento una mujer flaquísima de expresión huidiza. Será su patrona mientras trabaje en Penyalba.

La lluvia le regala unos días de recogimiento, porque no se puede trabajar en la carretera si está empapada. Todavía se acuerda del domingo en la Noguera, en el cine y, después, en el baile. Se lo pasó estupendamente y ahora, después de madrugar para coger el coche de línea, de la larga caminata con la atención puesta en pisar bien y el recibimiento en el pueblo, se deja caer en la cama y se tumba. Antes de que el sueño le cierre los párpados se acuerda también de Elionor, la vecina de la Seu con la que charlaba e iba de paseo cuando estaba allí. Le parece que era una buena amiga, pero ninguno de los dos hablaba mucho y, además, cuando mejor se encontraba se terminó el

trabajo. La Seu le gustó, el paisaje se parece mucho al que mejor conoce... aunque al principio fue un mal momento para él, ¡qué raro se le hacía todo! Le gusta el nombre de la chica y el sonido de las letras se convierte en notas, e-li-o-nor, que lo arrullan y lo duermen.

Se afligió cuando le comunicaron que lo mandaban a Penyalba, cerca de Gerri, adonde no llega el coche de línea. En cambio su padre se alegró, porque iba en calidad de responsable de los peones, hombres del pueblo, que se pondrían a trabajar a sus órdenes. Ganará más, aunque oficialmente todavía no es capataz. Se encierra en la habitación de la casa, que le han adjudicado en el pueblo hasta que finalice la obra, rechaza los recuerdos de Barcelona, que se le presentan como una fuente de agua fresca en pleno desierto, y se pone a escribir en el cuaderno, en el que hay algunos esbozos de paisajes a lápiz. Lo hace sentado en la cama, porque no tiene mesa ni silla. Además de la yacija, hay un armario empotrado que se cierra con una cortina, y el aguamanil: jarro, palangana y toalla.

Duerme una larga siesta y se despierta descansado y confuso, pero allí no hay nada que hacer. El pueblo tiene una calle con soportales y arcadas por la que se puede andar sin mojarse. La recorre, aunque no se ve un alma. La iglesia está bastante arriba, pero no se aventurará porque llueve con ganas y empieza a anochecer. Hace un ratito que lo sigue un perro desde lejos, seguramente lo ha escarmentado alguien de la misma raza que Benet. Todo esto y la calma. Se pregunta cómo va a pasar una semana entera allí. Hasta el sábado por la tarde. La cena con el alcalde suaviza en cierta medida la mala primera impresión. Es un hombre charlatán, gordito, colorado de cara, sanguíneo. Su mujer, de piel descolorida, se limita a servirlos y a callar si no le preguntan, no cena con ellos. Va del fogón a la mesa y de la mesa al fregadero. Benet no dice nada y solo interviene en la conversación cuando le parece oportuno, y únicamente para que el ganadero no crea que es mudo. Una tortilla casi cruda y una ensalada es el resumen de la cena, pero el vino del porrón es bueno, aunque el chorro racanea.

—¡Qué *agarrao* es este tunante! —El alcalde se ríe con la boca llena antes de levantar el porrón por encima de la cabeza y, como si no fuera evidente la razón por la que tiene el gollete tan estrecho, añade—: Así el vino dura más.

Vuelve a reírse antes de pasarle el vino otra vez como si le complaciera celebrar con él lo mucho que ahorra, y Benet, sin saber qué decir, se ríe con él y después levanta el recipiente de cristal observando el paso repentino del líquido rojo oscuro del gollete a su boca.

Por la mañana, a las ocho, después de un buen vaso de leche y una rebanada de pan, se reúne con los hombres en la plaza. Hace un día sereno como una balsa de aceite. El alcalde, menos colorado que la víspera, pronuncia su nombre y lo asciende sin más. Dice que es el encargado que mandan de Lérida, hijo de Benet de la Noguera, al que casi todos deben de conocer. Nota la mirada de los hombres fija en él, una mirada esquiva y paciente; solo uno de ellos deja caer un cuchicheo en el oído del que está a su lado. Sabe que no se parece nada a su padre; la nena y el pequeño sí. Ha oído decir que él sale a la familia de la madre y siempre se ha resignado. Mientras el secretario le presenta a los hombres, Benet va mirando la lista que le han mandado de Lérida, añade un aspa a cada nombre con un bolígrafo y consigna un rostro en la memoria. Todos van vestidos de oscuro, con chaqueta gruesa de lana, pero mal calzados. Él tiene frío. La cazadora le deja más de medio cuerpo sin protección y los pantalones que lleva son finos. Acaba de empezar el otoño, pero en Penyalba las mañanas son de aúpa. Se van todos sin ninguna prisa, pasan de largo por la fuente y Benet se fija en la gran encina que la vela, un ejemplar maravilloso que le sirve de quitasol. Tienen que empezar el tramo que va en dirección al llano de Corral. Observa que el paisaje tiene forma de concha de almeja gigante veteada de verde y varios tonos de arcilla. Lo cautiva la belleza del lugar, el mismo del que casi renegaba el día anterior bajo la bruma gris y una lluvia imparable. Una luz esperanzadora deja la puerta interior entreabierta, preparada para que entre la claridad, que irá tomando posiciones minuto a minuto, hasta que estalle el calor a la vuelta,

después del mediodía. Cuando se recoge en su habitación busca consuelo de nuevo en las palabras, las desgrana una a una en el cuaderno y se acuerda de la encina majestuosa. Hace un bosquejo del árbol y lo deja listo para echarle un vistazo en otro momento. Apunta una palabra que no había oído nunca. *Mostet*. [1](#)

—¿No quieres probar un *mostet* de longaniza?

El hombre quería darle un poquito para que la catara. Él dijo que gracias, pero que ya había almorzado. Le pareció que al peón le disgustaba la negativa. Tiene veintiún años, ha vivido en Barcelona y es el mayor de tres hermanos. Graba en la memoria que debe aceptar cuando lo invitan.

Apunta *mostet*. Tiene un diccionario en la Noguera. Faltan cuatro días para volver. Se tumba a descansar. Hay que estar en el tajo a las tres. La tarde pasa más deprisa que la mañana. En vez de limitarse a dar orientaciones, decir lo que hay que hacer y supervisar el trabajo de los peones, prefiere guiarlos trabajando a su lado. Cree que valoran positivamente esta actitud. Hay armonía en el grupo de compañeros. Tal vez por ese motivo, cuando llegan a la parte más baja del llano, decide terminar la jornada un cuarto de hora antes de las seis.

La cena es a las ocho, y eso le deja un ratito para ir a ver la iglesia, que está en lo alto de una roca como si anunciara y juzgara las casas del pueblo y a todos y cada uno de sus habitantes. Desde allí, la perspectiva del llano de Corralis es diferente: es una cuenca fértil, de líneas suavemente onduladas, como un lago con olitas verdes y marrones. La roca es una peña y la iglesia se encuentra protegida en la cumbre. Por la noche está cansado y se va a dormir después de una cena muy semejante a la del día anterior. No puede leer a la luz de la habitación. El sueño lo vence enseguida, pero poco después lo despiertan los ladridos de un perro. El animal no se calla. Por lo visto lo han dejado en la calle. Por fin oye la voz de la mujer como un latigazo a ras de tierra.

—¡Pa dentro, bribón!

A media mañana ve aparecer a un hombre por el camino. Se llama Gerardo, tendrá unos cuarenta años. Cuando llega a la altura de Benet dice que es el capataz de las obras de Montcortès y que conoce a su padre. El hombre observa el trabajo y a los peones, pero no hace ningún comentario. Benet indica a la cuadrilla que sigan con lo marcado, que va a acompañar un poco al recién llegado. Se ponen los dos en marcha por los vericuetos que llevan a Bretui dejando a la izquierda la desviación de Pujol. Gerardo le dice que desde Pujol se domina una vista impresionante de las hoces de Collegats. Él va escuchándolo. Gerardo repite que conoce a su padre desde hace unos años, que en Lérida lo consideran buen trabajador y que sabe mandar. Benet, callado, tímido; su padre, charlatán y bromista. A su padre lo conoce todo el mundo y lo comparan con él, aunque no lo expresen abiertamente. Cuando están a punto de llegar a Bretui ven venir a un hombre con un burro. Es el alcalde de Montcortès, que sale a recibir al capataz con la montura para que no se canse de andar tanto. Él piensa en lo bien que le habría venido que hubiera salido alguien a recibirlo así el día que tuvo que subir hasta Penyalba desde Gerri, y lloviendo. Se despiden, pero un momento antes Gerardo le dice que le extraña que, con lo joven que es, tenga ya la misma categoría que él. Benet le contesta que todavía no lo han nombrado oficialmente, pero que hay falta de personal. Después de decirse adiós da media vuelta hacia Penyalba y piensa que no ha hecho bien en justificar a los mandamases de Obras Públicas. Si lo han destinado allí es porque lo creen capaz de desempeñar el cargo. Le gustaría poder decirlo sin parecer orgulloso. La tentación de desviarse hasta Pujol para ver la garganta de Collegats desde arriba le hace cosquillas en el pensamiento, pero se limita a volver la vista hacia el cartel que indica el camino. Sigue andando a buen paso. Tiene ganas de ver lo que han hecho los peones en ese rato.

Al final de la primera semana Benet recorre de nuevo el camino, ahora cuesta abajo, que va de Penyalba a Gerri. Desde arriba ve las salinas y a los hombres descalzos junto a los caballones de sal, que parecen eras nevadas.

Llegará a Gerri y el coche de línea lo llevará a la Noguera. El día en que su padre anunció que tenían que irse a vivir allí él lloró a escondidas. En aquel tiempo Riublanc era todo un mundo para su hermana y para él. Vivían muy cerca de sus tíos y sus primos, sobre todo de Joan, con quien se lleva muy bien, aunque tenga tres años menos que él. También están muy cerca sus abuelos, la entrañable abuela, los vecinos de su edad. Aunque se acuerda de todos, ahora se siente más de la Noguera y habla con el acento de allí. Tiene amigos y las chicas lo conocen. Canta en el orfeón, va al baile y al cine, ha seguido estudiando y saca libros de la biblioteca con regularidad. Solo la cara de su madre es, en el cielo limpio de la familia, una bruma oscura que amenaza tormenta. No le gustan nada los días nublados, como el que hacía cuando llegó a Penyalba, preferiría que el cielo siempre estuviera completamente azul.

Se apunta a un viaje que organizan conjuntamente el orfeón y el club de fútbol de la Noguera. El equipo del pueblo juega contra la Unió Esportiva Urgellenca, que a su vez visitó el campo de la Noguera hace unas semanas. Es el día 16 de junio de 1935 y el viaje se hace en dos omnibuses, uno para chicos y otro para chicas y señoras acompañantes. Pero Benet va en coche, una rubia, en la que caben siete chicos y el conductor. Al llegar con el grupo da una vuelta por el paseo y se dirige a la catedral por la calle del mercado. Algunas personas lo saludan y él se siente distinguido entre sus compañeros. Conoce un mesón en el que se come bien, al que va a menudo cuando está en la Seu. Lleva al grupo a ese sitio. Están todos de buen humor, el menú les gusta, beben bastante vino y salen animados. Dan otra vuelta y se sientan en el paseo. Después, en el campo de fútbol, se desgañitan animando al equipo de la Noguera. Cuando termina el partido se van al baile. Entonces se acuerda de Elionor, pero no la ve por allí. Quim ha conocido a dos rubitas que son hermanas y bailan todas las piezas con ellas. Al final, cansados, las invitan a tomar un trago y a comer patatas y aceitunas. Todavía les falta ir a oír cantar al orfeón. Él canta con el coro y tiene que acudir al ensayo antes de la actuación.

Va corriendo y, después, la sesión termina con los aplausos del público. En el ómnibus, durante el trayecto de vuelta, todo el mundo está contento; la gente se sitúa, se animan las risas y las conversaciones, pero poco a poco irán tranquilizándose, hasta que la mayoría se duerme. En el coche, con sus siete compañeros, se acuerda otra vez de Elionor, la vecina, de su pelo del color de la paja húmeda y de su sonrisa vergonzosa. Había ido a trabajar a la Seu a su pesar, pero después se había aclimatado muy bien; hoy ha comprobado que todavía se acuerdan de él. Si se hubiera quedado más tiempo a lo mejor se habría comprometido. Ahora lamenta no haberla visto.



## Días que parecen años

El ingeniero de Lérída llamó a Benet para decirle que el sábado por la mañana, en vez de trabajar en Penyalba, cogiera el coche de línea y fuera a Riublanc para informar de los daños que había causado el torrente de Sant Antoni en la carretera y en el camino de Olp. Por lo tanto, tenía que ir a su pueblo. Por lo tanto, el sábado por la tarde no podría volver a la Noguera, porque el autobús ya habría pasado a esa hora. Sus tíos tenían las llaves de la casa de su madre; se animó al pensar que vería a su primo Joan. Después de ver el destrozo se fue a comer con la familia. Su tía le dijo:

—¿Cómo vas a ir a casa de tu madre, si estará llena de polvo? Te preparamos una cama aquí, al lado de la de Joan.

Hablando de todo un poco, Joan y Benet decidieron ir el domingo a Reniu para dar una sorpresa a sus abuelos. Fueron los dos a buscar a su primo Pepe, con el que se llevaban muy bien también. Todos recordaban la casa de los abuelos con mucha alegría. Sobre todo la estancia de la chimenea en el suelo, el ambiente bullicioso, los aspavientos de unos y otros, las carcajadas que se iban encadenando, los ratos de calma, sentados a la larguísima mesa. La abuela era la que más se alegraba de verlos, y quería ofrecerles de todo. Era una mujer que había parido y criado siete hijos como quien cuida una planta que nace minúscula y, con el tiempo, se hace frondosa y hasta florece. Ya eran todos mayores, hombres con hijos, de los que se enorgullecía. Algunas vecinas, al verla rodeada de críos, solían decirle:

—¡Por Dios, Obradora, qué prole tan maja!

—¡Ah! ¡El que siembra recoge!

Sus hijos, después de crecer verdes y tiernos unos años dentro del

cascarón, se convertían en frutos sabrosos como las nueces o las almendras, hasta que llegaba el momento de zamparse la alegría de tenerlos.

Suben hacia el puente quitándose la palabra unos a otros. Los tres primos van diciendo que esperan darles una gran sorpresa, que hace tiempo que no se ven y que seguramente los abuelos les dirán que cuánto han crecido, qué mayores se han hecho, ya son hombres hechos y derechos. Pepe y Joan son campesinos y hablan de detalles de experiencias semejantes, Benet les cuenta en qué consiste su trabajo. Pepe le saca la punta a todo y ellos se desternillan de risa; Benet descubre que Joan tiene una voz de bajo preciosa y le dice que en el orfeón de la Noguera lo recibirían con los brazos abiertos. Pepe pregunta por Genoveva, le ha escrito, pero ella no le ha contestado, pregunta a Benet si sabe qué le pasa, si tiene novio en el pueblo. Como hermano, no sabe nada de nada y responde que cree que, si tuviera novio, lo sabría. Solamente añade:

–En la Noguera la llaman Veva, y en casa, la nena.

Pepe se ríe. En cuanto cruzan el puente la cuesta se empina y los hace callar. Las fotografías atestiguan que son tres mozos muy bien plantados, listos, ágiles como gamos, fuertes. Poco después, el camino ya no es tan empinado. Empiezan a hablar y a reírse otra vez, Pepe es muy bromista y Joan no le va a la zaga. De repente, antes de llegar al pueblo, miran el prado de la Noguereda: allí está su abuelo sentado, echando las diez. Se queda de piedra al verlos. Se abrazan. El cuerpo del hombre casi se deshace entre los brazos jóvenes. Benet no acaba de creerse que todavía pueda segar ese prado tan alto. El hombre los invita. Se disculpa por la frugalidad del almuerzo diciendo que se lo ha preparado él.

–No, no; antes queremos ir a ver a la abuela.

–¡Ah! Pues no se encontraba muy bien. ¡Durmiendo la he *dejao!*

Les ruega que echen un trago de la bota.

–¡Vino de cuba!

Poco después se despiden y siguen por el camino hacia el pueblo. Van uno al lado del otro, los tres en silencio. Lo rompe Joan.

–¿Os habéis fijado en lo que llevaba para echar la diez?

–Una lonchita de jamón y una rebanada de pan, nada más.

–¿Cómo iba a invitarnos?

El abuelo les preguntó a qué se dedicaba cada uno, cómo se ganaban la vida, y los tres le contestaron. Pepe cerró la conversación después de la intervención de Benet. Y luego, silencio otra vez para pensar en ese hombre valiente que hacía trabajar a siete hijos y que ahora es un hombre encogido de aspecto frágil. En lo alto del camino empieza a avistarse el pueblo.

–¡Reniu!

Recuperan la alegría al descubrir la cuna del apellido que llevan los tres. Se les pasa el cansancio cuando los primeros tejados de pizarra y el alto campanario asoman a corta distancia.

Son algo más de las diez, el pueblo está en silencio. Van por la calle de la familia Tura. Benet percibe olor de pino y abedul, del rastro que ha ido dejando algún transporte en el suelo, y se le ensancha el corazón. Lo tenía encogido pensando en la sorpresa que van a darle a la abuela, que no los espera y está pachucha; esa mujer que los ha querido tanto y que seguro que todavía los quiere. Sus primos, más charlatanes que él, se han callado porque deben de estar pensando lo mismo que él, o eso cree. Va en cabeza y se dispone a levantar el pestillo. Al contacto con el frío hierro recuerda las manos que los acariciaban de pequeños y, mientras abre la puerta sin más miramientos, nota que la frente se le cubre de sudor. Entran los tres con el mayor respeto, como si estuvieran en el umbral de un santuario. Benet, Joan y Pepe dan unos pasos y lo encuentran todo como siempre: la vieja mesa de nogal que tantas veces ha reunido a la familia está ahora solitaria, llena de polvo, inútil. Las herradas del agua colocadas en hilera en el nicho de la pared interior de la fachada, que a Benet siempre le recordaba a una capillita, parecen interrogarlos en su vacuidad. Los bancos también están cubiertos de polvo. Se miran los tres, pero no se atreven a decir nada. El fogón está apagado. Benet se fija en los platos, cucharas y escudillas sucios que hay por

todas partes. Pero ¿dónde está la abuela? La llaman para ver si contesta desde arriba. Las voces suenan raras por encima de los tabiques entre los que corrían, de niños, como cabras.

—¡Abuela!

—¡Abuela! ¿Dónde está usted?

—¡Somos sus nietos: Joan, Pepe y Benet!

—¡A lo mejor no nos oye!

Nada más decirlo, Pepe sube como una exhalación la escalera que lleva arriba, pero enseguida resuenan en los peldaños antiguos sus pasos que bajan; se reúne con sus dos primos y siguen llamándola los tres. Sin decir palabra, Benet decide acercarse al pajar y, mientras recorre el pasillo oscuro seguido ya por los otros dos, entrevé un cuerpo en un jergón. Se acerca y se agacha junto a la cabeza de la mujer y, por un presentimiento súbito, el nombre que antes le ha salido con fuerza se le quiebra ahora. «¡Abuela!» Mientras espera la respuesta se le resquebraja la serenidad del pecho. Pero el cuerpo de la mujer se mueve y, sobresaltado, intenta levantarse. Pepe es el primero que la abraza, sentada en el suelo todavía, entre gemidos y sonrisas. A Benet le parece que al principio no los reconoce. La ayudan a ponerse de pie entre los tres y la abrazan mientras dejan en el aire preguntas que no necesitan respuesta. La mujer da unos pasos lentamente, rodeada por los tres muchachos, se dirige a la cocina y por fin se oye su exclamación afectuosa y sacramental.

—¡Jesús, mis pequeños!

Y en ese momento toda la lentitud anterior se convierte en un baile acelerado. Pasos resueltos de un lado a otro. Su amor se traduce en la voluntad de servir a los tres nietos como si fueran los invitados más distinguidos, los seres más tiernos e incapaces. Benet observa que la abuela se mueve en una dirección buscando algo que necesita y, a medio camino, cambia de orientación. Sin pérdida de tiempo los tres muchachos se ponen manos a la obra. Pepe enciende el fuego mientras la abuela friega la sartén, después él pelará unas patatas. Benet batirá los huevos que la mujer ha ido a buscar a los

ponederos. Ella insiste en gastar los cinco en la tortilla que les quiere hacer. Joan suelta su voz de bajo como si nada para contarle cosas mientras quita el polvo de la mesa y los bancos con un trapo de algodón que solo él podía encontrar. Por fin se sientan los tres en un extremo de la mesa; Pepe, en la cabecera, y Benet y Joan, uno a cada lado. No han conseguido convencer a la abuela de que se siente con ellos. La mujer se queda de pie para poder traerles enseguida cualquier cosa que puedan necesitar. Les ha llenado un porroncito de vino del color del cobre y acompaña la tortilla con unas lonchas de jamón y una longaniza seca que los propios muchachos irán cortando. La mesa de nogal se extiende, vacía, hacia el otro lado, frente a Pepe, exhibiendo una larga espera imposible. Sus hijos, que ya son hombres, se ganan la vida, y también los nietos. El heredero murió y la viuda se casó poco después con otro muchacho y se fue del pueblo. Los padres se han quedado solos en la pequeña hacienda, rodeados de espacio y de calma. Son más ricos que antes, cuando tenían tantas bocas que alimentar. Son más pobres.

En Riublanc, a primera hora de la mañana, cuando Benet monta en el coche de línea y se despide con gestos de sus dos primos, que le sonríen desde la acera, le parece que el domingo, que se había imaginado lleno de alegrías, le ha dejado un poso austero y taciturno en el fondo. Vuelve al trabajo unguido por una experiencia que lo ha hecho crecer, como si hubieran pasado dos años en vez de solo dos días. Cuando llega a Gerri se dispone a ir a Penyalba, pero antes tomará un café en la misma parada del autobús. Contempla unos instantes el viejo puente que cruza el río Noguera, elegante y sobrio. Hace frío a esa hora temprana. Como tendrá que subir la larga y empinada falda, se le ocurre que ese día la cuadrilla trabaje sola. Tiene sueño, pero la caminata le servirá para recordar los buenos momentos con sus primos. En la Noguera, habría ido al cine y al baile. Ahora le espera una semana entera en un pueblo en el que solo tiene el trabajo y la naturaleza. Poco tiempo le queda para dedicarse a lo que le gusta. Se pregunta si eso es la vida.

Mientras sube le vienen imágenes que no escribirá en su cuadernito. El

abuelo segando con la pericia de tantos años de experiencia. Joan dijo que le parecía que el abuelo no pesaba mucho más que la herramienta. Después de pasar un rato con la abuela, se acercaron llamándolo, pero el hombre no soltó la guadaña ni enderezó la postura en que la movía hasta que llegaron a su lado y Pepe se puso delante de él. Le dijeron que volvían a Riublanc, que habían visto a la abuela y que les había hecho una comida muy rica. Él los miraba fijamente como esperando una pregunta y, como los nietos no decían nada más, se quitó la boina echándola hacia atrás, la sacudió un momento contra los pantalones –Benet se fijó que estaban muy viejos y llenos de manchas– y se la volvió a poner. Le dieron un abrazo cada uno y cada cual debió de notar en el pecho el cuerpo prodigiosamente volátil que, como por arte de magia, parecía tan bien plantado en la pendiente.

## Trabajo y más trabajo

De vez en cuando, este cuerpo suyo de poco más de veinte años deja de andar y sus ojos, de tamaño medio, protegidos por sendos arcos regulares y unas largas pestañas, miran a lo lejos mientras recobra el aliento. Es un joven de pelo ondulado, guapo, con una sonrisa discreta. ¿Cómo se les ocurre plantar un pueblo tan alejado de los que siguen la línea de la carretera? Le entran ganas de leer sobre los antiguos pobladores de estas tierras, de entender sus movimientos, de informarse del clima de hace siglos. Benet siente inclinación por el conocimiento y la reflexión. Sabe que se conservan dólmenes en la zona y se propone encontrarlos; también, que hay personas que reconocen las piedras talladas que alguna vez fueron hachas y puntas de hombres antiguos.

Llega a Penyalba y le dicen que los peones camineros están trabajando, cada cual en su terreno o con el ganado, que, como no estaba allí a las ocho en punto, creyeron que no había que trabajar en la carretera. Benet está seguro de que había avisado al secretario, de que le había advertido de que llegaría a Gerri en el coche de línea y que enseguida subiría al pueblo, y el hombre sabe de sobra que se tarda al menos tres cuartos de hora. Esto puede retrasar el final de la obra, con el consiguiente rapapolvo de los de Lérida; se sabe enfadado y sube a su habitación en cuatro zancadas. Se tumba en la cama y enseguida se duerme.

Después de una temporada más en la misma casa y en el mismo pueblo, las condiciones no han cambiado y, a pesar de las pocas ocasiones que se le presentan de leer, conversar y distraerse, se acostumbra más o menos y no surgen complicaciones. La obra finalizará a primeros de agosto de 1935 y a continuación lo destinarán a Fontfreda, una aldea que se levanta al otro lado

del gigantesco estrechamiento de Terradets. Cuando se lo dijeron se llevó una alegría, porque ese lugar se encuentra más cerca de la Noguera, pero al llegar se da cuenta de que se trata de un pueblo mucho más inaccesible que Penyalba.

Ha viajado en el coche correo desde la Noguera hasta Cellers. Todavía falta un buen trecho. En el desfiladero de Terradets, la mole ingente del Montsec se abre avaramente a ambos lados y deja una sola franja de cielo a la vista de los humanos, imponiendo su voluminosa angostura como una amenaza. La sombra del Montsec acompañará al coche de línea en esa parte del trayecto y el joven serio y esbelto que es Benet dará las gracias al conductor cuando haga una parada exclusiva en el lugar que le conviene a él, justo al inicio del camino de l'Ametlla, muy cerca del pantano de Camarasa. Su padre le ha dado una serie de instrucciones; la primera es que vaya a casa de una familia que conoce y les pida que le guarden la maleta; allí mismo debe preguntar por el camino para llegar a Fontfreda. El hombre al que se lo pregunta sonrío un poco sin separar los labios y la mujer que lo acompaña se esfuma en el interior de la vivienda. Cuando Benet termina de hablar, el hombre dice:

–Más vale que se lleve la maleta. Hay que cruzar en barca y después, en la otra orilla, gritar para que salgan a buscarlo.

Tanto la información como el hecho de que lo trate de usted<sup>1</sup> lo dejan sin palabras y simplemente se despide. Llega a la orilla del agua y ve la barca, que se encuentra en su lado, pero no hay barquero. Se queda pasmado un momento. De pronto, ve a una mujer en la otra orilla y, cuando le dice que tiene que ir a Fontfreda, ella se pone las manos a los lados de la boca y, a voces, le dice que coja los remos y se lleve él mismo hasta allí. Al principio Benet no responde; unos momentos después, de pronto le apetece la aventura, mete la maleta en la barca, arrastra el botecito y se sube antes de llegar del todo al agua. Rema, pero la pequeña embarcación insiste en desviarse y tiene que enderezar el rumbo constantemente. Por fin llega a la otra orilla, salta a tierra, saca la maleta y se acerca con decisión a la mujer, que parece estar cogiendo algo. Vuelve a preguntarle, ahora por el camino de Fontfreda, y ella



se lo indica pormenorizadamente. Se pone en marcha pero se detiene a los pocos pasos. Hace un calor cruel, la ridícula maleta le pesa y le entran dudas. No está seguro de si va por donde le ha dicho la mujer, si eso es un atajo o un torrente seco, se pregunta si no se habrá equivocado ella, o si será él quien lo ha entendido mal. Sigue adelante porque no hay más opciones a la vista. El camino de Gerri a Penyalba le parecía malo y empinado, pero en este la pendiente es tremenda y, con la maleta y el calor, la subida se le hace interminable.

Llega por fin al pueblo, lo cruza de punta a punta y no encuentra a nadie. Cuando se prepara para dar una voz como si fuera el pregonero, ve a dos niños jugando con una pelota rota. Uno de ellos le señala la casa del alcalde y la del secretario. Están cerca la una de la otra. En la del alcalde no hay respuesta. En la del secretario, habla con él y se ponen de acuerdo. Lo alojará en ese mismo momento, en su casa, y le aconsejará que haga las dos primeras semanas seguidas sin ir a la Noguera. El segundo domingo lo pasa en casa de sus padres, convencido de que media un abismo entre el lugar en el que vive y en el que trabaja. Fontfreda le parece aburridísimo.

Le avisan de que ha nacido un nuevo primo en Riublanc, entre la numerosa familia, y que lo han elegido para que sea el padrino. Y que tiene que ponerle el nombre. Le parece que Robert suena bien. Con el paso de los años, este pequeño que ha nacido algún día entre el 20 y el 25 de agosto de 1935 se sumará a la campaña que dirige Francia en Indochina, la de Dien Bien Phu, y vivirá una temporada como un aventurero. La fiesta dura poco, el domingo se acaba y Benet tiene que volver a Fontfreda. Son las siete y, en la casa en la que se aloja, se sienta en la sala que hace las veces de comedor, así como de café. Entran algunos hombres que acaban de abreviar al ganado. Hacen mucho ruido en el empedrado irregular del suelo. Él escribe sobre el Destino en su cuadernito. Lo ha escrito con mayúscula como si se tratara de una fuerza ciega e inevitable. La fuerza que lo ha llevado a Fontfreda, a un ambiente que, a su parecer, no le va a dar la cultura ni la civilidad que tanto anhela. Está

condenado a vivir allí y entonces le asalta la idea de que tendrá que esforzarse con la lectura. Entre las palabras que escribe se abre una sola grieta por la que entra una pequeña ráfaga de luz.

A esta hora las mujeres van por agua a la fuente. A veces se ve alguna chica...

Pasan los días pero el calor y la sequía no remiten. El camino de herradura desde el molino, junto al lago, hasta el pueblo debe de ser de unos tres kilómetros. La parte de abajo, la de la orilla, es hostil a los quince hombres que dirige Benet, porque la vegetación escasea. Boj, romero y rebrotes raquíuticos. El trabajo avanza con lentitud.

Diez días después se encuentra en Figuerola, que está más arriba que Fontfreda, y cuando llega los hombres ya se han ido a trabajar, cada cual en lo suyo. Por la tarde empezarán la tarea comunitaria. Toma posesión de la casa que lo albergará durante las obras. Es muy grande, pero solo viven en ella un matrimonio joven y un hermano del marido, que es de su edad, veintidós años, aunque él cumplirá veintitrés a finales de septiembre. Le parecen amables y tiene la sensación de que se encontrará bien con ellos. Solo en el dormitorio que le han adjudicado, saca el cuaderno y el bolígrafo con intención de escribir; recuerda todo lo que ha pasado el domingo en la Noguera y no sabe por dónde empezar. Aquí no conoce a nadie, le parece que está lejos de todo. En casa recibió un alud de palabras que, aunque no iban dirigidas a él, lo han trastocado. Otros domingos había estado muy a gusto, pero, este último, su padre se encontraba en Espot y habló bastante con su madre. Ella estaba preocupada porque tenía que mandarle una gorra determinada. La mujer ha dado un vuelco en la conversación sin previo aviso, como un coche que se cae de lado repentinamente. Los insultos dirigidos a su padre silbaban como si la cara de Benet fuera una ventana sobre la que se abate la furia de la tempestad. La madre soltaba comentarios negativos sobre su marido mezclando los del pasado con los del presente: ráfagas de relámpagos y viento ante la mirada del hijo que no dice nada. Ahora se pregunta si el silencio que mantenía, «no sé

qué decir, ¿qué puedo decir?», sin tomar partido por ninguno de los dos, era lo más conveniente, pero la cuestión es que irritaba a su madre. No podía abonar sus reproches; no podía dar por bueno ni por malo lo que, según ella, hace su padre, ni tampoco ponerse de parte de este al cien por cien, porque ignora casi todo lo que hace. Al acordarse de esa escena, las palabras de su madre, el llanto a punto de estallar, se tumba en la cama. En todo caso, dejará lo de escribir para otro rato.

A primeros de octubre el camino de carros de Guardiola de Fontfreda sigue adelante, la cuadrilla trabaja a buen ritmo y Benet no puede evitar sacar el cuaderno y escribir la noticia que le ha dado la señora de la casa en la que se alojaba en la Seu. Elionor ha muerto. Hacía unos meses, casi un año, que estaba enferma. Ya no salía de casa. Le duele haberse despreocupado tanto aquel día, cuando fue a la Seu con el equipo de la Noguera. No fue a ver a la señora de la casa, que se habría alegrado mucho de verlo, ni preguntó por Elionor, suponiendo, tal vez, que se encontrarían en algún momento. ¡Apenas pensó en ellas!

¡Cuánto llegaron a hablar! Coincidían en la visión del amor, tenían gustos y creencias semejantes. Le gustaba su forma de pensar y de hablar, aunque no le resultaba atractiva como mujer. En el fondo está convencido de que a ella sí le atraía él, sí. Ahora se avergüenza, se siente culpable por no haberle escrito ni haberse preocupado por ella. Se da cuenta de que no habría tratado de esa forma a un amigo al que no le hubiera confiado ni la mitad de sus ideas y pensamientos. Se pregunta por qué ha de ser diferente el rasero según se trate de chicos o de chicas. Ahora entiende mejor a la nena, su hermana, que se ha vuelto muy luchadora en favor de la igualdad entre hombres y mujeres, y que de vez en cuando, con una vocecita fina, le suelta un bofetón en toda la cara.

## La lluvia, siempre la lluvia

El otoño lo devuelve a Penyalba. Las primeras notas del cuaderno son del 20 de noviembre. Lluve. El mal tiempo coincide con su primer día en el pueblo. La lluvia «inacabable y molesta», como la califica, significa día de fiesta, pero sin alegría ni distracciones, solo descanso y encierro. Está solo, sentado a la mesa del comedor de sus anfitriones, cerca de la estufa. Hace poco que se ha suscrito a un periódico, ¿a cuál?, y cuando hace el trayecto desde la Noguera se lleva un libro de casa o de la biblioteca. Tampoco deja constancia de los títulos. Ha leído mucho rato y, cansado, levanta la mirada al cielo. Pronostica que lloverá más aún, todo está uniformemente nublado. Mira también los tejados chorreantes de los pajares y el de la torre de los moros. Concluye que hace un día triste, de inactividad.

La lluvia, indiferente y armoniosa, se precipita en la calma y la soledad de este paisaje y acentúa más aún la tristeza de su pobreza.

Tan joven, encerrado en un comedor que no es el suyo, en un pueblo aislado, como tantísimos otros en aquella época, se lamenta porque intenta estudiar pero lo deja al primer obstáculo. La sinfonía de la lluvia lo fascina y lo molesta. Lo confina a la inmovilidad y al silencio y no es capaz de dejar de mirarla, de contemplar cómo transforma el paisaje, cómo mana, insistente, sobre él. Algunas noches se va a dormir a las nueve. Alrededor de la estufa se reúnen la pareja, un anciano con apoplejía, padre de la señora de la casa, un niño de un año que no para quieto y un mocito de diez que tiene la cabeza bastante atiborrada. La conversación es insustancial, no le resulta agradable y, mucho menos, divertida. Si va a su habitación a estudiar o a leer pasará frío.

Al final decide que, aunque solo sean las nueve, ha llegado la hora de irse a dormir.

La obra en la que está trabajando es el camino entre Morreres y Pujol. El lugar que un día convirtió en atalaya animado por las palabras de Gerardo. Mientras la cuadrilla de peones camineros se adelanta hasta su tramo con picos y palas, él califica de espléndido el paisaje que contempla. En el cuaderno, llegará a la conclusión de que haría falta ser poeta para describir con honradez un espacio natural semejante:

Las peñas imponentes y escarpadas del Forat de Collegats, bañadas en una orilla del río por un sol inseguro que se abre paso entre nubes pequeñas, crean unos efectos de luz maravillosos; la otra orilla está casi perpetuamente condenada a las sombras; la bruma se arrastra entre un lado y el otro como prisionera de las ásperas y hostiles peñas, envuelta en la luz del astro solar... Al fondo se adivina la carretera, que se ondula como una serpiente siguiendo el río.

El llano de Corrals vence poco a poco la resistencia de Benet a admirarlo y cada día que pasa le descubre nuevos matices. A finales de noviembre trabajan en el camino que va de Penyalba a Corrals, un pueblo que se perfila entre robles, bojés y piedras muy duras. Lo describe con estas palabras:

Aquí las tierras de labor son prácticamente llanas, están rodeadas de bosquecillos de robles, que las cierran como un marco de vegetación triste. Más allá, por un claro que se abre entre el follaje, se ve la mole imponente de las peñas escarpadas del Forat de Collegats.

No puede entregarse por completo a la contemplación del paisaje porque tiene que ir de vez en cuando a ver cómo va la cuadrilla con el trabajo, pues son solo nueve hombres. Se sorprenderá cuando relea «vegetación triste» en su habitación; le parecerá una enigmática y atractiva pareja de palabras.

El penúltimo día del mes de noviembre es viernes. Tiene que hablar del trabajo con el secretario del ayuntamiento de Penyalba y para eso debe ir a su casa. Nota una profunda resistencia interior porque le parece una persona muy distinta de él. Daría lo que fuera por no tener que ir. Comenta que este hombre

tiene mucha influencia en el pueblo. Es muy religioso, como otros de Penyalba. Le ha oído decir que es muy grave no ir a misa el domingo, un sacrilegio. En su casa rezan el rosario todos los días. Benet percibe el choque de ideas que hay entre ellos y cada vez está más incómodo. ¿Qué ha sido de aquel monaguillo que, según el cura de Riublanc, podría llegar a ser un gran rector? Sospecha que, desde un punto de vista práctico, pensar como él es un estorbo.

El sábado por la mañana se trabaja, pero ese día 1 de diciembre no irá andando a Gerri para coger el coche de línea de la tarde que lo lleva a la Noguera a pasar el domingo. Son las fiestas de Pujol, el pueblo que está por encima de Collegats, en el que ha trabajado hace poco abriendo un camino hasta la carretera. Lo ha invitado una chica bastante guapa que le parece atractiva. Pero él mismo se censura, porque sabe que en realidad no le interesa la chica. No sabe llevar una conversación sobre los pensamientos que le preocupan ni es tan guapa como para enamorarse. «Entonces ¿qué? –se pregunta–. ¿Un deseo de apropiármela, de que me quiera?» La decisión de ir a la fiesta es criticable, en su opinión, pero se dice que la amabilidad y la bondad de la chica impedirán que la menosprecie.

Se despide de Penyalba con una última nota. El 5 de diciembre por la mañana mira al cielo, que está completamente encapotado, no se ven las montañas. Llovizna y, si se fija mucho, ve desde la ventana copitos de nieve como moscas revoloteando en el exterior, arremolinándose en el aire.

De pronto, se oyen las campanas. Desde lo alto del campanario dejan caer un sonido lastimero. Melancólico. En el refugio forzoso del pueblo lo asaltan presentimientos tristes, ese día le resulta especialmente solitario. Como si solo él estuviera atento, mirando afuera y escuchando las campanadas. Sin previo aviso entra la señora.

–¡Tocan a muerto!

## Una carta

Pues resulta que el Destino, por medio de mi profesión, me ha traído al distrito de Isona, al pueblo de Covet. Es pequeño, doce casas nada más, y le falta de todo, incluso luz eléctrica. Por ese motivo aquí la vida es muy primitiva. Pero la iglesia es una gran obra de arte. Puedo irme a la Noguera todos los sábados a pasar el domingo.

Describe un comedor, el de la casa del alcalde de Isona, con bastante detenimiento. Además es sábado y está esperando el coche de línea que lo dejará en la Noguera. Ha cumplido veintitrés años en septiembre. Dice que es una sala de forma rectangular y de tamaño medio. Él se encuentra en uno de los lados largos del rectángulo, sentado en un banco, ante una mesa de nogal gruesa y desigual, enfrente de otro banco de madera. Y desde ahí observa. La señora de la casa está en un rincón, pela judías lentamente sacándolas de la vaina en actitud pensativa. Enfrente de ella hay dos sacos de trigo preparados para que los recojan y los lleven a moler. Encima del banco hay un perchero de hierro en el que se alinean un delantal, una falda, la máquina fotográfica del maestro y, en el extremo, el abrigo de Benet. A esperar toca. Al lado de la mesa grande hay otra más pequeña, llena de cosas, entre ellas, un tablero de ajedrez. Benet aprendió a jugar al ajedrez. Por otra parte, hay dos sillas llenas de herramientas. Están cerca de un armario empotrado en la pared, sin marco ni puertas de cristal; lo que se guarda en él, si es que se guarda algo, lo tapa un trapo rojo a modo de cortina. Llega a la conclusión de que si pintara un cuadro de esta sala representaría un desorden animado. Por contraste se ha acordado del taller de tío Antoni. Con tantas cosas y, sin embargo, la señora Gertrudis imponía limpieza y orden todos los días. Respira hondo. Se prohíbe pensar en Barcelona ni un instante más.

El 19 de febrero de 1936 escribe una carta a su hermano, Pere, al que

todavía llaman «el niño» en casa. Su cara se conserva en el dibujo que Benet le hizo dos o tres años después. Ojos grandes y claros, musculoso, alto y decidido. Por lo que dice en la carta se deduce que el padre había conseguido que el menor entrara a trabajar también en Obras Públicas y que había habido un incidente en el trabajo protagonizado por Pere. Golpeó a un niño y llegó tarde varias veces.

El hermano mayor le escribe sumando dos elementos.

Por una parte, le dice que si no le gusta el trabajo que se dedique a otra cosa, que no se deje llevar por la voluntad de su padre. Reconoce que está en una edad difícil, dieciocho años, un momento en que a menudo no se sabe qué camino seguir. Añade que si sigue así se va a destrozar la vida. Por otra parte, quiere que sepa que él, en tanto que hermano mayor, ha renunciado a sus aspiraciones porque no ha sabido imponerse al padre. Le da a entender que si hubiera podido elegir no estaría trabajando en Obras Públicas. Nadie lo inclinó ni lo animó para romper con ello en su momento. Hay en la carta un comentario que llama la atención. Dice: «con un bagaje cultural superior al de padre, no he llegado a tanto como él».

Al principio hace una descripción que tal vez impresionara a su hermano. Sorprende el estilo entre erudito y satírico del joven Benet.

*Querido hermano:*

*Llueve... Hoy no podemos trabajar. Obligado a permanecer en este pueblo reminiscente del paleolítico, de huésped en esta casa primitiva de campesinos... solo, rodeado de una ancestralidad imponente, de un ambiente poco agradable, nada mejor que la imaginación, que dejarme llevar por esta evocación inconsciente de recuerdos, para huir de este aspecto de la vida hasta traspasar las fronteras grises del aburrimiento.*

Desnuda sinceramente sus inquietudes. Describe hasta qué punto le resultan hostiles los lugares en los que tiene que hacer el trabajo que no ha elegido. Quizá sea todavía muy joven e inexperto para relatar con sencillez, pero la



letra es ya un prodigio de formas armoniosas, bien enlazadas, de una medida no muy grande ni muy pequeña.

Guerra

## Rojo

Covet, Figuerola, Penyalba, la Seu... ¿qué ha sido de ellas?

Faltan más o menos dos meses para su cumpleaños. Serán veinticuatro. Es un chico moreno, le ha dado mucho el sol en las largas horas al aire libre. Fuerte, ágil. Ha viajado por su Pallars y ha disfrutado del oasis de lo que considera su pueblo de adopción, la Noguera. La amistad de su hermana, el encanto de sus amigos y el de las chicas, nadar en el pantano, el orfeón, el baile, la biblioteca, los estudios. Estuvo a punto de distanciarse de su padre, de zafarse de sus propósitos, de su autoridad; la temporada que vivió en Barcelona era todavía una estrella que iluminaba sus sueños. Pero, entonces, ¿qué ha sido de todo ello? No se lo pregunta, no. Es imposible conocer la respuesta. Sencillamente, vive en otro mundo desconocido y extraño, áspero. Incomprensible.

Es el día 5 de julio de 1937. Lllaman a los de su quinta y se incorpora a la Brigada 562, que va de Lérida a Bujaraloz, y de allí a Farlete, para impedir que los enemigos desplacen fuerzas hacia Belchite, donde tiene lugar la ofensiva del ejército popular de la República.

¿Enemigos? Hasta el momento ignoraba que los tuviera, pero así es. Se trata de chicos muy parecidos a él en edad y características. La mayoría, igual que él, acaba de descubrir este concepto, que equivale a contrario.

Un mes y medio después de llegar al frente lo evacúan al hospital de Tarragona. No es por causa de una bala. Un ataque de apendicitis lo ha abatido y tienen que operarlo de urgencia. Se encuentra débil, con un dolor intenso en la ingle derecha. Se dice que sin la sonrisa de las enfermeras no podría resistir la visión de las gasas con su sangre, de un rojizo terroso. Resistir como un

hombre. Eso no se lo ha dicho nadie. Ni en la escuela ni en casa, de ninguna manera, pero está grabado en lo más profundo de la esencia. Los niños no lloran, es cosa de niñas. Y los chicos, mucho menos, ni pensarlo. Los hombres van a la guerra, defienden a su país del enemigo. Se le llena la cabeza de pensamientos que van y vienen y terminan en un callejón sin salida. Benet lo entiende todo y no entiende nada. Solo sabe, y lo guarda en el fondo, que la guerra lo asusta y que tiene ganas de llorar.

Se le infecta la herida. Tiene fiebre y pasa los días adormecido de abatimiento, entre sed y delirios. El médico dice que hay que volver a operar y Benet se da cuenta de que desea salir corriendo, pero no puede ni levantarse de la cama. Tendrá que conformarse y que hagan con su cuerpo lo que mejor les parezca. ¿Qué ha sido de su férrea voluntad?

Pasa el día de Navidad y no ha vuelto al quirófano. Ya no le duele tanto, pero no puede andar con normalidad. Le dan un permiso de treinta días. Pasa la Nochevieja en casa, en la Noguera. Las doce campanadas los sitúan en el comienzo del año 1938, a la luz que cuelga del techo por encima de la mesa del comedor. Benet adivina que los demás, menos el pequeño, piden en silencio que termine la guerra, aunque la nena lo dice en voz alta. Levanta la cabeza y la mira, le sonrío, Veva le ha dicho que tiene que contarle muchas cosas. A continuación, se fija en su padre, serio, fuerte, condescendiente. La madre agacha la cabeza como si buscara un hilo entre los pliegues del mantel. No le ve los ojos. Le parecen forasteros, son días de debilidad y de adaptación al ambiente conocido, pero el de fuera es él, se dice, porque se ha convertido en un extraño. Ya no hay tanta tensión entre sus padres, puede que sea por la guerra o porque él no está bien. La nena lo pone al día de su relación con Domènec. Sabe que hace un gran esfuerzo para escucharla y ella lo nota. Interrumpe la explicación a la mitad y lo abraza.

—¿Qué te pasa, Benet? Creíamos que te alegrarías de estar de permiso.

Se le embarullan los pensamientos y las palabras en la garganta, por dentro del cuello, su hermana lo estrecha con firmeza mientras la vergüenza lo obliga

a tragarse el llanto. Cuando se tranquiliza y ella lo suelta, Benet intenta explicarle lo que es la guerra, pero solo le salen frases que cuentan una u otra anécdota. Le confiesa que no entiende el pesimismo de antes, solo porque sus padres no eran felices, solo porque no podía elegir el trabajo que quería. No, no lo entiende, no lo entenderá jamás. Hablar en futuro le eriza la piel.

—¡Ahora sí que hay motivo para ser pesimista!

Le cuenta hechos: la situación de estar ingresado con dolor, venga a darle vueltas a las cosas en la cabeza, sopesando si es mejor la enfermedad o volver al frente con salud; las ganas de que le den el alta y el miedo a que lo manden otra vez al ejército. Cobarde. Seguramente ella lo entiende a pesar de la sequedad con la que se desprenden las palabras de su boca. Y a continuación, sí, hablan de Domènec, de cómo le va la guerra en Barcelona. Hace servicios administrativos, su familia tiene peso específico y Veva puede decir que eso lo ha favorecido. Sigue enamorada, él le escribe unas cartas preciosas. A Benet lo asalta de pronto la idea de que debe de ser bonito querer así, contar con detalle lo que le pasa a uno, lo que piensa, a un ser querido, a alguien que se interesa. Echa de menos enamorarse. Escribir y recibir cartas de amor.

Pasan quince días y se encuentra mejor; su padre lo anima a ir a Lérida en tren. Pasará por Cellers y dejará atrás Fontfreda y Guardiola de Fontfreda, los lugares de su exilio laboral, que recuerda ahora con nostalgia. Le dice que tiene que informarse de su situación como funcionario de Obras Públicas. Su padre sabe que deben pagarle la diferencia entre lo que cobraba cuando trabajaba y lo que cobra ahora de soldado, que es bastante menos. Que pregunte por la forma de recuperar ese dinero. El funcionario no sabe decirle lo que hay que hacer, lo escucha con cara de aburrimiento y Benet vuelve a la Noguera sin haber resuelto nada. Cree que su dolor inspira indiferencia y a continuación se maldice por ser sensible y susceptible, por no haber insistido más. Está convencido de que su carácter lo lleva de cabeza a la pasividad, que siempre estará a merced de los acontecimientos. Le faltan iniciativa y cultura, si estuviera más preparado se defendería mejor.

Terminan los días de permiso. Los primeros pasaron muy deprisa; los segundos, sin darse cuenta; los últimos, a una velocidad de locura, de trapecista en el aire, antes de dar el salto. Se ha repuesto un poco. En el viaje de vuelta, a pesar de la niebla y el frío, le duele como un pinchazo dejar el pueblo en el que se siente parte de algo. El río transparente, los chopos, el pantano, los pinos, la tierra roja, y lo zahiere de nuevo la idea de antes: que se creía desgraciado por trabajar en pueblos humildes, con personas que solo se esforzaban por subsistir y que no hacían daño a nadie.

## Blanco

Ahora el blanco domina su mundo. Paredes, camas, sábanas, vendas, médicos, enfermeras. Las enfermeras son un capítulo aparte, nos hablará de ellas en los escritos que lo distraerán durante la larga convalecencia.

Una fecha centrará las cartas que recibe a lo largo de 1938: el 11 de febrero, cuando lo operan en el hospital base de Tarragona. Antes de ese día recibe carta de su madre, Pia, con la que seguramente se le quitaron las ganas de volver a escribirle. ¿Podría ser la respuesta a algún reproche suyo? ¿Había hecho él alguna alusión al malestar de la familia? Ella le reprocha que no la quiere, pone verde a su marido, el padre, y habla de los sacrificios que ha hecho para criarlos a los tres. Lo remacha anunciando que se irá sola y que se las apañen como puedan. Después de la operación, otra carta de la madre completamente distinta. Pia le dice que es su hijo más querido, que espera que vuelva pronto a casa. En el mismo sobre hay otra hoja, de la nena. Buena letra y pocas palabras. Le desea una rápida recuperación y le cuenta que ha recibido carta de su primo Pepe, en la que dice que ha tenido suerte en el destino. Añade que se le ha declarado con palabras torpes y llenas de faltas.

Las que mayor placer le procuran son las de tío Antoni, con remite de Barcelona, calle Bergara, 5. En la primera le cuenta las novedades. Tiene mucho trabajo, pero se retrasa en las fechas de entrega de los trajes «porque todo el mundo hace lo que le da la gana». Benet entiende que los ayudantes no lo obedecen. Así no es fácil mantener la clientela. Se considera un hombre que se ha hecho a sí mismo desde cero, con mucho esfuerzo e inteligencia, y que el desorden de la guerra lo vulnera. Le dice que su tía ha perdido dieciséis kilos «entre el miedo a los aviones, que lanzan bombas, y el hambre». Se define

como liberal y antifascista, maldice la guerra criminal y salvaje que les ha robado el espacio que se habían abierto con dificultades y trabajando sin tregua. Le anuncia que, cuando vuelvan a verse, lo encontrará muy cambiado, más delgado y más viejo. Benet intenta imaginarse a su tía con dieciséis kilos menos.

En la segunda carta reacciona al desánimo de su sobrino debido a la operación. No ha salido bien del todo. Se ofrece para cuanto pueda hacer por él, aunque la situación que le toca vivir es complicada. A menudo le parece que es «la víctima propiciatoria» y añade que tiene «los nervios de punta», pero le dice que llevará el informe de su caso a un médico que conoce y «nos puede orientar». Se toma personalmente todo lo que afecta a su sobrino. La tercera, de fecha muy posterior, es de su tía, se queja de que no tienen noticias de él y están preocupados. Su letra es redonda y bonita, mucho más clara que la de su tío, le falla un poco la ortografía. Dice que le escribe ella porque se ha retirado a Pins del Vallès, al chalet, al lado de Sant Cugat y que su tío no para, que tiene muchas dificultades. Sale de Pins todas las mañanas y vuelve por la noche, se pasa el día en Barcelona.

En aquella época la voz de Antoni, decidida y clara, a menudo enfurecida, sustituye al silencio del padre. Benet sabe que a su padre le falta lo necesario para escribir, pero echa de menos sus palabras. Su tío ha encontrado a un médico que está dispuesto a revisar el historial de Benet desde la operación en Tarragona, le dedica un tiempo que necesita para terminar los encargos, no da abasto. Los del hospital base de Tarragona no contestan. Lo mandan sin historial al orfanato Ribas de Barcelona, que han adecuado entretanto como hospital de campaña. Es un pabellón alto que parece abatirse sobre su cuerpo cuando sale de la ambulancia. En realidad, son cuatro pabellones, todos enormes. Los huérfanos se guarecen en otro distinto al de los ingresos. A medida que avance la guerra aumentará el número de heridos y el de huérfanos. Aumenta.

La sala es inmensa. Más tarde sabrá que la comparte con cincuenta y seis



pacientes más, cada uno en su camita blanca. Desde la que ocupa él ve las paredes, pintadas de azul, y mira al techo, que es muy alto y tiene bovedillas. Él las llama *revoltons*. También ve el cielo y la punta de un abeto. Sabrá que es un hospital de recuperación de heridos o enfermos de cierta gravedad. Pero cuando llega no sabe nada de todo esto. Al principio no puede acostarse de lado ni sentarse, siempre está tumbado boca arriba. Alberga la esperanza de comunicarse con su tío y su tía, si se han quedado en la ciudad de Barcelona. Las horas, con lo mucho que las agradecía en otros tiempos que ahora parecen tan lejanos, para leer, pasear, trabajar, salir a divertirse, pasan muy lentas ahora en compañía del dolor.

No sabe nada de sus padres ni de sus hermanos desde antes de la operación de Tarragona, desde los buenos deseos. No conoce a ningún otro joven de la sala. Lo que ve en las camas no invita a iniciar ninguna conversación. La mayoría están vendados, tienen los ojos cerrados. El silencio, perseguido por los gemidos de los ingresados y el murmullo de las enfermeras, recorre la sala como una estrella viajera que exige todo el espacio para sí. Quizá las lágrimas de los soldados abatidos yacen entre la mejilla y la almohada unos momentos y se convierten en salpicaduras de color azul claro en el algodón blanco del almohadón. Se le acaba de ocurrir esta imagen. Él espanta sus lágrimas lo mejor que puede. Una pregunta al pensamiento: ¿dónde están todos?

Pasan los días, las semanas, y lo levantan de la cama. Intenta leer pero se cansa enseguida. Cuando puede escribe, dice dónde está. Primero a sus tíos. ¿Están todavía en la calle Bergara? Después a su hermana, a sus padres, al primo amigo. Les cuenta casi lo mismo a todos. La operación no ha salido bien, se recupera en el orfanato Ribas, ¿qué le cuentan ellos? Se ha hecho el silencio desde el mes de marzo. Un día, en las noticias, oye el nombre del pueblo de Reniu. No entiende lo que ha sucedido. Escribe a Joan y le recuerda con palabras tiernas la última visita que hicieron a los abuelos. ¿Qué sabe de ellos, tan mayores y tan débiles?

En medio de la sala había un soldado que buscaba compañeros para jugar a

las cartas, al burro y al siete y medio. Tenía una cicatriz larga en el hombro y era como un alboroto de colores en medio de la blancura. Un día Benet pregunta por él y le dicen que lo han trasladado. Le dan una dirección y, aunque es un desconocido, le escribirá una carta para decirle que lo echa de menos. Ahora ocupa su lugar un joven de ojos cerrados y un ligero color de piedra en la cara y el cuello. Cojeando, retrocede y se acerca a la ventana a ver el jardín; busca un refugio con la mirada. Le atraen los verdes y casi pierde el equilibrio. Retrocede.

–A lo mejor lo intento mañana.

## Verde

Hay un jardín espacioso en el orfanato, pero, si Benet quiere salir a verlo, primero tendrá que aventurarse por unos pasillos anchísimos cubiertos de baldosas hexagonales. Enfrentarse a la amplitud del espacio, con tanta repetición geométrica, al principio lo marea y retrocede al paisaje blanco y azul de la sala.

Seguramente las baldosas le parecen bonitas, pero el dibujo que conforman le ataca a traición la vista y el pensamiento, encogidos todavía porque la recuperación es lenta. Muchos días, cuando se despierta y piensa que la guerra sigue sin él, que se encuentra en la sala del orfanato como un hijo extraviado más, se despabila y empieza a concretar los sueños, si se acuerda de ellos. Son dos, la madre amorosa y él, chiquito como un corderillo. Elionor, vestida con una túnica blanca transparente, pelo largo y rubio, y Benet detrás de ella, persiguiéndola sin lograr darle alcance, hasta que se reduce a un punto luminoso al final del camino. Cuando se tranquiliza, libre del recuerdo de los sueños, coge el libro de la mesita de noche con el deseo impuro de aumentar su cultura. Reparten el desayuno y, a continuación, el médico pasa visita rápidamente. Le pregunta qué tal está y, por enésima vez, el médico rehúye darle explicaciones.

–Va mejorando, ¿no lo nota?

Se queda con la palabra en la boca porque lo ha tratado de usted y el médico se va a la cama de enfrente. Después de la visita se acercará la enfermera y le dirá que tiene que intentar andar, que hace ya tres semanas que está ingresado. Por la tarde, antes de irse, le dice que ella puede acompañarlo. La mira con atención y entonces se fija en que se ha sonrojado.

–¿Cómo se llama?

–Montse.

Es una chica morena, tiene el pelo liso. Benet le hace una bromita que alude a la virgen de Montserrat, y ella abre los ojos, demasiado oblicuos, como platos y al sonreír se le tuerce la boca. Le parece poco agraciada pero muy buena persona.

–Vengo a buscarte a las cuatro en punto, y trátame de tú.

Escribe a Joan y evoca los verdes de sus paisajes. El de los abetos, el de los pinos, el de las aulagas, el de los prados, el del musgo y hasta el de las ortigas. Sabe que no son de su propiedad, pero pertenecen a la época de la feliz niñez. Eso le parece ahora. La vida anterior se le antoja una arcadia. Buscó esa palabra en el diccionario hace poco. «Lugar de paisaje ameno, de vida idílica y feliz.» Pasa un rato en la biblioteca y le gusta comprobar si están todas las palabras que oía y decía en Riublanc: *furro*, *orc*, *rebordonit*, *farnaca...* <sup>1</sup> No las encuentra y tiene la sensación de que merma de tamaño. Sin embargo, se alegra porque, gracias a los libros que intenta leer, descubre palabras que después puede usar en sus escritos, y así, «arcadia» es un paraíso. Para él, el tiempo pasado, aun con todas las molestias, era un paraíso comparado con el de ahora. Una arcadia.

Sigue con el borrador de la carta a su primo Joan, que está haciendo la guerra en Madrid. A ver si esta le llega y le contesta a la dirección del orfanato Ribas. Él le escribió cuando estaba en Tarragona. Le decía que las madrileñas son muy simpáticas y que tiene muy buena letra, y por eso intenta hacerla mejor todavía. Esta palabra, «arcadia», lo dejará atónito. Corrige el borrador y, cuando termine de pasarlo a limpio, mandará la carta. Tiene tiempo de sobra. Tío Antoni también se disculpaba por su mala letra en la última respuesta, pero a él le parece que las cosas que dice tienen fuerza y muchísimo sentido, como si lo oyera hablar.

Le da la sensación de que ahora, que se encuentra un poco mejor, tienen la idea de deshacerse de él, de mandarlo a otro sitio, precisamente cuando se ha

aclimatado al orfanato y empieza a moverse con seguridad. Quizá la intención de la enfermera al ofrecerle una atención extraordinaria sea demostrarle que se ha recuperado, en cuyo caso no sería tan buena chica como le parece. Se duerme después de comer y tiene un sueño de agua verde en el que, desde una laguna, la corriente del río arrastra su cuerpo de niño hasta que una mano lo detiene y lo levanta agarrándolo por la ropa, como se agarra a un gato por la piel del lomo. En el sueño, no llega a la orilla porque se despierta sobresaltado, y claro que estaba a salvo. Una vez, de pequeño, estuvo a punto de ahogarse en el Noguera Pallaresa. Estaba jugando con Joan y otros rapaces, recuerda que uno era el primo Pepe. Lo que pasó fue que resbaló en una piedra, la corriente lo hizo caer enseguida y lo arrastró. Un hombre joven que se encontraba allí cerca, en un prado, lo vio, alertado tal vez por los gritos de sus compañeros, y lo rescató. Es posible que le deba la vida, y ahora se acuerda: ¿alguien le dio las gracias? Él estaba demasiado asustado para hacerlo en ese momento, aturdido, avergonzado, y al final lo contó en casa, claro está, pero bastante disgusto se llevó su madre... y su padre estaba trabajando. Le parece que el agua verde del sueño era idéntica al recuerdo de aquel día. Verde de laguna.

—¿Vamos?

Benet navega todavía, distraído con las imágenes del pensamiento, cuando ve a Montse con una muleta y vestida de calle. Lleva una falda azul marino y una blusa azul celeste abotonada hasta el cuello.

—Creo que te vendrá bien.

Él la mira con cara de sorpresa. ¿Una muleta?

Se sienta en la cama, baja con cuidado y agarra la muleta con la izquierda.

—Hay que cogerla con la mano contraria a la del dolor.

Salen juntos al pasillo. A Benet le parece un impedimento, en vez de una ayuda. Y se debe de notar, porque Montse se coloca al lado derecho de Benet y echan a andar cogidos del brazo. «Como las parejas casadas en el paseo de

la Noguera», piensa él. Procura no mirar al suelo: todavía lo amenaza la tendalera de hexágonos. Por fin llegan a la escalera que sale al jardín.

—La muleta me estorba.

—¡Mucho quieres correr tú!

Se echan los dos a reír. Ella le dice:

—¡Por fin te ríes! ¡Ya era hora!

Cuando Benet percibe los verdes del jardín la enfermera añade que esa es la forma en que más le gusta verlo.

## Azul

¡Por fin, por fin, por fin! ¡Carta de Joan y de tío Antoni!

Joan le pregunta por su salud, quiere saber si hay mejoría. Le cuenta que él se ha llevado un susto. Estaba manipulando una pistola antigua y se le ha disparado una bala en la mano. Que los abuelos de Reniu están en Riublanc con sus padres. Le habla de chicas, que ha escrito a una de Lérida que le gusta, «rubia y de buen tipo», que fueron a bailar con unas chicas madrileñas muy simpáticas, insiste. No está en la ciudad de Madrid, sino en un pueblo de los alrededores, pero Benet no entiende la primera letra, ¿Nicién, Vicién o...? «¡Qué enamoradizo es este Joan, y qué bien se le da! –piensa–. Es capaz de conquistarlas a todas solo con la voz.»

Pero, para él, el gran acontecimiento es la cartita de su tío, una nota prácticamente, en la que le anuncia que va a ir a verlo. Todavía no sabe qué día podrá ir, pero será pronto. Comprueba el matasellos del sobre. Es de hace cinco días. Pero Sant Genís dels Agudells debe de estar muy lejos de la calle Bergara. Cuando llega Montse le dice que hoy no hace falta que lo acompañe, que tiene que espabilarse solo y, además, espera una visita. Ella agacha la cabeza. Benet puntualiza inmediatamente que se trata de un tío suyo muy querido y ella la levanta otra vez y sonrío. Y entonces se le cierran los ojos y la boca se le tuerce, pero la sonrisa es más ancha. Esta chica ha demostrado interés por él, ha intentado animarlo y ha procurado que volviera a andar cuanto antes. Benet cree que se lo debe. Que ella espera algo a cambio.

Sale sin prisa. Avanza un poquito midiendo los pasos y de repente se encuentra con la primavera. Apenas se notaba dentro de la enorme sala, el reino casi absoluto del blanco, pero, entonces, un calorcillo suave y la luz que

brilla en los verdes envuelven su cuerpo amorosamente. El cielo es una inmensa cúpula clara. Ve a unos niños sentados por allí, falta más de media hora para que empiece el horario de visitas y le apetece acercarse. Pero en el primer escalón se detiene y levanta la mirada. El azul ocupa el cielo de un lado a otro. No se cansa de mirarlo, como si la solución tuviera que venir de allí. Recuperarse del todo y que termine la guerra, o que termine la guerra y recuperarse del todo. Poco después tiene calor, oye un ruido y se vuelve bruscamente. Se marea. Inclinando su cuerpo, esconde la cara entre las manos. Un momento después sabe que Montse está a su lado.

–No te muevas, verás cómo se te pasa.

Benet permanece un poco más tapándose la cara, justo antes de que ella lo ayude a incorporarse. Despacito, a su lado, volverá a la sala, a la cama.

–Todavía es pronto, pero sanarás.

Cuando la enfermera Montse se va, mira el cielo desde la cama. Las altas ventanas permiten observarlo. Todo azul.

Por fin, poco después, aparece su tío. Le incomoda que lo encuentre en la cama, pero Antoni actúa como siempre, directo, animoso, cálido. Le traen una silla y hablan así, muy cerca el uno del otro, alzando el sobrino los ojos para mirarlo. Sí, lo ve más delgado, y él lo encuentra desanimado, le dirá por carta unos días más tarde. Tiene muchísimo trabajo y el orfanato está lejos, le dice, y no podrá ir a verlo a menudo. Pero volverá, se lo promete después de acompañarlo un buen rato. Volverá.

Le queda un sabor agridulce de ese día. La constatación de que todo ha cambiado. Ahora Benet cree que la alegre despreocupación con la que iba el domingo a comer a casa de su tío y soñaba con el mundo del arte nunca volverá. Dibujo, pintura, escultura. ¿Quién iba a pensar en aquel momento que vendría la guerra? Todo parecía estar abierto a un futuro libre, a una vida a su medida, acorde con sus cualidades y su esfuerzo. De todos modos, él había renunciado enseguida a su programa aceptando un trabajo sencillo que nada tenía que ver con la creación, un trabajo elemental y sucio, aunque lo hacía



rodeado de una naturaleza hermosa y entre gente de trato sencillo. Y ahora, en plena guerra, está enfermo, sin fuerza de voluntad ni para tenerse en pie. Fue dulce tener cerca a su tío, reconocer su afecto en la mirada, oír sus palabras de apoyo y de ánimo. Fue agrio verlo ponerse en pie para volver a su trabajo, con su familia. Antes de cruzar la alta puerta dio media vuelta y levantó la mano. Benet le vio el pelo, casi blanco alrededor de la cara juvenil, un traje gris claro impecable, camisa blanca y corbata azul.

Lleva unos dos meses ingresado en el orfanato de Ribas, tiempo lento que de repente se acelera, cuando les comunican que todos los ingresados deben ser trasladados al hospital base de la Bonanova. Casi es verano. Se ha acostumbrado al amplio espacio de la sala y al techo alto, ya emprende con bastante agilidad el camino hacia el jardín, y lo hace con sus papeles, en los que anota palabras o ideas y prepara el borrador de las cartas, si va solo. Cuando lo acompaña Montse es otra cosa. Ella lleva la conversación hacia los temas que le interesan a ella. El amor, las parejas, los hijos. Él se limita a escuchar y no interviene. Ella le pregunta a menudo:

–¿Y tú qué opinas? ¿Qué crees?

Benet tiene la sensación de que, de vez en cuando, Montse le acerca las manos demasiado. Fiel a sus costumbres de enfermera, intervienen en su cuerpo. Tan pronto se las pone en la frente como lo encaminan hacia la sombra empujándolo suavemente por la espalda, le tocan los hombros como para destensárselos o le sujetan la muñeca como si le tomara el pulso. De vez en cuando se entretienen un momento encima de las suyas en una caricia sin movimiento. El tiempo transcurre con lentitud y él no lo puede acelerar como a menudo le gustaría. Cuando se queda solo vienen a hacerle compañía las preguntas sobre sus hermanos, padres, abuelos, sobre su paisaje. Sobre la guerra y el futuro.

Pues, en efecto, resulta que una sola orden afecta a todos los pacientes de la sala a un tiempo. Hay que dejarla libre para soldados que llegan del frente en situación más grave que los que la ocupan ahora. Sin prisa pero sin pausa los

trasladan al hospital base de la Bonanova, al pie de la montaña del Tibidabo, a un colegio religioso que fue incendiado hace relativamente poco, en 1936, y recuperado después como cuartel hasta finales de 1937. En estos momentos, el verano de 1938, se convierte en hospital de campaña. Benet es uno de los últimos en trasladarse, en dejar la enorme sala del orfanato. Mientras espera a que vengan a recogerlo, medita y observa el cielo y el trocito de abeto, el paisaje personal que lo ha acompañado todo este tiempo tan difícil. Se resiste a abandonar lo que ha hecho un poco suyo e intenta, al menos, grabarse la imagen en el pensamiento. Incluso siente nostalgia de las bovedillas del techo. Sin embargo, la idea de alejarse de la enfermera, la buena de Montse, lo alivia. Es un soldado enfermo, pobre y solitario, extraviado mientras la guerra sigue adelante, a la espera de volver a participar activamente, pero no puede decirle a esta chica que la quiere. Por una parte, le gustaría, pero sabe que ni debe hacerlo ni lo hará.

## Blanco y rojo

Volver a empezar. La sala en la que se encuentra en el hospital de la Bonanova es cuadrada y tiene doce camas dispuestas en tres lados, mirando hacia una gran puerta vidriera, que ocupa casi toda la pared del cuarto lado y que siempre está abierta. Se encuentran de cara al pasillo y, por lo tanto, ve desde la cama una franja de la sala contigua, y arriba, una hilera de ventanas como las de la sala en la que está ingresado. Aquí el techo es liso, está reforzado con tres gruesas vigas. Si se sienta en la cama y estira el cuello, lo saludan unas ramas que sugieren un jardín. Pero ni un trocito de cielo.

Reconoce que ha mejorado bastante y se lo cuenta a Joan, es la primera vez que le escribe desde aquí, pero tío Antoni le ha confirmado que su primo no ha recibido las cartas del orfanato Ribas. Quién sabe si recibirá esta otra. De todos modos, necesita contarle la pequeña aventura con Montse y preguntarle por la guerra, no se fía del todo de los dimes y diretes que circulan entre los heridos y enfermos de la sala. Tiene necesidad de recibir las cartas de Joan. Noticias de sus padres y hermanos, precisamente de quienes más deseaba alejarse, exceptuando a Veva, antes de que lo movilizaran. Su padre, la autoridad de la casa, en cuyo espejo se miraba hasta hace poco, no le escribe. Comprende que no tendrá ánimos para hacerlo, pero... Su hermana tampoco, y la madre, a lo mejor es preferible que se abstenga. ¿No les llegarán sus cartas a ellos? De repente, pensando en lo último que le contó la nena, se da cuenta de que la familia de Domènec no la aceptará nunca por muy guapa e inteligente que sea. Son una de las familias más ricas y más señoronas de la Noguera. El padre es abogado y el hijo sigue sus pasos. Ahora ve claramente, aunque no sabe por qué, que ese compromiso no se formalizará. Si de momento hacen la

vista gorda será por la guerra. Recuerda que Domènec está en Barcelona, es fácil que sepa algo de Veva. Podría buscarlo... pero ¿cómo? Sigue escribiendo a Joan y le dice:

*Es posible que la República todavía necesite nuestro esfuerzo en la suma conjunta de todos los esfuerzos para conseguir la Paz. La paz que anhela la Madre en la tortura de las noches de insomnio, en las pesadillas y en todos los momentos del día.*

*Cuando se extingan el rumor y el humo del último combate y, en pie, demos la espalda a las trincheras buscando con anhelo una dirección en la vastedad horizontal, un ritmo de pasos impacientes nos llevará a los brazos trémulos de la Madre.*

Y añade que, si bien la herida ha cicatrizado, no se ponen de acuerdo sobre si la curación es definitiva. No es seguro que no sea necesario operarlo otra vez y volver a pasar por el mismo calvario. Esto le hace pensar en la muerte. Pero a su primo le dice que está harto de esa vida de inválido, «de estar siempre en la cama y contarte siempre desgracias».

Sala nueva, compañeros nuevos, médicos nuevos y enfermeras nuevas. Un jardín diferente con abundancia de árboles y hierba que se reseca con el calor. Aquí intentará de nuevo salir a esperar a su tío. Le ha anunciado otra visita y él se pone pronto en marcha, la impaciencia lo arrastra fuera, aunque se había propuesto salir cuando faltara solamente un cuarto de hora. Quiere darle una sorpresa: que lo encuentre vestido en la terraza, sonriendo. Y así, se pone los pantalones de vestir y los calcetines poco a poco, preguntándose cuánto hacía que no se los ponía, y a lo mejor no son necesarios. Otro tanto sucede con los zapatos. Hace un año que lo llamaron a filas, ¿los hechos importantes se concentran en el mes de julio? Se dice que aquí no hay nadie que lo acompañe a pasear, pero sale al sol media hora antes de que empiece el horario de visitas.

El calor lo toma por asalto, el sol lo deslumbra. Se detiene y recuerda el

mareo que le dio en el orfanato Ribas el primer día que intentó salir solo, y que Montse velaba por él. Recorre el espacio con la mirada y le embarga la emoción al notar el cuerpo dentro del aire. Ve palmeras y, más allá, «árboles de follaje impenetrable». A paso lento, pero más seguro que la otra vez, se dirige a la entrada del hospital. Ve enfermos tumbados sobre el césped y se dirige allí. Se sienta un poco aparte de las otras personas, pronto se tumba también y descansa. Le pesan los zapatos, y también la cabeza, aturdida por la intensa luz de verano. Es agradable dejarse llevar, dar rienda suelta al pensamiento. Ve la puerta desde allí y piensa que, cuando llegue su tío, lo verá enseguida, pero, si él no lo viera a su vez, «detendría el paso presuroso y ajetreado al encontrarme aquí». Respira profundamente disfrutando del momento con antelación. Mira el túnel que forman los plátanos que flanquean el camino. Entre las hojas se cuelan salpicaduras de la luz del sol. Descubre verdes a izquierda y derecha, colores variados de flores diversas. Tanta exuberancia le resulta inquietante y de pronto se incorpora. Su tío no ha llegado todavía. Pasa de nuevo por el paseo, tozudamente, sin haber tomado ninguna decisión. De vez en cuando mira atrás por si lo ve llegar. Todavía no. Todavía no. Vuelve la cabeza, se inquieta sin motivo, y por fin lo ve. Antoni avanza a paso ligero, sin mirar a nada en concreto, y Benet sonrío. Se agarra como puede a un pasamanos. Está a cinco pasos de él. Súbitamente lo ve. «¡Coño!», exclama, y Benet se ríe con alegría.

El martes por la tarde le dan una sorpresa. Van a verlo Montse y Lola, su compañera. Estaba dormido, pero lo despierta la sensación de que lo miran. Una alegría teñida de inquietud. Por lo visto, la despedida en el orfanato Ribas no era definitiva. Benet dice que se levanta y que pueden salir al jardín. Cruzan la gran puerta de la sala los tres, las dos enfermeras vestidas de calle y Benet. Lola dice que lo encuentra mejor y Montse, que están bien instalados allí.

—¡Ay! Es que tengo un poco de prisa, Benet, no me acordaba. Volveré a

verte otro día.

Lola se despide con estas palabras antes siquiera de llegar al jardín. Montse y él recorren poquito a poco el paseo que discurre entre plátanos y otros árboles, todo verde con colores variados de flores de todas clases. No quiere darle alas a Montse y apenas habla. Ella, en cambio, no para. De los nueve soldados que acaban de ingresar, de su madre, de las horas que tiene libres. Y termina diciendo que vendrá a hacerle compañía. La mira. ¿Cómo podría evitarlo? Le gusta estar acompañado, lo necesita, las horas se le hacen largas, pero una voz le dice que eso sería comprometerse, que esta chica está empeñada en hacerse ilusiones. ¿Qué podría decirle para que lo entendiera sin herirla?

Se sientan en un banco, Benet ha dicho que no quiere tumbarse en la hierba, como proponía ella. Le pregunta por la familia y él le habla de sus dos hermanos.

—¡Me encantaría conocer a tu hermana!

Montse va casi a diario. Benet la avisa cuando espera la visita de su tío, y alguna vez miente como si el sastre fuera a verlo más a menudo. Un sábado por la tarde la enfermera del orfanato Ribas aparece en la sala con seis claveles. Tres son rojos y los otros, blancos. Coge el vaso ella misma, va a ponerle agua y coloca las flores con pericia. Entretanto, Benet observa la reacción de sus compañeros; un poco de envidia, tal vez. Después de vestir de fiesta la mesita de noche, y de día, salen los dos al jardín, como de costumbre. Le gustaría decirle que no es capaz de enamorarse de ella, pero no le salen las palabras, está inquieto. Van pasando los días con sus tardes, recibe carta de Joan, le dice que conquistar a una enfermera está mejor que bien. Benet no se imagina respondiéndole que no es cierto, que no es el caso, que no le gusta la chica.

Una tarde de domingo, antes de irse, Montse le entrega un papel doblado por la mitad e inmediatamente se aleja de Benet a pasos ágiles. Está delgada y

sus pies deben de reconocer las salas de enfermos porque parece que se desliza y ya ha pasado por la puerta. Lee su letra, delgada como ella, con una leve inclinación a la izquierda, como la de su boca. Son unos versos con el título «A mi amado». Dice que lo quiere, aunque no sabe cómo. Que le gustaría saber si ya ha entregado el corazón. Al final le pide perdón por la osadía. No podría pasarle nada más hermoso si estuviera enamorado. Benet ha estado la mañana siguiente componiendo versos. Quiere aclarar las cosas del todo, y el poema que escribe finalmente es un poco cruel, dadas las circunstancias. En resumen, le dice a la enfermera que ha traicionado la amistad pura con «un asalto a su corazón». Después ella le manda una respuesta por medio de Lola en la que se desdice de lo que escribió. En esta segunda nota hay más faltas. Montse puntualiza que era solo un amigo «para divertirse un rato con él y después, si te he visto no me acuerdo»; y, a continuación, lamenta las duras palabras, que nunca habría esperado de él y que el poema de amor era una broma, que no se imaginaba que fuera a tomárselo en serio. Lo que más le ha dolido ha sido la palabra «compasión», que él ha usado en su respuesta, y que ella escribe con ce, olvidando que viene de «pasión» (y no de «pación»). Le ha hecho daño y, al final, Benet se convence de que habría sido mejor no levantar la liebre, no decir ni mu. Se reprocha la torpeza que ha cometido; al principio, haciéndose el loco por timidez o por falta de decisión, y también al final, con los versos, poniendo las cosas en su sitio sin tapujos.

Más adelante escribe que los seis claveles todavía están arrogantes, resisten con el tallo enhiesto, exhibiendo sus colores de nieve y sangre, perfumando el ambiente alrededor de su almohada. Después del incidente anota las siguientes palabras:

*¡Pobres claveles, qué desperdicio! Tal vez mañana les llegue la hora.  
Expulsados del vaso en un acto higiénico de la enfermera, saltarán por la  
ventana junto con el agua.*

Hace unos días que pidió un permiso, pero sabe que conceden muy pocos. Mucho menos a uno como él, que no insiste ni le gusta ir a las oficinas a pedir nada haciendo reverencias. Pero se lleva la grata sorpresa de que el comandante Tàpia se lo concede. Dispone de un día y puede ir a casa de tío Antoni. Son cuatro los afortunados, y salen después de la visita del médico y del desayuno. Van del hospital a la plaza de la Bonanova y Benet se nota débil al andar. Tiene ganas de pisar calles después de tanto tiempo enclaustrado. Todo lo que ve le produce extrañeza en comparación con lo que se imaginaba en su vida «horizontal». En su cabeza todo era mejor que lo que ve y esto lo desilusiona. Espera al tranvía con sus compañeros en la parada de origen, tardará un buen rato y se sientan en la terraza de un café. Mirará las calles por las que pasan a través de los cristales protegidos con listones de madera, pero no las reconoce, hasta que llegan a la plaza de Lesseps. Allí lo conmueve un recuerdo de la época feliz en Barcelona. Después verá paredes y tabiques semiderruidos, el resultado de los bombardeos aéreos.

... ventanas mutiladas, andamios colgando, derribos espantosos que destrozan la simetría de las calles.

Es como si hubieran machacado el centro de la capital. Recuerda la actitud resuelta con la que andaba entonces los domingos cuando iba a comer a casa de sus tíos. Ahora avanza consciente de cada paso que da, del pavimento, de los desniveles. Le faltan ánimos para recorrer la plaza Cataluña. Con aparente tranquilidad y oyendo los latidos del corazón en el pecho, llama al timbre y el sonido parece escaparse pasillo adentro como si el piso estuviera vacío. Espera unos instantes muy largos. Es su tío el que aparece al otro lado de la puerta. Lo abraza sin decir nada y Benet adivina que también está emocionado. Después:

—¡Adelante, pasa!

La señora Gertrudis está en la puerta de la cocina con su delantal de rayas, el pelo blanquísimo y una sonrisa que le parece huidiza.



–¿Y mi tía?

–Está un poco pachucha, pero ¡tenemos una buena noticia que darte!

Su tío lo acompaña abrazándolo por el cuello. Ella le sonríe desde el sillón del comedor, sin moverse. Benet se acerca y le da la mano. Está guapa, pero la suave satisfacción que lucía antes en la cara redonda, en la piel lustrosa de los brazos y del escote, es ahora un interrogante que proponen los ojos. Se levantará para comer, su marido la acompaña en actitud complaciente, como si fuera una muñeca grande a la que hay que sentar en su silla.

–¡Esperamos un heredero! ¡O una heredera, claro!

Las mujeres parecen preguntarse de qué habla. Benet, desconcertado, les da la enhorabuena, siempre había pensado en ellos como un equipo de dos solamente. La comida consiste en un jeroglífico apañado con alimentos básicos y poco abundantes. Patatas, huevos, un poco de verdura y un trocito de carne de cordero. Antoni, encantado, le cuenta las puertas a las que ha tenido que llamar para encontrar la carne. Hay dos naranjas para repartir, a media cada uno. Le hacen preguntas y él contesta con el sentimiento de haberles quitado el alimento que necesitan, sobre todo a su tía. Benet lo mira todo y cada cosa aparenta ser la misma que antes. Su tío lo lleva al taller y lo interroga a conciencia, como si el muchacho no lo hubiera soltado todo en la mesa. Después, le habla del presente y del futuro. La luz que llega por la ventana delata que una tela de gasa ha tapado el sol.

–¿Puedo ayudar en algo?

Se ríe. Repite la buena noticia de la familia y, tras un silencio, Benet dice que tiene que llegar temprano al hospital. Decidido, se propone volver a pie para ver mejor la ciudad, pero a la altura de la calle Caspe sabe que no podrá ser, le pesan los hombros y los brazos, y buscará la parada del tranvía. Cuando llega al hospital, bastante antes de la hora límite, se encuentra con una multitud de gente en el vestíbulo, que normalmente está desierto. Se acerca y ve que todos están alrededor de un joven que lleva el pijama del centro. Dos chicos, vestidos como él, lo acusan de haber robado pan, el pan de otro. Él se

defiende con energía. Dice que sí, que tiene ganas de comer, pero que no está hambriento. ¿Para qué exponerse tanto por tan poca cosa? ¿Creen que se ha vuelto loco? Habla con una seguridad casi severa. Poco a poco se van marchando los mirones y, cuando terminan de lanzarle una lluvia de improperios, también se van los que lo acusaban. Entonces, el muchacho desvela su teoría a Benet y a unos pocos que se han quedado. Dice que todo el mundo es ladrón, pero que a los soldados y a los obreros se los acusa enseguida y los castigan con la cárcel o de cualquier otra forma, pero los castigan.

–Los gobiernos roban y los funcionarios también. Si alguno no lo hace ¡es porque no se atreve!

Después de soltar la sentencia, el muchacho se va y Benet se dirige a su habitación meditando las palabras del posible ladrón de pan. Está cansado.

## Negro

Cuando piensa en ello, le extraña haber pasado solo un poco más de tiempo en el orfanato Ribas que en el hospital de la Bonanova. En su imaginación, el primer sitio, el alto pabellón redondeado, ocupa un periodo inmenso. Estaba muy enfermo y después, no tanto, y su tío iba a verlo más a menudo que al segundo, y después, cuando todo empezaba a ser mejor, se termina en seco.

Lo mandan a Olot a primeros de agosto. Una distancia más para ponerla en sus días. Enseguida escribe cartas. A casa, a su tío, a Joan. Pero la intención del traslado no lo engaña. Lo destinan al Centro de Instrucción Militar, allí, después de varias revisiones, vuelve a ser soldado. Por la mañana, instrucción, sí, es suave, sí, los mandos no son muy exigentes, y, por la tarde, instrucción teórica. Ha hecho el viaje con un muchacho madrileño que tiene heridas de metralla en un muslo, que también estaba en la Bonanova, y han trabado amistad. Se llama Prieto y pasan algunos ratos juntos. Lo consigna en sus papeles y añade que se trata de un hospital para convalecientes. El médico se queja de que no le han mandado el historial de Benet y parece que no hace caso de lo que le cuenta él. Todo el mundo es sospechoso de fingir que está enfermo para no volver al frente. Pide a su tío que por favor vaya a la Bonanova a buscar el historial de su cuerpo.

Se acercan nubes de tormenta a una tierra rica en belleza que él contemplará con desánimo. Está convencido de que poco a poco se irá adaptando, igual que en los sitios anteriores, pero en el centro empiezan los rumores desde el primer día. Los soldados convalecientes pasan sin demora por un tribunal médico. Nubes grises que ensombrecen el panorama, como cuando llega la noche y lo priva de la luz natural. De la nube de la

desesperanza cae la lluvia de «voy a quedar mal para toda la vida»; las gotas de la nube de la añoranza dicen que no sabe si siguen vivos ni qué tal están; el estrépito de rayos y truenos de la nube del miedo le anuncia que lo mandarán al frente con el lado derecho siempre dolorido. Una de las nubes tiene exactamente la silueta de un fantasma, el del mal agüero que centellea en sus entrañas. El negro es mate, todavía pálido.

También vive momentos de esperanza. La posibilidad de que lo trasladen al hospital de Gerona, donde se realizan operaciones. Tal vez sea la solución definitiva de su caso. Claridad. El primer tribunal médico, desde que ha llegado a Olot, no lo convoca para revisar su historial. Puede salir un rato por la mañana y otro por la tarde, como todos los demás, e incluso ir al cine. Descubre en el centro una sala grande, desordenada, con mesas enormes, sembradas de hojitas y de polvo. Aunque no se atreven a llamarlo biblioteca, hay libros en un armario. Los coge con ilusión. Elige uno de Giovanni Papini porque el nombre le suena, se titula *Gog*. Lee ávidamente, pero le resulta difícil entrar en la narración, y salir se le hace cuesta arriba.

Con septiembre llega cierta estabilidad. Los colores de la Garrotxa hechizarán a los pocos que contemplen la naturaleza dando libertad a los sentidos, aun estando en guerra. Cuenta a su primo Joan que se ha propuesto ser positivo y vencer el desánimo. Pasan los días sin grandes cambios, parece que su cielo está más claro. A punto de cumplir veinticinco años, levanta la mirada con ingenua resignación. El 14 de septiembre escribe una carta larga a su tío Antoni. Le agradece las gestiones que ha hecho para solicitar el historial clínico en la Bonanova y en el orfanato de Ribas. Unos compañeros lo animan a ir con ellos a Gerona para hacer el examen de ingreso en la Escuela de Guerra. La escuela se encuentra en Barcelona y eso significaría alejarse de la situación actual. Puede darle una buena noticia: ha aprobado y acaba de rellenar la instancia para matricularse. El curso empieza el 1 de octubre. En esa misma carta, para responder a los elogios de tío Antoni sobre su manera de escribir, se suelta y le dice que le gusta hacerlo porque no sabe hablar. Lo

que más trabajo le cuesta es expresar lo que siente de viva voz, le parece que es poco convincente y procura compensar esa carencia escribiendo lo mejor posible. Le da igual que haya faltas en las cartas de su tío. Le da igual porque su tío sabe hablar bien y con decisión. Precisamente lo que más le gustaría a él.

Mandan al frente a un soldado que también hizo el examen para entrar en la carrera militar, aunque dicen que tiene la esperanza de volver el 1 de octubre para empezar en la escuela. La sombra se cierne de nuevo sobre las espigas maduras. Los nubarrones plomizos y oscuros no tardarán en descargar con los grifos abiertos al máximo mientras llega la noche más negra.

Frente del Ebro, sección Gandesa, 35.<sup>a</sup> división, primera línea. Ha llegado hace tres días, el 20 de septiembre. Esperan. Les han dicho que la compañía se reunirá con ellos. Pero, antes de que llegue, un comisario de batallón, un mando internacional, manda avanzar al grupo de Olot por unos vericuetos en los que se encuentran con balas enemigas y, sin haberse recuperado de la sorpresa, se les viene encima un bombardeo intenso. Fragor infernal, espeluznante, palpitaciones, ensordecimiento. Benet ve que el superior apura el paso y echa a correr, pero, a pesar de los esfuerzos, el bajo vientre no le permite seguir el ritmo de los demás. Va quedándose atrás hasta que pierde de vista a su grupo. La aviación enemiga lanza una nueva descarga y él se esconde al pie de un olivo, que toma por escudo contra la puntería de los contrarios. Descubre a otro chico más joven allí cerca, que parece que aguanta bien, aunque es delgado y bajito, pero, dirigiéndose a él, le dice: «¡De esta no salimos!»). Benet entiende que están muy cerca de primera línea. El zumbido ensordecedor e insistente le acelera el corazón violentamente. La sensación de que las bombas le caen encima o tan cerca como para descuartizarlo le hace temblar. Cuenta los aviones, son veinte; de pronto, una explosión salvaje le levanta el cuerpo al mismo tiempo que la sangre baja desde la cabeza hasta la boca y le tapa los ojos. Le sorprende el sabor mientras recuerda que ha echado

a correr como un poseso y después se ha caído. No nota los dientes del lado derecho, los busca por el suelo, pero no los encuentra. Se mete la mano en la boca y palpa, están todos en su sitio, pero no puede mover los labios ni articular sonidos. También tiene insensibles el índice y el pulgar de la mano derecha, y enseguida se le apaga la mano entera. Más tarde se encontrará en un refugio, allí lo curan y, cuando remite la violencia del bombardeo, se lo llevan en ambulancia. Benet, que tenía que incorporarse al 44.º batallón de la II Brigada Internacional, coincidirá en el reducido espacio en movimiento con un soldado escocés que se llama George. Pero en ese momento todavía no sabe de dónde es ni cómo se llama.

Cuando llegan al hospital base de campaña, lo reconoce uno de los camilleros, un soldado joven de la quinta del biberón. Es de la Noguera.

—¡Hombre, Benet! ¡Tú por aquí!

Intenta hablar, pero no le salen las palabras, solo balbuceos, y el chico se echa a reír. Cuando termina, habla de nuevo.

—Lo entiendo, no te molestes, ¡cada uno hace lo que puede para no volver al frente!

Gris plomizo en las alas ya marchitas de Benet.

En semejantes circunstancias, parece que guardar silencio y cerrar los ojos es la única forma de procurarse un espacio en el que se pueda respirar. En la ambulancia hay otro soldado herido, pero no se ha fijado en él; solo sabe que está allí. Los ingresan al anochecer, oye un nombre extranjero, pero están a oscuras y no ve a quién corresponde. Todo esto, poco antes de irse a dormir. Les asignan camas consecutivas. Dan a cada uno un chusco con queso y un vaso de agua. Tardan tres días en hacerles un reconocimiento completo. Entretanto, Benet ya sabe que su compañero es brigadista internacional, se comunica con gestos y unas pocas palabras en castellano. Lo asombra que, siendo escocés, no alcance ni su estatura, y está un tanto *taboll*,<sup>1</sup> como dirían en la Noguera. Benet creía que en los países del norte todo el mundo era alto y altivo, y así lo consignará en su cuaderno cuando pueda. George parece un tipo

fuerte y fuma bastante. Primero le pide fuego y después le ofrece un cigarrillo, pero Benet no lo acepta. Está casi seguro de que el tabaco le hace más falta al otro. El muchacho extranjero tiene una expresión triste, se mueve con lentitud y antes de hablar se lo piensa bien. Le señala la herida y Benet escribe la palabra «metralla» con la mano izquierda y letra desfigurada, ondulante e insegura. El otro dice que sí con un movimiento de cabeza y se quedan los dos como pensando en una jugada de ajedrez. Parece que el escocés ha entendido enseguida que Benet no puede hablar y que lo pasa mal por eso.

Recorren los pasillos y las salas como perdidos. George dice que está harto de la guerra. Tan pronto como gana un poco de confianza añade una opinión: los mejores hombres ya han muerto y por eso en España solo queda lo peor; inmediatamente se disculpa con un gesto, Benet entiende que se refiere a él. El escocés tiene un vocabulario pobre que no admite matices. Andan uno al lado del otro. Cuando uno de ellos se cansa o se aburre de dar paseos, se sienta y el otro continúa. No les prestan ninguna atención y George, tocándose la frente con el índice derecho y moviéndolo en redondo, le da a entender que si lo dejan allí mucho tiempo más se va a volver loco. «¡Loco!»,<sup>2</sup> grita. Llevan tres días paseando a la deriva en compañía, hablando poco, y de repente desplazan al escocés a otro centro. Pero antes se dan un apretón de manos, momento en el que a Benet le parece que esa especie de piedra que tenía en medio del cuerpo se resquebraja al ablandársele el pecho. Siente que se queda completamente solo. Los compañeros, los que hablan en castellano e incluso los que hablan en catalán, no saben o no se dan cuenta de que él no puede hablar, de que la mudez lo tiene aterrorizado.

Unos días más tarde lo diagnostican. Además de la herida, tiene una complicación neurológica y lo mandan a Vilaboi. Cuando entra en la sala en la que está su cama, a la primera persona que ve es al brigadista escocés. Se dan otro apretón de manos, efusivo ahora, y comprueba que George está de mejor humor. Le sonrío. Le cuenta que está en tratamiento y, con su peculiar forma de

comunicarse, le da a entender que este sitio es mucho mejor que el hospital en todos los sentidos.

El edificio en el que se aloja el hospital se encuentra en plena naturaleza, es espacioso, acogedor. Se desvanece la sensación de estar en un psiquiátrico, se queda reducida a unos posos en el vaso de los temores. Antes de hacerle la exploración, el médico le pregunta si sabe dónde está. Benet afirma con un movimiento de cabeza.

–Aquí tratamos a enfermos neurológicos y psiquiátricos. Usted forma parte del primer grupo.

Asiente de nuevo y la luz de la habitación le parece más clara. Se queda a la espera conteniendo la respiración, porque ha pensado algunas veces que podría trastornarse con tanta desesperación. Pero ahora no dice nada. La mano, el brazo y hasta la herida de la cabeza, tiene todo un lado dormido y ha desaprendido a convertir la voz en palabras.

–Ahora le haré unas preguntas y espero que me conteste con total sinceridad. Procuraré que pueda hacerlo con un simple sí o no.

El médico, que parece muy severo, resulta ser correcto y amable. Le cuenta que la herida de la cabeza no es grave, pero que el impacto le ha afectado la parte del cerebro que rige el habla. Que es muy probable que la recupere poco a poco, y también la movilidad de los dedos. Le prescribe unos ejercicios y dice que pronto volverá a verlo.

Vilaboi es un sitio privilegiado. El jardín del palacio de Marianao es enorme. Cuenta con gran cantidad de árboles, sobre todo pinos y palmeras, más algunos cipreses; en su época de esplendor debía de atenderlo un jardinero, pero en octubre de 1938 está un poco asilvestrado y a Benet lo remite a sus primeros años de vida en el Pirineo, a los caminos flanqueados de verde y al bosque. Pero esto es un jardín, los árboles están alineados y todavía quedan rosas tardías y otras flores. Le gusta pasear por los senderos, sentarse en algún peldaño en buen estado, cortar una rosa con la navajita que se compró en la



Seu y sujetar el tallo en la boca, mirar toda la vegetación que lo rodea. Al final, la vista choca contra la verja y los pinchos de hierro que la coronan le producen un escalofrío y lo devuelven a la realidad. Pero allí está lejos del frente, a cubierto de los riesgos de la guerra.

Pasea con el compañero forastero por los caminos, de vuelta al gran edificio nuevo. Es una casa de indiano, uno que deja su país para ir a Cuba y se hace rico. Ahora Benet puede curarse en un sitio que ayuda a recuperar las ganas de vivir a quienes las han perdido, como tantos soldados que han estado a punto de morir y que todavía pueden volver a lo mismo. La guerra sigue. La guerra, la guerra. Ahora es su obsesión más profunda. Al principio no puede leer, y menos aún escribir. Pero después de muchos ejercicios, que le ocupan gran parte de la mañana y un poco de la tarde, no tarda mucho en empezar a mandar cartas a sus padres y hermanos. Sabe que están bien por lo que le cuenta su tío Antoni, y que los abuelos siguen en Riublanc con los padres de su primo Joan, aunque la abuela está enferma. Se pone a escribir cuando termina de organizar una idea que lo obsesiona desde que sabe que no puede hablar. Entre la herida del vientre y la mudez, se convertiría en un inválido y en una carga demasiado pesada para sus padres. Por eso decide que no volverá a casa. Cuando comprueba que empieza a mover los dedos se retracta de esta intención. Y entonces les escribe contándoles la última experiencia en el frente, breve y dramática, para terminar con las buenas perspectivas que le ha dado el médico de Vilaboi.

En la biblioteca hay libros de historia, de sociología y de pedagogía, biografías y muchos más de literatura universal y de Cataluña. Le gustan las novelas de Tolstói, *Los cosacos*; de Dostoievski, *Años de humillación*.<sup>3</sup> Lee, de Prudenci Bertrana, autor de Gerona, *Tieta Claudina*, y de Clovis Eimeric, *La puntaire*. De Federico Urales, *Mi Don Juan* y *Los grandes delincuentes*. Urales es un seudónimo. En realidad, se trata de Joan Montseny i Carret. Copia frases ingeniosas, hace resúmenes de libros, un estudio sobre el impulso romántico que pone la juventud en la lucha por un ideal. Se atasca

porque el autor habla de un romanticismo «engañoso y especulativo». Reflexiona y escribe que, como obrero, tiene que seleccionar las lecturas. Para aumentar su cultura no puede leer cualquier libro ni cualquier tema que le llegue a las manos. Necesita formar la inteligencia para que haga su trabajo con responsabilidad, para desarrollarse bien, sin sentimientos de inferioridad respecto a otras personas. Anota que es un error impropio adquirir conocimientos extraños, de los que solo sirven para darse importancia delante de los demás.

Su amigo escocés suele entrar en la biblioteca más tarde que él, escribe un rato, pero enseguida se cansa. Si Benet se encontrara todos los libros en inglés, ¿qué haría? El escocés hojea algunos y después se despiden con la mirada. Un día le preguntará por lo que escribe y George declara que escribe sobre la guerra de España, sobre el desastre que significa, pero que se pone nervioso y no le conviene. Dice a Benet que lo admira por su afición a la lectura y a la escritura, con los tiempos que corren. Añade que le gustan los dibujos que hace a tinta cuando está en el jardín. Sobre todo las hileras de árboles. Benet cree que las palmeras le salen bastante bien.

Hay siete cuartillas sin márgenes cubiertas de letra pequeña y clara, la de Benet, inclinada hacia delante, con nueve capítulos encabezados por números romanos. Serra Hunter: *L'atzar i la contingència*. ¿Estas hojas demuestran un interés notable? No parece que el objetivo sea la caligrafía. Desde que empezó la guerra, ¿cuántas veces aparecen en sus cartas y escritos palabras como «casualidad», «hado», «suerte» y «desgracia», «buena fortuna», «mala fortuna», «destino». ¿Cree en el azar? ¿Ha pensado ya que le ha salvado la vida una herida de metralla en la cabeza, en combinación con un trastorno que lo ha llevado a ingresar de nuevo, ahora en Vilaboi? ¿O ha sido solo una contingencia?

Otro texto que influirá en la temporada de espera y mejoría en Vilaboi trata de la lectura. *Invitación a la lectura*. A partir de ese texto y de la reflexión consiguiente no podrá revolver entre los libros, empezar uno y dejarlo

enseguida sin tener mala conciencia. En los silenciosos mediodías, después de la terapia, cuando se refugia en la biblioteca, observa un caso y lo comenta por escrito, igual que sus impresiones sobre lo que veía hacer a su compañero escocés. Un chico entra en la biblioteca más o menos a la misma hora, justo cuando él todavía no se ha concentrado. Siempre va a la misma estantería y se para a mirar los lomos, cada uno con su título, pero al final saca el mismo libro todos los días. Se sienta enfrente de él unos minutos, pasa las hojas deprisa y vuelve a salir como un alma errante. Benet cree que intenta pasar el tiempo como sea y que probablemente repite los mismos movimientos sumando los minutos como si subiera una montaña paso a paso, sin gestos heroicos ni grandilocuentes. Hasta alcanzar la meta que se ha propuesto: llegar a la hora del almuerzo.

En cambio, él prefiere elegir bien los libros que pueden formar o informarlo y no leer los que no le convienen, por muy atractivos que parezcan, porque le cuestan un gran esfuerzo y no saca nada en limpio de ellos. Se sienta correctamente en la silla y, en hojas aparte, hace resúmenes de lo que le parece interesante, alimenta una columna con las palabras que no entiende o de cuyo significado duda. Después las busca en el diccionario y toma nota de la definición. «Conminatorio.» «Hecatombe.» «Sinergia.» «Palingenésico.»

Pasa el tiempo, anota que el brigadista escocés ya está bien. Este le dice que dentro de poco volverá a hablar como antes. Benet lo mira. Su expresión es muy seria, casi fiera, pero es un hombre generoso, delicado, no abusa de las circunstancias cuando le son favorables. Lo razona: George casi nunca acepta el tabaco que le ofrece. Cuando lo acepta es porque sabe que a Benet le sobra y que no se lo guarda. Le dice a menudo, de una forma o de otra, que le quedan pocos meses en España, que está harto de la guerra, pero siguen compartiendo ratos de silencio.

Una mañana, Benet se acordará perfectamente, está dibujando en el jardín, ve acercarse al brigadista agitando un papel en la mano y le sonríe. Adivina que ha llegado el momento. La fila de árboles de Vilaboi está casi terminada.

Cuando el escocés llega a su lado, levanta la pluma que empezaba a dibujar las ramas de un pino. George le dice que es curioso que empiece a dibujar por la copa. Se ríe. A continuación, le informa de que van a repatriarlo pronto desde el puerto de Barcelona. Vuelve a casa, está contento. Por fin se va. Mientras Benet lee el documento, George le quita el dibujo.

–Este es para mí.

Benet le dice que no está terminado, pero George responde que le gusta así. El chico, al que algunos consideran intratable y obstinado, le dice que ya lo terminará cuando vuelvan a encontrarse, pero que se lo dedique. Benet sonríe y se levanta. Escribe: «A mi amigo escocés». El compañero le pedirá también una foto, la que le enseñó un día, y se la firmará con el nombre completo. Añadirá además su navajita, porque sabe que le gusta mucho. El último apretón de manos le congela el corazón, la mitad de Benet se habría ido con el escocés. A los veinticinco años deja consignado que este compañero tan reciente representa para él la amistad profunda.

Las islas, hospitales y centros de salud, tierra viva rodeada de agua, lo han acogido en su navegación sin rumbo. Lo han preservado del fuego y del polvo, de los gritos y los estallidos ensordecedores. Las heridas, desinfectadas y cubiertas con vendas blancas, dejan costuras y postillas en la piel, también por dentro. Entretanto, la guerra continúa y la República, el gobierno de su país, presente en sus pensamientos, en sus deseos, va por mal camino.

Mueve la cabeza, el brazo y la mano derecha sin dificultad, habla normalmente. Recibió orden de ir a Gerona con cinco soldados más. El desconcierto reinaba por todas partes. Tenían que presentarse por la tarde en un cuartel de las afueras de la ciudad. Esa misma noche pidieron seis voluntarios para ir a Palamós. Uno de su grupo era de allí y, como iban juntos, se presentaron todos. Los mandaron sin vehículo ni provisiones. Era de noche, iban por la carretera cuando, al oír el rugido de un avión, se echaron cuerpo a tierra. A Benet le pareció que la bomba caía en el sitio del que habían salido y

tuvo la sensación, igual que sus compañeros, de que habían salvado el pellejo. Desde aquel momento aumentó la sensación de unión entre ellos. Cada uno llevaba una mochila con una manta y unas pocas cosas más. Cogieron remolachas en un campo y se las comieron tal cual. Unas horas después se acercaron a una masía a pedir algo de comer y una mujer les preparó una cazuela de gachas. Le parecieron un manjar exquisito. El muchacho de Palamós los condujo hasta el sitio en el que les darían las órdenes, y el capitán les encargó que transportaran dos bidones de gasolina hasta una barca determinada. Mientras lo hacían, el de Palamós dijo que iba a hacer una visita a su casa. Tenía mujer y un hijo de meses. Los otros cinco llevaron a cabo el trabajo. Benet vio el mar de rojo, sin pensar mucho, sin asombro. Lo que llevaban pesaba mucho y estaba todo muy oscuro. Regresaron al lugar en el que les habían dado la orden, pero no encontraron al capitán ni a nadie. Comprendieron que había llegado el final. Solo faltaba una cosa por hacer, dijo uno de ellos. Huir antes de que llegaran las tropas de Franco.

Chica

Existe un carnet de identidad de Benet, expedido por Obras Públicas de Lérida, todo en castellano, incluido el nombre, con una fecha posterior a su regreso de Francia, de Agde, el campo de catalanes, que se cerró entre junio y septiembre de 1939.

Antes de ir a parar allí junto con otros, su tío Agustí, el hermano de su padre que vivía en Francia, los acogió en Béziers, donde trabajó de peón de albañil y, antes de eso, pasaron unos días en el campo de Argelès, el mar y ellos, los que llegaron a donde la muerte barría cadáveres en los alrededores; la mayoría estaba al límite, como él. Se había salvado haciendo todo lo posible con los demás. Amontonando ramitas, regalo de las olas en otros momentos, recogiendo agua de mar, buscando piedras para hacer chispa, todo eso y más para intentar cocer unas lentejas que llevaba un compañero. Había partido en trozos un bocadillo de bacalao que le había dado una mujer, a la que describe con delantal y pañuelo en la cabeza, al pasar por Elna. Había podido hacerse con un bocadillo. ¿Suerte? Nunca olvidaría el nombre de esa ciudad, ni la temporada en Béziers con su tío, como tampoco los meses en Agde. Allí estuvo en un tris de apuntarse a la Legión Francesa. Un compañero suyo se apuntó, le dijo que los mandarían a Indochina, así al menos saldría de esta rutina denigrante. Benet se quedó en el umbral de la puerta mientras el otro entraba resueltamente. En vez de entrar él también, se volvió a mirar la hilera de barracones, todos de madera y tela, un campo organizado que no tenía nada que ver con Argelès, donde habían pasado sed, hambre, frío y calor. Aunque hacía ya un tiempo que podía hablar, sin abrir la boca se dijo que si se

iba con la legión no volvería a ver su tierra nunca más, ni a su familia. Tenía que elegir.

Tampoco olvidaría nunca el «Adiós a la vida», de la ópera *Tosca*, de Giacomo Puccini, aunque la primera vez que el tenor, un tal Santacana, la cantó por el micro del campo en medio del silencio absoluto de los refugiados, no sabía qué canción era. Aquel día, con aquella voz, encontró el sentido de la frase «me ha llegado al alma».

Ha pasado el primer rato de reencuentro y de respuestas deshilachadas con sus padres. Si tuviera que contarles algo del último año y medio, desde aquel permiso que pudo disfrutar en casa en enero de 1938, antes de la segunda operación, necesitaría estar hablando sin tregua muchos días seguidos. Pero no es necesario. Tiene la clara sensación de que ni su madre ni su padre desean entrar en detalles, les basta con verlo, y a él le sucede otro tanto.

Después de abrazarse se sientan alrededor de la mesa del comedor, y a Benet no le pasa desapercibida su insólita actitud solemne. Pia y Benet, la causa de sus inquietudes en otros tiempos, son ahora para él unos conocidos del pasado. Lo único que le interesa es que se encuentran bien, en el mismo sitio en el que los dejó. Ve a una pareja madura, no se miran el uno al otro mientras lo escuchan. Él, en el papel de hijo recuperado, les da noticias deshilachadas, dispersas, pero enseguida se le acaba la cuerda. Lo inhibe la sensación de que lo que ha vivido le pertenece solo a él, que no es necesario a nadie más. Se seca la fuente de las palabras, de las preguntas inevitables, y también ellos se callan, pero de repente él encuentra un tema que puede interesarlos, sobre todo al padre. Les cuenta cosas de su tío Agustí, que lo ha tratado como si fuera su propio hijo, que se ha situado muy bien en Béziers. Es de la familia y a su padre le complacerá saber que los de su misma sangre, también el tío Antoni, son hermanos en los apellidos y en los hechos, que lo han ayudado cuanto han podido. Se alarga relatando estas cosas, buscando en el recuerdo. Las cartas, las visitas, las gestiones del tío sastre. Como de costumbre, su madre agacha la cabeza cuando no habla, sentados como están a



la mesa cuadrada, adornada con un tapete redondo de ganchillo de color hueso. Él toca un momento con los pies las baldosas de dibujos geométricos, que se repiten en todas, y en los que no había reparado hasta ahora. Le parecen bonitas, asequibles, en comparación con las del orfanato de Ribas. La voz del padre no acude a celebrar la información ni a solicitar más datos, y eso le extraña. Lo mira y el corazón le da un vuelco. Ve resbalar lágrimas de esos ojos de mirada firme y resuelta por lo general, lágrimas que caen por los lados de la nariz, tan regular y potente. La novedad dura solo unos instantes, porque el padre se levanta y se va al lavabo a paso rápido. La madre le cuenta que mataron a su tío Josep, uno de los ocho hermanos de Reniu. Le pegaron un tiro, como a otras cuantas personas más de los pueblos de alrededor, todos inocentes. Dio la orden un general feroz, mucho peor que las alimañas. Suponían que era la respuesta al deseo de venganza de algunos vecinos de derechas a los que habían castigado económicamente. Sagardía ha mandado matar a muchos más. Todos los valles, desde Montsent hasta más allá de Àneu, han quedado sembrados de cadáveres sin enterrar. La madre hace una pausa y vuelve a la familia. El padre de Joan, evacuado a Navarra y encarcelado en Huesca hasta hacía poco, se ha salvado, pero las has pasado muy negras. La tía y al niño de doce años fueron evacuados a un pueblo de Aragón y estuvieron dos meses, día más, día menos. La tarde oscurece al otro lado de la ventana. Benet sabe que este primer día no verá la cordillera inmensa que tanto ama más que como una sombra negra, larga y voluminosa.

—Y, para rematar, poco después murió tu abuela, la madre de tu padre.

Benet padre vuelve al comedor con la cara seca. Su hijo se levanta, lo abraza y, delante de una mujer, lloran los dos con desconsuelo absoluto como niños que lo han perdido todo. Momentos después, cuando él apoya la cabeza en su hombro izquierdo, un aguijón imaginario al acecho amenaza con malicia, como un rayo, la áspera dulzura del desconsuelo compartido. ¿Por qué no le escribió, eh? Querría que este dolor del padre fuera por su ausencia definitiva, querría haber muerto para que sus lágrimas le pertenecieran en exclusiva. Este

pensamiento monstruoso lo asusta y se separa de él, y entonces se da cuenta de que están solos. La madre se ha ido por el pasillo y el padre vuelve a la silla frotándose la cara con un gran pañuelo blanco; él lo imita enseguida. De repente, se acuerda de un día en que estaban todos los hermanos hablando alrededor de la mesa. Su tío Josep era uno de los más charlatanes, de los que más gritaban y hacían bromas. La mesa de Reniu, de la que solo recibía simpatía y sonrisas cuando era pequeño. La mesa de nogal, la larga mesa de los abuelos, es ahora una espina en medio del pecho; deja caer la cabeza encima de los brazos apoyados.

–Se acabó, Benet, basta de lágrimas. Tenemos que ser fuertes, tenemos que vivir. Hablemos de ahora, de lo que vas a hacer, de por dónde vas a empezar.

Quería frenar con la voz el instinto desbocado del llanto de su hijo, que no amaina, hasta que comprende que no queda otro remedio que dejar que se desahogue. Por fin Benet se levanta, ahora es él el que va al lavabo, y vuelve con la cara limpia y picor en los párpados.

–Habrá que solicitar tu reincorporación a Obras Públicas.

Habla en un tono cálido, en voz baja, y le dice que trabajo no falta, que han destrozado muchas cosas, además de lo que quedó sin terminar antes de la guerra. Algunos de los jefes de Lérida ya no están, pero todavía hay una persona que le conoce y valora. Cree que no habrá problema para que lo acepten, al fin y al cabo lo único que consta es que ha sido soldado republicano.

–Sí, sí; así será, padre.

Y se calla. Comprende que dice adiós al dibujo para siempre, y a la escultura y a las letras, pero para sentir esta despedida se le ha agotado la pena.

Más adelante, el 3 de noviembre de 1939, tendrá un carnet que lo acredita como empleado de Obras Públicas.

La nena está muy delgada, se le echa en brazos sonriendo. Es la viva imagen femenina que había intentado reproducir en algunas láminas cuando estaba en Barcelona. Le ha crecido el pelo. Las grandes ondas rubias como la paja mojada le estilizan la cara más de lo que él recordaba. Es una auténtica belleza, pero la expresión de chica joven y confiada ha desaparecido, ahora tiene un algo abstraído, soñador, introvertido. La nota diferente, y está más guapa cuando le sube un poco de color a las mejillas mientras le hace preguntas con gran interés. Enseguida se da cuenta de que tendrá que hablar ella, si quiera charlar un rato con él.

—¿Vamos a dar una vuelta?

La madre protesta porque ya está haciendo la cena.

—Hay tiempo. Volvemos dentro de una hora.

La oscuridad ha convertido el ocaso en noche. Se encuentra en el sitio con el que soñaba en las salas blancas, pero tiene el corazón encogido y no siente la alegría que esperaba. Las calles de la Noguera están solitarias, aunque de vez en cuando sale alguien inesperadamente. Veva le advierte que hay vigilancia para que no se hable en catalán, que tenga cuidado con quién lo habla, porque le pondrían una multa y sería sospechoso. Le cuenta que su madre quemó casi todos los libros de la colección «A Tot Vent». Y se ríe cuando añade que, en cambio, dejó la colección completa de un autor mexicano, Vargas Vila, que está en el índice de los prohibidos. Él contesta que su padre ya le había puesto en antecedentes. Que le ha aconsejado que vaya a misa todos los domingos. Y bien vestido, que hay quien pasa lista.

—Y no sé si sabrás que algunos de los que más daño hicieron se dan golpes

de pecho en la iglesia, comulgan y pasan el cepillo.

Se acuerda entonces del alcalde del rosario y la misa diarios. Su padre le ha recomendado prudencia y que no hable de los sitios en los que estuvo en la guerra. Benet dice:

–Parece mentira lo mucho que ha cambiado todo.

–No, vamos por aquí.

Estaban en la calle de la cárcel. Veva le cuenta que la encerraron allí con otra amiga, Rosita, a la que también conoce él. Las denunció un militar por mantener abierta la biblioteca de la Generalitat.

–¡Una semana a la sombra!

Benet se acuerda de la casita antigua de bloques cúbicos, con una reja en la ventana. Antes solo alojaban a los borrachos que daban mucho la murga o destrozaban algo y algunos ladronzuelos de tres al cuarto. Le pregunta cómo era la celda y la nena sonríe, también sonríen sus ojos verdes.

–Un espacio cerrado y frío, pero no vale la pena hablar de eso, solo te digo que allí dentro, Rosita y yo nos hicimos amigas del todo. Y, por cierto, le gustas.

Lo informa de que Domènec sigue estudiando en Barcelona. Tiene esperanzas de terminar la carrera en dos o tres años y quizá después se planteen algo, o dos algo, rectifica, y se echa a reír. Casarse e irse a vivir a Madrid. Ve la extrañeza de su hermano y le dice que el chico tiene familia allí que puede ayudarlo a situarse.

–Pero ¿no tiene a su padre aquí y a un tío en Barcelona en muy buena posición?

–Dice que prefiere irse, que no se lleva muy bien con su padre.

Las palabras de su hermana le apagan la llama de una vela que tenía en su interior, la única luz que le quedaba. Ella sigue hablando. Domènec le ha escrito cartas muy bonitas, le gusta su forma de ser, sensible, culto y educado. Se exalta. A su hermano le parece que, enamorada, está más guapa todavía. Despierta en él una vez más el deseo del amor. Cree que la vida le sería más

llevadera con una mujer que lo quisiera como quiere su hermana a Domènec. Rosita no le gusta, aunque no sabe por qué. Le gustaría tener a alguien con quien compartir el dolor por los horrores vividos y con quien disfrutar del sexo y de la ternura. Pero tendría que ser alguien especial, de pensamiento libre, alguien de quien se enamorase hasta el tuétano, no una chica que haga cálculos para atraparlo en su red y que solo le lave y le planche las camisas y le haga la comida. Vuelve el recuerdo de Montse, la del orfanato Ribas, con un sabor agridulce que en estos momentos le resulta lejano, como si fuera una anécdota de la infancia.

Y después Veva le dice que Domènec sabe que la familia de ellos, sus padres, sobre todo la madre, por mucho que lea y sepa callarse a tiempo, no está a la altura de la suya. Pero a él le da igual y confía en poder convencer al menos a sus hermanos, y tal vez también a su madre. Hablando de madres, le informa de que la suya está más tranquila que antes, tal como le ha parecido a Benet. Hace tiempo que no discuten a voces entre ellos, pero, desde que Pere se fue a la mili, la madre no hace casi nada y tiene que encargarse ella de casi todas las labores de la casa. Han andado un largo trecho mientras hablaban, evitando el paseo y las plazas del centro. El pueblo está como muerto, se ha hecho de noche y ha refrescado. Veva dice:

—¡Esta fiesta mayor ha sido la más triste de mi vida!

Un timbre doloroso, el eco de los hospitales y de los campos franceses, lo conmueve por dentro, pero no dice nada. La fila de camas blancas, la fila de barracones, la fila de árboles del jardín de Vilaboi. Se acuerda del pino inacabado del dibujo, el que se llevó el escocés, y sonrío sin que su hermana lo vea. Llegan a casa y suben la escalera corriendo, como cuando eran pequeños y competían por ser el primero. El piso le parece un sitio conocido y extraño a un tiempo, aunque sabe que ese par de adjetivos podría aplicárselos a sí mismo. Tiene hambre, la verdura está muy cocida y no sabe bien. Su padre no está y él se va a dormir enseguida, mientras la madre y la hermana hablan en voz baja en la estrecha cocina. ¿De qué hablan cuando se quedan solas?

Hoy, la mayor alegría de Benet es dormir en su cama, pero los sueños lo despertarán casi todas las noches durante un tiempo. Pero dormir, dormir.

La foto del carnet que lo acredita como empleado delata a un hombre que parece mayor de lo que es, un chico en realidad. Rostro afable, curtido, con bigote y pelo de ondas pequeñas, casi seguro que acaba de salir de la barbería. Lleva una americana clara cuya tela le hace bolsas alrededor de las solapas y en el cuello, con las mangas un poco arrugadas en las axilas, holgada. ¿Heredada de su padre? La corbata es ancha, grandilocuente. Fondo liso con un estampado en el centro, de arriba abajo, que simula una cinta de bordes blancos. El dibujo desaparece en el nudo y en el ángulo agudo de la punta. La boca quiere sonreír, los labios se estiran y la mirada se ilumina, pero la postura, en conjunto, declara encogimiento, tal vez un poco de pánico.

Ha recuperado el trabajo que tenía antes de la guerra. Recorre pueblos de los dos Pallars y de la Alta Ribagorça y no nota grandes diferencias entre ellos. Viaja en el coche de línea. Según el destino, en el de Alsina Graells o en el de la Primera del Flamicell. Hasta las chicas bajan los ojos si las mira él en un espacio público; es una época en la que las mujeres y los hombres desvían la mirada. Completa los trayectos a pie. Moverse de un lado a otro le alivia un poco las inquietudes, y el trabajo lo absorbe. Empieza a conocer el país palmo a palmo y el país empieza a conocerlo a él, casi siempre en relación con su padre, su predecesor en nombre, edad y fama. Lee, estudia, aunque poco. Si le queda algo de tiempo libre se pierde en el ruido del agua, en el destello de una cucharilla o en el mosquito del anzuelo preparado. Pesca en los ríos, que siempre marcan sus rutas. En esos ratos descansa, se aleja de todos los malos recuerdos y de las preocupaciones presentes.

La guerra ha dejado un exceso de pérdidas y de injusticias, y la dictadura

sonríe con benevolencia mientras distribuye a sus marionetas en el poder, protegiendo y enviciando a sus seguidores al tiempo que asfixia con las manos y aplasta con los pies a los que considera contrarios o, porque no los conoce, dudosos. La llave de todas las puertas se denominará influencia. En las escuelas, los maestros ignoran cosas. La mayoría son de fuera, traducen el mundo, borran la vida propia de los pequeños y el pasado heredado. Si alguno no lo hace así se pone en peligro. Benet recoge las migas de la mesa puesta por su pensamiento y su deseo con sus proyectos y anhelos. El estudio, el arte, la lectura, la ciudad. Lo que ha vivido en la guerra ha soldado su deseo, sus aspiraciones de hombre libre con una sola vida para gastar. Como si pudiera disponer de otras cuantas, acepta plenamente el trabajo que antes lo aburría y la endeble comodidad de la vida diaria. Hoy aquí, mañana en otro sitio, poco a poco se convierte en un hombre errante y no se lamenta. No ha tenido que renunciar a sus proyectos de antes. La situación lo ha hecho en su lugar.

Pasan los días. La nena ha sacado el título de secretaria y empieza a buscar trabajo, pero le cierran la puerta de todos los negocios e industrias pequeñas del pueblo. Las normas son severas y ella, igual que muchas otras, está señalada como activista cultural en la época republicana. Domènec va al pueblo una vez al mes y eso la mantiene de buen humor. Por fin un conocido de su padre la contrata por unas horas a la semana para que le lleve la contabilidad y la correspondencia. Cuando Pere vuelve de la larga mili cuenta que ha montado un negocio con un compañero, un taxi, y que se va a vivir a Valencia, se ha sacado el carnet de primera y está orgulloso. Entonces la madre dice que se volverá a Riublanc. El padre y Benet están trabajando fuera de casa.

El sábado por la tarde, a la hora del dulce retorno a casa, cuando tiene ganas de bañarse y cambiarse de ropa para ir a dar un paseo, el chico coincide con la discusión entre su padre y su madre. Ella ha hecho la maleta y dice que cogerá el coche de línea para irse a Riublanc. El padre insiste en que tiene algunas obligaciones que cumplir y que si cruza la puerta no sueñe con volver.



Ella le responde con una avalancha de reproches y, de repente, increpa a Benet porque no la defiende. Le dice que sabe de sobra lo infeliz que es y que su padre la ha engañado con mujerzuelas desde siempre. ¿Por qué no le da el apoyo que merece? ¡A ella, que lo ha criado, que lo ha alimentado, que lo ha lavado de pies a cabeza, que lo ha velado cuando estaba enfermo! El padre manda marchar a Benet, que los deje solos, y él obedece, liberado y triste. Deja en el recibidor la cartera de mano que todavía sostenía, con la ropa sucia, dos libros, un cuaderno y poca cosa más. Sale a escape y oye llorar a su madre desde la escalera, cruza la plaza en dirección al torrente del Canaló, dobla una esquina y empieza a ascender por el camino hasta que, un buen rato después de subir sin parar, se encuentra en el pueblo de Bleret.

Piensa en el amor de sus padres. Seguro que en algún momento se querían y formaron una familia con la promesa de que fuera para siempre. Se da cuenta de lo peligroso que puede ser enamorarse y se propone no hacerlo. Intentará pasárselo bien, pero ser libre. El matrimonio es un lazo muy apretado, un contrato que puede convertirse en un peso que cada vez tira más, hasta que asfixia. Resulta extraño que la madre los abandone, pero también le parece una forma de liberación. ¿Quién hará su trabajo? La nena le ha dicho que ahora tiene que hacerse cargo de más cosas en la casa. Encuentra una fuente, bebe y se lava la cara. Se acercan unas chicas con cántaros y empiezan a cuchichear entre ellas y a mirarlo. Son guapas las dos. Benet les sonríe y ellas se hacen las interesantes, se ponen serias y acercan los cántaros al agua, una en cada caño, mientras él sigue mirándolas; le gustaría abrazarlas y besarlas. Al final las saluda, aunque no le contestan, y se va por el mismo camino por el que vino. Declina el día y, cuando está a punto de llegar a la salida del pueblo, oye un estallido de carcajadas. El juego amoroso debe de ser más o menos un vaivén parecido a esto. Ahora le hago caso, ahora ni lo miro. Lo quiero, luego no. Pero él ha leído libros que describen el amor como un universo de luz y belleza, de deseo satisfecho. Es una idea que resplandece en su fuero interno y no puede expulsarla sin más. Ha llegado a pensar que el amor es algo inmenso

y profundo, un sentimiento que puede llenar todo el espacio de un pensamiento. Sigue andando a oscuras, como si se hubiera perdido, como un mendigo, tiene las manos vacías. De repente, por una esquina, sale una pareja de la Guardia Civil que le pide la documentación. Mucho bulto de tricornios y capas que se levantan. Benet dice que lo tiene todo en casa. Que vive en la Noguera. Da su nombre y dirección. Se miran el uno al otro con el arma en la mano. Uno lo cachea. Él piensa con la tripa, no con la cabeza. Después de tanta guerra, ¡ahora perderá la vida al lado de su pueblo! Se le ocurre hablar de su padre, dice que trabaja en Obras Públicas, como él, nombra a un conocido que es de derechas, que le pregunten a él si lo conoce y, ante tanto silencio, le da por decir que ha discutido con su novia y que se ha ido a andar un rato para que se le pasara el enojo. Se miran el uno al otro en un silencio que lo deja helado y de pronto estallan en carcajadas.

*–¡Tenías que cruzarle la cara con estas! ¡Vete ya y que no te volvamos a encontrar merodeando por las propiedades!* <sup>1</sup>

El corazón le late a ras de piel y no nota el frío que lo envuelve hasta un buen rato después, cuando los ruidos de la noche se calman; no recobra el aliento hasta que se encuentra en el pueblo. Se acuerda de unos versos del poeta granadino, Federico García Lorca:

*Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.*

*Con el alma de charol  
vienen por la carretera.*

En casa todo es silencio y oscuridad, pero, cuando está a punto de refugiarse en el lavabo, aparece su madre en camisón.

–¡Estaba muy preocupada! Tu padre se ha ido y el niño también. Y la nena se ha ido a dormir sin cenar.

Lo espera en el pasillo y lo sigue hasta la cocina, no hay cena preparada, ni

un trozo de pan con tomate ni una escudilla de sopas. Ella se excusa criticando al padre, quejándose de él y, antes de encerrarse en el dormitorio, Benet le dice que se calle y se duerme con la saliva amarga.

Parece que la nena no acusa mucho la ausencia de la madre, pero una tarde, cuando está en casa el hermano mayor, esperando un nuevo destino, le dice que ahora la familia que forman ha bajado de categoría a ojos de Domènec.

–¡Las noticias vuelan, ya sabes!

Por lo visto, el chico se ha enterado y le ha escrito para asegurarse de que no es cierto que los padres de su novia se separan. Ella ha mentido, le ha dicho que su madre estaba pachucha y ha ido al pueblo a recuperarse, y que volverá en cuanto se encuentre mejor.

–Dime tú para qué me pregunta por eso. ¿Es que no le basta con nuestro amor? Aunque ahora lo que más me duele es haberle dicho una mentira.

Entonces Benet le pregunta si nunca se ha imaginado a sus padres felices y enamorados. Antes de casarse y al principio del matrimonio debían de serlo. ¿Qué lo estropeó? O, mejor dicho, quién. Cada uno desgrana sus teorías y hay una cosa en la que no se ponen de acuerdo. Para ella, el sexo es secundario, lo que menos le interesa y casi le da miedo. Para él es importante, pero no lo es todo. No valdría la pena querer a una mujer con la que no pudiera hablar de cualquier cosa, que no fuera capaz de sacrificarlo todo por él, como haría él por ella. Veva se queda callada, cambia de conversación. Le dice que donde Cornadó pone en práctica lo que ha aprendido, pero que no podrá ahorrar mucho trabajando allí.

–Creo que con Domènec no tendrás que preocuparte por el dinero.

–Pero yo quiero disponer de mi propio dinero, trabajar y seguir estudiando. Se queda mirándola.

–No sé si su familia estará de acuerdo con esos planes.

–Su familia no me interesa, me interesa él, nada más.

–Pero ¿estás segura de que él sabrá prescindir de su familia?

–Está harto de todos ellos. Hasta las narices.

Él pela patatas y ella las lava y las corta para freírlas. Se queda seria, como si estuviera sola y, al oír la puerta, Benet suelta el cuchillo y se limpia las manos. El padre llega cargado. En una casa le han regalado una hogaza de pan. Pregunta por el pequeño, pero ninguno de los otros sabe nada.

–¡Más valdría que se fuera con su madre ese bala perdida!

–¡Padre, no exagere!

–¿Exagerar? ¡Si no me da más que disgustos!

Bernui, el nuevo destino al que lo mandan a mediados de abril de 1940, le acarrea un deber familiar que le inquieta. Su padre le manda que eche un vistazo a su madre, que sigue en Riublanc, y que le lleve cierta cantidad de dinero. El chico piensa que a lo mejor queda algo del antiguo amor. Le apetece hacerlo, pero está intranquilo porque teme una reacción dramática de su madre. También quiere ir a ver a sus tíos, a su primo Joan y al abuelo, que no se ha movido de casa y a saber cómo estará. Lo esperan en Bernui a media mañana y cree que podrá ir a Riublanc andando cuando termine la jornada.

Le ha dado tantas vueltas a la forma de organizarse para ir a ver a su madre y a la familia que no ha pensado en la dificultad del trabajo. Encontrar la forma de llevar agua desde alguna fuente que haya por encima del nivel del pueblo hasta las casas. Se han puesto en contacto con un zahorí, un hombre que sabe localizar agua sin hacer prospecciones. Aunque el ingeniero se toma esta clase de soluciones con escepticismo, acepta la prueba porque es mucho más barata. El padre de Benet es el que ha recomendado al zahorí. A Benet le parece que han puesto los dos mucho en juego en el proyecto y no las tiene todas consigo. Nunca ha visto actuar a un zahorí y su opinión se acerca más a la del ingeniero que a la de su padre.

Un hombre que ha llegado de la Pobla en el coche de Alsina Graells les ha dicho que tenía apalabrado un taxi para ir a Llessui y que si van todos juntos les saldrá mucho más barato. Benet se apunta para ir hasta Bernui, y una mujer de unos cuarenta años, bien vestida y muy tiesa, dice que ella va a Pallarès. El hombre y el taxista se ponen a hablar en los asientos delanteros y la señora cierra los ojos en cuanto se acomoda en el coche al lado de Benet. Le da la

impresión de que está enfurruñada porque no le han cedido el asiento preferente, al lado del conductor. Para el caso, como si viajara solo. Le da por fijarse en cómo el valle del río Àssua se abre lentamente, subiendo primero y llaneando después un rato para terminar subiendo de nuevo cada vez más arriba. Es verde y silvestre, le parece una hermosura. Se dice que no conocía estos pueblos escondidos al pie del Montsent, la montaña que veía alzarse desde el balcón de la casa de Riublanc con toda clase de capas, según la estación del año, el tiempo la hora y el día, porque se fue a vivir a la Noguera cuando solo tenía diez años. La montaña parece una mujer rica y presumida, como la que lleva al lado. Y también porque la familia de su padre es de Reniu, Llavorsí y Esterri y la de su madre, de Riublanc. No tienen familia en el valle del Àssua.

Ve unos pueblos sobrios, reclusos, casi vergonzosos, menos Surp y Sorre, que allí lo llaman Sorri, y que sobresalen y se abren a la mirada. Los más escondidos son Escàs y Caregue, pero también Bernui, Seurí y Menaquí parecen esconderse debajo del altivo Llessui, el pueblo de lo alto del valle. Pallarès no se ve hasta que se llega, pero está a medio camino, a un lado de la carretera. El taxista entra bajando por un paso estrecho entre un gran pajar y unas casas, y deja a la señora frente a una entrada con porche de casa de ricos. Ella se apea rápidamente y entrega unas pesetas al chófer como si le diera una limosna. Luego cierra enseguida la portezuela sin dar tiempo al taxista a ponerse al volante otra vez. El hombre de la Pobla suelta:

—¡Las hay con mucho remango, muchachos!

Reanudan el viaje, el taxista y el hombre se miran y comentan algo en voz baja; Benet cree que hablan de la señora, pero no los oye. Ahora contarse secretos al oído está a la orden del día. Al salir del pueblo, al final del estrecho camino que llega a la carretera, las puntas de unas cruces le indican la presencia de un pequeño cementerio.

Es el mes de mayo, ve los diferentes tonos de verde y le da la impresión de que todo es nuevo, inmaculado, purísimo, como recién creado. Cae agua por

todas partes y la transparencia del cielo es incomparable con el azul brumoso de la cuenca del Noguera.

Tan pronto como llega a Bernui se dirige a casa del alcalde; el zahorí, el que encuentra el agua, ya está allí. Benet acepta un café, aunque sabe que será malta o achicoria. Se van los tres subiendo una cuesta que lleva a la Forja, la parte alta del pueblo. El hombre mira el terreno con atención. Lleva en las manos una vara ahorquillada, cogida por los ramales. Echa a andar con la vara por delante, como si el palo tirase de él con fuerza y lo obligara a avanzar. Llega un momento en que se para. El mango de la horquilla vibra. Benet se fija en las manos del zahorí, que están quietas. El alcalde empuña la pala y se pone a cavar echando la tierra a un lado. Cuando el montón alcanza los dos palmos se detiene.

—¡Humedad!

—¡Aquí hay humedad!

Benet, que es el más joven, se atreve a decir que hay que cavar más para comprobar si corre agua suficiente y el zahorí se ríe.

—¡Meta los puños, y hasta los brazos enteros! ¡Verá cómo se empapa del todo!

Benet está intrigado y decide empezar a leer sobre el tema. Tiene que informar de lo que han hecho y pedir los medios necesarios para que se haga una auténtica perforación. Así lo concierta con el alcalde. Por lo tanto, no tiene que quedarse a trabajar hasta que reciba la orden de empezar, y puede esperar en Riublanc y ver a la familia.



Después de comer, va primero de Bernui a la carretera; desde allí, tiene que ir andando a pleno sol y lamenta que se le haya olvidado el sombrero. La longaniza que se ha comido estaba rica, pero fuerte de sal y pimienta, y después de andar un rato alejándose del pueblo lo asalta la sed con furia. El camino da muchas vueltas y revueltas, pero por fortuna es cuesta abajo y, superado un tramo sin ninguna sombra, llega a un paraje completamente verde, con el Àssua a la vista. Casi todo son fresnos, pero también abundan los chopos, los avellanos, las clemátides y las ortigas. Decidido a beber un poco en el río, entra en un prado para bajar a la orilla.

—Por aquel lado hay un atajo.

La voz ha salido de al lado de un fresno. La chica tiene unas agujas de tejer en las manos y detiene la labor un momento. Benet ve unos ojos grandes, oscuros, y unas mejillas sonrosadas con pecas. Vuelve al prado después de beber pero ya no la ve. Se da cuenta de que hay unas vacas en el lado opuesto al que estaba antes la chica, y ahora, de espaldas a la carretera y a él, acaricia a uno de los animales, que parece complacido. Se fija en que va vestida de negro, roto únicamente por un delantal de cuadritos blancos y grises con un bolsillo por el que asoma una madeja de lana. Aunque adivina que la chica tiene intención de alejarse de él y de no volver a hablar, Benet tiene ganas de darle las gracias y se acerca hasta la cancilla, sin pasarla.

—¡Un agua muy rica y fresca!

Ella se vuelve a mirarlo sin decir nada y la vaca se pone a mordisquear la hierba.

—¿Falta mucho para Pallarès?

–Pues sí, un poco.

Benet sonrío y parece que a ella la sorprende. Al menos se ha dado la vuelta del todo mirando a Benet, y resulta que el sol se filtra entre la sombra de la vegetación y le ilumina la cara. Sí, tiene las mejillas sonrosadas, con pecas, pero solo en la mejilla izquierda. La muchacha tiene algo que lo impresiona y no sabe qué es; por eso se detiene frente a ella, pero no consigue decir nada que la haga hablar.

–Voy a Riublanc.

Ella se limita a bajar la vista y Benet tiene que seguir hablando.

–¿Lo conoces?

–Antes de la guerra iba a coser a casa de los Veral...

–Yo viví allí hasta los diez años, ahora vivo en la Noguera, pero mi madre está en Riublanc.

No sabe por qué le ha dicho eso tan incómodo, lo que siempre procura ocultar: que su padre vive en la Noguera y su madre no. Pero parece que a ella le da igual.

–¿Tú vives en Pallarès?

Dice que sí con un gesto de la cabeza.

–Y qué, ¿es un buen pueblo?

Lo que sucede a continuación lo desconcierta por completo. Sin pensar en lo que hace, salta la cancilla y se acerca a la chica, frena en seco en cuanto llega a su lado y no hace nada, ni se atreve a abrir la boca, mientras ella llora y gime. De repente, la chica se tapa la cara con el delantal para secarse las lágrimas y le da la oportunidad de hacer algo: recoger las agujas de tejer y la labor, que se han caído al darle la vuelta al delantal, una lana negra que también lo sorprende entre las palmas blancas. Se siente ridículo con su cartera en la otra mano y la deja en el suelo, encima de la hierba, entre el enjambre de insectos. Sigue quieto y callado porque tiene la sensación de que, si dice algo, ella echará a correr y no la verá nunca más.

–¡Dame eso!

–No pensaba quedármelo, no sé tejer.

No sabe cómo, pero eso le hace gracia a la chica y, con las mejillas húmedas todavía, suelta una carcajada contagiosa. Siguen riéndose los dos y les cuesta parar. Después él le dice su nombre y, como la chica vuelve a callarse, le pregunta por el suyo.

–Elvira.

–¡Anda! ¡Los dos tenemos la e en el nombre!

Elvira sonríe un momento y se sienta en el suelo como si ahora le diera igual no conocerlo, y él hace otro tanto, se sienta un poco apartado. La ve tranquila y le dice que se ha fijado en que va de luto, y que a lo mejor estaba triste por eso; la chica, mirándose los pies, o, mejor dicho, unas alpargatas bastante viejas pero limpias, le cuenta que mataron a su padre cuando la guerra y se han quedado con su madre y una tía vieja. Son tres hermanos y ella es la mayor.

–Dos cosas en común, porque nosotros también somos tres y yo soy el mayor.

Ella se echa a llorar otra vez, pero parece que ahora las lágrimas vienen de un pozo más profundo y resbalan por la piel como el agua por encima de una piedra o de la tierra, sin la furia con la que lloraba antes, sin hacer ruido. Le ofrece un pañuelo –se los plancha Veva–, que por suerte no había usado todavía. Mientras se enjuga las lágrimas, Benet le dice que la guerra también fue horrible para él. Que fue al frente, que estuvo muchos meses enfermo, de hospital en hospital, e incluso se había quedado mudo una temporada. Y después tuvo que probar también los campos de concentración de Francia. Por lo visto, lo que le cuenta amansa el llanto y se quedan los dos un momento como esperando algo.

–Voy a pasar una temporada en Bernui, trabajando.

–¿Qué hacen?

–Hay que llevar el agua a las casas, tirar conductos desde un manantial que hemos encontrado hoy.

–No eres campesino, ¡qué suerte!

–Mi padre es de Reniu, eran ocho hermanos. La hacienda era pequeña para repartirla. Precisamente a uno de los hermanos también lo mataron en las canteras de yeso de Montsent. Pero mejor hablemos de lo que se hace los domingos en este pueblo.

–¡Imagínate! ¡Pasamos el rato en la carretera persiguiendo al *tamarro*!<sup>1</sup>

–¿Cómo?

Ella vuelve a reírse y le chispean los ojos, todavía con restos de lágrimas enlazando la línea de unas largas pestañas. Benet se fija en que las pecas de la mejilla izquierda dibujan una especie de constelación. Quería decírselo, pero no ha sabido cómo y ella se ha echado a reír otra vez, cosa que a él le satisface. Una vaca se enreda con unas ramas y muge. La chica se levanta enseguida y él también.

–¿De qué familia eres?

Él también le ha dicho el nombre de su familia de Riublanc. Le da las gracias por indicarle el camino hacia el agua y añade que todavía le queda un buen trecho por recorrer. Después se despide y echa a andar a buen paso. Al cabo de un rato se da media vuelta. Y nada. Lo único que ve es verde a ambos lados de la carretera, y también al fondo. Como si no hubiera un prado por allí cerca y una chica de ojos grandes y oscuros que tenía unas pecas en una mejilla que parecían estrellas. Una chica muy triste que se ha quedado con su pañuelo.

El trabajo en el valle de Àssua le proporcionará probablemente los días más felices. Días en los que el sueño lo atrapa como a un niño cansado después de un día de sensaciones nuevas, días en que se despierta temprano y sonríe pensando en la chica.

Las calles no están limpias, como ayer, pero él se mueve como si pisara musgo y flores. Ya no nota la cicatriz del vientre, los pesares han quedado atrás, habla claro y la gente cada vez le hace más caso... a él, no al hijo de su padre. Va por la orilla del Àssua y tira la ramita de albahaca que ha llevado un rato detrás de la oreja derecha, y se acuerda de Antoñito *el Camborio*, que, despreocupado y feliz como él ahora, dejaba caer limones muy amarillos al río Guadalquivir. Está sobre ascuas esperando el momento de leerle a ella los romances de Federico García Lorca, quiere ver el brillo de sus ojos cuando se emocione con él. No le gustaría que la emoción llegara al llanto, ya llora bastante. Le entusiasman los versos de este poeta por la gracia y el ingenio que tienen, pero a menudo le muerden el pecho como una marea negra revolcándose en sus entrañas hasta convertirse en cuchillos y sangre. Pero Benet frena, domina el impulso de sumergirse en el pasado. Aunque, volviendo a la chica, que es lo que más le interesa ahora, reconoce que, después de las lágrimas, le resplandecen los ojos con una gran intensidad y se le entenece más la sonrisa. ¡Y qué guapa se pone en esos momentos! La achucharía entre los dos brazos y se la comería como pan tierno. Le extraña tanta voracidad, ¡qué ideas se le ocurren!

Y todo por azar. El trabajo que empezó el zahorí buscando agua en Bernui se alargará cinco semanas, y será el encargado de llevar la obra a cabo. Como

en otras ocasiones, tendrá a sus órdenes a unos cuantos hombres, casi todos del pueblo y casi todos mayores que él. Por la tarde, concluida la jornada, se lava a conciencia, se cambia de ropa, se repeina y se va rápidamente a buscar a Elvira. Ya ha pensado en las palabras que le va a decir para darle una sorpresa y que se ponga colorada de esa manera tan suya, que parece un ángel al que le hablan de demonios en son de broma. Lo mejor de todo es encontrarla en el prado en el que la conoció, con las mismas vacas o con otras, eso da igual, porque entonces puede acompañarla tranquilamente a su casa. Hay un buen trecho y está claro que, para ir detrás del ganado, es preciso andar despacio y mucho rato. No le parece ridículo ir diciendo cosas bonitas a la chica detrás de la cola sucia de los animales, con las moscas pesadas que a menudo lo atacan. Por lo visto, la loción Varón Dandy que le regaló Veva, con la que se riega las mejillas, las atrae. La chica va a su lado y suele llevar una rama de abedul para encarrilar a las vacas que se entretienen a comer algo o se desvían del camino. En estos paseos, él habla, pregunta, bromea y alarga la mano para tocarle el pelo; ella no dice nada, responde, se ríe y lo esquiva. A pesar de la lentitud, cuando Benet ve las primeras casas del pueblo, el tiempo se le ha hecho corto.

Uno de estos días de felicidad Benet lleva la cartera casi vacía, sólo con el cuaderno y el *Romancero gitano*, pero cree que si le lee algún poema a Elvira, tendrá que contarle que era un escritor granadino al que se llevaron a un paraje como estos, donde la naturaleza se estremecerá para siempre porque allí lo asesinaron, igual que a su padre, a su tío Josep y a otros muchos. No se atreve. Podría leerle algún poema y nada más. Pero y ¿si le pregunta algo? Tendría que inventarse otra vida para este poeta. Hay que inventarse vidas para poder vivir.

Siempre será mejor que Elvira pregunte, porque el silencio entre ellos parece una amenaza, todo puede convertirse en terreno hostil. Ya pasó no hace mucho.

Fue el primer sábado por la tarde que, en vez de ir a su ambiente de la

Noguera, se quedó en casa de su madre, en Riublanc. Durante la comida, lo agobió a preguntas y suposiciones sobre la chica y su familia, aunque él procuraba escabullirse lo mejor posible. Solo pensaba en aprovechar la maravillosa tarde y avanzar un paso en su relación. Había baile en Sorre y estaba casi seguro de que ella iría con Calamanda y su acompañante, Jan. Aunque no pudo decirle lo que quería, porque Elvira siempre estaba tensa (no, que la gente nos mira), lo pasaron bien los cuatro y sobre todo, lo mejor de todo, quedó con ella para verse el domingo por la tarde en la carretera.

Un buen augurio. Ella no va con su hermanita, Fina, tan callada y temerosa, sino con la simpática Calamanda, a la que Benet prefiere de carabina. Siempre encuentra la manera de dejarlos solos un breve rato. Se sientan los dos en un poyo, cerca de la capillita, mientras la amiga sigue andando por la carretera. Enseguida la mira de cerca. Elvira lleva una blusa blanca con falda negra, ya no va de luto riguroso. La blusa tiene unos calados discretos alrededor del cuello en forma de hojas de margarita, y, por encima, una cadenita de plata con una medalla. Tiene el pelo sedoso, resplandeciente, y esos ojos tan imponentes; en ese momento no se miran en los suyos, sino hacia un horizonte que es la tierra y el verde de enfrente. Benet le dice que en tan poco tiempo ya forma parte de él. Que cuando no está a su lado la echa de menos, una inquietud que no lo deja vivir. ¿Ella siente lo mismo? Como la chica no dice nada, Benet se vuelve hacia ella, le coge la barbilla para asegurarse de que oye lo que le confiesa y entonces Elvira empieza a llorar y se tapa la cara; Benet no sabe qué hacer. ¿La ha ofendido? ¿Está comprometida? ¿O es que no le gusta él y prefiere que se aleje? No sabe qué decirle. Lo único que se le ocurre un rato después es cogerle las manos y besarle las palmas mojadas. Ella se levanta bruscamente y le dice que allí mismo, ante la imagen de la Virgen que anuncia la llegada al pueblo, se abrazaron cuando volvieron de la evacuación. Su madre todavía confiaba en encontrar vivo a su marido, pero Fina y ella sabían con toda certeza que el padre había muerto. Poco a poco se tranquiliza y él no espera respuesta a lo que le acaba de decir; se levanta

después que ella y siguen andando los dos en silencio tras los pasos de su amiga.

Le queda claro: no puede ir deprisa. Tiene que refrenar sus sentimientos. El corazón, los brazos, las manos. Comprende que ella tiene muy frescos los sucesos de antes de conocerlo. Grabados, como quien dice, a fuego, a hierro candente, a buril o a berbiquí. Le da vueltas, lo anota en el cuaderno en ratitos que roba a sus ajetreadas horas. ¿Qué va a hacer si no se disipa esta niebla que se ha levantado entre ellos?

De pronto, la vida toma una decisión: se termina el trabajo en el valle del Àssua y Benet tiene que volver a la Noguera. Esta vez no será como las anteriores, olvidarse con alivio de las pequeñas costumbres de la casa que lo ha alojado mientras duraba el trabajo, la alegre despedida de los hombres, ensanchar el pecho y echar a andar hacia otro sitio con todas sus pertenencias en la cartera. Se le viene encima un gran pesar, lo nota en el cuerpo, en el pensamiento. Las palabras de Elvira han llenado de polvo la encrucijada en la que se encuentra. Cuando le dice que se va, ella responde que a lo mejor es de los que tienen un amor en cada puerto, como los marineros cuando bajan a tierra. Ante las mínimas respuestas de ella a los requerimientos de Benet, ¿tan raro sería que un hombre volviera el corazón hacia otro rostro? Las dudas lo aturden, no puede pensar; le atraen los ojos de Elvira, su cuerpo flexible; lo que ha dicho lo indigna al principio, pero la sonrisa de la amiga Calamanda lo anima, por fin el camino lo aleja del lugar en el que se ha enamorado.

Pero a él le gusta expresar por escrito lo que piensa y lo que siente. Corre el mes de junio de 1940, se ha iniciado la posguerra española: la dictadura franquista que aplasta a los vencidos con las prácticas más férreas y correosas. Empieza para él la época de la ausencia y de las cartas.





Voces. Miradas

## Calamanda

*Espot, 17.VI.1940*

*Querida Elvi:*

*Ya estoy instalado en Espot. He hecho lo más indispensable de la organización y ahora dispongo de todo el día para escribirte. Tengo tantas cosas que decirte que no sé por dónde empezar. ¡Es tan reciente el ardor de nuestro beso de despedida! Y, en cambio, ¡estás tan lejos...! Maldigo el deber que me ha arrancado de tus brazos. ¿Qué voy a hacer ahora sin ti, sin poder verte? Todo me parece frío y triste; todo me resulta extraño e incluso tengo la sensación de ser otro, como si me hubieran transportado a otro mundo. Es como si me faltara una parte vital, como si hubiera perdido la razón de vivir que tenía hasta ahora. Mis labios añoran un martirio de besos, mis ojos buscan la alegría de tu imagen en la belleza serena. Soy un náufrago abandonado en una costa inhóspita que no sabe qué hacer en una tierra nueva, en un tiempo nuevo. Tengo ganas de llorar. Se acerca una lenta sucesión de días grises, empiezo a vivir la amarga tristeza de tu ausencia. Ahora solo vives en mi recuerdo. ¡Cuánto envidia a Jan y a Calamanda! Ellos pueden verte, hablar contigo... ¡Qué contento me pondría si te vieran triste! ¿Pensarás en mí? Te imagino segando, cargando hierba en el carro con la mirada perdida en el infinito y el pensamiento abrazado a mí.*

*No quisiera terminar aquí, pero comprendo que no acabaría nunca. Debo ser razonable. Adiós, pues. Te quiere,*

*BENET*

*P.D. Se me olvidaba darte recuerdos para nuestra amiga Calamanda.*

¡Uf, recuerdo que se miraban de una manera! ¡En aquella época habría sido feliz con la cuarta parte de ese amor!

Elvira volvió a nacer cuando conoció a Benet. Cuando llegaron evacuadas de Aragón, habría sido capaz de prender fuego al pueblo y quedarse mirando cómo se consumía todo, no habría salvado ni su propia casa. Lo que les habían hecho era tremendo, demasiado.

La guerra había sido terrible, no quedaba títere con cabeza, ni en el pueblo ni en ninguna parte. Por ejemplo, a mi hermana la echaron de Ponts, de la escuela, hacía dos años que daba clases y le tenían cariño. ¡Hala, vete a la montaña a pasar frío, lo más lejos posible del pueblo! Anita llegó a Pallarès con un gran sentimiento de derrota. En Ponts tenía su vida, trabajo, amigas e incluso novio. Afortunadamente madre y yo la acompañamos a todas partes. Era muy buena maestra de niños, pero no sabía hacer nada de la casa. Estaba acostumbrada a que madre se lo hiciera todo: el desayuno, la comida, la ropa, por no hablar de limpiar y ordenar la casa. Y es que siempre llegaba muy cansada de la escuela y después de comer se echaba un ratito antes de volver por la tarde. Yo, como no quise estudiar, iba de paquete con las dos. Lo único que me gustaba era leer novelas y mi madre no esperaba gran cosa de mí. Me mandaba a los recados y, ya ves, me gustaba entrar y salir, hablar con unos y otros, no era vergonzosa, ¡qué va, ni mucho menos! Teníamos un huerto en Ponts y conocíamos las tiendas, pero en Pallarès, al principio nadie quería venderme cosas para comer. Hasta que conocí a Jan.

Elvira era vecina nuestra. Su casa estaba al lado de la escuela, donde vivía yo. La suya y la nuestra formaban uno de los rincones de plaza. ¡Ay, lo que costó que confiara en mí! Puede que, de no haber conocido a Benet, ¡nunca se hubiera hecho amiga mía del todo! ¡Con la falta que le hacía a la pobre! Pero

era muy arisca y estaba enojada de un modo y una manera que no sé explicar, y además estaba profundamente dolida y nada la consolaba. No podía digerir la gran injusticia que sufría su familia. No se resignaba como su madre, porque tenía mucho carácter y era muy lista. Hasta el punto de que, cuando Anita se ausentaba por fuerza mayor, la relevaba ella y no se oía una mosca en el aula, y se defendía bien con la escritura y las cuentas, aunque no había podido terminar la formación primaria. No sé cómo decirlo, me habría gustado ser como ella. Ya ves, como Anita, mi hermana, no, pero como Elvira sí, menos por lo de soportar el peso de la muerte del padre, claro, porque el nuestro había muerto de enfermedad. No, por eso no, porque el suyo había muerto por una delación de alguien del mismo pueblo. Ah, no, eso no lo habría podido soportar, con lo pánfila que era y que soy, como me decía siempre mi madre.

El caso es que Benet la salvó. Creo que sin saberlo ni adivinarlo, al menos al principio, cuando se conocieron y empezaron a verse; y yo dando vueltas y más vueltas, he llegado a creer que se enamoró de ella por su gran tristeza. Por decirlo de alguna manera. Quiero decir que lo que lo conmovió desde el primer momento fue eso. De no haber sido así, seguramente él ni se habría fijado, porque le sobraban las chicas. En la Noguera, donde vivía, y en todos los pueblos a los que iba a trabajar, ¡habría tenido tantas como hubiera querido! La guerra se había llevado por delante muchos novios y maridos jóvenes. Y Benet era guapo, educado, no se parecía nada a los campesinos de aquellos pueblos. Lo digo porque lo sé muy bien, porque yo venía de Ponts y que, sin ser una capital, yo encontraba mucha diferencia entre los chicos de allí y los de la montaña, incluido Jan. Faltaban hombres jóvenes en todas partes y, por razones de peso, las casas pequeñas de aquellos pueblos empezaban a ir «*de rodes a pilans*», como decía Elvira, que significa «de Herodes a Pilatos». Lo que no me imaginaba yo era que entre los dos, Elvira y Benet, conspirarían para gastarme una broma, y es que, a pesar de estar tan enamorados que parecía que les sobrara todo el mundo, yo les había ayudado y me apreciaban.

¡Uf! Es que en aquellos tiempos no era como ahora. Solo podían verse si él iba al pueblo de ella, porque, tal como estaban las cosas y según las costumbres de los mayores, la mayor parte del noviazgo, que duró algo más de dos años, fue por carta. ¡Y qué bien escribía Benet! En comparación con Jan, era refinado, ingenioso e inteligente. Creo que estuve una temporada medio enamorada de él, de Benet, y lo pasaba mal, porque tenía que hacerles de carabina, leía casi todas las cartas y le decía a Elvira lo que pensaba de todo el asunto. Pero, sobre todo, la acompañaba para que la dejaran salir y, como he dicho al principio, estaban locos el uno por el otro.

Él se ponía un tanto superior cuando escribía. Tenía una letra inclinada, pequeña, clara. Le dedicaba pensamientos profundos e incluso alguna poesía. La pinchaba para que mejorase la ortografía y sobre todo para que le respondiera a lo que le planteaba, cómo tenía que ser su amor para que todo fuera de verdad y duradero. Tanto a ella como a mí nos parecía que le exigía tanto por orgullo. Así se lo dijo Elvira una vez por carta, y le sentó fatal. Lo cierto es que Benet estuvo a punto de dejarla más de una vez.

¡Uf! Para empezar, Elvira no se creía que se hubiera fijado en ella de veras, a ver si se me entiende. Después del primer apasionamiento, temía que la tomaran por una conquista más de uno que un día está aquí y al otro se va a otro sitio. Pero el amor de Benet era sincero, porque saliendo con ella no ganaba nada, más que la persona, claro. La madre de mi amiga era la heredera de una casa mediana, pero la guerra las había dejado sin nada y vivían solo de lo que sacaban del ganado, el huerto y unos prados. Se me olvidan las aves, lo que allí llaman *poralla*, y los conejos. Y nada más. Por lo tanto, si llegaban a casarse, Benet solo la tendría a ella. Él no tenía hacienda, pero si se casaban mi amiga se iría a la Noguera a llevar una casa. Se terminarían los duros madrugones, las tareas pesadas a lo largo de todo el día y, sobre todo sobre todo, se acabaría la gente, la del pueblo que los había hundido en la desgracia, y la otra, la que lo había visto en silencio. Al fin y al cabo, el único aval y privilegio del que gozaba yo con Elvira era que venía de fuera. Porque yo no

formaba parte del tiempo anterior ni del de la guerra. Aparecí en su pueblo después de los sucesos y nuestra amistad fue fruto de la casualidad. Si no hubiéramos sido vecinas y mi hermana, la maestra y madre, la que la enseñó a bordar, ¡uf!, Elvira jamás me habría dirigido la palabra.

Yo tenía muchas ganas de que Jan viera las cartas que recibía Elvira. Estaba convencida de que él, que era un campesino que se tenía por el más listo del pueblo y quizá del mundo, podía escribirme cosas parecidas. Cuando salíamos los cuatro, Benet no se las daba de listo, se comportaba como si fuera igual que Jan, nos hacían bromas los dos a Elvira y a mí. Si íbamos de fiesta bebíamos lo mismo y nos reíamos por cualquier cosa. Parecía un chico más del pueblo, pero era muy distinto.

¡Uf, qué va! Al principio, ni en sueños me habría dejado una carta de él, ni aunque fuera solo un ratito. Tampoco me atrevía a pedírselo. Pero sí que me dejara copiar algunas frases, que las eligiera ella, si quería, y las copié delante de ella. Elvira era reacia a dejar sus cartas, y ahora lo entiendo, pero en aquel momento me pareció muy posesiva con su tesoro. Y además eligió ella las frases. No eran las más amorosas, pero eran bonitas, como casi todo lo que escribía Benet, aunque a veces se hicieran reproches y bromas, porque, como ya he dicho, no siempre era un camino de rosas. Pero las primeras cartas de junio y julio del primer año son un ramo enorme de rosas fragantes. Ella las leía una y otra vez, nunca se cansaba. Yo habría hecho lo mismo. Ahora me parece raro no haber reparado en que la carta anónima que recibí una vez se debía a la pluma de Benet. ¡Uf! ¡Hay que ser tonta!

El caso es que todavía me veo escribiendo poco a poco en una hoja cuadriculada de un cuaderno que pedí a mi hermana, intentando hacer buena letra, copiando delante de Elvira unos diez renglones, para enseñárselos a Jan. Y, todavía la oigo mientras yo escribía, arrepentida de haberme dado permiso:

–Pero ¡qué *fata*<sup>1</sup> eres! ¡A quién se le ocurre querer enseñárselo a esa calamidad!

Lo peor de todo es que al final tuve que darle la razón.

Sin terminar de leerlo siquiera, Jan se echó a reír a carcajada limpia. Se puso todo colorado, no le salían las palabras de la boca, y después le salían disparadas con chispitas de saliva, que llamamos *capellans*. Que nunca se habría imaginado que Benet fuera tan inocente, tan animal, tan iluso. Que Benet se creía que sabía lo que era una mujer y que en esas pocas palabras se notaba perfectamente que no tenía ni idea de esa mercancía. ¿La mujer, una mercancía? Yo estaba que me subía por las paredes y él, que no podía parar, volvía a reírse y no terminó de leerlo, porque le quité la hoja de las manos y rompí la punta por la que la agarraba; y por culpa de aquello discutimos como gallos furiosos, o como perros o gatos, no sé cómo decirlo. La cosa es que desde aquel día todo cambió. Comprendí perfectamente, de una santa vez, que él solo me quería para pasar el rato y que lo habría pasado igual con cualquier otra. Y yo haciéndome ilusiones de que le entrarían ganas de escribir así, de dedicarme aunque solo fueran unas pocas líneas. ¡Uf! No sé cómo se me pudo ocurrir semejante cosa. Además, Elvira tenía razón. Yo era una auténtica tontorróna, aunque ella habría dicho *fata*. Y lo peor fue que después me entró miedo de que Jan fuera a burlarse de Benet cuando se vieran. Encima, no sé cuánto tiempo guardé aquel papel arrugado y con la punta rota. La juventud es fuerte porque se cree que tiene toda la vida por delante, como si nunca se fuera a terminar, pero, no sé cómo decirlo, ahora me parece que aquella fue una época de fuego y humo.

De todos modos, a mí me habría gustado ser como ella, como Elvira, a toda costa. Me parecía que la herida que le había dejado la muerte de su padre se cerraría y, a cambio, tendría al lado a un hombre bueno que sabía dibujar ilusiones con las palabras. No me parecía que lo que hacía sufrir a mi amiga fuera tener a casi todo el pueblo en contra, haberse quedado en la ruina, cargar con una abuela meticona, una madre que parecía adormecida por la pena, unos hermanos todavía por criar y muchísimo trabajo; me parecía que todo ese cúmulo de dificultades que la rodeaban no era de consideración. Incluso la



hacían más interesante. ¡Qué cabeza de chorlito! Había leído muchas novelas y el gusto por las palabras superaba cualquier otra cualidad.

Cuando la ayudaba a responder a Benet metí la pata más de una vez. Una, cuando le dije que pusiera que él se esfumaría «como la gente que va por el mundo», pero sobre todo cuando conseguí que no aceptara ir a las fiestas de su pueblo, la Noguera, después de que nos invitara a que fuéramos a las dos. Ahora ya puedo reconocer que barrí para casa. Yo quería quedarme en Pallarès porque Jan me había pedido que fuera con él a ver a unos primos, otra mentira más de aquel pedazo de animal, pero yo le di a entender a ella que si se hacía de rogar y no se dejaba ver ni exhibir en el pueblo de Benet, él tendría más interés todavía. A punto estuvieron de romper las relaciones. Benet se enfadó mucho, tenía carácter y genio y había hecho malabarismos para acogernos, porque el piso en el que vivía con su padre y sus hermanos era pequeño. Fue un gran error y, a partir de entonces, yo procuraba zafarme de las consultas de ella, hasta que, poco a poco, adquirió seguridad.

Elvira también me daba consejos con lo de Jan, pero estaba tan en contra de su familia que nunca llegué a hacerle caso. Mi hermana se iría del pueblo cualquier día, en cuanto la destinaran a otra parte, y yo, antes podía permitirme algún que otro alarde de libertad sin quedar marcada para siempre. Ella me decía que la familia de Jan eran todos unos bestias, y así lo creía yo también, pero él me atraía por lo primitivo que era, *reconsagrat*,<sup>2</sup> como dicen allí, y tenía una gracia y un descaro que me hacían reír mucho. Es que yo tenía ganas de pasármelo bien, no sé cómo decirlo. La primera licencia fue ir a hablar y a fumar a las conejeras de los Met. Las tenían detrás de la plaza, fuera de la casa, eran grandes y estaban vacías. Allí, Jan y yo nos dijimos muchas burradas, pero ya lo sabía todo el mundo y algunas se pasaban por allí para espiarnos. Todo lo que hicieras o dijeras en aquel pueblo quedaba en el escaparate, bien a la vista. Salimos los cuatro juntos algunas veces, y nos los pasamos bien, pero la cosa no acababa de cuajar. Procuré que todo fuera lo mejor posible entre ellos dos.

Cuando vi a Benet a la puerta de casa, en Ponts, casi me da un soponcio. ¡Uf! Había abierto de golpe creyendo que sería una vecina, y ahí estaba él. Te aseguro que si me pinchan no sangro. No quiso entrar en casa, yo estaba sola. Me dijo que había quedado con un amigo, un capataz de Obras Públicas como él, que precisamente se encontraba en mi pueblo, que él había venido por motivos de trabajo y que me traía recuerdos de Elvira, pero que si tenía un momento para salir, que su amigo y él iban a tomar algo al bar de enfrente. No sé cuánto rato estuve dando vueltas, a ver qué vestido me ponía y cómo me peinaba. No sé cómo decirlo. Me había pillado totalmente por sorpresa, no se me había ocurrido que Benet viajaba mucho y que no sería tan raro que pasara por allí. En realidad, iba de camino a la Seu, adonde lo habían destinado una vez antes de la guerra. Pero eso no lo supe hasta que me reuní con ellos, nerviosa todavía por la sorpresa. Llegué y me presentó a su compañero, Martí, un joven más del estilo de Benet que del de Jan. Yo estaba pasando las de Caín por el alboroto que se había montado en el pueblo cuando me escapé a Lérida en la camioneta de la leche, después de avisar en el último momento a mi hermana y a Elvira. Anita me había dicho que no lo hiciera, que daría un disgusto muy grande a madre y que me arrepentiría toda la vida. Me lo rogaba y, como hermana mayor, me lo ordenaba. Claro, vivíamos las tres de su sueldo y en ese momento me di cuenta de que eso se tenía que acabar. Elvira me dijo que las mujeres del pueblo me crucificarían con palabras y miradas y los hombres dejarían de respetarme. Y añadió bajando la voz, me acuerdo muy bien, que ella soñaba con hacer algo así, irse con Benet y no volver nunca más, pero que sabía que jamás lo haría.

No les hice caso. Jan y yo habíamos decidido reunirnos en Lérida, ir al cine y a bailar. Me hacía tantísima ilusión que, si no llego a hacerlo, reviento. Después supe que mi madre, cuando se enteró, se desmayó y estuvo a punto de caerse al suelo, pero Anita la agarró a tiempo. ¿Cómo es posible que no me acuerde de la película que vi con Jan, y que él apenas vio, porque tenía más interés en sobarme de arriba abajo? Luego fuimos a bailar y me estrechaba de

una manera que me pegaba todas sus partes al cuerpo. Eso no me gustaba, pero, entre promesas y lindezas, me arrastró a una pensión, en la que nos pidieron el carnet de identidad y el libro de familia. Pasé tanta vergüenza al ver cómo me miraba el hombre de la pensión que eché a correr y no paré hasta llegar a casa de mi tía. La mujer debió de verme tan descompuesta que se dedicó a tranquilizarme. Un rato después llamó a mi hermana. Hablaron y al final me puse yo para que Anita viera que estaba allí de verdad y me quedaba a dormir. Hasta mi madre quiso ponerse para decirme:

–No confiaré en ti nunca más.

Con esa declaración se me terminaron las diversiones. Después de mucho pensarlo decidí que no había hecho nada y que cuanto antes volviera al pueblo, mejor; pero al día siguiente Anita llamó de nuevo por teléfono. ¡Uf! Madre y ella habían decidido que me quedase unos días en Ponts. Me aseguraron que las habían mirado mal y que incluso habían faltado tres niños a la escuela. Tuve que resignarme a mi pesar.

Bien, pues en el bar, acepté una limonada y ellos terminaron de explicarse el uno al otro lo que tenían que hacer. Luego Benet me dijo que Elvira me echaba mucho de menos, y Martí, antes de irse, dijo: nos vemos por el pueblo cualquier día de estos, y ha sido un placer conocerte. Nos quedamos solos y Benet me aconsejó que volviera a Pallarès, porque si no, no habría forma de parar las lenguas. Le conté cómo estaba la situación, le dije cómo se habían puesto mi hermana y mi madre. A él le parecía comprensible, porque Anita, por el lugar de maestra que ocupaba, era una autoridad en el pueblo y seguro que la atacarían de mil maneras.

–Y también a tu madre.

¡Uf! Fue entonces cuando caí en la cuenta de que mi madre tendría que salir de casa a hacer la compra y enfrentarse a las miradas y a los cuchicheos. Sería una tortura. Empecé a imaginármelo y de pronto Benet saltó con que yo era la mejor amiga de Elvira y de él. Y, lo que son las cosas, no sé qué me dio en ese momento, pero el caso es que me puse a llorar como una Magdalena. Hasta

que Benet me hizo reír, y volví a casa bastante animada. Recuerdo que enseguida llegaron el sábado y el domingo y que fui al cine con Martí, y al día siguiente, de paseo. En comparación con Jan, me parecía un muchacho tranquilo y discreto, no daba voces ni nada, y cuando estábamos cerca el uno del otro, dejaba las manos quietas. Me ayudó a distraerme, porque lo único que hacía yo era pensar, llorar e ir a la centralita a ver si podía hablar con mi hermana. La familia estaba enfadada y dolida conmigo y lo que me esperaba en el pueblo en el que había vivido los últimos años era pasar vergüenza. Pero me preguntaba por qué tendría que avergonzarme si no había hecho ningún disparate. La cosa es que en aquel tiempo, no sé por qué, casi todas las diversiones estaban prohibidas, y no bastaba con ser buena, había que parecerlo.

Salí con Martí unas cuantas veces, pero al cabo de un tiempo madre y Anita decidieron que era mejor que volviera a Pallarès con ellas. Cuando nos reunimos, lloramos las tres todo lo que quisimos y más. Yo no encontraba malicia alguna en lo que había pasado, pero no podía evitarlo y, oye, no sé cómo decirlo, el caso es que reconocí que las tres lo habíamos pasado mal por una escapada mía. Siempre me ha gustado reírme y ver lo bueno de las cosas, y creía que en el pueblo me apreciaban. A partir de entonces, cuando me acercaba a un corrillo todo el mundo se callaba, y lo mismo si entraba en la panadería a comprar o en cualquier otro sitio en el que hubiera más de una persona. En la iglesia y los sitios de reunión me miraban de reojo y no se me volvió a acercar ningún chico ni nadie, a menos que fuera para pedirme algo. La única amiga que me quedó fue Elvira. Por fin entendí lo que le pasaba, cómo vivía, siempre rechazada porque habían matado a su padre, aunque solo había hecho el bien, y a mí me pasaba igual, me rechazaban por desobediente y porque a saber lo que habría hecho con Jan. No había vuelto a verlo. Y ¡uf! Por lo visto estaba más enfadado que nadie. No volvimos a salir juntos nunca más, casi ni nos dirigíamos la palabra cuando nos topábamos de pronto inesperadamente, al estilo «supo-supó», como decía Elvira.

Elvira y Benet me llamaban para que fuera al baile con ellos, se lo agradecía, pero se me hacía raro. Piensa que te pensarás, fui haciéndome a la idea de una cosa, y la llevaría a cabo en el momento oportuno. Aunque reconozco que lo que más me ayudó fue la bromita de mis amigos, la carta de amor. Un tiempo después, Martí y yo nos casaríamos.

## Pere

*Espot, 18.VI.1940*

*Mi añorada Elvi:*

*No he encontrado gente suficiente para trabajar, así que, sin complicaciones ni deberes que atender, me dispongo a pasar todo el día contigo. Como no conozco a casi nadie y no tengo ganas de hacer nuevos amigos, el día se me presenta solitario, ocioso y soñador. Para luchar contra el muy posible aburrimiento he trazado un plan fantástico: por la tarde, solo, saldré de excursión al lago de Sant Maurici del brazo de un recuerdo alegre de tu imagen. Allí arriba, lejos de la gente, al abrigo del estrépito del río, cerca de la serena paz del agua quieta y envuelto en los rumores misteriosos del bosque, podré pensar en ti intensamente, con total libertad. Me imagino tumbado en la hierba, con la mirada perdida entre las copas de los abetos y en el cielo, pensando en ti, soñando contigo, te convertirás en la heroína de mi fantasía. Con mi amor, levantaré un pedestal a la chica de la sonrisa blanca, a la virgen de las mejillas de rosa; allí serás la flor entre las flores del jardín de la reina Naturaleza. Regresaré triste de carencia, pesaroso por volver al mundo de la prosaica realidad; pero tú todavía vendrás conmigo un poco más, temerosa del contacto con la gente...*

*Y ahora tengo que dejarte, me reclaman.*

*No te olvides de la excursión de la tarde. Un beso, con pasión,*

*BENET*

*P. D. Ya he vuelto de la fantástica excursión. Tu recuerdo ha estado*

*siempre abrazado a mi pensamiento. Ahora tengo que escribir a Pere, mi hermano. Todavía está en Valencia haciendo la mili y hace tiempo que no sé nada de él. Le da mucha pereza escribir y nunca responde a mis cartas. Espero de todo corazón que no hagas tú lo mismo y que me escribas sin tardanza. Te quiero.*

—¡Niñooo! ¡Mira a Benet, tu hermano mayor! Fíjate en lo listo y trabajador que es, y ¡lo obediente!

¿Cuántas veces he tenido que oír esas palabras?

Benet es el bueno. Pues a mí me toca ser el malo. En cada casa tiene que haber una oveja negra, ¿no?

Lo que digo es que mi hermano es un tontorrón de cuidado. No solo porque ha obedecido a padre al pie de la letra. Ya se mataba a trabajar antes de la guerra y era el único que hacía caso a madre, aunque rechinara los dientes. Lo digo por lo de ahora, porque ahora se quiere casar.

De pequeño me imponía mucho respeto, quería parecerme a él, que sus amigos fueran los míos y leer lo que leía él. Pero cuando padre lo ató corto de aquella manera, mi hermano se me cayó a los pies. Estaba seguro de que luego me tocaría a mí hacer lo mismo y ¡de eso nada! La nena era de mírame y no me toques. En casa, la nena era lo primero. Si yo hubiera tenido la oportunidad de ir a Barcelona a hacer la mili, como él, no habría vuelto a poner los pies en la Noguera. Que se espabilaran solos, ¿no? Pero él, ¡hala! Deja lo que le gusta y se va del sitio en el que se encuentra bien y en el que habría encontrado un futuro mejor. Lo abandona todo y se pone a trabajar en la carretera. ¡Qué bobo es!

No le ha bastado con pasar la guerra él solo, incluso estuvimos una temporada llorándolo, porque lo dábamos por desaparecido, y mi madre, «¡pobre Benet!» cada dos por tres. Era lo único que se oía en casa, y Veva, llorando por los rincones. ¡Hay que ser cenizo para pasar solo y herido no sé cuánto tiempo en un hospital, ir a parar a un campo de concentración y volver

con el alma rota, y la piel y los huesos, total, para ponerse a currar inmediatamente a las órdenes de padre! De jovencito todavía le hacía algo de caso, y es que me soltaba sermones para que fuera obediente, pero ahora quiero alejarme de él todo lo posible. ¡No quiero parecerme a él en nada!

Lo de casarse ya es el colmo. ¿Para qué quiere cargar con el matrimonio si sabe lo que hay? Por otra parte, de mujeres no entiende ni jota. ¡Podía haber elegido a una de aquí! Porque es bastante serio y eso gusta a unas cuantas. Pero la verdad verdadera es que es más tierno que un bollito de leche, por no decir otra cosa que le encajaría mejor, pero la palabra suena mal. Querer casarse con una heredera pobre me demuestra que él siempre elige el camino más empinado, el más pedregoso. Porque ¿existe alguien más desgraciado que esta campesina? Encima de ser mujer, es la joya de los desastres. A mí me gustan bien dotadas. Que tengan dinero o hacienda, que sean ricas y, en segundo lugar, que estén bien hechas, quiero decir, ¡con carnes a las que agarrarse! Y él va y se fija en una que quiere abandonar lo poco que tiene y ¡que está más flaca que un palo de escoba! No digo que no sea impresionante de cara, tiene unos ojos que hablan solos, pero... ¿cuánto le durará ese brillo? ¿Cómo es posible que Benet tenga el valor de...?

Creía que, con lo listo, trabajador y obediente que es, no caería en la trampa. Tengo para mí que ese va de cabeza al abismo. Y se lo voy a decir, desde luego, aunque no me haya pedido mi opinión. Será porque, como soy el último mono, no tengo nada que decir. Se quedaría helado si supiera la experiencia que tengo con las mujeres, estoy seguro de que los fanfarrones del pueblo, los que más presumen de donjuanes, no me llegan ni a la suela de los zapatos. Un día empecé a contarle una peripecia que había tenido con una chica y se hizo el loco, como si no le apeteciera seguir oyendo lo que le decía. Habría sido feo restregárselo por las narices al mayor, al bueno... ¿verdad? Y ahora que está dispuesto a casarse con una huérfana pobre que encima es un saco de huesos, ¿se cree que le voy a dar la enhorabuena? ¡Ja! ¡Que espere sentado!



## Benet padre

*Malpàs, 13.XI.1940*

*Querida Elvi:*

*Este pueblo es una cárcel para mí y solo cuando trabajo dejo de pensar. Cuando hay que parar por culpa del mal tiempo no es lo mismo. Hoy llueve, llueve mansamente, como si llorase, como si la bruma y el agua se hubieran emparejado en un idilio irresistible. Las envidio porque deseo estar así de unido contigo, mezclados en un abrazo profundo, y poder comprobar que las minúsculas estrellas de tu mejilla siguen reluciendo. Te echo tanto de menos que casi me duele, pero, al mismo tiempo, los pensamientos me plantean preguntas sin tregua.*

*Sabes que soy pobre, lo único que tengo es la posibilidad de ganarme la vida. A mi lado no gozarás de muchas comodidades, pero creo que si nos queremos de verdad podremos ser felices. Son muchos los peligros que nos acechan; en primer lugar, y sobre todo, las ilusiones que nos hemos hecho el uno del otro y que las incomodidades de la vida diaria podrían cambiar a otra realidad indeseable. En pocas palabras: me parece que es muy fácil engañarse a uno mismo.*

*El otro día me encontré con un compañero de trabajo en el coche de línea. Se casó muy enamorado con una chica, hija de campesinos acomodados. Ella era tan apasionada como él y resultó que se adelantaron a los acontecimientos. La chica se casó embarazada. Después de una temporada de felicidad salió a la luz el verdadero carácter de ella, el motivo por el que se había casado con mi compañero. Al verse confinada en un piso sencillo, obligada a cuidar al hijo y la*

*casa, ella, una mujer instruida que estaba acostumbrada a que la atendiera siempre una muchacha o una criada, comprendió que no le había salido como esperaba la aspiración de superar a sus amigas del pueblo con una boda que la librara de la obligación de vivir en el campo. Es cierto que él, capataz de las obras, había causado cierto impacto entre las solteras del pueblo y, como no había pasado por allí nadie mejor, ella lo eligió. Pero ¿lo quería? En realidad, él era la solución a su problema vital, pero creo que no quería a mi compañero como persona, no apreciaba sus valores, su esencia, y ahora es una mujer celosa que le complica la vida. Siempre cree que la engaña, que va con otras, pero él va de casa al trabajo y del trabajo a casa. Aunque da igual, ella sigue con los celos. Pero no por amor, sino porque, si él mirara a otra, ella quedaría en segundo plano, rebajada, inferior. Me recordó mucho al caso de mis padres.*

*Esto que te he resumido me lo contó durante el viaje, a modo de confidencia desesperada, como si no pudiera más y buscara consuelo vertiendo su sufrimiento sobre un semejante. Es un caso real, no lo dudes. Conozco a los dos, he comido en su casa un par de veces y he comprobado el trato frío que tienen entre ellos.*

*Deseo que pienses en esto y me digas qué te parece. Te lo planteo por hacer real nuestro amor, para que no nos lleve a un callejón sin salida en cuanto pasen los primeros días, para que no nos encierre en una mentira que ponga obstáculos en nuestra futura vida en común.*

*Ya sabes que pienso en ti, que deseo verte, abrazarte y besarte los labios.*

*Con amor,*

*BENET*

He sido un desgraciado por causa de la mujer a la que elegí. ¿Para qué vamos a engañarnos? Porque he pasado verdadera hambre, pero eso no me rebajaba,

sería capaz de pregonar a los cuatro vientos que otro mozo y yo, metidos en un pajar, no podíamos dormir porque teníamos las tripas vacías; fuimos a robar una hogaza y, rebanada a rebanada, nos la zampamos. Luego, con el tiempo y mucho esfuerzo, he prosperado y muchos me envidian. Estaba seguro de que encontraría la forma de ganarme la vida y de formar una familia, pero ni se me pasó por la cabeza que mi mujer lo estropearía todo. Mi madre había sido tan sacrificada y tan dócil que debía de creer que todas eran como ella.

Y me digo a mí mismo: ¡Ay, qué necio más despreciable! ¿Cómo he podido engañarme tanto?

Me han gustado las mujeres, sí, y me gustan, no quiero dársela a nadie con mentiras. A lo mejor alguna vez me dejé llevar con demasiada alegría, ¡eso es cierto! Pero, la verdad, a pesar de lo que pueda haber hecho en un momento de placer, después de trabajar como un animal y echar algún trago de más con los compañeros, si había una rapaza sirviendo las mesas o, por qué no, un ama que se ofrecía sin pedir nada a cambio, eso no vale nada. Para mí, mi casa era mi casa y Pia, mi mujer.

Metí la pata hasta el corvejón. Tenía que haber sospechado que aquellos humos de heredera venían de una hoguera, en vez de creer que se irían con el viento. Tenía demasiada instrucción la muy puñetera, y yo, inocente de mí, creyendo que había encontrado una auténtica perla. Yo era charlatán y trabajador, nada me asustaba. Ni nadie. Ella era tranquila y pensativa, se reía únicamente para sus adentros. Solo hizo falta ver que su hermana, Bepeta, la mujer de mi hermano, valía un potosí y que los dos se querían con locura. Joan me cantaba sus méritos una y otra vez. ¿Quién iba a pensar que las hermanas eran tan distintas? Y, como dos y dos son cuatro, creía que la suma de Pia y yo saldría igual que la de Bepeta y Joan.

¡Burro de mierda! Nosotros dos, en vez de sumar, ¡restábamos! Lo que ganaba yo lo rebajaba ella. Volvía a casa tan contento, hartos de gastar suela por aquellos caminos y pistas toda la semana con sequía, lluvia o nieve, y me la encontraba mustia, desarreglada, harta de darle vueltas a la cabeza y

retorcer las palabras que había oído, sobre lo que yo había hecho o dejado de hacer. Ni una risa, ni un beso, ni un abrazo. Solo quejas: desde lo pesado que era cargar sola con los chicos a lo mucho que echaba de menos su pueblo y su casa. Aquello de «mi casa» lo decía envalentonada, como si me recordara que yo no tenía casa; como diciendo que ella me acogió en la suya cuando nos casamos y eso debe hacerlo el hombre. ¡A saber! La cuestión es que nada más verla ya quería largarme de allí. Y, claro, ¿dónde iba a ir? Pues al café, a jugar a las cartas y a beber un poco. Y una cosa lleva a la otra.

Ahora que... ¡la suerte que he tenido con mis hijos! Benet y Genoveva son auténticos linceos. Me dan cien vueltas en muchas cosas. Benet es un chico serio y el que más ha sufrido con lo de su madre y yo. La nena es una joya en casi todo, casi brilla demasiado, no le será fácil encontrar un hombre que esté a su altura. Se ha llevado un disgusto con ese de familia rica. Es cobarde y no le deseo que sea feliz, pero ¡mejor así! No tenemos nada que ver con gente tan altanera. Ella lo superará todo.

Y ahora Benet dice que quiere casarse. Estoy seguro de que tendrá suerte, no será un desgraciado como yo, ni un necio. La chica y su familia han sufrido una gran pérdida, nunca se quitarán la pena de encima. Lo han pasado muy mal, como la pobre Consuelo, mi cuñada, y mis padres y yo mismo. Mi hermano Josep era bueno hasta la médula, y acabaron con él como con el padre de Elvira. ¡Qué mala estrella, pobrecillos! Y ella, la rapaza esta, sabe que tiene al mejor hombre que ni en sueños podía imaginarse. La saca del infierno y la lleva a un piso modesto, pero estoy seguro de que son el uno para el otro y prosperarán. Ella le hará caso y lo respetará, está acostumbrada al sufrimiento y al trabajo duro. Él le aventaja en instrucción y carácter, así que ya está: ellos sumarán.

La nena no está de acuerdo, no lo ve así. Quiere tanto a su hermano que ninguna le parece suficiente para él. Pero ¿qué pasa cuando hay grandes diferencias entre la pareja? Pues, ¡a saber! Ella puede explicarlo, y yo también. Estoy seguro de que la familia de Domènec nos habría amargado la

vida a nosotros. Y a él le faltaban agallas para romper con los suyos y largarse lo más lejos posible. Lástima, porque creo que habría sido un buen yerno, y entiende de leyes, pero no se puede tener todo en la vida. Y si no, ¡que me lo pregunten a mí!

Del pequeño no quiero hablar de momento. Me ha dado disgustos. Es joven, sí. Sus hermanos lo aúpan a la silla de la reina, pero temo que su madre lo haya estropeado con tantos mimos y miramientos. Ahora ella lo está pagando, porque el chico prefiere estar aquí conmigo, aunque yo le toque las narices, que ir detrás de ella. Y en verdad que haré un hombre de él, ¡aunque me deje la piel en el intento!

Pero ¡cuánto me alegraré cuando Benet se case con Elvira!

## Pia

Me he enterado de que el mayor se ha echado novia, una chica de Pallarès. Se lo dijo a mi hermana una mujer de Llesui, que lo oyó en el mercado de Montsent. Era Benet quien tenía que decírmelo, me lo debe porque soy su madre.

Era el niño de mis tiempos felices. Comía bien, era listo y tranquilo. Pero enseguida hubo que empezar otra vez, porque un año después llegó la nena. Espabilada, también, una muñequita, pero ¡tan pequeños los dos, qué pesadez! Y no nos sobraba nada. Mi gran marido traía muy poco a casa. Con las gallinas y algo que sacaba del huerto, ayudaba más yo que lo que valía su sueldo de peón caminero. Habría sido mejor que Benet entrara en el seminario, a lo mejor así su padre no habría hecho tanto el bobo, ¡siempre detrás de las mujeres! Benet se puso en mi contra cuando empezó a trabajar con él. La nena siempre ha hecho más caso a su padre que a mí.

El mayor se las vio de todos los colores en la guerra. Enfermó, lo hirieron. Me alegré mucho cuando volvió, pero enseguida comprendí que, a partir de entonces, haría caso a su padre y yo no pintaría nada para el uno ni para el otro. Con la nena no podía hablar más de tres palabras seguidas, porque enseguida nos enzarzábamos, y el pequeño, haciendo la mili en Valencia, quería quedarse allí. ¿Qué pintaba yo de criada en la Noguera, teniendo casa propia en Riublanc?

¡Estoy muy bien aquí sola, separada de la familia! Aunque, si se creen que no tengo nada que decir de sus cosas, ¡están amolados! Iré a ver a esa muchacha y a conocer su casa. ¡Soy la madre de Benet y nadie me puede quitar ese derecho!

Mi hermana Bepeta sabe más de la familia de la chica que la que le contó todo. Me ha dicho que es una de las familias que peor lo pasó en la guerra, como ellos. Joan, mi cuñado, las pasó negras por la mala baba de unos cuantos ricachones de nuestro pueblo, que ahora se dan mucha importancia y creen que todo el mundo se va a quitar el sombrero delante de ellos. Y al mayor, Josep, le quitaron la vida, como al padre de esta chica. Mi Benet tuvo más suerte en la Noguera. Pero cuando se enteró de la desgracia de su hermano, se llevó tal disgusto que creí que se volvería loco. Nunca lo había visto llorar. Si yo me hubiera retorcido el cuello, no lo habría sentido ni la mitad. Sus hermanos siempre eran lo primero para él.

Aquí me llevo bien con todo el mundo y con nadie en particular. Después de la guerra, mi hermana se ha vuelto seca de carácter, de tanta aflicción y de tener que vivir rodeada de tan mala gente. Porque la inquina dura todavía. Hace poco le negaron una beca a su hijo por influencia de alguien del pueblo, porque el maestro y el inspector la daban por concedida. Y ahora ya somos dos las secas, ¡qué se le va a hacer! Yo prefiero ponerme a leer al sol o al lado del fuego que charlar, y ella no puede ver a la mayor parte de los del pueblo ni en pintura. Y no sé por qué motivo, pero el caso es que la chica que ha elegido mi hijo mayor le gusta.

Benet tenía que habérmela presentado, pero ¡velay!, me trata como si no fuera nadie para él, cuando soy su madre y siempre lo seré. Es igual, ¡iré yo a verla a su pueblo! Bepeta dice que para el trabajo vale, que hace de ama de casa porque su madre se ha quedado como aterida y la abuela, que valía mucho, parece que, de todos modos, es muy vieja. ¡Ay, cómo se pierden las casas en un abrir y cerrar de ojos! ¡Con lo que cuesta ponerlas en pie! Como la nuestra, sin ir más lejos.

Lo que no entiendo de ninguna manera es que Bepeta diga que ella, la que se llama Elvira, le tiene tanta querencia que, si se casan, pretende renunciar a la herencia para irse a la Noguera con él. ¡Ay, qué necia! ¡Eso sí que no puede ser! Se lo quitaré de la cabeza. Si es la heredera no puede perderlo todo así

como así. Yo, antes de hacer semejante cosa, ¡me habría ido a un convento de cabeza! ¿Acaso no entiende que ser la heredera es la dote de los padres? ¿Que es un derecho que tiene por haber nacido la primera? La verdad es que la segunda también es chica. Eso no arregla nada, y el chico todavía es un crío de catorce o quince años. Si se quedaran en el pueblo, en la casa, nuestro Benet podría seguir trabajando y ella, sacar la hacienda adelante y ganarse el respeto de todos. Porque, ya ves, nunca se sabe lo que puede pasar, y ¡lo bien que me ha venido a mí ser la heredera! ¿Por qué iba a quedarme yo allí, en la Noguera, aguantando los bufidos de todo el mundo como si no fuera nadie? Pues ¡allá se las compongan!, me dije. Y, ¿gracias a qué? Pues, ¡a que soy la heredera! Aunque la herencia no sea más que una casa en la que cobijarme, algo de tierra y algo de ganado, que me da para vivir...

Se lo voy a decir muy claro a esa chica. ¿Y qué te apuestas a que la convenzo?



## Joan

*La Noguera, 17.XII.1940*

*Querida Elvi:*

*Cuando estoy aquí el tiempo pasa más deprisa y me vuelvo perezoso. Hoy, además de escribirte a ti, quisiera contestar a mi hermano y a mi primo, ya sabes a quién me refiero, Joan, con el que me llevo muy bien y con quien más me escribí cuando peregrinaba de hospital en hospital. Es muy buena persona. Al volver de la guerra aprendió el oficio de alpargatero y ahora se dedica a hacer alpargatas. Ya te he explicado que los hermanos de Reniu tuvieron que buscarse la vida, porque la poca hacienda que tenían fue a parar al heredero. Cada uno aprendió un oficio. Joan tiene una voz preciosa. Si hubiera podido dedicarse a cantar... como yo a dibujar... No sé por qué, llevo unos días muy relajado, no tengo ganas de ordenar los pensamientos. ¡Es tan dulce viajar contigo libremente en alas de la fantasía! Te imagino en jardines ideales, de ensueño. La odiosa realidad quiere que baje de las nubes; en cierto modo, tu carta representa el pan nuestro de cada día.*

*Me ha encantado que me hayas mandado una carta más apasionada que otras veces, pero, para ser sincero, tus palabras tienen un eco velado de irrealidad. Porque lo que dices contrasta con la impresión que me llevé la última vez que estuve contigo. Me quedé con la desagradable sensación de que nunca estás en nuestros besos, quiero decir, tus labios sí, pero solo eso, porque el alma se te va, se ausenta. Y yo quisiera que estuviera, porque me sentiría más tuyo, sin reservas, y te sentiría más*

*mía. No sé si es que en realidad no me quieres o bien eres tímida y tienes muchos prejuicios, y eso te obliga a un pudor extremo.*

*Mi hermana se puso muy contenta al recibir tu carta. Seguro que te contestará, aunque sé que no irá a verte por mucho que le apetezca. No estaría bien que fuera a la fiesta estando vosotras de luto y sin haber invitado a nadie de vuestra familia. En fin, ella te lo explicará mejor que yo.*

*Liberado de estos pormenores de la vida cotidiana, te besa con pasión,*

*BENET*

¡Caray con mi primo! Benet, quiero decir, el que de pequeño se fue a vivir a la Noguera..., el hermano de Genoveva. Pues ¡ha cambiado como de la noche al día! ¡No te imaginas las cartas que llegamos a escribirnos cuando la guerra! Algunas se perdieron. Yo la pasé cerca de Madrid, pero él tuvo que ir a Tarragona y, de allí, al frente del Ebro. Cuando luchaba, bastante al principio, le dio una apendicitis. Lo operaron, pero quedó mal y tuvo que estar ingresado mucho tiempo en diferentes hospitales, con dolores, solo y perdido. Al final lo mandaron a Barcelona, a un hospital militar, después a una clínica de recuperación de Olot y, de allí, al frente otra vez. Llevaba tres días metido de nuevo en el *fregao* cuando... ¡zasca!, una descarga de mortero lo hirió en la cabeza. ¡Hala, venga, vuelta a empezar! Fue a parar a Sant Boi, aunque cuando la guerra se llamaba Vilaboi. No te haces idea de lo hundido, triste y desesperado que estaba el pobre. Llegó a pensar en dejarse matar. Y ¡caray, qué cartas escribía! Todo el tiempo que estuvo convaleciente lo dedicó a leer y escribir. Pero le venía de atrás, porque su madre sabía leer y escribir, en aquellos tiempos en que en los pueblos no sabía nadie. Genoveva y él, de pequeños, tenían pasión por aprender como si fueran a ser maestros.

Bueno, pues este primo ya no quiere saber nada de palabras tristes, de

verlo todo oscuro como en una cueva. Oscuro es poco, ¡negro y peor que negro lo veía todo! Aun así, fíjate que, a su manera, todavía ponía ojitos a algunas mujeres y, si les escribía algo... ¡perdían el norte! Antes de la guerra ya había conquistado a algunas en los pueblos en los que trabajaba, fueran grandes o pequeños. Me acuerdo de que me hablaba de una chica de la Seu, pero no se quedó allí el tiempo suficiente. Y sobre todo me acuerdo de una carta que me mandó a Madrid, en la que me confesaba que había conquistado a una enfermera de uno de los hospitales por los que pasó en Barcelona. Enfermo y abatido como estaba, que no se tenía en pie, con la moral por los suelos, una de las chicas que lo atendía se encaprichó con él, y él lo pasaba mal porque veía que se hacía ilusiones y a él no le gustaba. En vez de conquistarla y pasarlo bien unos días, entre tanto miedo y tanto dolor, va y se recrimina a sí mismo que la chica esté loca por él. No estoy seguro de cómo terminó la cosa, pero tengo para mí que los dos se llevaron un disgusto con aquel asunto. Porque, antes de conocer a esta rapaza, lo que te decía, miraba al cielo, veía una nubecilla de nada y creía que el día se pondría negro y llovería a cántaros.

Después, no le faltaban motivos para verlo todo negro, créeme. Puede que esto no te lo haya contado todavía. Pues resulta que acababan de movilizarlo otra vez cuando llegó el final de la guerra, se encontraba en Palamós, y desde allí, ya sabes, la derrota y ahuecar el ala hacia la frontera hasta llegar a Francia. A continuación, lo meten en un campo de concentración, porque los franceses se portaron regular con ellos, aunque poco después pudo trabajar algo gracias a un tío nuestro que vive allí, pero cuando estalló el lío allí en el norte, tuvo que dejarlo y lo mandaron a otro redil de esos que, por lo visto, estaba lleno de catalanes. Las condiciones eran mejores, pero ¡caray!, Benet seguía desesperado. Por fin volvió a España y unos meses después pudo reincorporarse al trabajo.

Sí, trabaja en Obras Públicas. Y de ahí viene lo que te quería contar. ¡Caray! Se ha enamorado como un crío y ahora ve la vida de color de rosa. Pero no creas que de una gran señora, no, ¡qué va!, sino de una pastorcilla de

aquí mismo, de Pallarès, que debe de tener su gracia, porque a él siempre le rondaban las mozas, pero él no buscaba compromisos. Al contrario, con la guerra, toda la familia se ha quedado pelada, como la mayoría, ya sabes, y no tiene ni para llevarla al cine. Es un decir, ya sabes. Pero este primo mío, antes tan pupas y tan desesperado, ahora se pasa el día mirando al cielo y a las nubes y pensando en su novia. ¡Caray, no sé qué tienen las mujeres! Porque no sé si a ti te pasa igual, pero es que a mí me gustan todas. Las madrileñas me parecieron muy simpáticas, pero aquí, en Riublanc, hay una que, cuando me fui a la guerra, acababa de empezar en la escuela y ahora, ¡caray!, cuando me mira con esos ojazos, la cabeza me da vueltas y me quedo blanco como la pared y con cara de *alelao*.

La madre de Benet, que es hermana de la mía, es una *antecada* o como se diga, o sea, una quisquillosa, una maniática. Desde que se fueron a la Noguera, mi tía erre que erre, que si era la mula de carga, que si la dejaban sola, que si esto y lo otro y lo de más allá, hasta que volvió aquí, a Riublanc, y ellos tuvieron que apañárselas solos, pero al menos descansaron. A Benet todo eso le ha afectado mucho, y se había propuesto no comprometerse nunca, pero ¡ya ves! ¡Caray, cuánto ha cambiado el viento! Y fíjate que me alegro, porque este primo mío es como un hermano para mí.

Y habla de casarse. No me lo esperaba de él por lo que te acabo de decir. ¡Cuántas veces llegó a jurarme que no se casaría, que ni loco! Que no se expondría como su padre a que una mujer le arruinase la vida y se las hiciera pasar canutas. Bueno, pues ahora, donde dije «digo» digo Diego. Y lo comprendo, de verdad. ¿Qué es un hombre solo ante estas delicadas criaturas? ¡Me casaría sin pensarlo dos veces con una que yo me sé! Ya te he contado que esta chica de la tienda grande me ha robado el corazón. Creo que ella me mira con picardía y con cierto gusto. ¡Caray! En cualquier momento me lanzo y tiro millas, que el freno ya se lo echará su padre. Él me mira más serio que un guardia y no hay forma de hacerle despegar los labios, siempre atento, como si creyera que le voy a levantar la cartera. Aunque, claro, a lo mejor le dolería

más que le levantara a la moza. Es hija única y las familias que tienen cuatro chavos siempre piensan mal. Y estos hacen bien, pero a mí la que me gusta es ella y estoy dispuesto a llevármela sin un duro, ¡que se queden sus padres con la dote para consolarse!

Este Benet es un sentimental, aunque tiene carácter, y lo acusa si alguien no lo trata con respeto o suficiente consideración. La última vez que vino a casa quería hablar con el abuelo, todos teníamos un gran recuerdo de Reniu, y el hombre casi no habla, no hace mucho que se quedó sin la abuela, que le daba preocupaciones porque echaba mucho de menos a sus hijos y se dejaba llevar, pero ahora siempre busca un rinconcillo y hace como que no está. A Benet lo alarmó mucho, quería darle la noticia de la novia, pero el abuelo no decía nada. Y es que el pobre no ve, se orienta a ciegas, como puede. Benet le dijo a mi padre que lo llevaría a la Noguera para que lo viera un médico de la Alianza y, si es necesario, a Lérida, a ver qué se puede hacer. Mi madre le dijo que el pobre ya es muy mayor, pero él insistió. ¡Le gustaría tanto que el abuelo fuera a su boda! Por eso te digo que lo veo muy decidido, ¡nunca lo había visto así! En dos palabras: ¡es otro!

Y lo mejor de todo. Sabe que para mí el canto es la vida y que si pudiera dedicaría todas las horas del día a cantar y se me pasarían volando. Bueno, pues me ha pedido que le enseñe una romanza de la zarzuela *Doña Francisquita*. Por lo visto, quiere convencer a la pastorcilla de la mejor manera posible, aunque sea cantando. Esta me la sé de cabo a rabo: «Por el humo se sabe dónde está el fuego, del humo del cariño nacen los celos, son los mosquitos que vuelan junto al que duerme...», pero le he dicho:

–¿Acaso estás celoso?

–Hombre, si supiera que otro la ronda igual que yo...

–Pero no lo sabes, ¿verdad?

–¡No!

–Pues cántale «Ay, mi morena», de *Luisa Fernanda*. Es más fácil que la romanza y quedarás mejor.

Ha puesto mala cara. No sé si podré convencerlo, porque es de los que piensan y dan vueltas a lo que no se ve. Le gusta eso que dice: «Si yo lograra para siempre dormir el alma...». Todavía no conozco a la chica y le pregunté si era morena. Me dijo que sí, que tiene los ojos grandes y oscuros, y el pelo también, de color castaño tostado, pero que es clara de piel. Está tan encaprichado con ella que me pareció que no terminaría nunca de decirme cómo era.

–En tal caso, nada mejor que: «¡Ay, mi morena, morena clara, ay, mi morena, qué gusto da mirarla!».

Ha vuelto a poner cara de no verlo tan fácil. Entonces me he acordado de la romanza «Bella enamorada» de *El último romántico*. Es más difícil de cantar, pero la melodía es preciosa. Le he cantado el fragmento que me sé:

*Bella enamorada, con tu imagen sueño,  
y un amor dichoso busco para mí.  
Bella enamorada, que eres mi consuelo,  
ya sin tu cariño no podré vivir.  
Noche de amor, noche misteriosa,  
ve hacia mí, sombra de mujer,  
suave placer ver lo que soñamos,  
quiero vivir por volverla a ver,*

y me parece que ya lo tengo en el saco. Cantarle algo sobre los celos es como espantar mosquitos a tiros, en cambio esta canción tiene el éxito asegurado. Y, además, ¿qué es mi primo, sino un romántico de los pies a la cabeza?

## Veva

*Astell, 26.VII.1941*

*Querida Elvi:*

*Astell es un pueblo remoto, a unos cuantos kilómetros de la carretera de Cabdella. De todas formas, tiene su belleza natural, pero a veces es como si estuviera en la cárcel. La obra avanza con lentitud porque llueve a menudo, aunque es entonces cuando dispongo de más tiempo y del mejor momento para escribirte.*

*¿Qué voy a decirte? ¿Que te echo de menos con todo el cuerpo y toda el alma? Es verdad. Quisiera tenerte entre los brazos y cubrirte de besos. Tus labios son un imán que me atrae irresistiblemente. ¿Cuidas bien las pecas de la mejilla izquierda? ¿Cuándo podremos estar juntos de verdad?*

*No puedo ir a tu pueblo para las fiestas, y a mi hermana no le apetece ir sola. Ya sabes, prefiere quedarse en la Noguera. Te lo agradece, pero está pensando en terminar los estudios e irse a otra parte. Allí, después de romper con Domènec, le ha quedado un gran vacío, aunque dos amigos míos se casarían con ella mañana mismo. Pero ella no se conforma con la vida de ama de casa, no echa de menos a los hijos que podría tener si se emparejara, y la capital la atrae. No me extraña, al contrario. En Barcelona, yo habría podido elegir entre varias posibilidades, hacerme a mí mismo. Tuve cerca la ocasión, pero no fui valiente y después, bien lo sabes, llegó la guerra. De todos modos, comprendo que a mi hermana no le entusiasme ir a una fiesta de pueblo. Yo iría, pero solo para bailar contigo. También pienso que si me hubiera quedado en Barcelona no te habría conocido nunca.*

*Piensa en lo que te he dicho. Me gustaría mucho que respondieras a mis comentarios sobre el amor. ¡No sabes cuánto te echo de menos, mi niña!*

*Tuyo,*

*BENET*



Mi cuñadita se esfuerza mucho. Me escribe y sé que le cuesta. Ahora lo ha hecho para invitarme a pasar las fiestas del pueblo en su casa, a finales de agosto. Francamente, Pallarès es un pueblo muy pueblo, ¿qué pinto yo allí? Además, resulto rara sin pretenderlo, estuve allí una vez. La moda llega a la Noguera, es una ciudad con cultura y entretenimientos. Así que iría mejor vestida y parecería más desenvuelta, además de la más culta, modestia aparte. Si al menos va Benet y hacemos bromas y nos divertimos... pero ahora él tiene que estar más pendiente de su novia. Por otra parte, la vez anterior tenía la sensación de ser la atracción de todo el pueblo.

Y en su casa, la verdad, la viejecita de luto que te atraviesa con una mirada hiriente haría retroceder a un oso. La que me impresionó de verdad fue la madre de Elvira, aunque Benet ya me había hablado de ella. No es muy mayor, tiene la piel fina, como si no estuviera harta de soportar el sol, es esbelta y guapa todavía; también viste de luto, claro, hace dos años que enviudó y ¡de qué forma, pobre mujer! Pero la desgracia no se la mandó la providencia, desde luego. Es una mujer que te habla con humildad, te ruega que comas y bebas, siempre con una sonrisa. Ella te pregunta qué deseas con el preciso semblante de faltarle todo, pero, cuando hay más gente, se nota que se le va la cabeza a otra parte. Hubo un momento en que la hermana de Elvira le dijo algo y ella no se enteró, lo observé todo. Ahora bien, adora a Benet. Creo que le agradece que quiera casarse con su hija; sin embargo, la abuela está en su contra y, sin duda, es la que manda. A esa mujer se le entiende todo. Pone las casas de campo por la nubes con palabras como piedras, habla de la importancia de seguir manteniéndolas, junto con la hacienda, claro, y se queda

seria como guardia civil, como si hablara en general, sin dirigirse directamente a Elvira. A mí casi me da miedo y le he dicho a mi hermanito que tenga cuidado, que en cualquier momento le pondrá la zancadilla y no habrá quien lo salve de darse un morrazo contra el suelo.

Los hermanos de Elvira se llaman Andreu y Fina. El pequeño, que tiene unos cuantos años menos que yo, fue el que me sacó a bailar. Es un angelito asilvestrado y parece buen chaval. La hermana, que es la mediana, es extremadamente vergonzosa. Todo el mundo le da órdenes, Elvira la que más, me pareció. Le da órdenes hasta el hermano, que es menor que ella. Apenas le oí la voz. Es trabajadora, obediente y guapa, pero se nota que lo pasa mal cuando tiene que decir algo y, delante de una forastera como yo, no dice ni pío. Se puso colorada solo porque le dirigí la palabra.

Creo que mi hermano impresiona bastante a las cuatro mujeres e incluso al chico, por lo educado y culto que es. Y sobre todo porque conocen a muy pocas personas como él, que no tiene tierras y lleva una vida nómada. Esta gente está enraizada en la hacienda y en la casa; no les interesa lo que pueda haber más allá, pero mi cuñada desea cambiar de vida. Supongo que se imagina que si pierde de vista el pueblo, se le olvidará lo mucho que ha sufrido y que sufre todavía. Pero ¿solo por cambiar de ambiente se libra uno de las penas? Ya me gustaría a mí, que veo a Domènec en todos los sitios por los que hemos pasado juntos, es decir, en el teatro, en la fuente, en la iglesia, en las plazas, en todas las calles del centro, en los alrededores de su casa y en los de la mía. Y más todavía. ¿Si me voy a la capital se me olvidarán su sonrisa y sus besos? Y sobre todo ¿sus palabras? Puedo repasar las cartas, pero cada vez que las leo me entra una llantina insoportable, por eso las guardo bien guardadas, hasta nuevo aviso. Entonces ¿de qué depende el olvido? En resumen: olvidar no es fácil y, pensando en Elvira, me planteo si un amor desaparece antes que una injusticia.

La verdad es que estoy convencida de que mi hermano se ha metido en un avispero y no se librará de unas cuantas picaduras. Más le valdría casarse con

alguna de las chicas que lo miran desde hace tiempo, y todavía habría sido mucho mejor que se hubiera quedado en Barcelona haciendo lo que tanto deseaba, seguir estudiando dibujo y pintura. Tío Antoni fue como un hermano mayor para él, estuvo a su lado en los momentos buenos y en los malos, lo acogió en su casa. Ahora soy yo la que se va a arrimar a ellos, serán mi única familia en la ciudad. Pero estoy soñando, todavía tengo que encontrar trabajo. No me gustaría que Benet y Elvira se casaran enseguida, porque tendría que compartir con ellos este piso tan pequeño. Con la experiencia de mis padres, ya he tenido bastante. Las parejas tendrían que vivir solas, y no sé si me llevaría bien con Elvira en las cosas de la casa. Lamento irme de aquí porque tengo muchos amigos, y sobre todo tengo a padre y a Benet.

A veces siento la tentación de decir que sí a cualquiera de los que me pretenden, o incluso a mi primo Pepe. Nos tenemos una simpatía especial desde pequeños, algo diferente a lo que hay con los demás primos. Pero ¿qué haría con un hombre inculto que pretendería gobernarme la vida? La casa, los hijos... e incluso querrá que haga de campesina también, aunque no tengo ni idea. Pero, si diera ese paso, no tendría que preocuparme de nada, ni de encontrar trabajo ni de los cambios. Y podría darle a Domènec una noticia muy sencilla: me caso.

Me lo he encontrado al salir de la academia y casi me da algo. No esperaba volver a verlo nunca más, y ha sido como si de pronto se me cortara la respiración. He dado un rodeo y me ha seguido unos minutos, pero no ha podido alcanzarme. Le oía decir a mi espalda:

—¡Por favor, por favor!

¿Qué otra cosa iba a decir un chico bien educado como él? No he tenido ánimos ni para contestar que ya nos lo habíamos dicho todo y que la conversación se había terminado. De momento, he reaccionado a la sorpresa como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Lo he visto pequeño, pálido y encogido. Él me ha dicho que me encontraba muy guapa, y entonces he vuelto

en mí. Pues ¿qué se creía? Todo el tiempo que ha pasado desde que lo dejamos he procurado estar mejor que nunca, ir más arreglada, mejor peinada y mostrarme risueña. Si he necesitado llorar lo he hecho encerrada en el lavabo o en el dormitorio.

Quiere que lo perdone. Quiere volver a empezar. Cuando ha dicho que si es preciso romperá con sus padres he comprendido que no les ha dicho nada de su decisión de seguir con lo nuestro. Todavía no lo ha entendido, pero yo sí. Su familia hará lo que sea con tal de alejarlo de mí. Toda la emoción que me produjo verlo se convirtió en mal humor al constatar que todavía seguía tan ingenuo. Le dije que se equivocaba de medio a medio si creía que iban a ceder para complacerlo, pero que, aunque cedieran, yo no estaba dispuesta a hacerle caso. Que no se vuelve atrás cuando se ha renunciado de golpe a una ilusión. Me ha cogido una mano y me he soltado enseguida. Me ha rogado que le diera un tiempo para terminar la carrera y que después daría el ultimátum a sus padres. Me he echado a reír y luego, al ver que no decía nada, lo he mirado. Ojeroso, vencido. Me ha cogido la mano otra vez y se la he dejado unos segundos. Ahora que empiezo a superar el disgusto de la ruptura se me presenta sin haber tomado una decisión radical. Me he enfadado mucho y le he dicho que había perdido la última oportunidad. Se ha escandalizado.

—¡Veva!

Me he puesto a andar deprisa hacia casa. Pero sí, nada más abrir la puerta me he deshecho en gemidos y lágrimas quietas. Hasta que ha llegado Benet y le he podido contar lo sucedido. Le parece que soy muy dura, aunque no estaba seguro del todo. Es amigo de Domènec y, desde que tiene novia, se le ha ablandado el seso. Según Benet, lo que nos ha separado de él es la clase social. No la forma de ser de los padres, sino la conciencia de clase y la voluntad que tienen de seguir escalando. Es un punto de vista que no se contradice mucho con el mío. Hablando con él, he visto claro que, si Domènec hubiera creído en sí mismo, no habría consentido que la familia decidiera por

él. Por aquí es por donde me sangra la herida todavía, pero una voz me advierte: ¿pensabas compartir la vida con un hombre así?

Benet me ha dicho que Elvira y él están igualados. Los dos son de la misma clase, aunque de ambientes diferentes. Que ese aspecto los une, porque una mujer del campo, de familia desahogada, no se conformaría con ir a vivir a un piso pequeño, con pocas comodidades y con un hombre que depende de un sueldecito. Por lo que ha dicho, he comprobado que el vínculo entre ellos es ya muy fuerte. Si me hiciera caso a mí, no se casaría con ella. No es que Elvira no sea buena persona, y seguro que será un ama de casa trabajadora y una mujer fiel, no es eso; no, no es eso. Es que él puede aspirar a una mujer más culta, que lo comprenda mejor y que le haga la vida agradable. Y, por qué no decirlo, que aporte más económicamente; porque entonces él podría seguir con sus aspiraciones artísticas. Como, por ejemplo, Rosita, que somos amigas desde pequeñas. Siempre venía a casa y conoce todos los líos de mis padres desde entonces. ¡Es tan simpática y alegre! Porque, en mi opinión, uno de los principales defectos de Elvira es que se echa a llorar por nada o pone cara de perro. A mí me parece que Benet se equivoca y, lo que es peor, pasado un tiempo de noviazgo, cuando la avispa del enamoramiento deje de clavarle el aguijón, creo que también lo verá así. Pero si el camino hacia el matrimonio está ya muy avanzado, no sé si podrá dar marcha atrás. Aunque, desde luego, si mi hermano la deja como me ha dejado Domènec a mí, a lo mejor se quita la vida o se vuelve loca.

Lo único que faltaba era que padre le diera ánimos para casarse con ella. Le parece buena señal que Elvira sea capaz de renunciar a ser la heredera por Benet. Se puso completamente de su parte desde el momento en que lo supo. Madre siempre ha contado con lo de la herencia para arreglárselas sola y abandonar a su marido y a sus hijos. Ahora que lo pienso, aquí tengo algo que aprender, aunque, en su caso, el motivo eran los celos.

Se me hace larga la espera hasta que encuentre trabajo en Barcelona, ya he mirado una residencia. Me duele irme por padre, lo quiero y me parezco a él.

También me va a dar mucha pena perder la amistad con mi hermano mayor, que, aunque es el que más se parece a madre, es el mejor de los tres. Pero estoy casi segura de que no tendría que casarse con Elvira.

## Tío Antoni

*Tírvia, 2.VIII.1941*

*Elvi...*

*Ya ves que cuando te escribo te llamo así. De esta forma eres la chica en la que pienso y tu nombre no se confunde con el de nadie.*

*No sé qué hacer en este pueblo forastero cuando no trabajo. Pero no creas que estoy completamente solo en el sitio en el que me dan pensión. A mi lado hay una chica que, según mi gusto de antes, es muy guapa. Pero su presencia y su actitud coqueta no me salvan de seguir sintiéndome abandonado en medio de las ruinas de este pueblo. Te añoro. Amo ese no sé qué indefinible que se escapa de tu figura.*

*Ayer me arrancó de tu compañía la alegría bulliciosa de una despedida de guardias, y la carta se quedó inacabada. Hoy, una gran tormenta ha impedido que saliéramos a trabajar y, los ratos que he podido estar solo, he paseado con tu recuerdo. He pensado en ti con una extraña sensación de dolor, como si me faltara algo vital. Quizá porque tu corazón afligido me dejó marchar sin un beso de despedida. Hoy me he acordado del amor gozoso que hay entre mi tío el de Barcelona y mi tía. Me gustaría que los conocieras algún día.*

*Confío en verte pronto.*

*Recibe un fuerte abrazo de,*

*BENET*

El chico mayor de mi hermano Benet, que se llama igual que él, me ha

mandado un retrato. Por lo visto hizo el esbozo cuando estaba en Barcelona, antes de la guerra, y ahora, después de tres años de dictadura, lo ha terminado. Me gusta, me parece magnífico, quizá porque me veo bien, optimista. Estaba más gordito y era más joven que ahora. Me dice que está trabajando en uno de Joana. Cuando tenga los dos los enmarcaré y los colocaré en un sitio preferente de la casa.

Se le da muy bien. Trabaja en Obras Públicas, como su padre, aunque sospecho que el chico, en el trabajo, ha superado a mi hermano, porque ha estudiado, y el ingeniero de Lérida le tiene confianza y ya le encarga proyectos por toda la comarca. Luego, él solo tiene que supervisarlos. Me lo contó mi hermano cuando hablamos por teléfono. El chico no me dice nada, es muy discreto, pero me cuenta que se encuentra bien trabajando cerca de casa y que ha decidido casarse. Me he alegrado mucho.

Llegué a tomarle cariño a este sobrino. Si hubiera tenido las mismas ganas de coser que de dibujar y escribir, lo habría convertido en un ayudante de primera en la sastrería. Es más, en socio, porque confiaba plenamente en él. Pero sus intereses eran otros. Y ¡qué cartas escribe! Si no contara tantas desgracias, si no me recordaran a aquella época infame, volvería a leerlas. ¡Qué sentimiento! Y, sobre todo, ¡qué razonamientos! Tenía razón en casi todo lo que decía, pero la lástima era que lo veía todo negro. Y yo también, aunque de otra manera. Él estaba enfermo, y yo, porque la guerra no me hundió el negocio para siempre por los pelos, este negocio que tantos sudores me ha costado; aunque yo estaba furioso, más que nada. Afortunadamente ya pasó. Para nuestra desgracia, pero deseábamos que terminara. Mi mujer cayó enferma de puro miedo, perdió mucho peso. Pasamos algo de hambre, pero peor fueron las privaciones. Y este pobre sobrino nuestro, en cuanto llegaba al frente y pegaba cuatro tiros, ¡hala!, herido o enfermo. ¡Menudo calvario, pobrecillo! Pero lo que más le hacía sufrir era pensar tanto. Se veía lejos de todo, de los suyos y de su paisaje. Echaba de menos lo que ahora tiene cerca.

Espero que esta chica sea buena y lo haga feliz. Ya le he dicho que el traje



para la boda corre de mi cuenta. Por lo visto ella no puede casarse de blanco, todavía está de alivio. ¡Cuánto sufrimiento! Tú dirás qué más daría que la muchacha se vistiera de novia de verdad. Pero, en fin, lo importante es que acierten y se lleven bien. Parece que Benet tiene la idea de venir a Barcelona en viaje de novios. Ya le he dicho que les prepararemos una buena cama en casa y que podrán comer todos los días con nosotros. Joana se ha puesto nerviosa, está embarazada otra vez; su madre y yo procuramos que no tenga que ocuparse de nada, como si viviera fuera del mundo, pero la he convencido. Solo serán cuatro días, pobrecillos. Además, Elvira tiene familiares aquí; antes de la guerra, él era arquitecto del ayuntamiento, disfrutaban de una buena posición; ahora, ¡a saber! También los invitarán. El chico se lo merece todo y quiero a mi hermano.

¡Hay que ver cómo son las mujeres algunas veces! Joana me ha recordado que protegí a este sobrino durante la guerra como si fuera hijo mío. ¿Proteger? ¡Ojalá hubiera podido! ¡No se murió de milagro! En primer lugar, la maldita apendicitis. Se recuperó en el orfanato Ribas. ¡Qué lejos estaba! Después lo mandaron al hospital de la Bonanova. Allí estuvo mejor, pero también queda lejos de mi casa y, ¡con la cantidad de trabajo que tenía y mis ayudantes enarbolando banderas o armas!, ¡ay, aquello fue...! Pero él, ¡pobrecillo! Lo único que me pidió fue que localizara los dichos informes. ¡Qué desbarajuste! Y, claro, de Olot a la guerra otra vez, y ¡vuelta a empezar! Lo habría protegido si hubiera podido. Yo no era nadie y mis amistades no tenían mucha influencia... Me dolió mucho que los republicanos lo mandaran al frente cuando estábamos a punto de perderlo todo y luego fuera a parar a los campos de Francia. Pero en aquellos momentos ¡Joana lo estaba pasando tan mal! Las bombas la horrorizaban. Primero la de Gran Vía, después la del Coliseum, enseguida dijo que no podía seguir en Barcelona. Se fue a Pins con su madre, pero también allí tenía miedo, le habría gustado que estuviera yo siempre con ella, y, cuando me ausentaba un ratito, se le hacía eterno. Pero yo tenía que coger el ferrocarril muy temprano y no volvía hasta la noche. Y me llevaba

trabajo a Pins, por si ella podía hacer algo a lo largo del día. ¡Estaba agotado! De todos modos procuraba acercarme al hospital cada ocho o diez días. Benet lo agradecía muchísimo, me lo dijo, y también por escrito. En aquella época tenía la sensación de ser el burro de carga, pero Benet estaba desesperado. ¡No sé si Joana se hace una idea de lo que ha pasado este muchacho! Pero ahora parece que se ha encarrilado y que quiere casarse. ¡Qué contento estoy!

Por otra parte, eso solo pasa una vez en la vida. Me refiero a la ilusión del amor. La mujer de la que uno se enamora lo es todo, uno lo ve todo a través de sus ojos. No sé si Joana se acordará. ¡Ay! Espero que el muchacho haya sabido elegir, aunque mi hermano dice que sí, desde luego. Que es una buena chica, guapa, y que parece que admira a Benet y que lo quiere. Que lo admire, sí, no es para menos. Ya me gustaría a mí escribir la mitad de bien que él, pero cada cual sirve para una cosa y yo no sirvo para eso. Lo de la ortografía me recuerda a cuando uno tiene los pies en la tierra y le dicen que toque el cielo con las manos. No sé por qué, pero a veces sueño que vuelvo a estudiar en aquella escuelita de Reniu a la que iban los niños del pueblo. Me veo otra vez con toda la chiquillería, menos mis hermanos mayores. El heredero y Benet, que era el segundo, ya iban a trabajar las tierras con padre. La maestra no daba abasto, ¡cuántos hijos tenían entonces las familias! Recitaba, me acuerdo de su voz, demasiado aguda, y yo me dormía entre mis hermanos. Era un despreocupado. Y ¡pobre madre! No podía atender todos los frentes, éramos demasiados. Estaba agradecida porque yo era un buenazo, no lloraba ni hacía diabluras. ¡Qué poco aprendí allí! Era como estar en casa, pero con voces alrededor. De la ropa de la maestra sí que me acuerdo. Siempre igual. Cuerpo camisero, cuello ancho y falda larga, tenía una plisada. Los trajes, los vestidos, los colores. La botonadura.

Lo poco que aprendí fue en casa, con padre, porque, cuando terminaba con el ganado o en los prados, se ponía en una punta de la mesa, nos sentaba a los tres pequeños a su lado, dos a uno y uno al otro, y abría nuestro libro o los cuadernos y nos preguntaba lo que habíamos hecho en la escuela. Yo me

quedaba escuchando, en boca de mis hermanos mayores, lo que había oído ese día, medio distraído o medio dormido, en el aula. Nos obligaba a repetir la lectura, las cuentas o la instrucción. Después, si era verano, salíamos a la calle a jugar, y si era invierno, nos quedábamos en casa mientras madre servía la comida. Padre cenaba solo o con los mayores y se iban a dormir, porque se levantaban al amanecer. Después cenábamos los demás y mamá nos acompañaba a la cama y nos decía que rezáramos. Ella solía cenar de pie, junto al fuego, después de servirnos; todavía la veo con el plato en la mano y la cuchara en alto, mirándonos. Estaba rodeada de hombres y de niños, por eso a veces parecía una reina. Todos la queríamos, pero no la ayudábamos ni pizca. Los hombres, en la casa, aparte de arreglar alguna herramienta y llenar el porrón o la bota, no hacíamos nada, era la costumbre. Recuerdo aquella época desde la calle Bergara como un pasado muy lejano, casi como si fuera la vida de otra persona contada de cerca. Y el recuerdo me parece más entrañable.

De recién casados llevé a Joana. La casa no estaba muy limpia, con el jaleo continuo de cosechas y ganado; me pareció decadente. Padre y madre llevaban ropa vieja y oscura, ella siempre con un delantal. Se quedaron pasmados al ver a una mujer como ella, alta, fuerte, rubia, simpática, que no sabía dónde ponerse ni qué hacer con las manos. Se avergonzaron al vernos tan bien vestidos y ni siquiera se atrevían a mirarme ni a abrazarme con naturalidad, seguramente el acento de Barcelona, que se me había pegado, me hacía más extraño aún a sus ojos. Habían envejecido, aunque todavía estaban fuertes y vivos de cuerpo, más que nosotros. Fuimos un estorbo y me imaginé que Joana no querría volver. Unos meses después de esta visita, mi hermano Benet me comunicó que nuestro hermano mayor, el heredero, había muerto de calentura. Luego, mientras su hijo crecía un poco, la viuda se quedó una temporada con nuestros padres, pero al cabo de dos años se casó en segundas nupcias y se fue a vivir a Llavorsí. El día del entierro de mi hermano fue la última vez que nos reunimos padres e hijos. Fui solo. La pequeña hacienda volvería a manos de

padre y madre, un poco recortada por lo que había vendido la viuda a título de dote antes de irse. Los demás hijos ya nos defendíamos por nuestra cuenta. Benet y dos hermanos vivían en Riublanc; yo, en Barcelona; Agustí, en Francia, a Josep lo mataron en la guerra, y Cisco vivía en Esterri. La gran familia de hermanos quedó desperdigada, madre murió en medio del derramamiento de sangre joven, cuando todavía no había terminado la guerra, y padre se quedó en Riublanc con la familia de Joan. Ni siquiera sé cómo me han ido separando de ellos las cosas de la vida, ni cómo hemos ido dejando poco a poco la visita de todos los veranos a la Noguera, al hermano y a los sobrinos, la parada en casa de Joan, en Riublanc, y reunirnos un rato con los hermanos que viven cerca.

Si se casa este sobrino tan querido procuraré ir a verlos aunque solo sea una vez al año.

## Encarnació

*La Noguera, 10.IX.1941*

*Querida Elvi:*

*Ya estoy en casa otra vez. Te escribo sin tardanza porque tengo necesidad de decirte que me fui de tu pueblo con algún pesar. Casi no pude ni mirarte con calma el rato que pasamos en tu casa; tú casi no hablaste conmigo y yo te dije poca cosa, con lo mucho que deseaba saciarme de contemplar tu imagen, hablarte largo y tendido, oírte hablar a ti, besarnos, abrazarnos...*

*La merienda estuvo bien. Tu madre me inspira un sentimiento de respeto, y también de compasión, por lo que sé de ella. Solo se parece a la mía en que, cuando hay más gente, habla poco. Fue amable y obsequiosa conmigo, discreta con todos. Nada que ver con tu abuela, que me miraba con desconfianza y me hablaba con aspereza. Creo que tiene la impresión de que te entretengo, de que no voy en serio contigo. Comprenderás que esa actitud no me guste y se me quiten las ganas de ir. Ir quiero, sí, pero a verte, no a tu casa. Menos mal que tus hermanos son simpáticos, y también Calamanda, sobre todo, que me hizo reír dos veces y así se me pasó la tensión un ratito.*

*Puedes decírselo a tu abuela cuando gustes, bien clarito, que la guerra me arruinó por completo y, por lo tanto, no puedo casarme enseguida. Además, hace poco que nos conocemos. Pero ya has visto que mi compromiso contigo es real, que no eres una aventura.*

*Confío en verte pronto, abrazarte y besarte sin trabas,*

No paro de darle vueltas desde que nos cayó la desgracia encima. Mientras las niñas estaban en la evacuación, en Aragón, no me cabía en la cabeza quedarme sola en casa con el pequeño. Y todavía no sabía lo peor, lo que no me atrevía a dar por cierto, porque, desde que los de la República mataron a la guardia del puente y los de la derecha vinieron a buscar al nuestro, llegaban rumores de cárcel y matanza. Me hervía la sangre solo de pensar en mi ahijada andando por esos mundos de Dios con las niñas. Es que perdía las fuerzas a cada momento, y eso que el niño, con sus tiernos once añitos, no me perdía de vista. ¡Qué suerte tuve de poder quedarme! Porque entonces podía intentar salvar la casa y las pocas cosas que nos quedaban; los soldados donde primero metían las zarpas era en las casas cerradas.

El niño y yo procuramos que se nos viera lo menos posible. Él obedecía a rajatabla cuanto le decía yo. ¡Velay, sabe cómo las gasto!, pero es buen chico, de los tres, el que más se parece a su madre.

No creía yo que todos fueran tan importantes para mí. ¡No soy de las que echan de menos a la gente! Pero detener al único hombre de la casa y luego llevárselas a las tres a otra parte, donde no hacían ninguna falta, solo por castigarnos... ¡Habrased visto! Si la nuestra gritara y maldijera como su hija Elvira, todavía se quedaría corta, pero cuando la veo embobada como un muñeco, con la escoba en la mano, o un plato, sin saber adónde ir, como si no fuera de casa ni conociera esto... ¡es que me hierve la sangre y haría una barbaridad! Y más todavía ahora, que Elvira dice que no quiere ser la heredera, que se irá de aquí, y ella, su madre, sin decir ni esta boca es mía... ¡es que la mataría! ¡Por Dios! ¡Soy la única que le dice a la mayor que enseñe a manejar la horca y el rastrillo al mozo ese de tres al cuarto que la ronda, y que entonces ya hablaremos! Pero ¡quía! De pronto una voz me pía al oído.

—Tu marido lo echó todo a perder hace tiempo, así que ¡ahora no te quejes!

Querían una cosa sola, que nadie hiciera preguntas. Ni quién, ni cómo, ni

cuándo, y menos todavía por qué. ¿Preguntar, para qué? ¡Si no quieren contestar! ¡Quién iba a imaginarse que nos harían pasar lo de ahora, que la venganza por no haber hecho nada malo durase para toda la vida! Y, mira tú que no puedo parar de pensar, que ya me lo decía mi marido. «¡Como si sacaras algo por dar tantas vueltas a las cosas!» Pero es que no me lo puedo quitar de la mollera, ¿que todo el castigo sea una cadena que viene de lejos, y que mi marido tuvo algo que ver, aunque haga años que murió? ¡Quiá!

Cuando me casé, este pueblo era el cielo, había una familia rica y otra que no tanto; la mayoría eran normales; y unas tres o así algo más pobres. Parecía que todo el mundo se llevaba bien, cada cual en su casa. Se vivía bien. ¿Quién iba a decir que llegaríamos a esta desconfianza? Empezó de pronto una discusión por el agua. Pues ¿acaso no teníamos una fuente con abrevadero que manaba fresca y limpia para todos? Las mujeres iban a llenar los cántaros según las necesidades de cada familia, y ¡qué buenas conversaciones teníamos allí! Pero empezaron a hablar de llevarla a cada casa, de las ventajas del agua de la traída. Que si la traerían de los prados del monte, que si expropiarían los terrenos necesarios para la conducción, que si esto, que si lo otro... Enseguida se encendieron los ánimos y se levantaron las voces. Que si les tocaría a tales tierras o que si a tal familia. Y mi marido era como era. Muy buen hombre, pacífico, pero le había costado Dios y ayuda levantar la hacienda, y el prado del monte era el mejor de todos, ya ves, la niña de sus ojos, como quien dice. Y se puso en contra de la traída. Que no, que se compraría una escopeta y, si le quitaban un solo pedacito de su mejor tierra, apuntaría bien. Y el heredero de una de las familias ricas se le enfrentó, hasta que terminaron por enemistarse, y ¡cuánta inquina, por Dios! Fue todo cuando la República, y tengo para mí que el nuestro se murió del disgusto. Pero, aunque muriera, debió de quedar el resquemor de la disputa. Y de aquella negativa a la traída, creo que... pero no digo nada. ¿Para qué recordar a mi marido como el causante de lo que nos ha caído encima? Raro es, sí, pero es una cosa que me consume, que no me la puedo quitar de la cabeza. Tanta venganza por tan poco. ¡Si es que todo viene

de eso, y no de otra cosa! Porque, digo yo: ¿tanta maldad puede venir solo del veneno de las guerras?

Y ahora Elvira se quiere ir. A mí su novio no me hace ni pizca de gracia, me parece demasiado distinguido para Elvira. La chica no es débil como su madre, es fuerte como yo, y, con un campesino a su lado, uno que valiera la mitad que ella, llevaría una casa, la nuestra, hasta la cima. La haría rica y dejaría una buena dote a sus hijos. Pero si ella, la mayor, casa fuera del pueblo, digo que todo lo nuestro se va a hacer puñetas por el despeñadero abajo. Es un mozo de casi treinta años, tiene oficio. Aunque es hijo de Riublanc, no es campesino. Tanto se le dará lo que nos ha costado conservar casa y hacienda. Nosotros no tuvimos hijos, una desgracia, y cuando vimos que ya no había remedio, pedimos la pequeña a mi hermana, que ellos bastante tenían con cinco críos y poca fortuna.

Es como si la viera ahora mismo. Era una niña, no tenía ni catorce añitos, pero parecía menos todavía; la habían criado como habían podido, estaba delgaducha y era vergonzosa. Fina de cara, guapina, sí, como pocas. En la plaza, las mujeres le hicieron corro y cuando no le preguntaba una por el nombre, le preguntaba otra por la edad, sin darle ni tiempo a contestar. Al borde estaba de las lágrimas, si no me la llevo a llevar de un zarpazo escalera arriba, al comedor. No las tenía todas conmigo. Otra persona en casa, con lo acostumbrados que estábamos a vivir solos, enseguida sabíamos lo que quería el otro, sin mediar palabra. Al principio había que decírsele todo, desde dónde estaban el pan, la sal o la cama hasta los terrenos o el trabajo de cada día. Todo, pero era voluntariosa, no hacía falta decirle las cosas más que una vez. Obedecía al pie de la letra, hablaba poco. No estorbaba y siempre estaba dispuesta a hacer lo que fuera, aunque no tenía fuerza para las tareas más duras. Después se le fueron rellenando las carnes un poco y parecía más la edad que tenía. De pronto, me di cuenta de que se estaba poniendo más guapa todavía, una carita como una virgen. Le daba por echarse el pañuelo muy



encima de la cara para que el sol no le tostara tanto la piel, y manga larga. Yo no sabía quién se lo había enseñado, pero me extrañaría que mi hermana supiera algo de estas finuras. Solo hay que ver lo tiznada que va de trabajar en los prados y en el huerto. La nuestra tiene una veta de princesa, que se lo dije yo un día a mi marido. Él me miró con extrañeza. ¿Se había fijado en su cara? ¡Ay, aquel hombre, siempre tan ensimismado y distraído! El caso es que empezaron a fijarse en ella, aunque ella solo tuvo ojos para el que fue su marido.

Al principio no queríamos ni oír hablar de él. Era segundón y de otro pueblo, y casi no tenía más que lo puesto. Pero cuando quisimos darnos cuenta, ya estaban locos el uno por el otro, y a mí seguía sin convencerme, sobre todo por mi marido, porque, visto lo visto, resulta que uno de fuera se iba a quedar con todo lo nuestro y con la sobrina, que también era un poco de fuera. Les dimos permiso para casarse por miedo a que se fueran los dos, nos dejaran solos otra vez, y ¡adiós, casa! Pero, lo que son las cosas, el mozo resultó una joya, trabajador y mañoso. Y ganaba bastante de albañil, cuando no se lo comía entero el trabajo de la tierra. Llegó a ser para mí el hijo más querido, nos respetaba y tenía la cabeza muy bien puesta encima de los hombros. Más bueno de la cuenta, porque, por ayudar a otros, lo acusó alguien del pueblo, y a él y a uno de los de Pedra les tocó morir. Fue alguien de las familias ricas, pongo la mano en el fuego, de esas que siempre tienen que estar a bien con los de arriba y que se llenan la boca con el nombre de Dios, pero no el alma.

Por culpa de la maldita guerra volvimos a quedarnos con la casa pendiendo de un hilo, y, desde entonces, nuestra ahijada ya no es lo que era, está como fuera del mundo. Yo confiaba en la mayor, Elvira. Sabe y es espabilada como la que más, pero no acaba de digerir que mataran a su padre porque alguien lo mandara. Que no y que no, que no quiere vivir más en este pueblo, que la gente es más mala que el demonio. Que desconfía de la mayoría de los de aquí. Así como su madre, que ha sufrido más que nadie y se ha quedado como

embobada, se conforma y perdona y se guarda toda la bilis para sí, la otra pregonaría a los cuatro vientos el nombre de cada uno de los sospechosos. ¡Velay! ¡Quién iba a decir que llegara a ser tan tozuda! Donde pone el ojo pone la bala, sin yerro.

Visto lo visto, yo confiaba en que Elvira se amansara un poco y volviera a su cauce, como las aguas después de la tormenta, pero hacía falta tiempo y, poco después de cumplirse el año de que volvieran de la evacuación, se encaprichó de ese Benet, que ya le digo yo que, cuando termine de enseñarle a leer y a escribir como si tuviera que colocarse de maestra, la dejará con un palmo de narices. No se casará con Elvira, creo yo, y luego ningún mozo del pueblo ni de los alrededores querrá saber nada de ella. Porque rondarla la rondan, y no la perdemos de vista, pero no me fío de la Calamanda, que es una atolondrada. Lo que son las cosas, ya ves, una chica que no es más que bondad, y, total, ¿de qué le sirve? Y encima parece que la engorda todo lo que hace ese mozuelo que trabaja en Obras Públicas. No estaría mal un sueldo, no, si se quedaran a vivir en el pueblo y la casa siguiera adelante, pero esta Elvira... me lo ha dicho con todas las letras:

–En este pueblo ¡no quiero ni que me den sepultura!

¡Velay! No hay quien la saque de ahí, ¡es más porfiada que una reja de arado clavada en una piedra! Y no es que no tenga razón, porque la tiene de sobra. Los de Pedray nos convertimos en chivos expiatorios. ¡Bien satisfecho se quedaría el general Sagardía! Y nuestro yerno era el mejor hombre que he conocido en la vida, yo y todo el pueblo, pero ¿qué pasa en las guerras? ¡Todo lo malo! Así que, visto lo visto, Elvira tendría que hacerse cargo de ello tarde o temprano.

Ahora que la razón no pienso dársela jamás. ¡Jamás! Y ese mozo, por muy listo que sea, no le conviene a la chica.

Elvira

## Soñando despierta

Maldice el momento en que sucede. Sobre todo cuando siega o carga el carro. Su madre también está en el campo, y su hermana y el pequeño, pero no se puede comparar lo que hacen entre los tres con lo que hacía el padre en una sola jornada. Elvira mueve la hoz de derecha a izquierda, siega y, de pronto, cae el sudor arrastrando las lágrimas y ¡hala!, bajan todos los churretes mezclados. El pañuelo. Como alguien le pregunte o le diga algo en ese momento, lo mandará a hacer puñetas con furia, y quienquiera que sea retrocederá y desaparecerá de su lado. Hay momentos peores que estos. En medio del prado, rodeada de amarillo por todas partes, sean espigas o rastrojos, vuelve a ver los campos de aquel pueblo de Aragón. Allí, trigo y más trigo, seco. Tanta tierra como alcanzaba la vista. Las fuentes, escasas o secas. ¡Cuánto llegó a añorar el ruido del agua! El chorro del abrevadero, la acequia del huerto, el torrente de al lado de casa, los ramales que anunciaban la humedad de la tierra, la fuente vieja. Ella era hija de un país de agua clara y fría, y se encontraba en un secarral.

¡Qué gente aquella tan desgraciada y cuánto llegó a detestarla! Sabía de sobra que allí, igual que en su pueblo, había de todo. Recibieron con altivez los camiones cargados de personas con la pena oronda ocupando sus caras. Mujeres, ancianos, niños. Los destinaron a una casa de señores. El secretario del ayuntamiento dijo algo ofensivo en su discurso inicial. Todavía recordaba las palabras. Que ahí era donde estarían y que se fijaran en qué condiciones se encontraba el lugar. Que esperaban que el día en que se fueran, si es que podían irse alguna vez, lo dejaran todo tal como lo habían encontrado, cosa que dudaba. Un hombre del grupo le respondió, no le faltó valor. Apreciaría a

Tomás y a su familia para siempre. Le dijo que el señor secretario no conocía a los catalanes, que ya lo vería y entonces, cuando los conociera, esperaba que rectificara lo que acababa de decir. Un comienzo áspero para unas almas desconsoladas que habían abandonado su casa a la fuerza y ahora las retenían por el simple hecho de que alguno de su familia estaba en la cárcel o había muerto.

Sueña a menudo con aquel pueblo y se ha prometido no volver a pronunciar su nombre nunca más, aunque le resuene en la cabeza como el badajo en la campana. Or-ti-lla, Or-ti-lla. A punto estuvo de decírselo a Benet, cuando empezó a hablar con él, de contarle lo que les había sucedido, pero se contuvo a tiempo. Quiere borrarse el nombre de la memoria, pero, din don, din don, vuelve a oírlo en la cabeza cada vez que se suelta, mientras las manos trabajan.

Poco a poco, a pesar del mal ambiente de la guerra, también allí se encontraron las buenas personas, los unos y los otros, fueran aragoneses o catalanes. Las canciones tuvieron que ver, y mucho. Por la Inmaculada se preparaba una celebración, hacía unas tres semanas que habían llegado, y Manel el músico, que además de serlo tiene muy buena voz, preguntó a la delegada de Auxilio Social si podían cantar en la misa del Ángelus. Concedieron el permiso. Él tocaba el armonio y los del coro lo hicieron lo mejor que supieron. A la salida de la iglesia, una mujer del pueblo dijo que si esa gente eran demonios, ¡qué serían los ángeles! Las catalanas iban introduciéndose paulatinamente en las labores domésticas, sobre todo en la cocina, porque el pan era muy bueno y la materia prima también, pero la comida resultaba insulsa. Las cocineras les dieron un giro a los guisos. Y hasta su madre, que cocina muy bien, pareció revivir un poco con sus contribuciones. Al final, la propia hija del secretario se llevaba las sobras a casa, y así a su padre se le empezó a suavizar en cierta medida la inquina que les tenía.

Las almendras. Solo se daba desayuno a los niños de menos de doce años.

Elvira y su hermana, junto con otras mujeres, recogían almendras del suelo y después iban a cascarlas en compañía de su madre. Se las comían con algún rebojo de pan que habían guardado de la cena. Un guarda vigilaba los campos de almendros de los señores, cuyo fruto estaba por recoger, para que nadie pudiera llevarse las almendras que caían al suelo, pero, mientras los evacuados estuvieron allí, el hombre hacía la vista gorda. Elvira recordaba esos desayunos, las tres juntas, pan y almendras, uno de los momentos más bonitos y más tristes, porque los alimentos eran ricos, pero entonces era cuando más recordaban lo lejos que estaban de casa y que nunca volvería a ser como antes.

Más vale pensar en el amor de ese hombre, Benet, que es una puerta abierta para huir del dolor y de la rabia contra todo, un amor exigente que la tilda de torpe y cabezota.

### *Tres del pueblo*

—¿Os habéis enterado de que Elvira se ha echado novio?

—Querrás decir que se ha echado a llorar. (Risas.)

—No, no. Es uno de la Noguera. Me han dicho que es el que lleva lo de la traída en Bernui por cuenta de Obras Públicas, que es un mozo instruido.

—Sí, y ¡encima será rico, no me digas más!

—De eso no tengo ni idea.

—¿Y cómo te has enterado de todo eso?

—Se lo he oído a Anita, la maestra, cuando se lo contaba a mi madre.

—Seguro que ese no sabe de qué familia es ella.

—Lo más seguro.

—Lo sepa o no lo sepa, ¡yo no me lo creo!

—¡Cualquier domingo de estos lo verás con tus propios ojos!

—¡No me digas que ya entra en casa de ella!

—¡Qué va! ¡Irán a pasear por la carretera con carabina!

- Cuando ese se entere de lo del padre, ¿qué te juegas que la planta?
- Pero, si está de luto, mujer; ¡seguro que ya lo sabe!
- ¡Yo no me lo creo!
- ¡Ningún mozo del pueblo la querría!
- ¡Cuidado! ¡Elvira está saliendo de casa y nos va a ver aquí cotilleando!
- ¡No se atreverá a acercarse!
- ¡Yo me voy!
- ¡Hija, cualquiera diría que le tienes miedo!
- ¡Miedo no! Pero, con esa mirada tan seria, ¡parece que nos acuse a todos de las desgracias de su casa!
- ¡Lo que faltaba! Si lo mataron, ¡por algo será!
- De todos modos..., ¿a qué vino eso de evacuarlas a las tres?
- ¡Vámonos!

## Rosas y espinas.

¿Quién metió a Elvira en la cabeza la idea de ir a la novena? Es un pequeño misterio.

¿El cura? No es probable; ¿una mujer del pueblo? Menos. ¿Su madre? Hace mucho que no toma ninguna iniciativa; pero, en todo caso, Elvira no se lo habría tomado con tanto interés. ¿Su abuela, Encarnació? ¡No! Quizá Calamanda, pero esa amiga suya solo iba a la iglesia por obligación. ¿Entonces?

La chica había escrito en un papel de rayas la historia de Rita, una niña de Càssia (Italia), que encantaba a las abejas desde el día en que la bautizaron. Lo hizo con la letra más bonita que hasta el momento había salido de su pluma, como se suele decir. Una letra pequeña, redonda, regular. Comete muy pocas faltas, se supone que ha revisado el escrito.

La enseñanza de la santa está muy clara. Las rosas tienen espinas. Van las unas con las otras. Mejor dicho, primero salen las espinas; las rosas, en forma de corona, se las imagina como una visión de futuro celestial. Las rosas florecían en primavera, pero Rita anima a una parienta suya a buscarlas en pleno invierno, y esta lo hace, aunque con muchas dudas, y las encuentra en el jardín. Un milagro. Rosas en la época más fría, fragantes, magníficas. Pero Rita de Càssia llevará una espina clavada en la frente que siempre olerá mal. Si una chica tan buena, una santa, sufre siempre, ¿cómo no va a sufrir ella, Elvira, la chica de la constelación de pecas en la mejilla izquierda?

Y así, rezará la oración a la santa y los tres padrenuestros, pero, sobre todo, soportará a su madre, no la regañará cuando pone esa cara de mártir que le revuelve las tripas. ¿Acaso se cree que es la única que lo pasa mal?



Capeará lo que le diga la abuela, que siempre está pinchándola y exigiéndole. Se hará la sorda cuando sus hermanos la saquen de quicio con sus bromitas a costa de su novio. Y, lo más difícil, tendrá paciencia con los ataques de Benet. Él no para de decirle por escrito que no lo quiere, que en realidad solo aspira a huir del pueblo para siempre. ¿Cómo es posible que descubra sus más profundos pensamientos?

Rezaré. Iré a la novena. La repetiré tantas veces como haga falta.

—Santa Rita, abogada de los imposibles, ¿por qué no le devuelves la vida a padre?

Se le ocurre sin haberlo pensado antes.

—¿Por qué no borras lo que pasó, que jamás tenía que haber pasado? ¿No te encargas de los imposibles?

Elvira se sobresalta y después se regaña, se ha dado cuenta de que ha sido descarada. Se dice que tendrá que conformarse con lo que pedía antes de pensar en lo imposible. Y será secreto absoluto, ahora sí. No se lo piensa decir ni a Calamanda. Será una cosa entre la santa y ella, ¡nadie más podrá meter las narices!

—¡Ay, qué quimera! Pero ¿qué puedo hacer, si no? ¡Dímelo! ¡Dímelo, por favor!

Fina, su hermana, se acerca, la ve llorar y da media vuelta a toda prisa. Si Elvira la sorprende mirándola o si se le ocurre decir a su madre que la ha visto llorar o, peor todavía, a la abuela, si le toma el pelo, ¡la mata!

Se enjuga las lágrimas y, de la balda más alta del armario, saca una bolsa de algodón blanco en la que guarda las cartas de Benet. Releyéndolas se transporta lejos del pueblo, lejos de tanta malicia, pero cuando tiene que salir por las vacas o a hacer lo que sea, se le mueve el suelo que pisa y las cartas son como canciones que tiene que aprender de memoria y que todavía no se sabe. Siempre relee las más bonitas.

*Elvi:*

*Casi no me he acordado de ti en estos días. Te he olvidado.*

*Volver a la Noguera ha significado encontrar otra vez la libertad de casa, mis libros, mis cosas y a mi hermana. Ya sabes que Veva y yo somos también buenos amigos. Ayer estuvimos hablando hasta las doce y tú fuiste uno de los temas de conversación.*

*Está desengañada por el fracaso de su noviazgo con un chico de buena familia del pueblo, creo que te había hablado de él. Así que, mucho ojo con tus pretendientes. Creo que una cosa que nos une a ti y a mí es lo poco que tenemos. Tú, como vives en el campo, no te morirás de hambre. Yo confío en que mi oficio me dé de comer, pero no me gustaría hacer solamente este trabajo. Sabes muy bien lo mucho que me gustan el dibujo y la lectura.*

*No has vuelto a ocuparme el pensamiento por completo hasta que me he acostumbrado de nuevo al ambiente, hasta ahora, cuando todo vuelve a teñirse de monotonía. Recuerda que he visto a muchas chicas guapas, muy guapas, y con cierta cultura, y entonces me he dado cuenta de que te quiero; me parece que te has apoderado de mí con unos lazos más fuertes. Te echo de menos. ¿Tú piensas en mí? ¿No hay ningún pretendiente a la vista que me haya suplantado?*

¡Claro que piensa en él! ¡Cómo no iba a pensar en él! Todo el día, de principio a fin, todo le grita: ¡Benet, Benet! Elvira deja de leer. Lo que viene ahora no es tan bonito. Él le dice que esperaba carta de ella, pero ¿cómo va a escribirle tan a menudo? Ha tardado mucho rato en encontrar un momento en el que no hubiera moscardones alrededor. Está expuesta a unos hermanos fisgones que siempre le sacan la punta chistosa a todo, o, lo que es peor, a la abuela Encarnació poniendo morros porque no está haciendo lo que le toca. La molesta hasta el silencio distraído de su madre, siempre pensando en su marido. ¡No se hace ni la más remota idea de la cantidad de trabajo que tiene! Benet no entiende que ahora ella es el padre, la hija y la Santísima Trinidad de la casa. Se da cuenta de que vuelve a enfurecerse y procura calmarse. Además,

cuando se pone delante del papel, pluma en mano, no le salen las palabras ni está segura de cómo se escriben. Para colmo, solo sabe un poco de castellano, el que aprendió en la escuela, no se atreve a escribir en catalán, como hace él. Consulta *Flora*, el libro de lectura que tiene en la cubierta a una niña vestida de azul con un magnífico ramo de rosas en la mano. Siempre se queda mirándola, y las letras del título, tan rojas, enlazadas unas con otras, con la o en el medio, colgada del brazo derecho de la niña. Cuando encuentra en el libro la palabra que quería escribirle a Benet, la llaman o se desespera porque todo lo que quería decirle se le ha enredado en la cabeza y solo ha escrito cosas sin importancia. Sin embargo, ¡qué cartas escribe él! Calamanda daría algo por recibir aunque solo fuera una como esta.

–¡Me ha escrito ocho veces desde junio! ¡Ocho!

Lo dice en voz alta. Y sigue, como si no estuviera sola.

–¿Cómo se puede ser tan feliz y tan desgraciada al mismo tiempo?

### *Tres del pueblo*

–Bueno, ¿qué? ¿Vendrá *pa* las fiestas ese bendito de Dios?

–¡Ni idea! ¡Qué voy a saber yo lo que hace este o el otro!

–¡Es que parece que tú siempre te enteras de todo!

–¿Yooo?

–¡Anda, no os peleéis, que un pajarito me ha dicho una cosita!

–¡Canta!

–¡Calma, calma, que no es *pa* tanto! Pues resulta que el de las carreteras ya no trabaja por aquí cerca. Han terminado las obras de Bernui y, si hicieron algo en Espot, también ha terminado ya. ¡Por lo visto ahora anda por un pueblón de la parte de Pont de Suert! Una cosa es echar un rato en ir a pelar la pava y otra muy distinta ¡meterse un viaje de horas para ir a ver a la novia!

–¡Pamí que eso se acabó!

–¿Y ahora a qué se va a dedicar la acompañante, si lo suyo es hacer de

carabina?

–De Calamanda no te preocupes, que ya tiene a Jan; ¡anda, que no hace tiempo que dan que hablar a todo el pueblo!

–(Risas.) ¡Y que lo digas!

–¿Acaso no te parece que montan un escándalo cada dos por tres?

–A mí ella me parece muy simpática y buena chica. El otro día, sin ir más lejos...

–¡*Amos*, anda! ¡No nos vengas tú ahora con cuentos chinos!

–La abuela Encarnació está que se sube por las paredes. No le hace ninguna gracia el mozo ese, porque, si Elvira se va del pueblo, ¡adiós, casa!

–¿No está perdida ya esa casa?

–Pero si ella se casara con uno como tu hermano...

–¿Qué bobadas dices?

–Pues no creo que le importe mucho lo del padre de Elvira, porque ¡menudo cómo la rondaba en el baile de Carnaval!

–¡Me voy, que me espera madre!

–¡Todo se verá si el de Obras Públicas viene para las fiestas de agosto!

–¿Qué te apuestas a que no viene?

## Tú estás conmigo

Elvira dice a Calamanda que no puede estar segura de que él la quiera de verdad; Benet va de un lado a otro. ¿Y si lo trasladan más lejos todavía? Le ha contado que, antes de la guerra, trabajaba en la Seu, e incluso le dio a entender que había conocido a una chica con la que se llevaba muy bien. Se llamaba Elionor, que empieza por e, como Elvira. Cuando Benet le cuenta esas cosas, a ella le parece que quiere fastidiarla. La vecina le aconseja que le pague con la misma moneda, que le diga que ha ido a un sitio o a otro, que los mozos están muy bien y que la han sacado a bailar. Y lo remacha diciendo:

–Dile que no estás muy tranquila con que siempre ande de aquí para allá, que él es un hombre de mundo.

Lo piensa, Benet es un poco *rebotit* y si le dice algo que no le convence, ya se puede preparar. Calamanda responde que no lo entiende.

–¿Qué quiere decir *rebotit*?

Elvira mataría a su amiga cuando le pregunta por palabras que no entiende. Pues, vaya, ¿qué va a significar, sino lo que significa? Decide explicárselo con un ejemplo. El día en que Benet fue a su casa por primera vez y lo invitaron a merendar, pues, luego, la abuela le echó un sermón. Si él la pretendía, ¿por qué no había dicho nada?

–¡Ay, chica! ¡Cómo se puso Benet cuando le conté lo que había dicho la abuela! Como comprenderás, se le puso la mosca tras la oreja.

Calamanda la mira con cara de necia. Ahora le preguntará qué tiene que ver la mosca tras la oreja. Por eso Elvira sigue contándole lo que dijo Benet: que ya le había dicho que no era rico y que tendrían que esperar bastante para casarse. Y que cuando terminó de hablar, se calló, cerró la boca a cal y canto.

Pero que volvió a hablar de repente, tanto que ella casi se asusta y pega un brinco, porque hacía mucho rato que estaban callados. Y él, que estaba seguro de que era cosa de la abuela, que su madre era muy buena y que se notaba que la pobre, «con perdón», dijo, era un cero a la izquierda en la casa. Que estaba encogida o adormecida, no sé cómo lo dijo.

–No me acuerdo, no sé cómo fue la cosa. En resumen, *rebotit* quiere decir «puntilloso», que no deja pasar una.

Elvira ve que Calamanda no entiende que él da vueltas a las cosas y al final lo adivina casi todo: lo que ella no le cuenta, lo que deja para otro día y lo que no es capaz de soltar con palabras. Por lo visto se le nota todo en la cara. «Esos ojos que tienes –le dice Benet– hablan más que tu boca.» Está convencida de que Benet es sincero y si se enfada será más por una pregunta o una palabra de esas sobre la familia que porque otra chica le ponga ojitos. Aunque, pensándolo bien, nunca se sabe.

–A mi abuela le gustaría que me atase a la casa, sospecha que Benet no querrá ni oír hablar de quedarse en el pueblo casado con una heredera. Se sabe a la legua que, para él, ayudar a segar o cargar hierba en el pajar sería como arrodillarse en medio de la plaza.

Y, finalmente, lo han destinado lejos de ella, pero le escribe palabras que la emocionan. Ahora va a leer otra vez un escrito que le dedicó; nunca se cansa.

*Amada mía:*

*Tú estás conmigo.*

*Aunque el Destino nos haya puesto de por medio la extensión de varias comarcas;*

*ahora que me separa de tus horizontes un espacio infinito sembrado de montañas*

*me acuerdo más de ti, pienso más en ti...*

*Tú estás conmigo.*

*Siempre: en el ocio de la vida sedentaria y cuando el trabajo me requiere el pensamiento; cuando el reposo me invita, pienso en ti.*

## *Tres del pueblo*

–Yo estaba allí. Teníamos puesta la radio cuando sonó el himno y madre levantó el brazo derecho la primera, y luego lo hicieron los demás. Éramos unos cuantos, porque estábamos preparando el mondongo. Cuando terminamos, padre le dijo a Elvira que había levantado muy poco el brazo, pero ella se quedó mirando al suelo y no contestó. En realidad, era solo una broma y todo el mundo se rio, menos ella. ¡Eso no la ayuda nada a entenderse con la gente!

–¡Se ha vuelto muy callada...! ¡A lo mejor es porque al de Obras Públicas no se le ha visto el pelo en Navidad!

–¡Es muy comprometido dejarse caer por aquí con ella en un día tan señalado y familiar!

–¡*Pa* mí que el novio ese que se ha *echao* la deja!

–Ya te dije yo que esa lo único que se echa es ¡a llorar! (Risas.)

–La verdad es que los de Benet son pocos y todo el mundo quiere estar con la familia por estas fechas.

–¡Tú sabes más de lo que cuentas!

–¡Sé lo mismo que tú! Él tiene un hermano y una hermana, ¡no son muchos!

–¡Y yo te digo que si no ha venido es porque no quiere que *naide* eche las campanas al vuelo!

–Ella no parece muy contenta. Va a misa la primera y sale antes de que el cura diga «*itemissaest*».

–¡Huy! ¡A ver si ahora quiere ser la más antipática del pueblo! (Risas.)

–La abuela Encarnació está que se sube por las paredes con el partido ese, el de Obras Públicas.

–¡Huy, pues no sé de qué se queja!

–Es que Elvirita es la heredera; si se va del pueblo, ¡adiós, casa!

–¡Ella no va a renunciar a la herencia! ¡No tiene otra cosa!

–También están los hermanos y la madre.

–¡A la madre le ha *dao* un aire, y Fina y Andreu no tienen iniciativa!

–¡Ay! ¡Mirad quién viene por el túnel! ¡Son ellos!

–¡Yo me voy!

–¡Bah! ¡No hace falta que echéis a correr! Yo estoy delante de casa, pero vamos a la plaza, que en algún momento irán hacia allí y quiero verlos bien.



## Minairons

Les había contado que existían unos seres inquietos y diminutos que trabajaban mientras la gente dormía; lo hacían gratis, como un premio, y así les aligeraban la jornada. A su padre le gustaba distraerlos junto al fuego contándoles esa clase de fantasías. Como estaban muy cansados, a veces se quedaban dormidos y tenía que llevarlos a la cama en brazos. Elvira se acordaba de lo frías que estaban las sábanas, de las mejillas encendidas por el calor del hogar, de la cabeza perfumada con palabras serenas. Su madre insistía en ponerles el camisón, pero ella habría preferido que la dejaran vestida en la cama, tapada con las mantas, con el edredón encima de todo, y seguir tirando del hilo de ese dulce sueño manso, hechicero como un hada. Antes de que la noche se cerrara, dos besos. Papá y mamá se acercaban a la cama para dárselos.

En el presente, de luto todavía, algunas veces cuando iba a la iglesia y el cura les relataba la vida de un santo, se agarraba a las palabras, pero, entre que estaba enfadada con el clero y que el hombre hablaba en castellano desde Franco, enseguida se despistaba. Miraba la estatua de san Cosme y se imaginaba a su padre cargándola y llevándola al prado para esconderla debajo de una zarzamora, porque los mozos del comité querían hacer destrozos y quemar todo lo que había dentro de la iglesia. Ella sabía que un hombre, y otros cuantos como él, había perdido la vida solo por ser creyente, y al contrario, otro, que también lo era, había dado nombres de gente del valle a un jefe militar. Lo había hecho de acuerdo con determinadas personas que ocupaban los primeros bancos de las iglesias, a los que se consideraban los más importantes de cada pueblo. El resultado fue que todos los que habían

sido delatados murieron, y a ella le gustaría que esa gente tan perversa recibiera el castigo que merecía. Pero, en realidad, los castigados eran ella y su familia. Bueno, pues se casaría, y lo haría en la iglesia de su pueblo para que todo el mundo pudiera verla a gusto, y luego se iría tan lejos como pudiera y, como dejaría de verlos a diario, también dejaría de pensar en ellos y a lo mejor podía volver a vivir.

¡Pues claro que quería a Benet! Pero ella quisiera estar ya tan lejos como fuera posible, y él, en cambio, insistía en que las prisas no les favorecían nada, que tenían que conocerse mejor y quererse tal como eran, cada cual con sus defectos. Le escribía cosas bonitas, pero también profundas, cosas que había que pensar con tiempo. No le parecía necesario conocerlo mejor. ¿Para qué? ¡Si ya lo quería como era! ¿Qué más le daba que pensara tanto y fuera tan tajante? Ella lo resistiría todo, porque ya había pasado por lo que consideraba lo peor del mundo, por eso le daba todo igual. Quería irse con él cuanto antes. Sabía que no era rico y que vivía en un piso pequeño con su padre, su hermano y su hermana. Haría todas las labores de la casa en un visto y no visto. Todo brillaría. Y sí que sentía dejar a su madre, pero se quedaban Fina y el niño, y la abuela Encarnació todavía estaba fuerte. Esa era precisamente otra cosa que también le pesaba, porque estaba segura de que la abuela se metería con ella hasta el momento mismo en que saliera por la puerta.

Nadie le cuenta ya cuentos de *minairons*, pero las palabras de Benet son su ración de fantasía.

### *Tres del pueblo*

—¿A que no sabes quién ha ido a casa de nuestra Elvirita?

—¿Quién?

—¡La madre de él, del Benet ese, que vive en Riublanc!

—¡No me digas...!

—¡Sí, sí, como lo oyes!

–¿Y qué ha pasado?

–¡A mí no me han *dao* vela!

–Algo sabes... ¡No te hagas de rogar!

–¡Quién fue a hablar! ¡A lo mejor eres tú la que sabe algo más!

–¿De qué?

–Pues de que la madre de Benet, la que vive sola, fue ayer a ver a la abuela Encarnació y demás familia.

–Sí, lo sé. Me encontró de camino al huerto y me preguntó dónde estaba la casa.

–Y no nos has contado nada, ¿eh?

–¡Qué queréis que os cuente! Solo le dije en qué parte de la plaza y se fue enseguida.

–Pero ¿cómo es, qué pinta tiene?

–Es una mujer bastante guapa. Es alta, de piel blanca, tiene la cara redonda, como él, pero de cuerpo también se la ve rellenita. Me habló de buenos modos.

–Pues, ¡muy buenos modos no tendrá, porque cualquier otra en su situación no se atrevería ni a salir a la calle!

–¿Por qué lo dices?

–¿Por qué? (Se ríe.) ¡No me hagas reír! ¿Una mujer a la que el marido no le hace caso y, en vez de cuidar a la familia se va sola a su antojo?

–Seguro que quería conocer a la nuera antes de que el hijo se comprometiera del todo.

–¿Sabes qué tal la recibieron?

–¡Ah, pues no parece que llegara la sangre al río! No se oyeron gritos ni lamentos.

–¡Tenemos que ver quién nos lo puede contar todo!

## Filigrana

La luz de mediados de enero le recordaba el momento en que volvieron. El miedo y un resquicio de luz. El día se alargaba y abría una lejana esperanza antes de anoecer. Siempre entreveía esperanzas en el camino hacia la primavera, aunque fuera fría y traidora.

Volvieron de la evacuación bajo el signo de esa luz engañosa. El pueblo parecía tranquilo, pero era mucho peor que el que habían dejado al marchar, obligadas a abandonar su casa y sin saber a ciencia cierta el destino del padre. El silencio en la capillita de la Virgen, que anunciaba la llegada, les produjo un estallido de gozo que enseguida se regó de lágrimas. Después, Elvira vio que su madre titubeaba, pero sacó fuerzas de flaqueza y siguieron andando en el más completo silencio. Fina estuvo un rato tosiendo y se despertaron de nuevo los temores de una enfermedad. En los dos meses que habían estado en el dormitorio común del pueblo aragonés, se habían paseado por allí toda clase de epidemias. Se acordaría del campo de almendros y de las buenas personas. Antes de irse, un muchacho le había hecho proposiciones; era guapo, una cojera leve lo había librado de ir al frente; quería casarse con ella. Eso provocó el resentimiento de una muchacha que lo quería y que un día, cuando coincidieron en la fuente, aprovechó para meterse con ella: «¡Roja!», la llamó en el peor tono de voz que pudo, y que sonó raro en una garganta tan tierna. Una voz ronca que terminó con un gallo. Elvira se rio sin querer y la muchacha estuvo en un tris de tirarle el cántaro a la cabeza. Iba endureciéndose por dentro, como las piedras del río, o eso creía. Quería ser capaz de escupir a alguien, pero todavía no lo había hecho nunca.

Benet no fue por Navidad. Las excusas parecían de peso, pero ella creía

que un no era una puerta cerrada. Su madre le había dicho que fuera preparando el ajuar, cosa extraña, pues parecía que estaba muy lejos de lo que ocurría a su alrededor. Elvira no se atrevería a ir a la modista del pueblo; no estaba segura de que estuviera limpia de culpa, y por esa incertidumbre prefería no dar ni una puntada a su lado.

Un día le contó a Calamanda que sabía coser un poco, pero que necesitaba alguien que la guiara para dibujar las letras y bordarlas. Y le contó también que, antes de la guerra, iba a coser a Riublanc, a casa de los Veral, con otras dos chicas del pueblo. Allí había aprendido lo que sabía. La nuera tenía unas manos de oro y el marido era ocurrente y las hacía reír. Un día, en aquella época, al pasar por el molino, cuando iniciaban la cuesta arriba, les salió de pronto un hombre en el camino. Ella lo conocía. Era un joven de Montsent que estaba casado y tenía un hijo pequeño. Les preguntó por dónde se iba a tal sitio, pero a Elvira le pareció que sus intenciones eran otras. Una semana después oyeron tres voces de hombre que bajaban por el camino disimulando, como para hacerse los encontradizos. Aquel día iban solo dos chicas, Elvira y otra más. Elvira se llevó a su compañera por un sendero que subía dando un rodeo, y no volvieron al camino hasta que llegaron cerca del pueblo. Habían pasado miedo y tuvieron que andar bastante más de la cuenta, pero habían burlado muy bien a los tres hombres. Volver tarde a casa en otoño y en invierno era arriesgado, pero en verano había mucho trabajo para perder el tiempo yendo a coser a Riublanc. En el presente, Calamanda le dijo que su hermana Anita estaba muy cansada y no podía dedicar tiempo a la costura, pero su madre podía orientarla en lo de bordar. Y así se fortaleció la simpatía que crecía entre ellas por ser vecinas y no conocerse de antes de la guerra. Elvira pasaba algunos ratos en casa de la maestra.

Había pensado muchas veces que le habría gustado ser maestra, como Anita, saber cosas que le sirvieran, mandar a los niños, que la envidiaran otras mujeres... Dar calabazas a cualquier labriego de esos que te rondan como si te hicieran un favor. Pero parece que las maestras de la montaña no suelen

acertar en la elección de un buen partido. Estaban rodeadas de hombres ignorantes, que apenas sabían escribir su nombre en un papel y, por lo general, no encontraban una moza en los alrededores que quisiera casarse con ellos. Siempre estaban a tiempo de entrar en una casa en la que el trabajo nunca faltaba, desde el corral hasta el desván. Y tampoco parecía que Anita esperara que le saliera un pretendiente, aunque tal vez se le pasara el momento. Lo cierto era que podía darse por satisfecha por contar con su madre y su hermana para salir adelante. Trabajaba en horas de mercado y, cuando terminaban las clases, siempre estaba cansada y casi nunca se acercaba al baile. El mercado y el baile eran las ocasiones principales que tenía la juventud para mirarse y hablarse con un poco de tranquilidad.

Elvira bordaba sábanas. Eran de algodón del de antes, todavía, fuerte y un poco áspero. Su abuela le había dicho que no se preocupara por eso, que se harían más suaves a fuerza de lavaduras. ¿Tenía que dibujar en el embozo una B y una E entrelazadas? Sería más prudente esperar. Bordaría la guirnalda de hojas verdes y rosas minúsculas, tal como se la había dibujado la madre de Calamanda, y dejaría las iniciales para el final. O, si no, haría la E y la B. El rosa de la madeja de hilo le recordaba a los cielos que eran como un suspiro de primavera, pequeñas brumas rosadas sobre el azul, dos colores bonitos que juntos quedaban raros. Y, cuando el sol bajaba, el rosa de las nubecillas se teñía de gris un momento, pero pensó que ese color tampoco combinaba con el azul y el resultado era más triste que el anterior.

–Cuando quieras hacer una filigrana me lo dices.

Elvira levantó la mirada hacia Calamanda madre y la mujer creyó que no la había entendido. La chica repetía para sus adentros fi-li-gra-na, una palabra rara que no encajaba con ella.

–Me refiero a una combinación de dibujos y letras que llame la atención.

Entonces le dijo que sí con un movimiento de cabeza y pensó en su madre. Sabía algo de bordados, pero no se había atrevido a dibujar las iniciales y las flores del embozo, y le estaba haciendo unas puntillas de ganchillo. Si

hubieran venido los familiares de Barcelona, como antes, su prima la habría ayudado. De pronto pensó que esa palabra podía ser «fil<sup>1</sup> y grana», y así no le resultaba tan rara.

### *Tres del pueblo*

- Calamanda y Jan se han *escapao* del pueblo, seguro que Elvira la cubre.
- ¿Cómo va a cubrirla si no se ha movido del pueblo?
- ¡Quién sabe! Igual la puede ayudar desde aquí.
- ¡Menuda tontería!
- ¿Cómo que qué tontería? A lo mejor eres tú la que se hace la tonta.
- ¡Eh, que yo no te he *insultao*!
- ¡Bueno, mujer, no te lo tomes tan a pecho!
- ¿Qué más da que su amiga lo supiera antes o que no?
- ¡Qué más da, qué más da! ¿Acaso no ves el escándalo que se ha montado?
- ¡Son los otros dos los que se han *escapao*!
- Pero a ti, ¿qué mosca te ha picado?
- Pues yo me sé otra cosita...
- Me voy, que me espera mi madre. (Se va.)
- ¡Esta cada día está más ogra!
- ¡Lo que está es amargada! ¿Qué es eso que sabes?
- ¡Los familiares de Barcelona no vendrán a casa de Elvira!
- ¿Cómo van a venir si casi no tienen ni *pa* comer?
- Ayer recibieron carta y, cuando la leyeron, ¡no veas qué llantinas!
- ¿Quién te lo ha dicho? ¿Y cómo sabes lo que pone en la carta?
- ¡Ah, no puedo decir nada más!
- Me parece que Benet también tiene familiares en Barcelona.
- ¿Y quién no los tiene?
- Parece que los suyos son sastres y ¡ricos!
- ¡Mucho ruido y pocas nueces, me parece a mí!

## «Perdona a tu pueblo»

Cubrir imágenes, llevar flores, visitar monumentos, hablar bajito. En la época en que se recuerda la traición y la pasión y muerte de Jesucristo, las calles del pueblo tenían otro aspecto. Las mujeres salían más de casa. Con delantal y pañuelo, barrían la iglesia, quitaban el polvo de las capillas, cubrían a los santos con telas moradas. El párroco iba y venía de un lado a otro con un optimismo especial. Sonreía e impartía órdenes a diestro y siniestro, como el dueño de un circo cuando se monta la carpa. Con su mejor tono ceñudo, después de espantar las culpas con el fuego del infierno, confesaría a más feligreses que en todo el año. Entraba en todas las casas gracias a las mujeres, las devotas que, en general y en realidad, querían quedar bien con Dios. Sin su contribución, aquellos campesinos rudos, cuando no salvajes, eran como piedras ante sus misterios y clamores. A pesar de todo el esfuerzo, ¡cuántos se quedaban fumando en la taberna o a las mismas puertas de la iglesia! Algunos entraban a la hora de la absolución, de la bendición, y ¡trámite cumplido!

Las tardes de primavera se alargaban, todavía hacía mucho frío por la mañana. Elvira salió con Calamanda para ir al vía crucis. Se sentía protegida con ella. Las mantillas de encaje. Las mantillas negras procuraban cierta intimidad. Todo el mundo se detenía ante cada estación y el párroco leía los pasos de Jesús antes de ser crucificado. Entre una estación y la siguiente andaban un poco y cantaban. Dominaban las voces agudas de las mujeres. Algunas no se excusaban por llevar las notas hacia el barranco de los gallos desafinados.

La primera primavera después de la temporada en el pueblo aragonés, Elvira pensó que su padre era como Jesús. Algunas personas deberían pedir



perdón por una muerte muy concreta y reciente, no por la que había sucedido hacía tantos años, cuya culpa se diluía entre todos. Allí mismo, a su lado, estaba un pueblo que había acusado a dos vecinos inocentes causándoles la muerte, y a sus familias, el desastre. Por una parte, se creía mejor que esas personas, porque ni ella ni ninguno de los suyos había acusado a nadie. Calamanda tampoco, añadió para sí, ni nadie de su familia. Por otra parte, se creía peor. Habría proclamado a voz en grito que no sentían de verdad todo eso que cantaban, que la mayoría lo fingía para quedar bien con el párroco. ¿Quién había pedido perdón a los de su casa? ¿Quién los había ayudado? Ah, no, de eso nada, pero sí procurar que nunca más se los tuviera en cuenta, como si tuvieran la peste, procurar quitarles los mejores prados por dos reales, negarles cualquier clase de futuro. Cuando salía con Benet se reían o cuchicheaban. ¿Y después cantaban en la procesión?

Aguantó. No quería dar un disgusto a su madre y, sobre todo, no quería dar a los demás el gusto de no verla en la procesión. Si no hubiera ido, seguramente alguien habría dicho que era porque se tenía por inferior y no se atrevía a presentarse delante de todo el mundo. Aunque estaba a punto de romper a llorar, se quedaría hasta el final.

La tonta de Calamanda la miró cuando cantaron lo de «no estés eternamente enojado».

### *Tres del pueblo*

–¡Tengo una cosa gorda que contarte!

–¿Qué es? ¿Se han *fugao* Elvira y el peón caminero?

–¡Todo lo contrario!

–Bueno, ¿qué ha *pasao*?

–Pues, que mi madre fue a la Noguera en el coche de línea.

–Sí, y ¿qué más?

–¡Tranquila, mujer! ¡Como te lo suelte todo de golpe, te ahogas!

–¡Es que me tienes en ascuas...!

–Pues, cuando se apeó, miró a los asientos de atrás y vio a nuestro hombre con una chica.

–¿A quién? ¿A Benet?

–Pues ¡quién iba a ser!

–¡Vamos, dime, que estoy temblando!

–Pues que la chica lloraba y él le pasaba un pañuelo como un *enamorado*.

–¿Lloraba?

–¡Lo vio muy claro!

–¿Quién era la chica?

–No la conocía. Pero, claro, ¡él ha ido de la Ceca a la Meca y a todos los valles de Andorra!

–¡Eso significa que hay otra! O que tiene una en su pueblo y ¡Elvira es para pasar el rato! (Se ríe.)

–¡Nada, oye! Sea como sea, sospecho que las cosas entre estos dos, el de Obras Públicas y la del pueblo... no van por buen camino. Y encima, ¡ahora se ha *quedao* sin la tonta de Calamanda para hacerle de carabina!

–Cierto. ¡Se acabó tanto darse la manita y hacerse el juego la una a la otra! De todas formas, ¡lo de Jan fue muy gordo!

–¿Cómo se llama el pueblo al que han destinado a su hermana? Solo sé que está cerca del suyo. ¡Qué contentas estarán las tres marías!

–Se llama Calaf.

–Pues ahí lo tienes: Anita, dos años de maestra y ¡fuera! ¡Bien salpicadas deben de estar!

–¿A qué te refieres?

–¡Ay, hija, pareces tonta! Igual que la familia de Elvira. Que en la guerra el padre debió de hacer algo también y la echaron de Ponts, donde trabajaba.

–Ya...

–¿Qué?

–Pues, ¡que el compromiso no se cumplirá!

–¿Qué te apuestas a que Elvira termina con el mozo de Morros y se queda de heredera?

–La abuela Encarnació se alegraría mucho.

–¡No le pega un mozo instruido y sin tierras! O sea que a Elvira le quedan todavía unos años para seguir haciéndose la antipática en misa, en la artesa de amasar y por todo el pueblo.

–¡Y a nosotras de aguantarla!

## Trenzando despedidas

Sabía hacer de todo, todo lo hacía. Segar, varear, cargar el carro, dar de comer a los animales del corral, incluso ayudar a las vacas a parir, llevarlas y traerlas, matar conejos o pollos, hacer la comida... Todo, menos labores de media y ganchillo, las que dominaba su madre, que hacía los puntos pequeñitos y exactamente iguales. Cuando tejía un jersey o una camiseta, las sisas eran auténticas espigas, planas, del color de la lana. Un día le puso una madeja en las manos, colocadas una frente a la otra como un espejo. Elvira tenía siete u ocho años y la madre quería hacer un ovillo. No se acordaba de por qué, pero el caso es que se movió y se le cayó la madeja, que fue a parar al suelo, deshecha como una trenza. La hermanita se rio y, a continuación, la madre también. Hasta el padre se contagió al verla tan atónita y nerviosa. Al final ella se rio como los demás, pero no llegó a aprender a tejer ni a hacer ganchillo, siquiera. Sin embargo, a los trece años iba con otras niñas a aprender costura. Era costumbre empezar a hacer el ajuar, al que llamaban *càrrega*, para cuando se casaran.

Su madre también hacía muy bien el mondongo. Las familias ricas la llamaban el día de la matanza del cerdo. A cambio de un montón de horas lavando tripas y embutiendo, le daban unas longanizas y un buen trozo de tocino. A Elvira no le gustaba la matanza. Ella tenía cariño a los animales. A la yegua o a la mula, a los conejos y a las gallinas, por no hablar de los corderitos, al perro pastor. Pequina, Tuno. Quería incluso a las vacas. Les ponía nombre a todas según el color de la piel. Blanca, Manchas, Negrita. Tampoco al cerdo le hacía ascos. El último lugar, al final de la cola, lo ocupaban los gatos, que siempre andaban de aquí para allá buscándose la

vida. No eran de casa, en realidad, pero siempre acudía alguno al hogar, a ver si había sobrado algo de la merienda.

Ahora, mientras limpiaba, lavaba o hacía las camas, Elvira pensaba en cómo se las arreglaría si llegaba a casarse con Benet y se iba a vivir con él a la Noguera. ¿Cómo se despide una de un animal que hace días que sabe que te vas a ir? La vaca Manchas tenía celos de Benet desde el primer día, cuando se conocieron en el prado. ¿A quién podía confiar la tristeza que tenía, sino a los animales de casa? Nadie podía soportar más penas que las propias. Su madre, su abuela, los pequeños. Y la gente no estaba dispuesta a aguantar llantos ni lamentos. Una buena merienda, un baile, una conversación alegre, ir al mercado. Pero ¿con quién confesarse?

En Aragón, a pesar del lastre de estar tan lejos de lo suyo, todos tenían un anhelo semejante. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién? Y sobre todo, ¿por qué? Se hacían cualquier pregunta de estas con una simple mirada, o todas a la vez, como si te cayera un avispero en la cabeza o en medio del plato. Con una sola mirada quedaba todo dicho. Al volver, cada cual con su familia desgarrada, se deshizo la hermandad de los porqués. Cuando coincidían en el mercado o en cualquier otra parte, una mirada era suficiente todavía y se abrazaban y lloraban con los ojos cerrados, disimulando ante los demás. Más que mirar a la gente a los ojos, todos, cada uno en su pueblo, notaba las miradas de los demás clavadas en la nuca, muy cerca, estuvieran donde estuvieran. Los compañeros de la hermandad de los porqués tenían un atractivo para las personas a las que no les habían robado a nadie. Algunos mozos se habían acercado a Elvira con intención de cortejarla, pero ¿cómo explicarles que ella era del grupo de los que tenían que sortear preguntas imposibles de responder? Un tiempo después llegó Calamanda, una chica alegre y despreocupada que le prestaría oídos. Pero uno se cansa de oír lamentos, y la amiga se había ido, aunque no por ese motivo. Confesar su tristeza a Benet sería como quitar brillo al amor que sentía por él, a la ilusión de una vida en común. Era como decirle que su cariño no bastaba para curar la herida.

Aunque parezca extraño, al hacerle una caricia a la yegua, a la vaca o a la perra se sentía más acompañada en su duelo particular. Entonces ¿a quién podía confiar su dolor, sino a un ser que no habla, pero tiene vista y olfato?

Con gran asombro, de repente se dio cuenta de lo mucho que iba a echar de menos su casa, el pueblo. Toda su vida estaba allí. De pequeña, cuando todos los mayores de la casa estaban pendientes de ella; poco después, su hermana y el pequeño la convirtieron en la mayor sin saberlo, la comunión, el vestido largo... cuando parecía que el futuro sería halagüeño, que seguramente transcurriría en el mismo pueblo, pura rutina. Si se casaba, pediría a Benet que la acompañara de vez en cuando a ver a los suyos. Tal vez así no tendría que despedirse de los animales.

### *Tres del pueblo*

–Elvira y su novio ya han hecho las amonestaciones...

–Sí, ¿me acompañas a la rectoría?

–¿Qué vas a hacer?

–Quiero presentar un impedimento a esa boda.

–¿Qué se te ha ocurrido ahora? ¡Te aconsejo que no lo hagas!

–¡No se merece casarse en la iglesia delante de todo el pueblo y con la bendición del párroco!

–¡Ay, mujer...!

–A su padre lo mataron por alguna razón, y ahora ella, ¿qué, eh? ¿Como si fuera una más? ¡Pues no, de ninguna manera!

–Pero ¡para declarar en contra de que se casen tienen que haber cometido alguna falta!

–¡Algo habrán hecho! Hace años que los padres de él viven separados, y el sacramento del matrimonio dispone que la unión sea hasta la muerte, así que ¡están en pecado!

–Pero eso no tiene por qué pagarlo el hijo, y ¡menos Elvira!

–¡No quiero volver a oír su nombre!

–¡Yo que tú, no lo haría! Creo que el párroco no lo aceptará.

–Sabes que el párroco tiene un plato en mi casa siempre que quiere.

–¡Lo vas a poner en un compromiso!

–Pero, chica, ¿no ves que Benet quiere casarse con ella?

–No mucho, la verdad; a lo mejor él se ofende y busca a quien lo haya *acusao*.

–¡Dudo mucho que él se meta en eso!

–¡Dicen que tiene mucho carácter!

–¡Que tenga lo que quiera!

–Oye, mira, por mí, que se casen y se vayan donde les dé la gana. ¿Para qué queremos a una antipática que es como si no hubiera nacido en el pueblo?

–¡No me vas a convencer! ¡Me voy ahora mismo a la rectoría!

Benet



## Luz

Está muy enamorado. Ella se le ha colado dentro inesperadamente cuando empezaba a recuperar la cotidianidad, una rutina con variaciones debido a su trabajo. Elvira es joven, está muy delgada, tiene el pelo castaño oscuro, como los ojos, una constelación de pecas en una de las mejillas, que son sonrosadas, y los labios finos. Pero, aparte del físico, lo que más lo conmovió el primer día fue su mirada inmensa y discreta, su actitud esquiva, sin la menor intención de conquistarlo ni de iniciar una conversación, sino todo lo contrario. Este gran tímido que es Benet reaccionó con interés a la distancia que ella interponía resueltamente. Y, de pronto, un hecho inesperado. Cuando, para darle un poco de conversación, empezó a hablarle de su pueblo, la chica se puso a llorar. Poco después, mientras la escuchaba, se dio cuenta de que el rumor del río ponía un telón de fondo a sus palabras. Recuerda que, entretanto, los animales seguían curiosamente tranquilos, como si su calma tuviera un propósito: el respeto por lo que le estaba contando ella. Y una de las vacas, a la que la chica había acariciado hacía poco, tendía una oreja hacia ellos como si entendiera el dolor que Elvira estaba desvelándole. La acompañó en su tristeza y consiguió hacerla reír. No tenía que volver a verla necesariamente, pero su belleza, su historia, lo dejaron tan sediento como el agua que acababa de beber.

Fue raro que la realidad no acusara señal alguna de este impacto único. Siguió su camino hacia Riublanc y ella no era más que un sueño que quedaba atrás, cubierto por la vegetación ciega, por los ruidos inevitables, por el calor; el camino era el único indicio de que lo que acababa de suceder era verdad. Podía volver la vista atrás y, al menos, ver el prado. Aunque se dijo que,

pensándolo bien, era mejor olvidarla y no volver a pasar por allí, expulsarla del aire que respiraba y de la memoria.

Mientras andaba, absorto en una burbuja de luz salvaje, en su pensamiento iba tomando forma un esbozo. Unas rayas que engendraban volúmenes, que sugerían tonos de los colores que acababa de admirar. Tostado, verde fresno, minúsculas estrellas de plata teñida con barniz sobre rosa, negro, cuadritos grises y blancos. Un rumor continuo de palabras, como un zumbido dentro de la cabeza, lo acompañó hasta que llegó a la puerta de la casa en la que había nacido. Fue amable y afectuoso con su madre, cariñoso con el abuelo de Reniu, encogido y casi ciego, alborotado y brillante con su primo Joan y respetuoso con sus tíos, los padres de Joan. Afectuoso y comunicativo con todos, que lo miraban con expectación. ¿Se conocía a sí mismo? Benet se preguntaba si podría ser así siempre. ¿Qué había sido de aquel mozo de pensamientos tortuosos sobre la enfermedad y las heridas? ¿Qué había sido del cenizo que daba por cierto que la soledad lo derrumbaba todo, que estaba convencido de que jamás se despertaría en su cama, que nunca más tendría ocasión de crecer en cultura y arte? ¿Qué había sido del hombre que se había conformado? Había empezado a escribirle una carta mentalmente, una que la deslumbrara, unas palabras que la preparasen para convertirse, con el tiempo, en la compañía soñada, en la mujer ideal que había forjado para sí a lo largo de los años con piezas diminutas de belleza sin pronunciar.

El paisaje del valle en el que trabaja se le antoja de una plenitud difícil de describir. En la libreta en la que anota datos se cuelan de vez en cuando dibujos de montañas, de árboles, del río. Pero y ¿la luz? ¿Ese estallido irresistible? A la transparencia de las aguas, que dejan al descubierto finas monedas de pizarra erosionadas a la perfección al lado de rocas como puños, se suma el granito, los bloques grandes y los medianos, que son como esculturas en medio de la corriente y en las orillas. Se detiene a contemplar las piedras. De vez en cuando descubre una con rayas blancas y negras, blancas y grises, que lo hechiza por la forma o los colores, y, sin poder

evitarlo, la recoge. También encuentra formas interesantes en las ramas caídas. Se las lleva a casa, a la Noguera, y las deja en la azotea. Una colección de naturaleza que se seca al sol y se humedece con la niebla.

Y en todo, por todas partes, la luz que da vida a lo demás.

## Compañía

Los días se encadenan con los destinos del trabajo, con las cartas y las visitas a casa y a Elvira. Benet no para, su pensamiento solo ve el cielo en el pueblo de ella, a su lado, los pocos ratos que pasan juntos. Pasean por la carretera, el camino más ancho, sin balcones ni casas a los lados, en compañía de su amiga o de su hermana. Ella es avara en palabras y gestos; si Calamanda va con ellos, no lo es tanto. Siempre llega el momento en que la amiga de Ponts se compadece y les dice que sigan adelante, que ya ven que se ha cansado, y entonces ellos se desvían a izquierda o derecha por un camino, como dos cervatillos inquietos. O al contrario, se sientan los tres a un lado, al pie de un árbol, en unas piedras, y al momento Calamanda se levanta y dice que le apetece ir a coger flores silvestres, tomillo o cualquier otra fruslería, y que vuelve enseguida. Esta amiga es buena por partida doble, porque es generosa y porque le gustan las bromas, siempre procura reírse y animar a los demás. Aunque... habla por los codos. Esto le viene a Elvira como anillo al dedo, porque apenas abre la boca cuando están los tres, y todavía le quedan muchas lágrimas en los ojos, pues por lo visto tiene para dar y tomar y dejará caer alguna en algunos momentos, inesperados para él. Benet todavía no sabe lo honda que es esta fuente salada. Le coge la mano o le cuenta las pecas tocando suavemente con el dedo cada manchita de la mejilla, y ella parece una estatua, sobre todo las primeras veces, o cuando los acompaña Fina, la pequeña, que no sabe cómo alejarse de ellos porque la abuela Encarnació la ha aleccionado a fondo. Que no los pierda de vista ni un momento y que después le cuente todo lo que han dicho y hecho.

Sale un poco desesperado de estas entrevistas. Inquieto, apurado, mucho

más que antes, cuando las ganas de verla lo empujaban a su pueblo y a la casa del rincón de la plaza. Tiempo después, cuando lo inviten a entrar, la situación mejorará por un lado y empeorará por otro. Puede estar más tranquilo porque la vigilancia está ahí mismo, no hace falta esquivarla ni esconderse, pero a menudo, después de un largo rato de frases de cumplido, se marcha como un perro que va a beber y vuelve con el hocico seco. No ha podido siquiera decirle una vez más que la quiere, no los han dejado solos ni un momento. A la hora de despedirse la abuela también sale a la puerta. ¿Por qué no se atreve su novia a decirle que lo acompaña un poco, aunque solo sea hasta el otro lado de la plaza?

Ha visto a la madre de ella varias veces, parece una sombra cuya voz solo se oye cuando insiste en que coma, beba o se siente en la mejor silla. Suele desaparecer de la conversación antes o después de decirlo como si estuviera en un espacio aparte en el que solamente cabe ella. Benet está convencido de que todo sería mucho más fácil entre Elvira y él si esta noble mujer fuese la única madre que tuviera. Tiene la sensación de que ella comprende que en la vida hay pocas cosas importantes y seguro que sabe leer en los ojos, porque apenas presta atención a las palabras. Sin embargo, la abuela, que en realidad es solo su tía, vela por la casa por encima de todo. Sin duda cree que el dinero es importante, por algo es la señora de la casa. Valora tanto a la chica que querría que se quedara con ella.

Benet identifica a Elvira con el paisaje puro de alta montaña, con los parajes hacia los que tiene que levantar la mirada para ver la cima, en los que la vegetación va mermando hasta que solo queda piedra. Su amor también levanta la mirada, tiene que ser auténtico, no debe resquebrajarse con el primer vendaval. Ella teme que él se haga excursionista. Un día, convenientemente equipado, pondrá el cuerpo a prueba, escalará y bajará contando maravillas del paisaje. Y volverá al llano con las imágenes más hermosas mientras se aleja olvidando el bosque bajo, las zarzamoras de los márgenes, las trepadoras, las peñas oscuras y amenazadoras. La excursión será

un recuerdo que se borrará un poco cada día. Ella dice que Benet viaja y él, mirándola a los ojos, dice que ve a una chica diferente en cada una de las pupilas. Demuestra que no lo conoce y eso lo inquieta. ¿Todavía no ha entendido que lo que ha encontrado en ella es un trocito de amor infinito? Recurre a las argucias de algunas mujeres. Es posible que la abuela, que está en contra, o la simpática Calamanda le hayan llenado la cabeza. Tal vez sea la orfandad lo que le pone una sombra en la mirada. A Benet le brotan en el pensamiento palabras vestidas de hadas que, con la varita mágica, hallan maneras de describir sus sueños del derecho y del revés. La aventura del amor, que le pone alas para volar hacia ella; el dolor que le produce la fría precaución con que la chica se aleja de él. Después de una temporada sin verse, cuando él está a punto de distanciarse, decidido a decirle adiós para siempre, la descubre de nuevo tan silvestre y reservada como el primer día. Tan ágil y graciosa. Se ha soltado el pelo y la ve bella como un sueño que consideraba imposible. Entre la gloria y la desilusión, no malgasta razonamientos ni palabras, sabe que está cautivo.

Lo único que pretende es que ella entienda que tienen que ser sinceros el uno con el otro, conocerse tal como son. ¿Qué sería de ellos si la unión se convirtiera en una amarga decepción? ¿Cargarían para siempre con el malestar cotidiano encerrándolo en casa? Benet no quiere ser para ella solo una huida del pueblo. Elvira tiene que quererlo tal como es. ¿Lo entenderá por fin y podrán ser felices?

## Familia

El hermano de Benet se ha licenciado del largo servicio militar. Ha abandonado el proyecto de montar un servicio de taxis en Valencia y vuelve a casa. Es joven, tiene los ojos brillantes y delicadas las facciones; el pelo, tirando a rubio; alto y delgado, pero musculoso; la cara y los brazos, hasta el codo, tostados por el sol; ingenioso con las palabras, bromista para averiguar lo que puede aprovechar de quienes hablan con él. Benet le hace un retrato con la boina verde de soldado, que lleva inclinada hacia la derecha, con la borla oscura que cuelga hasta la punta de la ceja. Los ojos parecen imanes claros, aunque la mirada delata poca determinación; los pliegues de la camisa azul ponen de relieve la fuerza de los brazos. La uña larga del pulgar, con una corona oscura en la punta, resulta inquietante. Nariz y boca delicadas, un bigotito noble. Frente ancha y despejada y orejas perfectas. Es un retrato que capta todo el encanto que ven las chicas en este muchacho. La casa estaría siempre llena de amigos suyos si el padre no estuviera al tanto y si la hermana no hubiera puesto unas normas enseguida. Poco después se pronuncia la sentencia: tiene que ponerse a trabajar. El padre cree que pronto lo tendrá de peón a sus órdenes, como hizo con el mayor. Pero las cosas salen de otra forma.

Otra de las mejores obras de Benet será el retrato de su padre. Elige precisamente la perspectiva opuesta a la del hermano. Capta la cabeza y hasta la mitad del pecho levemente vueltos hacia la derecha. Vistos desde lejos, se perciben los parecidos entre el padre y el hijo. Nariz, frente, ojos, óvalo de la cara. Se diferencian en la edad y en la intención de la mirada. El padre está serio, su voluntad es diáfana. Benet tendrá que vivir la tirantez entre ambos,

porque el joven vive de diversión en diversión y, para encontrarse como pez en el agua, tendría que haber nacido en la despreocupación que da la abundancia de dinero, mientras que el padre, que no quiere que el hijo sea un bala perdida, como suele decir, insiste en que siga los pasos del mayor, Benet, un hombre de provecho.

Un día el mayor escribió al menor. Le decía que él tenía la posibilidad de elegir su futuro. Si no le gustaba lo que había decidido su padre, que buscara él lo que mejor le conviniera, que no tenía por qué hacer el mismo sacrificio que él, que pensara solo en sí mismo. Que su sueldo no era imprescindible para la familia, como tampoco lo era antes. Interpretará la generosidad de Benet como una manifestación de superioridad, como un menosprecio y, como lo absorben el trabajo y la juerga, cuando quiera darse cuenta se habrá abierto una brecha extraña entre los dos hermanos. Pere lo mirará como compadeciéndolo, y Benet no lo entenderá, porque cree que es su hermano el que está en desventaja. El tiempo y el espacio acrecentarán la distancia entre ambos. Un tiempo después, Pere dejará de trabajar con el padre y se irá a la ciudad, pero aquel seguirá buscándole trabajo y al final el niño se hará hombre, se casará cinco años después que Benet y volverá poco a la Noguera.

No sabemos por qué motivo nunca terminó el retrato de su querida hermana. En la cara, iluminada como por la luz del sol, dominan la clara sonrisa y una mirada despierta y dulce. En ella brillan la belleza física y la inteligencia. ¿Qué sucedió? ¿Tenía más trabajo cada día? ¿Veva se fue a Barcelona justo antes de la boda de Benet? Sea como fuere, podía haber sido uno de sus mejores retratos, como todos los de las personas más cercanas.



## Pasos

Se acerca mayo, pronto hará un año que se conocieron Elvira y Benet. Como si de un regalo de aniversario se tratara, cuando él llega a Pallarès, ella le dice inmediatamente que tiene que ir a la fuente vieja, donde está el huerto, que si la acompaña. Luce el sol hasta la fuente nueva, que vierte al agua en el abrevadero de pilón afilado en un extremo de la plaza. Él le cuenta lo mucho que la echa de menos, le dice que está muy guapa y acerca los labios a su pelo, a la altura de la oreja, como si fuera a decirle un secreto al oído, pero de pronto se calla.

En ese punto arranca la calle que lleva a la fuente vieja. Allí parece que las casas se cobijen unas otras, a ambos lados. Balcones y ventanas, salidas y pajaes vuelven a tender sombras sobre los pasos de la pareja, y él nota que Elvira está tensa, en guardia. El peligro de las miradas la deja sin voz y hasta sin oídos, tal vez, porque él sigue hablando, no quiere perder ni un instante del tesoro de estar a solas con ella, ¡le ha dedicado tantos pensamientos desde lejos! Pero ella no responde. Por fin vuelve la claridad a su pelo y enseguida le alcanza la cara, ya les llega a la cintura la luz del sol. En la fuente vieja, que también tiene abrevadero, como la nueva, pero más pequeño, el chorro transparente tintinea con insistencia y un caldero de aluminio que hay debajo es el único testigo. Elvira le da el cesto vacío, el que hasta el momento llevaba bien sujeto en la mano derecha. El pueblo desaparece en el camino que lleva al huerto. Benet siente a cada momento, con exultante asombro, que están solos de verdad, la chica sonrío libremente, ninguna mirada amenaza su conversación. Ella le gusta más cuando actúa con destreza y cuando las cosas

humildes le despiertan el entusiasmo. El huerto está un poco hundido y Elvira salva en un instante los tres rudimentarios peldaños.

—¡Mira! Este botón será una dalia; aquí, en este rincón, está resguardada del frío y ¡crecerá bien! ¡Este año habrá una buena cosecha de brunos! ¡También hemos recogido muchas patatas!

Elvira se mueve con ligereza entre la tierra ordenada en hazas paralelas. Arranca la última col de invierno, de color verde oscuro y hojas rizadas. De repente suelta una de sus palabras. *Xingall*. «Que no se me olvide apuntarla en el cuaderno», piensa Benet. Un pingajo de tela descolorida cubre tres cañas cruzadas entre sí.

—Este espantapájaros, que no lleva más vestido que un *xingall*, ¡no asustará ni a un gorrioncillo!

Benet responde que hay que poner un sombrero en la caña del centro, que procurará traer uno la próxima vez. Es importante que los gorriones y demás pájaros no se lleven nada de la escasa cosecha que da este terreno. Le parece que el huerto que tiene su madre en Riublanc es bastante más grande que el de su amada. Pero ella está jubilosa, como si le enseñara el tesoro de la familia. Que lo es. Se lo recuerda.

—El huerto ayudó a sobrevivir a la abuela y al pequeño cuando nos evacuaron a Aragón.

Mete en el cesto la col de hojas prietas, blanca por dentro, de un verde malcarado por fuera; debe de ser una col tardía que ha sobrevivido al mal tiempo. Unos momentos después, mientras él le dice que el pelo le brilla como el ébano, una palabra que ha aprendido hace poco en un libro; ella, sonriendo sin despegar los labios, pone al lado de la col cuatro escuetas patatas que acaba de sacar con pericia removiendo la tierra con una azada pequeña. Ahora van hacia los peldaños y le hace subir delante. Seguro que es para que no le mire las piernas tan de cerca. Vuelven a la zona enemiga y, al llegar a la fuente, ella prefiere ir por el camino que sale de allí hacia la entrada del pueblo. No pasa por las casas y tiene una vista de la propiedad de la familia

más rica. El huerto, aquí, es un terreno llano y rectangular con largas hileras emparradas de habichuelas y tomates. Ella se lo cuenta como un niño que mira juguetes en un escaparate.

–Esto son pimientos y berenjenas y aquellos surcos, ajos y cebollas. Aquella haza grande es toda para patatas.

Este huerto es el doble de grande que el de Riublanc, es inmenso. Se ve toda la fachada posterior de la casa. Altiava, a la solana, con balcones y ventanas bien trazados y barandilla de madera buena, torneada y barnizada. El tronco erguido y suavemente ondulado de lo que debe de ser una magnífica parra de uvas pone una corona de cenefa desigual por encima de los arcos de la planta baja. A medida que avanzan, Elvira se va apagando. De pronto, entran en un breve pasaje que deja la casa al cruzar el espacio hasta un edificio anexo que queda al otro lado, y pisan la sombra. Benet ve a tres chicas hablando al final de la calle. Los miran y una de ellas se va enseguida en dirección a la plaza; las otras dos se echan a reír. Luego les dan la espalda y, con parsimonia, se encaminan también al centro del pueblo. Él sigue hablando con Elvira, pero ella se desvía hacia la carretera en vez de dirigirse a casa. Le extraña que no diga nada. La mira y ve que está seria.

Dan unos cuantos pasos más sin hablar, aunque para Benet son un buen rato. Por fin Elvira le cuenta que corren rumores en el pueblo sobre ella y su noviazgo. Se los ha contado Calamanda, vienen de la sabia voz de la hermana maestra y de la mesurada de la señora madre de las dos.

–Esperan que fracasemos.

Le explica que les parece la consecuencia justa de la condena. Por ser de la familia que es y porque pasó lo que pasó, ella no tiene derecho a novio como las demás, debe seguir marcada toda la vida...

–... a los que a lo mejor acusaron a mi padre, que era inocente, ¡no les basta con que muriera!

Benet empieza a hablar, le coge la mano, ella lo rechaza. Dice que eso no es justo y se echa a llorar. El brillo de sus ojos se empaña por completo y no

parece que pueda resolverlo con el pañuelo que lleva. Benet le ofrece el suyo.

–Ya me lo devolverás limpio y planchado, como la primera vez.

Después, con voz segura, le dice que no haga caso de esa gente. Que si llora es como si les diera la razón, añade, y la mirada de la chica se torna furiosa. Él continúa:

–Ya te lo he dicho: ni caso. Tú y yo estaremos tranquilos y alegres delante de ellas. Como si no existieran. Es lo que se merecen. Lo que suceda con nuestro noviazgo es solo asunto nuestro.

Llorosa todavía, lo mira por fin con una expresión de esperanza, más tranquila, y, cuando le devuelve el pañuelo, él le dice:

–¡Ah, veo que esta vez no quieres lavármelo!

Sonríe y vuelven a casa siguiendo el camino por el que se fueron antes las chicas.

Siguen andando. Benet le cuenta la última película que vio en uno de los cines de la Noguera.

–Cuando nos casemos –le dice–, me comprometo a llevarte una vez a la semana.

Ella sonríe.

–¡Ni se te ocurra decírselo a mi abuela!

–No te preocupes.

De pronto, ella le coge el cesto de la mano. Lo ha pillado por sorpresa. ¿Han llegado a la parte en la que está prohibido ser galante? Y así, casi sin hablar, pero serenos y risueños, cruzan juntos la plaza.

Benet tiene que apuntar otra palabra, además de *xingall*. Han visto un enjambre de mariposas revoloteando en una charca; las había de todos los colores, pero destacaban unas muy pequeñas de un azul precioso. Elvira no ha dicho ni mariposas ni palomillas. Elvira las ha llamado «volatillas». Sí, «volatillas».

## Vergüenza

Malpàs es un pueblecito cercano a Pont de Suert en el que Benet no ha estado nunca; lo mandan allí a trabajar. Terminaron las obras del valle vecino del de Pallarès y, a partir de ahora, será más difícil ir a ver a Elvira. Hay mucho que hacer en Malpàs, tendrá que estar allí unas cuantas semanas. La semana laboral concluye el sábado por la tarde y tendrá que darse prisa para coger el coche de línea que lo lleva a la Noguera. No hay combinación para ir a ver a su amada.

Ha leído en el periódico la marcha de la guerra europea, la penetración de los ejércitos alemanes en Francia. Se le encoge la piel de la espalda como si fuera de goma. ¿Todavía podrían mandarlo a luchar? ¿Y su amigo escocés? ¿Se verá obligado a participar con otros soldados británicos? Con Franco, es como si su país estuviera secuestrado, vive una gran injusticia que se celebra a bombo y platillo en el *NO-DO*, el noticiero obligatorio antes de la película. Pero la guerra...

Escribe a menudo a Elvi, su chica ideal, pero ella le manda cartas breves, cuando le contesta, que por lo general no responden a las preguntas que le hace él sobre su amor. En realidad, son cartas de Elvira, la chica de carne y hueso, sobre todo de hueso. Elvi no responde. Comprende su proceder, le parece normal. Cualquiera chica prefiere leer palabras bonitas sobre su belleza y el deseo del chico de estar a su lado que comentarios sobre la dificultad de un amor duradero, la necesidad de un sentimiento que enraíce en el conocimiento profundo del otro. Benet se ha dado cuenta de que, cuando le manda una carta corta, ella responde con mayor brevedad aún, como si fuera

una reacción de amor propio. Y él vuelve a escribirle porque, si no, pasarían los días y seguramente perdería el contacto con ella y con su mundo.

El trabajo le resulta intenso, se le olvidan estos roces durante la jornada laboral, pero cuando vuelve cansado al dormitorio minúsculo que le han asignado en la casa en la que se aloja, tiene los pensamientos estancados entre dudas, como juncos clavados en la marisma de la piel. Procura diferenciar entre Elvi, la chica ideal de la constelación de pecas, y Elvira, la complicada y arisca, pero no lo consigue. Decide que la próxima vez que se vean le hablará de Sabina, una buena chica de Malpàs que se ha fijado en él y procura hacerse la encontradiza. Sin embargo, en la Noguera recupera el mundo que ama, sus libros, a su hermana, a sus amigos, la biblioteca, el cine. ¡Qué bien está aquí! De repente, lo ve todo claro. Llega a la conclusión de que unir estas dos vidas es un error.

El domingo por la mañana se despierta y, mientras se sitúa en casa y en su pueblo de adopción, recuerda que ha soñado. Estaba en el cine Pabellón con unos soldados, como hacían en Olot, mientras esperaban para volver al frente. Tenía un imperdible clavado en la carne que le pellizcaba el lado derecho del pecho, aunque no sangraba, pero no podía quitárselo. Salían del local en tropel y se encontraban con las lonas que hacían las veces de tiendas de campaña en Argelès. Miraba la arena y pensaba en el bacalao que tenía que compartir con toda la tropa. No les tocaría ni a una miga por cabeza. Volvía a ver a la mujer, que se sacaba del delantal el pescado seco, y su brazo, que, con la mano correspondiente, llegaba a coger milagrosamente una tajada. Entre los hambrientos de la playa había uno que tenía unas lentejas y otro que llevaba media hogaza de pan: pero él era el héroe de la pesca en salazón.

Pasea la mirada por la habitación de la Noguera como para asegurarse de que no está en Francia, en el primer campo de refugiados. Por el balcón, junto al cual está arrimada la cama vacía de su hermano, entra un rayito de sol. Está en casa y respira hondo estirando los brazos hacia arriba y uniendo los dedos. Por último, saldrá de la cama y en la cocina encontrará a su hermana, que está

tostando pan. Oye a su padre en el lavabo. Pregunta a Veva por su madre. Hace muchos días que no saben nada de ella. Pasa un rato charlando con la una y el otro y de pronto un pinchazo por dentro le recuerda que echa de menos a Elvi. Abandona en un rincón el temor de que no sea la mujer adecuada para compartir un largo futuro. Se dice que todavía hay tiempo para averiguarlo. Esta vez esperará a que ella le conteste y a lo mejor, cuando pueda, irá a verla.

Sale a dar una vuelta. Echa un vistazo a los fotogramas de las películas que anuncian para el domingo. Se encuentra con un amigo en el Suís y dan unas vueltas por el pueblo. Quim le cuenta lo que ha hecho esa semana. Su amigo tampoco va a misa. Hacia las dos vuelve a casa y su padre no ha llegado todavía. Veva lo pone al día de las mismas novedades que le han contado, pero capta más detalles de algunas. Se queda dormido después de comer y luego va al cine con los de siempre, y, para terminar, se acercan al baile. La música no anima a las parejas. Mira y ve algunas caras conocidas, pero en realidad no tiene ganas de bailar y, aprovechando la salida de un amigo, se va a la calle con él.

Da otras cuantas vueltas. Juega una partida de billar, pero el compañero se cansa y Benet piensa que donde mejor se lo puede pasar es en casa, leyendo. Vuelve a paso lento. Enciende la estufa, todavía hace frío. Abre el libro y, ante las palabras impresas, piensa en la última tarde que estuvo con Elvira. Lo invitaron a merendar, porque celebraban el cumpleaños de la abuela. La había acompañado al desván a coger unas manzanas de las cribas. Entre bromas y besos incompletos, llegaron arriba del todo subiendo por la escalera irregular y estrecha. En cuanto abrieron la puerta, delgada y mal encajada, los hizo callar el fragor del agua del torrente, que parecía un vendaval. Entraba con furia por la alta ventana del fondo. Mientras ella escogía la fruta más vistosa y madura y Benet fingía que la ayudaba al tiempo que le acariciaba la cara, vio una cuna. Se acercó y la movió, como acunando a un niño, con una sola mano.

—¡Ahí dormía yo!

La miró y pasó el dedo por la cenefa del pequeño cabecero como si le acariciase la cara.

—¡Y mis hermanos también!

Cuando bajaban de nuevo a la sala, ella le dijo que la había hecho su padre, que era muy mañoso, pero que, al final, cuando volvieron de la evacuación, su madre quiso utilizarla de escabel. Lo dijo bajando la voz por la escalera y sujetando el delantal lleno de manzanas con las dos manos. Él bajaba justo detrás, casi pisándole los talones y tirándole de vez en cuando de las puntas del pelo.

—¡Ay, no me *xines*!

Otra palabra, *xinar*, tirar del pelo. Benet tendrá que acordarse, si quiere apuntarla después. Todavía debían recorrer el largo pasillo hasta la cocina, pero allí ya andando a su lado. Entonces, para su gran sorpresa, Elvira empezó a decir algo de la vergüenza. Le dijo que la de su familia podría haber sido más grande todavía por causa de su madre. Él no lo entendió, pero ya llegaban a donde estaban todos los demás y todavía quería aprovechar el último instante de intimidad para darle un beso. Notó en los labios que Elvira tenía la mejilla húmeda y, justo en ese momento, Andreu y Fina empezaron a recibir las manzanas con grandes exclamaciones.

—¡Son señoritas!

—¡También las hay de viña!

Las «señoritas» son una clase de manzanas redondas de color claro, de pulpa y piel crujiente, semejantes a las verde doncella, pero más pequeñas. En cambio, las «de viña» tienen la monda de un color vistoso, con rayas intercaladas de rojo intenso y rojo claro. Son fragantes, carnosas y blandas y, si maduran mucho, se ponen papandujas.

Aquella tarde de domingo en la Noguera, Benet, con el libro abierto, vuelve a pensar en la intrusión del fragor del agua del torrente en el desván de la casa. Y de pronto entiende de qué le hablaba Elvira. De una vergüenza que podía haber venido por su madre que, para llegar a la ventana que se asomaba



al vacío y al torrente, necesitaba un escabel. Y puso boca abajo una cuna, que Elvira llamó «brezo».

## Deudas

Benet, tan soñador, escribe a Elvira diciéndole que le debe una foto. Hace tiempo que le mandó una suya. No estaba mal. De lado, con la nariz recta y la mirada serena, la frente ancha y el pelo suavemente ondulado; la suya es una fisonomía clásica de hombre joven que oculta su delgadez gracias a la americana ligeramente holgada y la expresión afable del rostro. Pero los pómulos no destacan, sino que las mejillas describen una línea redondeada. Ella tardará en mandarle una foto y él se quejará porque es muy pequeña y de mala calidad. Casi no reconoce a la chica a la que adora, con la que sueña.

La dedicatoria que le puso él por detrás de la foto dice: «Elvira: lo importante es querernos. De tu Benet». Ella le pone: «Para Benet, Elvira».

Recibirá una invitación a merendar chocolate con tortas porque Calamanda cumple veinticuatro años. No esconde la edad que tiene, como las demás chicas, no le gusta, y han quedado los cuatro, Elvira, Benet, Jan y ella. En su casa están también la madre y la hermana. Benet le regala un esbozo de retrato de ella y la amiga se emociona.

—¡Ay, Benet! ¡No podías haberme hecho mejor regalo!

Elvira le ha hecho un pañuelo blanco adornado con un reborde de ganchillo y, a punto de espiga, ha bordado en color rojo la inicial de su nombre: C. Jan se presenta con una botella de vino generoso. Anita y su madre han estado muy apagadas, pero han procurado ser amables, aunque Jan las inquieta, se les nota mucho. El piso que el ayuntamiento cede a los maestros del pueblo está encima de la escuela y es humilde, pero ellas lo han arreglado con buen gusto. Han vestido la mesa camilla, que tiene debajo un hueco para poner un brasero, con un mantel bordado con florecitas a punto de cruz. Han adornado el

aparador y las vitrinas con tapetes bordados. En las humildes sillas de pino lucen unos cojines con fundas de ganchillo. Todo está limpio y ordenado. Seguramente las voces agudas de los niños acompañan a la madre mientras hace la limpieza, prepara la comida o cose. Es natural que a Calamanda le guste salir a dar una vuelta.

La madre ha hecho un bizcocho que se parece a una mona de Pascua y Anita sirve chocolate caliente y dulce, que combina muy bien. Elvira parece contenta. Benet tiene ganas de estar con ella y en ese ambiente se encuentra un poco más libre que en casa de la abuela, que precisamente se ve muy bien desde la ventana de Calamanda. Se asoma a mirar mientras Elvira se acerca a la cocina a ayudar. En ese mismo momento ve a la madre de su novia, que parece un ángel triste. No dice nada. A su chica le habría gustado ser maestra, como Anita, pero el trabajo del campo depende en gran parte de sus brazos y, sobre todo, de su cabeza. Sus hermanos la ayudan, los dos son trabajadores y no escatiman esfuerzos, pero todavía son muy jóvenes. A él le gustaría ser dibujante o escultor. Mentalmente pasea por otra versión de sus vidas respectivas que, de momento, no está al alcance de su mano. Calamanda vuelve a alabar el dibujo y lo deja en el aparador de tal manera que parece que preside la mesa. De pronto Benet se da cuenta de que Elvira lo está mirando y se ha quedado tristonza. Le acerca la boca al oído.

—¡El tuyo está más avanzado! Te lo traeré enseguida.

Elvira se ruboriza y él se ríe. Alguna vez le ha dicho que parece que le lee el pensamiento, y, por lo visto, esta vez ha dado en el clavo. De pronto, Jan levanta la copa de vino generoso, ¿la tercera? La madre de Calamanda se pone muy seria. A ver si va a tener que sacar a este tontorrón a tomar el fresco. De repente, se acuerda de su primo Joan, daría lo que fuera por vivir con él momentos de alegría como este, con chicas, pero parece que el destino lo lleva a ir solo o mal acompañado, como un peregrino, a desentrañar los misterios del amor auténtico. También se acuerda del soldado escocés, con el

que se entendía casi sin palabras, y siempre que se acuerda de él es como un jarro de agua fría sobre los sentidos.

Un buen rato después, vuelve contento a la Noguera. Para variar, Elvira lo ha acompañado a la carretera y se ha quedado hasta que llega el coche que había apalabrado en Montsent. Ha aceptado algunos besos, aunque estaba tensa y parecía un poco ausente. Iban por el camino de abajo, el que pasa por el cementerio, cosa que no le hace ninguna gracia, pero es un paseo tranquilo. Se ha expuesto, porque, si la ven volver sola, la criticarán. Él se pregunta qué más le pueden hacer, con lo que ha pasado ya, pero comprende que no ha de ser fácil vivir rodeada de gente que no le quita el ojo de encima. Se va pensando en el camino que elegirá ella para volver a la plaza. ¿Dará toda la vuelta por donde la casa grande, los huertos y la fuente vieja? ¡Quién sabe! Porque también resultaría sospechoso venir de allí cuando la oscuridad ya se abate sobre el pueblo, y con mayor motivo yendo, como va, más arreglada que de costumbre. En la Noguera se conoce casi todo el mundo, pero hay más intimidad, no se tiene la sensación de que lo vigilan a uno todo el tiempo.

Benet tiene pendiente una deuda que aún no ha podido saldar. Se le presenta de repente, como un viejo desorientado que sale por una esquina, pero por suerte reconoce el recuerdo enseguida. Un día se compadecieron de él. Tenía hambre y le dieron de comer.

Domingo. La nena le ha dicho que pasaría por el café Suís antes de ir a casa a comer y se ha quedado a esperarla. Entretanto, charla con la dueña, que es amiga de su padre. Un rato después, entran dos guardias civiles. Han aparcado el coche a la entrada y llevan gente dentro. Los guardias quieren comer y la dueña les dice lo que hay. El guardia joven comenta, mirando al coche, que los han detenido en el valle de Arán, que acababan de pasar la frontera francesa. Al final, Benet mira a la dueña y se entienden sin decir nada. La mujer pregunta al guardia si podía dar algo de comer a los del coche también y le dicen que a eso no pueden negarse. Entonces Benet suelta:

—¡Pagamos a medias!

La guerra europea obliga a la gente a huir, ahora hacia el sur. Espera que los guardias españoles no metan a esa gente en la cárcel ni la devuelva al lugar del que han huido. Entran los detenidos y Benet ve que son tres mujeres, un niño de unos doce años y dos hombres de mediana edad. Los colocan en dos mesas juntas, en un rincón, con los dos policías apostados en la salida. La dueña se va dentro y él se queda un poco más, porque Veva no ha aparecido todavía. Les sirve la comida y les dice que el joven que estaba en la barra y ella los invitan, y, de uno en uno, se levantan a darle la mano y las gracias. Para Benet, cada uno de ellos es la mujer de Elna que salió con el delantal lleno de porciones de bacalao seco y salado. Era una deuda que tenía ganas de saldar y no se cree generoso por eso. Lo hace porque no quiere deber nada a Francia, que tan mal los trató.

Pero cuando se cansa de esperar a su hermana, pasa junto a la mesa de los prisioneros y descubre que esas personas no hablan francés.

## Amistad

Verano de 1941. Hace poco más de un año que se conocen. Todavía lo conmueve pensar en aquellos momentos en el prado, cuando Elvira lo evitaba. En un año, la ilusión se ha serenado, le parece que la pasión del amor que conoce por las lecturas solo se da entre ellos de vez en cuando. Pero, entretanto, ha descubierto un amor vicario. Por un lado, está la familia de Elvira: la mujer humilde y digna que es su madre, que no espera ni desea nada más que ser útil a los demás y que lo mira como si fuera un ser superior. La adolescente tímida, la tierna Fina, de diecisiete años recién cumplidos, dócil con la abuela y con la hermana, y, por fin, el pequeño, vivaracho y curiosamente alegre, despierto para el trabajo, Andreu, de carácter suave y voluntarioso. Incluso reconoce que la tía es una persona que intenta hacer lo que le impone la tradición. Comprende su actitud de rechazo con él. Le roba a la heredera. ¡No es de extrañar que lo mire como si le debiera un capital!

Los de Lérida lo mandan a la Seu a supervisar el trabajo del capataz de allí, Martí, el compañero que vive en Ponts, el que presentó a Calamanda cuando se acabó la escapada con Jan. Parece que el chico aprecia su cometido y que lo tiene en consideración. Después de resolverle las dudas, van a tomar algo al sitio en el que Benet solía comer la temporada que pasó allí. Todavía hay unas cuantas personas, la dueña entre ellas, que lo saludan con simpatía y le preguntan qué tal le van las cosas. En los postres, Martí le pregunta por aquella chica, Calamanda, y él le da razón de ella. Le cuenta que es probable que vuelva a vivir en Ponts en verano, porque su familia tiene un piso allí. De pronto se le ocurre una idea insensata. Se la contará a Elvira. Cree que este chico sería una buena pareja para Calamanda, y además un buen amigo para

salir juntos los cuatro, consolarse por las dificultades de llevar un noviazgo a distancia, quién sabe...

Al volver, en el coche de línea, se acuerda de su amigo escocés. ¿Qué hará? El trabajo y Elvira no le dejan pensar en nada más. Los libros. La juventud que le late en el cuerpo, las piernas que acortan distancias. Bien, pues aquel amigo, George, con el que compartió sentimientos profundos en poco tiempo, si se encuentra en dificultades, no puede contar con su apoyo. ¿Es que no podría la vida ser de otra manera?

El otoño se retira con cierta prisa. El frío durará, afectará a las obras de las vías, y más aún a la de poner tuberías para la traída del agua. En Malpàs tendrá que recluirse algunas horas en la casa de sus anfitriones porque no se puede trabajar al aire libre. Lluve a menudo. Sabina lo observa con sus ojitos de color de miel mientras él escribe o dibuja en la mesa de la sala. En el dormitorio no hay ni una mesita, pero tampoco podría quedarse allí, hace un frío que pela. Ella lo observa y él siente que la capacidad de traducir el mundo y la vida a trazos o palabras le hace superior, pero no como un desprecio a quienes no pueden hacerlo o no lo hacen; es, más bien, un sentimiento compasivo.

Escribe una carta de amor a Calamanda. Pone palabras bonitas, las que cree que la pueden emocionar. Ella irá enseguida a contárselo todo a Elvira y se la dejará leer. Aunque sea anónima, los dos creen que le gustará recibirla. Lo ha dicho muchas veces. Se la mandará desde la Seu. Y, quién sabe. No es ningún esfuerzo. Ha pensado en Elvira al principio de la relación y las palabras han ido saliendo solas, una detrás de otra, y se han encadenado fácilmente.

Sabina sigue quitando el polvo de las estanterías. Benet piensa: «¿Y si se la leo para que se ponga colorada?». Se levanta sonriendo y la chica se queda mirándolo como si esperara algo más que un «hasta luego».

## Romanticismo

Cuando le cuenta a la nena que Elvira y él ya han fijado la fecha de la boda, ella lo acusa de romántico. Benet no dice nada y ella se echa a reír enseguida.

Benet le dice que hay que hacer las amonestaciones seis meses antes y, por lo tanto, no pueden dormirse en los laureles. Necesitan la partida de nacimiento, la fe de bautismo, un informe de la parroquia de la Noguera, porque se casarán en la del pueblo ella. Y preparación para el matrimonio.

—¿Y un cura que no se casa ni se puede casar será el que te dé lecciones de matrimonio?

Veva se ríe más de lo que a su hermano le parece normal.

Ha encontrado trabajo en Barcelona, empieza el día 1 del mes siguiente. Vivirá en una residencia de señoritas, en el centro de la ciudad. Ve que está contenta a ratos; triste a menudo. Benet no creía que Domènec fuera a dejarla escapar, pero la familia del chico es poderosa. Cuando su hermana se tranquiliza le pregunta si sabe lo que quiere decir «romántico», y añade:

—Porque me lo has dicho como si me llamas pasmado.

Ella se defiende.

—No pretendía insultarte. ¡Ya sabes lo que pienso!

—Sí, el sentimiento y la libertad están por encima de la razón y de la sociedad, estoy de acuerdo, ¡soy un romántico!

«Sería inútil enfadarse», piensa Benet, enredado en el silencio que se ha impuesto entre ellos. Entiende que existe algo parecido a la sustitución que implica rivalidad. Veva se va de casa, abandona el nido que han formado sobre todo entre el padre, ella y él, y Elvira cumplirá las funciones de ama de



casa, que han estado a cargo de Veva desde que la madre se fue. Lo asalta un deseo súbito: ¡tanto mejor si las asumiera Elvi, su chica ideal!

Sí, debe de ser un romántico, porque sueña y desdobra a su novia en dos. Pero la razón no lo abandona.

–No me sacrifico. La quiero.

Veva vuelve a reírse, pero es una risa serena e incluso un poco triste. Lo conoce muy bien. Debe de saber en qué está pensando, más o menos.

–No hay amor perfecto, ¿eh?

Se ríe otro poco y le cuenta la última conversación con Domènec. Él volvió a declararle amor eterno.

–¿No te parece absurdo?

Benet cree que Veva encontrará al mejor de los hombres, uno que sepa valorarla íntegramente. Se lo dice.

–No, no, ni hablar. ¡Se acabó!

Ahora se ríe él. Y ella lo mira seria, desafiante.

–¿Qué es lo que se acabó?

–No sé cómo explicártelo, pero creo que tiene que ser así y que así será.

Dice de pronto que tiene que salir y que no dude ni un segundo de que le desea toda la felicidad.

Benet se queda dándole vueltas a la última palabra como perro que rebaña un hueso succulento que le tira el amo. Roe el tiempo que llevan de novios, la evolución de Elvira y, sobre todo, la suya. Pros y contras. Conociéndola, ¿quién sería capaz de dejarla en su casa, haciendo de heredera trágica, abandonarla más tiempo aún a la hostilidad de su pueblo?

Debe actuar.

Hace el papel de ladrón, de truhán, de bandolero. Se lleva a la heredera y la casa se queda a merced de una vieja, de una mujer mayor con el corazón encogido, de una jovencita dócil y de un chiquillo despierto. Los despoja de la chica fuerte y guapa para ponerla a buen recaudo en un lugar en el que la vida será más fácil, menos sacrificada. Actúa como ángel de la guarda y ganará su

amor para siempre. Cumple estos dos papeles en la función: el de bueno y el de malo. Entretanto, preferiría que la obra tratara el tema del amor. Que fueran la pasión, el ardor, el sentimiento de plenitud, la huida al cielo de la ilusión lo que les ocupara la sesión de principio a fin. No quería ser ángel ni bandolero. Cuando los pensamientos dejan el hueso sin una sola fibra de carne, se da cuenta de que tiene que salir del escenario. Sea romántico o no, de momento la función está ensayada.



## Epílogo

*Cuando volví de Barcelona a Edimburgo, aquel otoño de 1938, estaba hecho polvo en todos los sentidos. Y lo peor no eran las cicatrices del cuerpo ni el cansancio infinito. Me recuperé en casa de mis padres, sin fuerzas ni para disculparme por la inquietud en la que los había sumido. Me había ido con las Brigadas Internacionales sin avisarlos, no había dado señales de vida en todo el tiempo, casi un año, pero no me salían las palabras. Creo que no quería desdecirme de la voluntad generosa que me había impulsado a alistarme en defensa de los republicanos españoles. Habría sido como renunciar a mi mejor faceta. Me parecía imposible que me perdonaran. No habíamos podido hablar serenamente de aquella temporada, pero me acogieron. Se lo agradecí a mi manera. Trabajé unos meses de ebanista, herencia de las dos generaciones anteriores a la de mi padre, y a sus órdenes. Por lo demás, leía mucho, escribía y me movía entre estudiantes de letras y de periodismo. Era mayor que ellos, más fuerte, y estaba desengañado de todo; en las tertulias, me dejaba admirar por lo que había vivido, mientras el olor del conflicto se extendía por Europa. Me fui cuando conseguí una colaboración en una revista de Londres. Después sería una columna en el Daily Telegraph, gracias a un profesor de un amigo que había leído unos cuantos escritos míos, y allí me establecí definitivamente. Y vivo con Jackie desde 1961.*

*¿Cuántas veces habré mirado el dibujo de Benet en todos estos años? Me plantaba frente al papel, que se había salvado gracias a un marco de madera, una de las primeras cosas que hice en el taller, y a un cristal transparente. Porque la foto de mi amigo la había perdido en el viaje de*

vuelta; la navajita que me regaló también se extraviaría con el tiempo. Sin embargo, el dibujo que le había quitado de las manos sin dejar que lo terminara, loco de alegría porque me iba por fin, ese recuerdo no lo perdí y ha sido testigo de mi vida. Iba y venía siempre conmigo.

Leía la dedicatoria, que siempre me arrancaba una sonrisa porque estaba escrita en una lengua desconocida para mí: «A l'amic escocès», y, sobre todo, porque respiraba exclusividad. En aquellos momentos, sobre todo al principio, me preguntaba qué habría sido de él. ¿Se habría curado por completo? ¿Habría sobrevivido a la guerra civil española? Miraba y remiraba la fila de árboles del jardín de Vilaboi y me detenía en el último, el que no tenía raíces, el esqueje enhiesto. Le había dado muchas vueltas mientras convalecía en Edimburgo. Podía ser el símbolo de nuestra amistad truncada, de todo lo que no terminaba nunca y se quedaba en suspenso como un imposible. Sin embargo, con el tiempo, el cuadrito se integró en mi vida cotidiana y ya no me preguntaba nada cuando lo miraba, era un recuerdo entrañable de unos tiempos infernales, formaba parte de mí, de mi pasado. Aquella época había sido tan horrible que me había prometido olvidar España, el país en el que había visto morir y había sufrido lo indecible. Aunque escribí sobre temas políticos de ese país y llegué a aprender bien la lengua castellana, nunca me había planteado volver. Pero en el año 1977, con la democracia recién nacida, me entraron ganas de ir allí de nuevo. Jackie, como fotógrafa, y yo propusimos un reportaje al periódico. Por extraño que parezca, todavía no había pensado en mi amigo catalán.

El proyecto nos resultaba interesante y teníamos intención de redondearlo con unas vacaciones. Jackie hablaba con entusiasmo de las ciudades a las que íbamos a ir, y nombró Barcelona; entonces fue cuando pensé en mi compañero de Vilaboi, pero no como cuando miraba el dibujo, que era un recuerdo fijo, lejano, un motivo de reflexión, sino en forma de muchas preguntas que abrían el presente a un mundo de posibilidades. Fue

*como un latigazo en la mente, que debió de dejarme con una expresión pétrea de ausencia en la cara, porque Jackie no siguió desgranando la lista de las cosas que quería hacer. Al explicarle el motivo de mi súbito arrebató, que el exsoldado catalán podía estar tan vivo como yo y que intentaría dar con él, ella me desanimó, pero cuando llegamos a Barcelona me ayudó. Cambió de opinión una mañana muy luminosa, después de ir a Sant Boi de Llobregat, cuando ya llevábamos dos semanas en España y el reportaje estaba bastante avanzado.*

*Preguntamos en el ayuntamiento. Hacía poco que el edificio Marianao y el parque eran propiedad municipal. Los terrenos a los que fuimos a parar Benet y yo, entre otros muchos, en la guerra civil, habían sido destino de vacaciones de algunos burgueses de Barcelona a principios del siglo xx. Nos informaron de que el marqués de Marianao, Salvador Samà, descendía de una familia catalana que se había establecido en Cuba y se había enriquecido con el tráfico de esclavos africanos en América. El funcionario conocía muy bien los orígenes y nos dedicó un buen rato. Sin embargo, tenía poquísimos datos de la época en la que el edificio había albergado un hospital para soldados. A partir de 1944 se proyectó un hotel, un casino y una zona comercial.*

*–Pero no funcionó y quedó abandonado en los años cincuenta.*

*Lo dijo como si el fracaso lo afectara personalmente, y continuó. Hacía relativamente poco, a principios de la década de los setenta, el parque había vuelto a adquirir relevancia, pero estaban edificando allí ilegalmente. Nos indicó la ubicación del barrio de Marianao y, cuando salimos a la intensa luz del exterior, Jackie tenía ya tanto interés como yo. Cuando llegamos, el jardín selvático de mis recuerdos tuvo que adaptarse al espacio reducido y ordenado que encontramos. Ella empezó a hacer fotos y, al momento, las palmeras y los cipreses me aceleraron el corazón. ¿Cómo rehacer los paseos sin rumbo, en silencio, de los dos soldados heridos? Vi que ella buscaba la perspectiva del dibujo de Benet, que llevábamos con nosotros y cuya*

*historia sabía desde el principio de nuestra relación. Entretanto, en Vilaboi, mi mente viajaba mucho más lejos que mis pies.*

*Pusimos un anuncio en la prensa y así conseguimos una pista. Fuimos a ver a una enfermera que se llamaba Lola Capell. Se acordaba de Benet, que había estado mucho tiempo ingresado en el orfanato Ribas, donde trabajaba ella. Montse, una compañera suya, se había enamorado de él; también a ella le había parecido un muchacho culto, discreto y muy amable. En aquella época estaba desanimado, nos dijo, sufría dolores y había perdido el contacto con los suyos. Lola Capell tampoco se acordaba del nombre del pueblo de los Pirineos en el que vivía su familia. Pero, de pronto, se me aceleró este corazón blandengue que tengo cuando dijo que se acordaba perfectamente de que, cuando el muchacho se encontraba un poco mejor, había ido a verlo un tío suyo, joven, un hombre simpático y elegante que era sastre en Barcelona. Que se le había quedado grabado el sitio en el que tenía la sastrería porque era muy céntrico. En la calle Bergara, dijo, enfrente de la avenida de la Luz, y Jackie y yo sonreímos sin tener la menor idea de a qué sitio se refería.*

*—Al lado de la plaza Cataluña. Creo que la sastrería se llama Enrich. A veces paso por allí.*

*La señora que entró en el probador, al que nos había conducido un joven después de abrirnos la puerta, iba vestida de negro. Era alta y se le apreciaba una belleza en declive, ojeras moradas bajo los grandes ojos, arrugas en las comisuras de los labios y en el entrecejo. Llevaba el pelo teñido de rubio, como Lola, pero el suyo era liso y cortado al ras en la nuca, peinado hacia atrás. Le costó un poco entender por qué le pedía la dirección de su sobrino. Jackie se dio cuenta de que la mujer se inquietaba, seguramente dudaba de si debía dármela. Entonces, aunque ella hablaba castellano peor que yo, le contó quiénes éramos y el proyecto que teníamos, y que ella era fotógrafa. Incluso comparó el tiempo de Barcelona con el de*



*Londres, hasta que le arrancó una sonrisa. Entonces nos dejó solos, nos miramos sin hablar y me planté delante de un espejo de cuerpo entero que había en la pared, enfrente de la puerta, e hice una mueca, pero enseguida me aparté. La señora no tardó en volver y me dio un papel, pero habló en plural:*

*—¡Aquí tienen!*

*Nos levantamos los dos como movidos por un resorte. Era la dirección y el teléfono de su sobrino, el que la había descrito una vez en sus buenos tiempos con gran admiración. Alta, rubia, cara redonda, agraciada, decidida y elegante, como una actriz norteamericana. Una señora de origen humilde con clase. La guerra la había afectado tanto que había tenido que dejar durante un tiempo a su Antoni y la vida que conocía. Su retrato hecho con palabras no lo había leído yo todavía en aquella época.*

*Mandamos a Londres el reportaje sobre la democracia española. El viaje fue largo. Imaginadnos en un autocar en el que a Jackie le quedaban las piernas hundidas contra el respaldo del asiento de delante y yo iba completamente encajado en el asiento. Debíamos de tener aspecto de extranjeros, porque la gente del autocar nos miraba a menudo. Algunos debían de conocerse entre sí, porque de vez en cuando se oían conversaciones entre las filas en ambos sentidos. Yo creía que entendería el catalán porque me había aprendido algunas palabras y porque creía que era prácticamente igual que el castellano, pero me di cuenta de que hacía agua por todas partes, como si me hubiera subido a una barca y, nada más remar un poco, hubiera descubierto que había un agujero en el fondo. Jackie estaba tranquila y se lo pasaba bien a pesar de la incomodidad. Eché la cuenta de los años exactos que hacía que no había visto a Benet. Treinta y nueve. ¿Cómo sería ahora? Por teléfono me había parecido sereno y discreto. No tardó nada en ofrecerme su casa para que fuera a verlo. Nos apeamos del autocar con el cuerpo hecho cisco. La última parte del paisaje*

*nos había gustado especialmente. Era finales de abril y, a partir del puerto llamado Comiols, los tonos de verde que se recortaban en los campos ocupaban gran parte de las paredes de una concha, entre otros colores no dominantes. A lo lejos unas montañas, los Pirineos, lucían cimas blancas; por debajo, los azules y los violetas se disputaban las faldas de los montes. Nos recordaba un poco a Escocia y nos pusimos un tanto melancólicos, inquietos, estábamos cansados.*

*Benet vivía en un piso más bien pequeño. Era la última puerta de una casa de tres plantas. Después de un pequeño recibidor, el comedor se abría a una terraza rectangular que le proporcionaba amplitud. La terraza daba a la calle y a una plaza grande y, desde esa altura, se contemplaba una cordillera impresionante. Allí nos reunimos los cuatro por primera vez; tomamos limonada casera bajo un cielo azul, con una temperatura benigna. Había plantas alrededor de todo el espacio, o casi. Las macetas de barro, algunas pintadas de verde, estaban arrimadas a la barandilla de hierro que cerraba uno de los lados estrechos del rectángulo; en el otro se levantaba la pared que separaba la zona al aire libre de la escalera del edificio. Al lado de la puerta que comunicaba con el comedor del piso estaba el lavadero, de tamaño mediano, y Jackie, nada más verlo, soltó un grito de entusiasmo.*

*Casi no podíamos mantener una conversación seguida. No solo yo, que hablaba español con lentitud, sino tampoco él. Tenía un acento distinto al que habíamos oído en Madrid, era más claro, pero solía cortar las frases con pausas. Los años habían dejado unos extraños espacios en blanco entre nosotros. ¿O eran retales de nieve? Igual que antaño, parecía que no nos hicieran falta las palabras, aunque la situación era muy distinta. Disparábamos temas menores que se consumían como petardos; en cambio, las miradas siempre terminaban en sonrisas o exclamaciones. Yo tengo cierta tendencia a hacer un poco el payaso en estas situaciones, parece que, muy a mi pesar, no puedo evitarlo, pero las otras tres personas me ayudaron a contenerme. Benet y yo éramos dos hombres mayores, de pelo gris, con*

*gran parte de la vida vivida ya. Los ojos que me miraban eran los de Benet de joven, pero la expresión era más alegre que en Vilaboi. Cuando Jackie se fue dentro a buscar vasos y una jarra con la mujer de mi compañero, saqué mi dibujo de la bolsa, el que no le dejé terminar en un momento de exaltación. Antes de que dijera nada, vi la sorpresa y la gratitud en su mirada. Me dijo que nunca se habría imaginado que volvería a verlo, ni que yo lo hubiera conservado tanto tiempo. Señaló el fragmento de árbol que flotaba en el aire y se echó a reír. Le conté que miraba el esbozo a menudo y que siempre me hacía pensar. ¿Le parecía que podía simbolizar la amistad truncada por el destino?*

*–También el destino nos unió.*

*Me gustó esa visión, que equilibraba la mía. Y me enteré de que hacía mucho tiempo que él no dibujaba. De joven quería ser artista, hacer retratos de personas y pintar paisajes, vivir rodeado de carboncillo y de colores, tal vez también de material para esculpir. Volvió a reírse y añadió que el árbol también podía significar el intento de vivir en el mundo del arte, que se había secado porque no había encontrado tierra en la que echar raíces. Y lo remató diciendo:*

*–Como dice el dicho: ¡no se puede empezar la casa por el tejado!*

*Lo que reencontramos fue un cinco por ciento de aquellos soldados desesperados que éramos entonces. Enseguida intentamos hablar de lo que cada cual había hecho con su vida después de separarnos en Vilaboi. Yo no tenía ganas de contarle mis años malos y, hablando en un español titubeante, empecé a explicarle el trabajo al que me dedicaba; la admiración brotó cuando supo que era periodista. Entonces me dijo que, cuando estaba en el hospital, había escrito algo parecido a un diario y que conservaba los borradores de casi todas las cartas que había mandado y que incluso había dedicado algunas páginas a relatar cómo nos habíamos conocido.*

*–¿Puedo leerlas?*

*Entró un momento en casa y salió con una carpeta rojiza de tamaño cuartilla, con la goma de cordoncillo muy tensa por los dos lados. La abrió y se quedó quieto con todos los papeles encima de las rodillas.*

*–Las hojas se han puesto amarillentas.*

*Un tono mate entre el color naranja y el marrón claro, un óxido, un cobre lavado por un montón de tiempo de diferentes aguas, semejante a la canela molida. Cogí la primera con mucho cuidado, como si fuera a desintegrarse. Benet dijo:*

*–Casi todo es papel fuerte. Se ha conservado.*

*Empecé a leer y me di cuenta de que no lo entendía.*

*–¡Escribo en catalán!*

*Me dijo que su hijo hablaba inglés en la empresa en la que trabajaba, y que podría traducirme las páginas. El chico había tardado tiempo en demostrar algún interés, pero había cambiado hacia un par de años, las había fotocopiado y las había leído de cabo a rabo. En ese momento entraron las señoras y me dio la impresión de que renovaban el aire con su voz. Mi amigo cerró la carpeta y se dispuso a escucharlas. Parecía que se conocieran de toda la vida. La mujer de Benet es de una estatura media, tiene el pelo y los ojos de color castaño y está rellenita. Jackie siempre ha sido delgada y tira a rubia, alta, con los ojos azules. Recuerdo que Benet nos preguntó si teníamos hijos; mi mujer respondió que no con una sonrisa y me miró. Ellos tenían a Ramon, dijo la madre, vivía en Barcelona. Francamente, en ese momento no me apeteció nada contarles que yo tenía una hija, pero no de Jackie. Creo que todos oyeron mi silencio cobarde, que rompió el encanto del momento. Volví a mirar la línea de las montañas que se alzaban contra el cielo, la hondonada profunda en el medio y toda la piel grabada, y me di cuenta de que había menos luz y el cielo estaba más oscuro. Refrescó y entramos en el comedor.*

*Había dos dibujos enmarcados colgados en la pared. Parecían retratos.*

*Un hombre mayor de expresión serena, un poco autoritaria, y un muchacho joven con boina de soldado, bien parecido y de actitud arrogante. Eran muy buenos, pero Benet hizo caso omiso de nuestros elogios y, como si dijera algo concluyente para quitar importancia al asunto, añadió:*

*–Mi padre y mi hermano. Los hice antes de casarme.*

*Al día siguiente fuimos de excursión al lago de Montcortès en un viejo Renault 4L de color beis. Benet se había enamorado de ese lugar antes de la guerra, cuando trabajaba por allí, y volvía a menudo. Estábamos completamente solos y a mí me habría gustado quedarme unos días. Agua transparente rodeada de cerros no muy altos, verdes y de tonos de tierra, con un pueblecito diminuto presidiéndolo todo: Cabestany. Unas matas exuberantes cubrían de verde toda la orilla del lago e impedían el acceso al agua coronándolo como un marjal. Todo me parecía sencillo y extraordinario. A pesar de la experiencia que habíamos vivido juntos en el pasado, yo no conocía a Benet, ni él a mí. Aquellos jóvenes que habían coincidido cuando estaban heridos habían caducado, pero, al mismo tiempo, todo lo que recordaba de él se me presentaba igual que el paisaje y el momento de calma profunda: sin pretensiones, auténtico.*

*Jackie aceptó encantada acompañar a la mujer de Benet a buscar unas setas que a veces salían en los prados en primavera; nosotros dos buscamos un sitio cómodo para sentarnos contemplando el lago. Benet fumaba en pipa, y yo hacía años que lo había dejado del todo después de recibir una sentencia conminatoria del médico. Lo miraba, escuchaba y sonreía. Seguía siendo tímido. Pero rompió el silencio como si quisiera oponerse a lo que acababa de pensar yo. Se había preguntado muchas veces si yo habría luchado en la Segunda Guerra Mundial cuando él empezaba a rehacer su vida.*

*–Lo intenté todo para no tener que volver a ponerme el uniforme ni llevar un arma, pero no lo conseguí. –Benet se quitó la pipa de la boca y me miró*

*directamente a los ojos dejando escapar unas nubecillas de humo—. Pero no tuve que disparar ni me hirieron como en España. Fue una paliza de otra clase.*

*Le conté que había guardado el historial clínico de las heridas de la guerra española y que lo había presentado para que me eximieran. Después de una revisión y de una larga entrevista, un médico la validó, pero cuando ya estaba seguro de que me había librado, el otoño de 1943 recibí orden de presentarme. Cuando llegué al cuartel, éramos unos cincuenta jóvenes; nos recibieron dos oficiales. Uno de ellos, el más joven, nos informó. Nos dijo que nuestro cometido sería supervisar una acción con la población civil y colaborar para que todo fuera lo más fácil y cómodo posible para las personas. Se trataba de una acción pacífica, llevaríamos armas pero no las tendríamos que usar. Debíamos recoger un uniforme de nuestra talla en ese mismo momento y, unos días después, nos llamarían y, uniformados, recibiríamos las instrucciones exactas de lo que teníamos que hacer y el lugar al que nos destinaban, que todavía era secreto. Y así fue. Nos presentaríamos en ese mismo cuartel a las ocho en punto y nos entregarían las armas. Y, para que todo el mundo lo supiera, si alguien no se presentaba, se consideraría desertión y recibiría el castigo correspondiente. Cayó un gran silencio que rebajó los ánimos. El muchacho que estaba a mi lado, pálido y con un tic que le rompía la armonía de la cara cada pocos segundos, murmuró: «consejo de guerra».*

*—¿Te acuerdas del calor seco que hacía en Gandesa en septiembre? Bueno, pues de eso me acordé en aquel momento y, ¡qué contraste!, me entró un escalofrío. Por la tarde empecé a despedirme de todo lo que me ataba al mundo. Incluso estuve con una chica con la que salía desde hacía poco.*

*Y le conté que nunca había estado en el sur de Inglaterra y que en aquella misión descubriría un paisaje maravilloso, muy atractivo. Los soldados de la operación especial íbamos muy callados en el autocar, como si nos hubieran prohibido hablar. Seguramente la mayoría, yo entre ellos,*

deseaba que el conductor se perdiera por aquellas carreteras que se desviaban de la principal, pero por desgracia resultó que era un experto. Cuando llegamos a la costa, el paisaje era extraordinario, sobre todo los acantilados, que parecían caer en picado, lisos, sobre el mar. De pronto, temí que tuviéramos que embarcar para cumplir la misión, que nos metieran en un barco, y solo de pensarlo se me revolvieron las tripas. Nunca me ha gustado navegar. Llegamos a Perth y nos dieron un sándwich y agua. Unos diez minutos después nos reunieron en el ayuntamiento. El comandante era el oficial de más edad, el que no había abierto la boca el primer día. Se dirigió a nosotros amablemente, y eso me escamó más todavía, pero me llevé una alegría cuando nos dijo de qué se trataba. Nuestro cometido consistía en trasladar a los habitantes de un pueblo de pescadores desde la costa hasta la ciudad más cercana, porque, a partir de ese momento, corrían peligro. Tenían que seleccionar y cargar las pertenencias más valiosas porque tal vez tuvieran que estar una temporada fuera y el sitio no era seguro. Nosotros los acompañaríamos y los ayudaríamos en todo lo que necesitaran. Después supervisaríamos la ocupación de los pisos, que ya estaban distribuidos, para que se instalaran lo más cómodamente posible en el nuevo destino. Hizo una pausa y, lo recuerdo como si hubiera sido ayer, añadió:

–Ahora les parecerá una acción sin trascendencia, pero les aseguro que pasará a los libros de historia de todo el mundo.

¡Uf! Veía al muchacho del tic y estaba seguro de que la frecuencia con que se le disparaba había aumentado. Cuando el oficial terminó de hablar y de insistir en que más tarde nos concretarían todos los detalles, el muchacho que guiñaba el ojo sin querer no dijo ni una palabra. Y yo, que no me había comido el sándwich todavía, me lo zampé con buen apetito.

Preferí dejar el final de la aventura para otro rato y pregunté a Benet dónde había ido después de Vilaboi. ¡Cuánto hacía de eso! Me contó sus peripecias. Otro hospital más, la reincorporación, el fracaso final, tener que

*refugiarse en el país vecino, los campos de concentración. Las señoras se acercaron sonriendo, cada una con un cesto, y enseguida nos lo enseñaron. Sin duda su excursión había sido un éxito.*

*Por la noche, en el hotel, volví a pensar en el reportaje sobre la joven democracia española. Releí el original que había escrito. Los nombres de los políticos nuevos, el papel que asumían los militares, el que asumía el rey. La voz de Benet, no muy alta, revoloteaba entre mis palabras, las impresiones de las conversaciones del día habían excavado una brecha en mi mirada periodística. Podía profundizar mucho más en el significado de los años de dictadura, en la despoblación de los pueblos de los Pirineos, en la represión de la cultura catalana. Me di cuenta de que en el momento cumbre de la juventud, mi amigo había tropezado con la guerra; después había vivido la larguísima dictadura de Franco como parte de la clase obrera y, ahora, la democracia lo pillaba al final de la vida laboral, en los albores de la vejez. Había tenido que aparcar sus aspiraciones artísticas para ganarse el pan y, cuando se estabilizó, como no las había puesto en marcha, quedaron frenadas para siempre de una forma casi indolora, como un coche viejo y agotado que se queda en un lado de la carretera, fuera de circulación. Benet creía que tomar notas, escribir cartas, casi todas después de un borrador, dar salida en palabras a las sensaciones vividas le habían ayudado, tal vez, a conservar la cordura durante la guerra. Pero después, casi sin darse cuenta, había abandonado esta práctica. Se preguntaba si la literatura podía desarrollarse solo a costa de dolor, si era como las plantas que medran y se ponen hermosas envueltas en estiércol. Las cartas a Elvira merecían un capítulo aparte, eran el campo en el que se había jugado el futuro.*

*Quería quedarme unos días más con el amigo reencontrado, que Benet me llevase por los pueblos en los que trabajaba, oírlo, hablar. Estaba seguro de que a Jackie no le parecería mal hacer fotos por su cuenta, mientras yo*



*acompañaba a Benet al trabajo. Al día siguiente, cuando se lo propuse a mi amigo, me respondió que no tenía ningún inconveniente en que ella nos acompañara también.*

*–¡Yo sí! –Benet se echó a reír ante mi salida impulsiva–. Jackie es una gran mujer, la quiero, no sé qué haría sin ella, pero prefiero que estemos solos tú y yo, y sé que ella lo entenderá.*

*Benet dijo que sí con movimientos de cabeza y nos quedamos en silencio, un silencio que fue como una brisa en una tarde bochornosa. Después, pausadamente, me contó que Elvira había sido su gran amor, pero que ella había sufrido mucho de joven y nunca había podido superar los estragos de un dolor tan profundo. Lo que más le extrañaba era que ni siquiera su hijo, que era muy buen chico y quería a su madre de todo corazón, hubiera sido suficiente para cerrar las heridas del pasado. Yo estaba pendiente de sus palabras, deseaba que siguiera hablando, pero se calló unos momentos. Después me preguntó por mi trabajo, por el periódico en el que escribía y por el reportaje que había hecho. Se lo conté y me dijo que le habría gustado hacer algo así en la vida. Entonces añadí unos detalles menos halagüeños de mi trayectoria y le pareció que, a pesar de todo, era un trabajo envidiable. Y, ahí me tenéis a mí abriendo un abanico de alegres colores con las plumas de mi cola, un poco reconciliado con mis meteduras de pata. Había llamado al periódico y no nos dieron permiso para ampliar el reportaje. Si, a pesar de todo, hacía otro relacionado con el que había mandado, me advirtieron que seguramente no les interesaría publicarlo. Terminé por confesar a Benet que a menudo me asaltaba la tentación de escribir sobre aquella época, sobre la experiencia de brigadista y la de la Segunda Guerra Mundial. Y entonces le conté cómo había terminado mi participación en la operación militar secreta.*

*Si entornaba los párpados, todavía veía a la gente del pueblo de Tyneham en pleno alboroto, yendo y viniendo entre paquetes a la puerta de las casas, esperando a los autocares. Los niños jugaban y se reían porque aquello era*

*una aventura y no había escuela, las chicas sonreían y se hacían ilusiones porque vivirían un mes o así en la ciudad, en Wareham. Las personas maduras fruncían el ceño y algunos viejos lloraban. Las casas de los ricos y las de los pobres quedaron cerradas a cal y canto, cedidas temporalmente para ayudar a ganar la guerra. Se preparaba la invasión de los aliados en Normandía. Había que entrenar a los soldados en el combate moderno y, al parecer, el territorio que ocupaba aquel pueblo de pescadores era el que reunía menos inconvenientes para este fin. Tyneham Se encuentra en medio de un paisaje idílico en el que el mar y la tierra dibujan unas líneas de geometría gigantesca encantadora. El grupo de soldados jóvenes con tara no supimos dónde íbamos exactamente hasta el último momento. La información nos la dieron en el autocar; nos dijeron que si no se producía ningún brote de violencia, lo cual era de esperar, se prohibía totalmente el uso de las armas. No parecía un cometido difícil, y no lo fue. Todos pudimos leer la pena y la nostalgia en algunos rostros, pero hubo quien no se fijó. Cuando partió el último autocar, en la puerta de la iglesia se quedó un cartel que rezaba así: «Por favor, traten con cuidado este templo y todo lo demás. Hemos cedido nuestras casas, en las que han vivido muchas generaciones de algunos de nosotros, para contribuir a la victoria en la guerra y que los hombres sean libres. Volveremos algún día, gracias por tratar al pueblo amablemente».*

*—¿Volvieron cuando terminó la guerra?*

*—No, no volvieron entonces ni nunca. En el año 1948 el Estado los obligó a vender las propiedades. Ahora Tyneham se encuentra dentro de una extensa zona militar y solo se puede visitar unos días al año. Las casas más sólidas todavía están en pie, y la pequeña escuela es un homenaje permanente a aquellas personas. Todavía llena la pizarra la lección de aquel día, hay libros y cuadernos abiertos en los pupitres, todo está preparado para seguir con la clase, como si los niños estuvieran jugando en el patio y fueran a entrar de nuevo de un momento a otro. Y, ya ves, no volví*

*a empuñar un arma de fuego, tal como deseaba, pero ¡menuda gracia me hizo tener que participar en la historia de esa manera!*

*Benet se apagó, se encerró en un silencio expresivo. Me di cuenta de que lo que me había preocupado tantas noches y me martirizaba los pensamientos desde hacía tantos años ya casi no me afectaba. El pasado era ahora como agua sobre una capa impermeable, un caparazón que me había salido en la piel.*

*El ruido en la escalera nos avisó de la presencia de las señoras. Entraron charlando. Elvira hablaba animadamente en su pintoresco castellano y traía una cesta con hortalizas; Jackie, un gran ramo de flores. Mi mujer tenía las mejillas sonrosadas y sonreía ampliamente. Entretanto, el cielo se puso de un color claro, casi blanco, pero no me resultaba amenazador. Pensé en alargar la estancia, el hijo de Benet había prometido mandar las traducciones de los escritos de su padre en los que hablaba de nosotros dos y, sobre todo, yo tenía ganas de escribir otro reportaje, uno que el periódico sería incapaz de rechazar. Y volvió a salirme el espíritu del payaso que llevo dentro, bien dobladito para las ocasiones: me levanté, cogí las dalias, los gladiolos y las rosas que traía Jackie y, con una inclinación de cabeza, se las ofrecí a Benet. Y los tres se echaron a reír.*

*Hablé con Jackie y decidimos que ella volviera a Londres. No quería dejar pasar tanto tiempo sin ver a su madre, que estaba delicada de salud; yo me quedaría unos días más con mi amigo catalán. A partir de ese momento, las conversaciones cobraron un matiz más íntimo. Benet y yo hablamos de salud, de política y de literatura. Él había tenido mal la tensión, dolores de cabeza y de estómago. De joven, desconectaba de los problemas yéndose al río a pescar; de mayor, el yoga lo ayudaba a encontrarse bien a diario. Seguía leyendo mucho. Hablamos de mujeres y de hijos. Y entonces fue cuando le conté que tenía una hija y que la había conocido cuando era ya una chica. Le sorprendió que, al volver de la guerra civil española, yo me*

*hubiera convertido en un calavera. No entendí su expresión, entre la admiración y la risa, cuando le conté mis aventuras, hasta mucho después, al leer algunas de las cartas a Elvi, que su hijo tuvo la generosidad de traducirme también. Le relaté cómo había sucedido todo, y en ese momento me pareció que lo que había pasado con Nancy era muy normal, pero formaba parte de la historia de mi vida y por eso era especial. Sucedió cuando, después de recuperarme y pagar el tributo a la ebanistería, me surgió una colaboración con una revista cultural de Londres. No lo pensé dos veces. Algunos ahorrillos y una bronca monumental de mis padres me animaron a largar velas y me fui a la capital con ganas de independizarme del todo.*

*Los que trabajábamos en la revista nos reuníamos en un bar, cerca de un parquecito del barrio. Si no llovía, iba al parque y me sentaba en un banco a leer y a escribir. Creo que impresioné a Nancy el día en que nos conocimos, mientras los niños a los que cuidaba jugaban en la hierba, a nuestros pies. Hablamos de la guerra y le conté el efecto que me había producido ver morir por primera vez a un compañero cuando participaba en la guerra de España. Creo que ella no sabía gran cosa, solo parecía notar el mal ambiente que había en aquella época, la palabra «guerra» le daba escalofríos y seguramente lo percibí y aproveché la ocasión para hacerme el valiente ante ella. Hacía una mañana soleada y cada cual disfrutaba del regalo como si fuera maná; el mundo parecía un bello lugar para vivir. Nancy hablaba poco, pero se reía con facilidad. A partir de aquel día, pasaba con ella todo el tiempo que robaba a la escritura y a mis obsesiones los jueves por la tarde, los domingos al atardecer y algunas mañanas. No era especialmente guapa, pero sí espontánea en el hablar y natural en los gestos, y me atraía porque le faltaban todos los convencionalismos que habrían encantado a mis padres si hubiera querido casarme con ella. Era casi una niña, movía las caderas sin malicia, se sonrojaba cuando hablaba con ella. Era de un pueblo de cerca de la capital y trabajaba de niñera.*

*Recordar aquella temporada y pensar en la lluvia es todo uno, porque fueron los chaparrones los que me llevaron unas cuantas veces a casa de los niños que cuidaba. Un día, los niños se durmieron y nos comimos a besos; otro le puse en el cuello un corazón de madera barnizado que había hecho yo. Le compré un cordón y, cuando me vi enfrente del canalillo que se forma entre los senos, sus ojos verdes me sonrieron por encima de su gran boca y las mejillas sonrosadas. ¡Qué piel tan blanca se adivinaba debajo de la ropa!*

*—¡Tenía que haber pensado que podía quedarse embarazada! No tengo excusa, a pesar de que corrían tiempos difíciles.*

*En primer lugar, la revista se fue a pique y, como era marca de la casa, no se lo dije a Nancy. Para poder comer, hice algo de carpintería y, poco a poco, me alejé del barrio en el que vivía ella. Solo pensaba en escribir artículos contra la guerra, en que me los publicasen, en poder vivir de la pluma. Un buen día, tiempo después, fui al parque a buscarla. Los niños vinieron corriendo a contarme cosas, pero la niñera no era Nancy. Le pregunté por ella y la muchacha me dijo que había vuelto a su pueblo. Me sonrió de una forma que no supe interpretar. Debió de ser una situación complicada para ella, pero salió adelante con la ayuda de sus padres. Tuvo una niña, de la que no supe nada hasta que ya tenía la edad de Nancy cuando nos vimos por primera vez. Fue ella la que vino a buscarme y a terminar de contarme la historia.*

*—Y eso fue todo, ya ves.*

*Benet lo había escuchado sin moverse. Y añadió:*

*—Seguramente creía que el mundo estaba lleno de chicas de usar y tirar.*

*Benet sonrió.*

*Le dije que ahora, más que recordar la culpa, recordaba aquellos días maravillosos, el estallido de la luz del sol o la lluvia mojándolo todo, ¡el gran deseo de ser feliz!*

*—Todavía no sé explicar lo que es el amor, tal vez aquellas ganas de vivir*

*a pesar de todo.*

*Benet me llevó al pueblo en el que había nacido, Riublanc. Me enseñó la casa en la que se había refugiado su madre desde los años cuarenta hasta el final; las calles en las que había dado los primeros pasos; la escuela en la que había aprendido a leer y a escribir, siempre en estimulante competición con su hermana; me habló de los amigos que tenía, sobre todo de su primo Joan, que se había ido a vivir a la capital. Fuimos a comer a Pallarès, el pueblo de su amada, se rio antes de preguntarme si podía creer que, a pesar de las historias y los ensayos sobre el amor que había leído, nunca supo lo que era hasta que conoció a Elvira. Dimos una vuelta por el pueblo y me enseñó la casa de su mujer; me contó los hechos terribles que tanto la habían marcado. Benet tenía una idea en la cabeza: que los momentos clave de la vida nos unen al pasado y también al futuro. El camino se desdibuja, lo cubre una maleza inextricable, pero existe. No es coincidencia, sino patrimonio. Creía él que esta malla tejida con tantos hilos entrelazados comunicaba con todo el universo, y que nosotros dos habíamos tirado del hilo que nos unía para volver a encontrarnos. Nunca se le había ocurrido semejante cosa a este filósofo que soy a ratos, pero desde entonces le doy vueltas a la idea de que todo lo que vivimos, absolutamente todo, está relacionado.*

*No podía alargar más la estancia y llegó el momento de la despedida. Guardo en la memoria muchos instantes hermosos de aquellos días. Congeniábamos. Le dije que tenían que venir a Londres, que se llevaran al chico con ellos. Se rio y comprendí que le apetecía el plan. La última noche acepté cenar en su casa. Al día siguiente tenía que coger el autocar y deshacer el viaje, el que, en la ida, nos había dejados molidos a Jackie y a mí. Estábamos solos en la prodigiosa terraza, con las montañas al fondo y el rumor del agua del lavadero. Salió la luna y, con ella, retrocedimos a*

*Vilaboi. Benet se acordó de un episodio que sucedió poco después de que me repatriaran, en septiembre de 1938.*

*Está recuperándose. Una noche, lleva ya un buen rato en la cama, parece que los compañeros de habitación están dormidos, pero él no logra conciliar el sueño. Las ranas del estanque rompen la quietud de la noche. Croan como siguiendo un compás, como si fueran notas de un pentagrama nocturno. Se levanta y descubre que hay luna llena, una inmensa claridad redonda en medio de la ancha oscuridad del cielo. Es un hombre herido en la guerra, que está lejos de los suyos, solitario entre otros que están como él. Al joven Benet solo le queda un deseo ardiente. Que termine de una vez, que termine la guerra, aunque del final de los combates, y esto es una premonición, resulte una larga condena y él vaya a engrosar el bando de los vencidos.*

*Nos quedamos melancólicos y de pronto le pregunté por sus hermanos. Me dijo que a Pere lo veía una vez al año, que estaba casado y tenía dos hijas, y que Veva no se había casado. Tenía un buen trabajo, se iba de vacaciones al extranjero, y a la Noguera, por Navidad y por las fiestas del pueblo. Todavía cantaba en una coral famosa. De joven tenía muy buena voz y los dos participaban en el orfeón. Entonces me habló de un político catalán que había fundado corales para los obreros, para comunicarles el espíritu de la música, la alegría de cantar en grupo, y para alejarlos de las tabernas. Josep Anselm Clavé. Y se puso a cantar de repente. ¡Qué tonada tan bella! Al final aplaudí y me dijo que Las flores de mayo es una canción para una coral completa de voces. Era el mes de mayo y estábamos rodeados de macetas de geranios y begonias, y de un aire fino. Fue un momento especial de confianza que me dedicó, y me quedé encantado y pasmado de admiración.*

*La promesa de que irían a vernos a Londres en otoño suavizó la despedida. Poco después lo llamé un par de veces para que me concretara algunos detalles para el reportaje, y las dos le recordé que los esperábamos en casa. Sabía que le alegraba oírme y no parecía que se cansara de que le*

*hiciera preguntas. Aún lo llamé por tercera vez para informarle de que me habían aceptado el reportaje. Yo estaba satisfecho, pero me pareció que él se entristecía. Nos pusimos a hablar del viaje y me dijo que su hijo tenía mucho trabajo y no podía acompañarlos a Londres. Entonces le prometí que, si no venían ellos, volvería yo.*

*Paseábamos entre cipreses y miré la tierra roja, que mi amigo consideraba un don. Al salir del recinto, en medio de la calma, Ramon me enseñó «la gigante dormida», como llamaba siempre Benet a una parte de la cordillera del Montsec. Me fijé en que, enfrente de la gran mole ondulada, había otra, más baja, con un castillo altivo en la cúspide y, al pie, unas elevaciones como peldaños recubiertos de verdes más vivos que los de la cordillera madre, que parecía un reptil gigante en reposo. Dimos unos pasos más en silencio por el camino y el chico, hablando en inglés, su tercera lengua, me dijo que la vida le parecía muy injusta. O la muerte, según. No hacía ni un mes que le había llamado el médico para decirle que su madre lo necesitaba. Cuando llegó, su madre le explicó que su padre cruzaba las piernas a un lado, y enseguida al otro, y que eso era una mala señal. El chico no soportaba esa forma suya de reducir cosas importantes a detalles concretos, y no le hizo caso porque hasta entonces no había visto morir a nadie. Menos mal que el médico lo avisó, porque a punto estuvo de no poder despedirse de su padre. Ramon se quejó. Esperaba tener la ocasión de decir a Benet lo importante que había sido para él y quería agradecersele de alguna manera. Y comprendió que el distanciamiento de los últimos años, que a él le parecía insalvable mientras su padre gozaba de salud, no tenía ninguna base. Se dio cuenta de que la frialdad se debía al estilo de vida que llevaba él, a la sensación de que a su padre no aprobaba ni su trabajo ni su novia, y también a su orgullo, que le impedía hablarlo con él cuando iba a verlos. No le dio tiempo a demostrarle lo mucho que lo quería.*

*–Te aseguro que Benet lo sabía y que estaba orgulloso de ti.*



*En su casa volví a encontrar la mesa puesta, como la última noche. Elvira insistió. Tenía que comer con ellos, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Estábamos en el sombrío comedor. Se me escapaba la mirada hacia la claridad que quería entrar de la terraza, pero no me atreví a proponer que comiéramos fuera, sería como un niño que pide un caramelo antes de comer.*

*Después, hablando de Benet, Elvira se levantó y volvió con una caja de cartón de color rosa. El chico no perdía ripio, me di cuenta de que no sabía lo que había dentro. Desató la cinta blanca que cerraba la caja y aparecieron unos papeles escritos en la preciosa letra de mi amigo; eran páginas de un mate suave, pero no estaban amarillentas como las de la guerra. Había márgenes, espacio entre las líneas, y la letra era de mayor tamaño. Elvira contemplaba la escena con el orgullo legítimo de haberlas inspirado.*

*–Estoy segura de que no escribió nada mejor que estas cartas.*

*Le dije a su hijo que si podía traducirme alguna. Precisamente Ramon acababa de darme la traducción de las páginas de Vilaboi, las que había escrito después de irme yo a Escocia, en las que Benet describía nuestro encuentro. En el hotel, me puse a leer inmediatamente estas páginas, en las que se plasmaba la extraña amistad en tiempos de guerra, desesperados los dos, y detalles que, en aquellas circunstancias, me emocionaron profundamente. Y pensé una vez más en la época que todo lo había trastocado, en los hombres y mujeres que la habían vivido, hasta que volví a recalar en Benet.*

*¿Cuántos momentos felices había vivido? La infancia, con sus hermanos y sus primos; otros cuantos mientras exploraba el mundo, cuando se reía sin miedo. Me había contado que tenía un perrito que era su alegría. Algunos momentos de éxito en la escuela. La contemplación de los amadísimos paisajes de su montaña: las piedras, los árboles, las flores, el río. El enamoramiento, la primera época con Elvira, creando un espacio nuevo*

*para ellos dos, distanciándose del lastre del pasado. El venturoso momento del nacimiento de su hijo. ¿Cuánto tiempo de felicidad en total? Los libros leídos con placer, las películas emocionantes. Las jornadas de pesca en el río, él solo. Sumándolo todo ¿cuántos años de felicidad? ¿Cuatro, cinco? En comparación con el tiempo en que constantemente se preocupaba por sus padres, por su hermano, por la guerra. Una enormidad de horas de angustia, de dolor, de impotencia. Tuvo que cambiar de lengua, asistir a la despoblación de su comarca, muchos familiares y amigos se habían ido, Veva, Joan, después, su hijo, que no iría mucho por casa, que hablaba poco. Y, como las agujas de los pinos, como las hojas de la encina, constatar a lo largo de los años que la tristeza de Elvira no caducaba.*

*Sentí necesidad de salir del hotel, de volver a ver a la gigante tumbada desde el cementerio, y regresé al camino que había recorrido con Ramon por la mañana. Me fijé en el verde de los campos, al pie de la gran cordillera. Sentí no tener ocasión de volver a verla nunca más desde la terraza con mi amigo y pensé en sus últimos momentos. Me los había contado su hijo. Benet no quería estar en casa, siempre pedía una silla para sentarse en el espacio abierto al cielo y a su paisaje. Si hacía frío lo tapaban con una manta.*

*Volví a la habitación y, tal vez siguiendo el compás de la tierra y de mi cuerpo, aquel fue el momento que me eligió para llorar. La primavera lucía de nuevo sus encantos terribles. Pensé que debía de ser pecado verter lágrimas en la estación de la claridad intensa, de los verdes de todos los tonos, vivísimos, y de las primeras amapolas. Pero creo que Benet ya lo sabía: no me acobardan ni los pecados.*

*El arbolito enhiesto de su dibujo, al que no dejé enraizar porque quería llevármelo en ese mismo instante, había crecido dentro de mí y se había hecho un espacio en tierra firme.*

# Notas

1 . En castellano en el original. *(Todas las notas son de la traductora.)*

1 . Localismo por *tendre*, «tierno, blando, sensible».

1 . Localismo por *mosset*, diminutivo de *moss*, «bocado, mordisco».

1 . El trato de vos es lo más habitual como trato de deferencia en la época en la que transcurre la narración. El de usted le resulta demasiado formal a Benet.

[1](#) . «Huraño, antipático», «orco, ogro», «canijo» y «holgazana», respectivamente.



1 . Verde, un poco inmaduro.

2 . En castellano en el original.

[3](#) . En castellano en el original.

1 . En castellano en el original.

1 . Alimaña imaginaria, común en las leyendas de los Pallars, Andorra y Occitania.

1 . Fatua, necia.

2 . Empedernido.

[1](#) . «Hilo» en catalán.



*A mi amigo escocés*  
Maria Barbal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original en catalán: *A l'amic escocès*

© Maria Barbal, 2019

© Columna Edicions Llibres i Comunicació, S.A.U., 2019

© de la traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2019

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut  
ramon llull**  
Lengua y cultura catalanas

© de la imagen de la cubierta: José Luis Paniagua, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-233-5517-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

NARRATIVA  
**CONTEMPORÁNEA**

---



¡Síguenos en redes sociales!



 **Maria Barbal**  
A mi amigo escocés



DESTINO